

U A N

AD AUTÓNOMA DE NUEVO

2

CCIE RAL DE BIBLIOTE

D. FEUILLET

DALILA

Um bânquerô

—

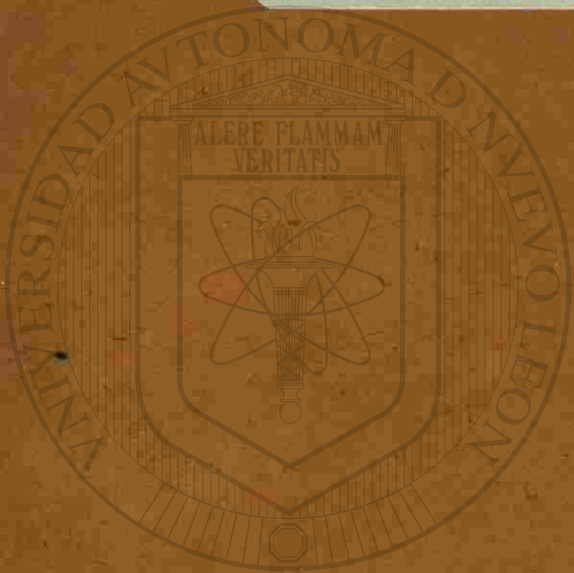
La novela de la vida

PQ2242

D38



1020026419



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Cas. _____
 Núm. Auto. _____
 Núm. Arg. 30161
 Proceden. -8-
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó _____
 Catalogó [Signature]

CAPILLA ALFONSO REYES



OCTAVIO FEUILLET
DE LA ACADEMIA FRANCOESA.



DALILA.



— DRAMA EN SIETE ACTOS —
— TRADUCIDO DEL FRANCÉS —
— POR EL —

Lic. Cecilio A. Habela



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 30161

CUERNAVACA (Cuauhnahuac. 098878
IMPRUNTA DEL TRADUCTOR.
1904

S42
PQ2242
D38



PERSONAJES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

- ANDRES ROSWEIN, compositor y poeta.
- EL CABALLERO CARNIOLI, rico melómano.
- SERTORIO, Violoncelista y profesor de contrapunto
- MARTA, su hija.
- LEONOR, PRINCESA FALCONIERI.
- MARIETA, doncella de Leonor.
- JULIA, MARQUESA NARNI
- LADY WILSON.
- EL PRINCIPE KALISCH.
- EL MARQUES DE SORA.
- MATEO, criado.

La escena pasa en Nápoles.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DALILA,

I

EN LA CASA DE SERTORIO.

Modesta casita de apariencia casi rústica, situada en una colina, en los alrededores de Nápoles, con vista al mar. Un emparrado cubre las ventanas. Un jardincito plantado de naranjos y de jazmines separa la casa del camino que serpentea al pie de la colina.

En la pieza de Sertorio; un piano cargado de cuadernos de música; sobre un viejo canapé un violoncelo en su caja; algunos tiestos antiguos llenos de flores. Interior muy sencillo y algo estorboso, pero revelando los gustos distinguidos de un artista y los cuidados delicados de una mujer.

Una vieja criada alza el mantel de una mesita de la que acaban de levantarse Sertorio y su hija. Aquél se sienta en un gran sillón cerca de la ventana, cruzadas las manos sobre el vientre y los ojos entrecerrados: mira vagamente en el horizonte la mar, que se tiñe con los colores de la tarde. Marta, de codos sobre la faldaba, se ocupa en un trabajo femenino; de cuando en cuando se inclina sobre la cabeza de su padre y da una ojeada al camino en dirección á Nápoles.

SERTORIO, MARTA.

SERTORIO.

Tú no dices nada, hija mía

MARTA.

No. Temo turbar vuestra tranquilidad; ; tenéis tan placido aspecto! El niño que duermé en su cuna no está más tranquilo que vos, padre mío.

SERTORIO.

Me gusta tu comparación, chiquilla. En efecto, si hay dos imágenes que presenten igualmente la vida hu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. MATERIA
"ALFONSO REYES"
1910 - LOS MONTAÑESES, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

mana bajo un aspecto feliz y conmovedor, una es, el niño inocente que reposa bajo la cariñosa mirada de su madre, y la otra, un anciano honrado que digiere tranquilamente á la caída de la tarde.

MARTA se sonríe, lo abraza con cariño y se asoma á la ventana.

¡Qué hermosa tarde! ¡qué cuadro tan encantador!

SERTORIO.
¿No es verdad; hija mía?..... Cada día me aplaudo más por haber hecho esta adquisición. No cambiaría yo esta modesta cabaña por los mas espléndidos palacios del Bósforo..... Venero profundamente al Romano que tuvo el feliz pensamiento de edificar un templo á la Fortuna en este delicioso lugar..... Se cree que fué Lúculo, y que la idea de hacerlo la tuvo en una tarde como ésta..... Me parece asistir á esa escena de noble gratitud..... Sí, sobre uno de esos terrados cuyas ruinas de mármol vemos á dos pasos, reclinado en la púrpura de Tiro y coronado de rosas de Poestum, el vencedor del Parto acababa sin duda una de esas comidas célebres en que sabía adunar el fausto á la delicadeza; aspirando suavemente, como yo lo hago ahora, el hálito perfumado de esta hermosa tierra napolitana, seguía con la mirada en el mar enrojecido, y con la imaginación en los mares fabulosos, las blancas velas de los trirremes; el canto lejano de los pescadores de coral, confundiendo con los suspiros de la ola dormida, mecía su éxtasis encantado..... Derrepente, alzando al azul de este cielo sin igual su mirada humedecida por un deleite divino: «¡Ofrezco, exclamó, ofrezco erigir un templo á la Fortuna! Así, hija mía, no lo dudes, así se verificó esta dedicación. Y observa, niña, que el transcurso de veinte siglos ha fecundado aún estas maravillas desde el día en que hicieron el encanto de aquel deleite epicureo. ¡Cuántos recuerdos, cuántas sombras ilustres que él no pudo conocer, pueblan ahora este rincón radiante del mundo, del cabo Miseno al Vesubio, de la tumba del Pausilipo á la villa de Sorrento! Sería yo

pues, más ingrato que un pagano, si, á mi manera, no dedicara yo mi templo á la Fortuna, es decir, hija mía, si no descubriese mi frente para dar gracias al Dios de bondad que me concede estos placeres. [Se descubre la cabeza; después de un momento de meditación se vuelve á cubrir y dice] Hay que confesar, Marta, que el cielo me ha colmado de favores.

MARTA, distraída.

Indudablemente.

SERTORIO.

He llegado á la vejez, á esa edad en que el gran beneficio de la vida pierde mucho de su valor para la mayor parte de los hombres; pero yo ahora es cuando gozo de él en toda su plenitud.

MARTA.

Pocos hombres se os parecen, querido padre mío.

SERTORIO.

Dices bien, hay muy pocos. ¿No te parece prodigioso que á los sesenta años haya yo conservado la salud de un atleta? Además, no sé si lo habrás advertido, hija mía, pero estoy dotado verdaderamente de una constitución extraordinaria. No parece sino que la naturaleza, por gracia especial, ha violado en mi persona sus leyes más constantes, alojando en la grosera envoltura de un Hércules el genio de un Ateniese..... Entiendo por genio, Marta, no vayas á creer otra cosa, entiendo únicamente el gusto natural por lo bello que distinguía á los últimos habitantes de la ciudad de Pericles. No tengo pretensiones más altas sobre este particular.

MARTA.

Yo si las tengo. Soy la hija de un gran artista, y me envanesco de ello.

Hija mía, si no quieres ocasionarme un sensible disgusto, no juntes nunca al nombre de tu padre ese título banal de artista; ya sabes cuanto lo desprecio. Pero, puesto que lo has hecho, no lo negaré absolutamente: el dios de la armonía, hablando el lenguaje de los antiguos, parece que presidió mi nacimiento. Si, he visto tiempos en que, sin merecer la tacha de presuntuoso, podía yo esperar para este pobre nombre de Sertorio, abandonado á la obscuridad y al desprecio.

MARTA.

¡ Al desprecio, no lo creais, padre mío! Veinte veces he oído decir al caballero Carnioli que él os juzga como el mejor violoncelista y como el primer compositor de nuestra época.

SERTORIO.

¡ Bah! ¿ eso dice Carnioli? Ese es una especie de loco y, lo que es peor, un hombre desmoralizado; sin embargo, es inteligente en música, no lo niego. El mejor violoncelista. No; ... eso es falso. sólo que no haya oído á Batta. Pero ¿ dónde me ha oído tocar á mí? porque, hace veinté años, no he salido una sola vez de mi humilde papel de profesor, sino á solas y en familia. ¡ Ah! en efecto; ahora me acuerdo que un día, cediendo á las importunidades de ese loco, le apunté en mi violoncelo el tema de un motete que había yo compuesto. ¡ Ah! ¿ entonces de eso se acuerda?

MARTA.

Tanto se acuerda, que desde entonces ha pasado más de una noche á la intemperie con la esperanza de volver á oiros á pesar vuestro. Se disfraza con un traje y gorra de pescador, y se planta á la sombra de este jasmín, como los enamorados de España. Gertrudis y yo lo hemos reconocido.

¡ Ah! ¡ traidor! ¿ Con que por un simple motete azota la calle? Quisiera yo saber qué hubiera dicho si le hubiera yo tocado solamente ocho compases de mi canto del *Calvario*.

MARTA.

Y ¿ cuándo oiré yo ese famoso canto del *Calvario*?

SERTORIO.

La noche de tu matrimonio, hija mía, como te lo he ofrecido. Desde ahora eres capaz de apreciarlo; pero prefiero reservarlo para esa solemne ocasión. ¡ Oh! ¡ aquello será precioso, hija mía! O yo me engaño, ó tienes que derramar muchas lágrimas.

MARTA.

Y si no me caso, ¿ no la oiré nunca?

SERTORIO.

¿ Por qué no te has de casar? ¡ Vaya una suposición extraña! ¿ Qué te falta, pues? En primer lugar, eres graciosa y bonita, aunque un poco sería siendo una niña. Además, yo creo que eres una belleza. En segundo lugar, aunque nunca, á Dios gracias, hayas tenido ni debes tener el descaro de presentarte en público, lo cual en una mujer es el último grado de la desvergüenza,—tienes en música muy grandes conocimientos que cualquier hombre de gusto tiene que apreciarlos. En cuanto á equalidades morales, llevarás al hogar de tu esposo un tesoro de virtudes domésticas.—A estas consideraciones de primer orden debes agregar mis trescientos escudos de renta, el producto anual de mis lecciones, y, por último, esta casita que pienso dejar á tu nueva familia.

MARTA.
Padre mío. . . .

SERTORIO.

Por supuesto, rogándote que me apartes en ella un lugarecito. . . porque, sin tí, hija mía, no hay goces para mí en el mundo. . . . ¡Tú eres el sol que todo lo ilumina; tú conciertas la armonía en mi vida! Bueno, después de esto, yo te lo psegunto, ¿qué te falta para casarte?

MARTA, sonriendo y confundida.

Pero, padre mío, me juzgáis con mucha benevolencia. . . . Y habéis de ser muy exigente. . . . muy ambicioso para mí.

SERTORIO.

¡Ambicioso, gran Dios! ¿Y qué ambición puedo tener en este mundo, si no es la de verte feliz? Vaya, hija mía, que haya un joven que te agrade, el primero que llegue, y le abro mis brazos sin vacilar.

MARTA, alzando los ojos en una atención particular.

¿El primero que llegue?

SERTORIO.

Si, el primero que llegue; tal es mi confianza en tu gusto y en tu buen juicio. La elección que tú hagas me responderá de las cualidades personales de mi yerno. En cuanto á su profesión y posición social, me son indiferentes, que sea rico ó pobre, príncipe ó pastor, todo me es igual;—pero con tal que no pertenezca á la detestable casta de los artistas. . . . Elige, pues, hija mía, con toda libertad. . . . Y, ya que hablamos de esto, ¿no tienes alguna confidencia que hacerme? La oiré con mucho gusto, niña mía.

MARTA.

Ninguna. No he pensado en eso; es, pues, inútil hablar de ello.

SERTORIO.

¿No? Y ese joven Crocelli, ese empleado que vemos los jueves en casa de la Señora Santa-Tede, y que siempre juega conmigo una partida de ajedrez,—de corbata blanca,—¿crees que verdaderamente le guste ese juego?

MARTA.

Si lo creo.

SERTORIO.

¡Ah! ¡Bueno! Por lo demás, yo no he sabido más de él sino que es trabajador y que no tiene bigotes, lo cual en un joven es señal de muy buen sentido.

MARTA.

No lo he notado.—¡Padre mío, ved la puesta del sol en el mar!

SERTORIO.

¡Hermoso espectáculo! . . . (Hace una pausa) Un poeta diría que el divino Febo,

Pone una escala de oro
á las rubias Nereidas,
Para el descenso rápido
á sus palacios húmedos.

Y son versos Regáñame, hija mía, regaña al viejo loco de tu padre.—Pero, son buenos Se los daría yo á Roswein para su ópera ¡Eh! diría que son demasiado clásicos.

MARTA.

A propósito, padre mío, ¿no os parece extraño que el Señor Roswein no haya venido hace más de quince días?

SERTORIO.

No, hija mía. Debe estar muy ocupado en sus ensayos. Ser poeta y compositor al mismo tiempo es una tarea que no tiene nada de sencillo ¡Pobre Andrés! ¡va á sufrir una prueba muy dura su delicada salud de señorita!

MARTA.

¿No habéis oído decir que está enfermo?

SERTORIO.

Al contrario. El caballero Carnioli, que por poco me estrella ayer en la calle, me gritó desde su coche: « Buenos días, maestro Andrés está bueno » Después me dijo algo que ya no pude oír ¡Es un torbellino ese Carnioli! Pero ¿qué tienes, hija mía? te veo turbada inquieta.

MARTA, tomando un periódico de la mesa.

¿No habéis leído este periódico? Anuncia para esta noche la ópera del Sr. Roswein

SERTORIO, vivamente.

¿Para esta noche? es imposible, Marta.

MARTA.

Mirad Esto me ha tenido preocupada todo el día.

SERTORIO, leyendo.

« Teatro San-Carlos.—Para esta noche, 15 de Mayo, primera representación de LA TOMA DE GRANADA, ópera en tres actos; letra y música del joven maestro dalmata Andrés Roswein. La asistencia de la corte dará mayor lucidez al espectáculo, que con tanta impaciencia ha sido esperado por los dilettanti. Es sabido que el maestro, conocido en Nápoles por muchas otras composiciones, es el discípulo favorito del sabio Sertorio.» 15 de Mayo esta noche en efecto Eso fué lo que me dijo Carnioli y que yo ya no pude oír ¡Está bien! [Con la mano trémula devuelve el periódico á su hija]

MARTA,

¡ Apenas es creíble, padre mío, que Andrés no os haya enviado una invitación para la función de esta noche!

SERTORIO, con amargura.

¿Qué tiene de increíble? ¿qué, no te fijaste? [Toma el periódico.] ¡ Ah! ¡ el sabio Sertorio! Si, cae bien en un reclamo! ¡ mi discípulo favorito! ¡ es indudable!— y muy agradecido! ¡ por supuesto!

MARTA.

Yo creo que es una equivocación de este periódico, padre mío ¡ Un desprecio tan grande por vos, á quien debe lo que es, sería sorprendente y muy indigno!

SERTORIO.

¿ Sorprendente? de ningún modo. Indigno, ¡ eso es otra cosa! [Con emoción creciente]. Si, que este muchacho, á quien he enriquecido en breves años con toda

la ciencia de mi larga vida, cuyo genio he fecundado con el ardiente fuego de mi alma, en cuyas venas he derramado la mejor sangre de mi corazón, que este muchacho, desde el momento de su primer triunfo, desprecie á su viejo maestro, al padre de su espíritu, y lo deje á la puerta como á un lacayo . . . si, eso es indigno! . . . Perdóname, hija mía; tú me has visto sufrir con paciencia muchas ingratitudes; pero ésta me hubiera sido menos dolorosa si recibiera el golpe de la mano de un hijo; . . . si, de la mano de un hijo, es la pura verdad!

MARTA, abrazando.

Padre mío, tened paciencia, y ya veréis como todo esto va á tener una explicación satisfactoria.

SERTORIO.

Si todo está explicado, hija mía. No es ahora cuando conozco esta gente. [Se levanta y anda con precipitación]. Si se necesitara un blasón para los siete pecados capitales, yo me encargaría de darlo: una pluma y un pincel, un cincel y un arco de violín! No parece, Marta, sino que pesa una especie de maldición sobre el nombre de artista con que se engalanan todos los que, á cualquier título, talan ó saquean el campo del ideal . . . Ahí está Roswein: si algún rostro humano lleva impresa la marca de un alma noble, sencilla, leal, es el dulce y severo rostro de ese joven. Pues bien, ya lo ves, aun no da dos pasos en su fatal carrera, cuando se vuelve y nos muestra la frente de un traidor. De grado ó por fuerza escribe en la primera página de su vida de artista una acción cobarde . . . ¡ tenía que calzarse la espuela!

¡ Ay! hija mía, he tenido en mi vida, y tu lo sabes, un momento terrible: aquél en que, próximo ya á recoger en el aplauso público el fruto de mis entusiastas vigilias, sentí repentinamente que mis dedos y mi cerebro se entorpecieron como heridos por la parálisis; esta timidez morbosa y aterradora, que me ha perseguido en todas partes, siempre que he pretendido, bajo diversas formas,

de llamar el raudal de armonía que hierve en mi cerebro, ese extraño y ridículo defecto me hundió en los últimos abismos de la desesperación . . . Pero después ¡ cuántas veces he dado gracias á Dios por su paternal rigor! ¡ cuánto lo bendigo, sobre todo ahora, en la paz de mi conciencia y en la dignidad de mi vejez! ¿ Marta lo toma del brazo y anda con él.] ¿ Qué hora es hija mía?

MARTA,

Están tocando el ANGELUS en las Camáldulas.

SERTORIO.

¡ El ANGELUS . . . ya! — ¡ Vaya! lo que es ahora ya no puede venir . . . se acabó . . . ¡ Hoy y siempre será un ingrato! [Andrés Roswein entra y se arroja en los brazos de Sertorio.]

SERTORIO, ROSWEIN, MARTA.

ROSWEIN, abrazándolo con fuerza.

¿ Qué os he hecho, á vos? ¿ por qué he merecido esto? ¿ quién es injusto? ¿ quién es ingrato? — ¡ Ay Dios! ¡ qué hombre!

SERTORIO.

¡ Basta! ¡ ya está! ¡ ya está! no me ahogues, muchacho . . . ¡ Me alegro mucho de verte, amigo mío! . . . estoy muy contento. Es este periódico, este imbécil periódico que anuncia tu ópera para esta noche.

ROSWEIN.

Tiene razón.

SERTORIO.

Entonces tienes que confesarme, hijo mío, que me asistía algún derecho para esperar de tí hoy un mensaje,

un recado cualquiera, y que, no habiéndolo recibido cuando ya es de noche, debía yo perder toda esperanza?

ROSWEIN.

Es verdad, querido maestro; desde esta mañana os hubiera enviado vuestro palco; pero me creí obligado á daros un último abrazo antes de entrar al combate. . . . En mis primeros instantes de libertad, me he apresurado á venir.

SERTORIO.

¡ Bien, Andrés, muy bien ! no hablemos más de ello. Yo soy el culpable. ¿ Con que formalmente es esta noche ?

ROSWEIN.

Muy formalmente.

SERTORIO, frotándose las manos jovialmente.

¡ Oh ! ¡ Demonio ! Pero, dime, muchacho . . . ¿ sabes que la cosa es muy grave ? Y, á lo que veo, ¿ tú te ríes ? Marta, ¡ mira cómo se ríe ! Estos jóvenes son capaces de reírse en la boca del cañón. Veamos, Andrés, sé franco, ¿ qué sientes verdaderamente al ir acercándote al momento crítico ? ¿ Qué experimentas en tu interior ? ¿ Te falta algo el valor, verdad, muchacho ?

ROSWEIN.

Me encuentro en un estado singular. Siento que hablo y que ando, como si anduviera y hablara bajo una bóveda sonora. Aunque he pasado las últimas tres noches corrigiendo mi obertura, me parece que ya nunca he de tener necesidad de dormir. Me siento tan ligero como un pájaro, y no sé como no me echo á volar, porque tengo mucho miedo.

SERTORIO.

¡ POVERO !—Pero, sin embargo, ¿ estás satisfecho ? ¿ Los ensayos han sido suficientes ? Dinos algo, acerca de eso Tu tenor, tu prima dona, tu orquesta, ¿ están bien ?

ROSWEIN.

La orquesta, superior. Además, yo no voy á dirigirla. El tenor es Chiari, ya sabéis Hay cosas que no dice mal por ejemplo, el canto de Boabdil, al fin del tercer acto En cuanto á la prima dona, es una necia, y sabe música como un Inglés, con esto . . . Pero tiene un contralto soberbio, y haciéndola ensayar, va marchando.

SERTORIO.

¿ Oyes eso, Marta ? Todavía está ensayando á la prima dona para que marche Pero, joven, qué vas á hacer con eso ? no se trata de una cosa cualquiera . . . Cuando en mi tiempo pretendí lanzarme al teatro, nunca pude doblegarme á las exigencias de esas creaturas; ¡ tienen un aplomo infernal ! Me acuerdo que, cuando me encontré con una en un pasillo (sabes que los teatros están llenos de pasillos), me pegué contra la pared como una tabla, ¡ Ah ! ¡ bribonas !—Veamos, qué otra cosa quería yo preguntarte ? . . . ¡ Ah ! . . . ¿ cómo juzgan tu ópera esas gentes de teatro ?

ROSWEIN.

Ya me lo dirán á media noche.—¡ Ah ! querido maestro, si hubierais consentido en asistir á alguno de los ensayos, estaría yo ahora más tranquilo; porque la verdad es que tengo más miedo de vos que del público.

SERTORIO.

Amigo mío, tuve muchas y excelentes razones para no acceder á tus deseos. En primer lugar, mi opi-

nión será más segura, más completa, y te será más provechosa refiriéndose al conjunto de la obra. En segundo lugar, he podido, en conciencia, declarar á diestra y siniestra que no conocía una sola nota de tu ópera, de manera que ninguno tendrá el derecho de asociar mi nombre al tuyo, y de decir: « Sertorio por aquí Sertorio por allá, » lo cual hubiera podido lastimarte y desflorar tu corona.

ROSWEIN.

¡ Mi corona ! ¡ Dios os oiga ! ¡ porque, si caigo, soy hombre muerto !

SERTORIO.

¡ Vamos, Roswein, valor ! ¡ nada de debilidad, hijo mío ! ¡ que demonio ! cae uno y se levanta. Además, tú te pones en lo peor: ¡ podrá sucederte á tí algo que se parezca á lo que yo he sufrido, yo que te hablo? . . . Figurate, Andrés, el gran teatro de la Opera de Viena lleno hasta reventar, y, en primera fila, la corte imperial de Austria, que bien vale tu cortecilla de Nápoles: me presento, con mi *violoncello* en la mano, un silencio imponente reina en la concurrencia; me siento; coloco mi arco, . . . después quiero preludiar . . . ¡ Oh ! ¡ poderoso Dios ! ¡ mis dedos parecen de fierro, . . . mi brazo está inerte ! el público murmura . . . era natural . . . Quiero hablar, ¡ y quedo estupefacto, inmóvil, frío, como la mujer de Lot ! Estallan los gritos y los silbidos, y me llevan del foro, desvanecido ! — Mira lo que puede llamarse una caída, muchacho, y sin embargo, ya lo ves, no estoy muerto, aunque es verdad que sólo el recuerdo de aquel instante me hace sudar hasta la raíz de los cabellos.

MARTA.

Y para tranquilizarlo ¿ le contáis eso, padre mío ?

SERTORIO.

Sin duda; ¡ es para darle valor ! . . . ¡ Ea, valor [dándole una palmada] grande hombre ! Y ¿ á qué hora comienza la función ?

ROSWEIN.

A las nueve. Tenéis hora y media. Aquí está vuestro palco: hay un lugar para Gertrudis.

SERTORIO.

¡ Ah ! ¿ te acordaste de la vieja Gertrudis ? ¿ Lo oyes, Marta ? se acordó de la vieja Gertrudis . . . ¿ Dices que á las nueve, amigo mío ?

ROSWEIN.

Si, maestro. He venido en un coche de tres asientos, que pongo á vuestra disposición, . . . porque, yo, voy á esperar aquí al caballero Carnioli, que fué á dejar un boleto aquí cerca, — á la casa de la princesa . . . no sé cómo se llama, y que me ofreció venir por mí.

SERTORIO.

¡ Ah ! . . . y á propósito . . . ¿ qué dice en esta ocasión tu Carmoli ?

SERTORIO.

¡ Oh ! está convulso: se rie á carcajadas y ruge como un tigre; baila, canta, interroga á los transeúntes, invoca al cielo, amenaza al público . . . Es un drama, una comedia y un baile al mismo tiempo . . . Se ha pasado tres noches en mi cuarto copiando los papeles y preparándome café, llamándome unas veces su alma y su vida, y otras belitre y bribón, usando ese estilo extravagante que vos le conocéis . . . ¡ Ah ! ¡ es un protector terrible ! . . . pero ha sido muy bueno, nunca podré olvidar que, sin él, á la hora de ésta estaría yo pastoreando cabras en mis montañas.

SERTORIO.

Es verdad. Le debes mucho. El sacó el trozo de mármol de la cantera. Por otra parte, sabe música,

no se le puede negar, y, además, hace un buen uso de sus riquezas. ¡Lás tima que á las virtudes de Mecenas adune las costumbres de un granadero! . . . ¿ Habré soñado que lo nombraron embajador en Madrid ?

ROSWEIN.

No, no lo habéis soñado. Esta noche, luego que se haya decidido mi suerte, marchará á su destino.

SERTORIO, pensativo.

¡ Ah ! va á España . . . ¡ Demonio ! pero no me explico cómo la austera España . . . En fin, eso le toca á ella.

MARTA.

¿ Pero, padre mío, ¿ qué no os aderezáis un poco ?

SERTORIO.

¿ Un poco ? Podías decir mucho, porque en esta ocasión, Marta, pienso desplegar un lujo oriental . . . ¿ Mi chorera de malinas está servible, hija mía ? . . . ¿ si ? . . . pues bien, ve, tú, chiquilla, á vestirme y á ponerte hermosa. A mí me bastarán dos minutos, y deseo hablar con Roswein á solas. (Sale Marta).

SERTORIO, ROSWEIN,

SERTORIO, con gravedad.

Hijo mío, cuando sale de mis manos un discípulo, me creo obligado á darle algunos consejos que adapto, hasta donde me es posible, á su carácter, á su talento y á su probable porvenir. Sin embargo, aunque yo considero esta última lección como el coronamiento esencial

de mi obra, no se la impongo á ninguno. Así pues, yo te pregunto, Andrés, si te conviene escucharme, y si quieres aun, por breves instantes, reconocerme la autoridad del maestro, del anciano y del amigo ?

ROSWEIN.

La autoridad de un padre, de un padre querido y respetado, maestro Sertorio, y no por breves instantes, sino por mi vida entera.

SERTORIO

Te lo agradezco, joven; pero, no te ofendas, me concedes más de lo que pido, y mi ruda experiencia me obliga á añadir: más de lo que espero. Pero, no importa. ¡ Ea ! siéntate, te lo suplico. (Le da una silla, y él se sienta enfrente en su sillón).— Andrés Roswein, entre las diversas ramificaciones del sublime arte que hace siete años ha sido el objeto de nuestros estudios, has escogido, para esculpir tu obra maestra, la rama dramática . . . No te hago por esto ningún reproche; un joven tiene que sacrificarse á la moda hasta cierto punto; pero si logras, como tu talento me lo hace esperar, alcanzar el favor del público bajo esta forma popular, me lisongo de creer que aprovecharás tu fama para glorificar las fuertes y viriles composiciones de nuestros padres. Entiendo por esto, en primer lugar, la música sagrada, que parece devolver á Dios el más hermoso de sus dones; entiendo el *oratorio*, (s) epopeya de la armonía; entiendo también música de cámara; obras severas, nobles recreaciones del genio, que la futilidad de los modernos ha querido substituir con fantasías, canciones y romanzas, producciones todas de la impotencia que sólo hacen la delicia de los tontos—Guárdate, como del pecado, de los sonos callejeros y de la musiquilla de salón. No halagues el gusto de las gentes sino para corregirlas paulatinamente. Procura llevar á las multitudes al santuario, y nunca salgas de él.—Honra á los antiguos y á la escuela. Escribe

atrevidamente en tu bandera estas dos grandes palabras ó mejor estos dos grandes principios que son la burla y el terror de la ignorancia: ¡el *contra punto y la fuga*! Es lo mismo que si escribieras con todas sus letras: Palestrina, Pergoleso, Bach, Haydn, esos nombres de gigantes. [Se anima.] ¡El *contra-punto y la fuga* siempre y para siempre! Y oye, Andrés; á todo el que se crea músico y que desdeñe estas dos bases eternas del arte, dile de mi parte, de parte de Sertorio, que no es más que un músico callejero, . . . que no es más que un bastardo, peor que un bastardo, porque no conoce ni á su padre ni á su madre; es un poeta que desprecia su lengua materna; es un sacerdote que reniega de la Biblia y de los Evangelios! . . . (Se detiene, y con voz baja y tranquila, continúa.) Aquí terminaré, amigo mío, la parte profesional, digamos así, de esta instrucción. Como ves, no es ni puede ser sino un breve resumen del espíritu dominante de mi enseñanza.—¿Tienes alguna objeción que poner, hijo mío?

ROSWEIN.

Ninguna, maestro. Os prometo conservarme fiel á la dignidad de mi arte y á las puras tradiciones que me habéis trasmitido.

SERTORIO.

Está bien. Ahora, mi querido Andrés, el maestro es el que ha hablado; tócale su turno al amigo y al anciano. [Se recoge un instante y prosigue.] Andrés Roswein, el cielo te ha dotado con una munificencia que siempre he admirado: te ha hecho músico y poeta, ha puesto en tus manos la lira y el arpa; ha exaltado tu frente para colocar en ella dos coronas. . . . No olvides que la ingratitud se mide por el beneficio. No tienes más que un modo de pagarle á Dios sus bondades: te ha concedido el genio, vuélvele tú la virtud; te ha hecho grande, sé honrado. Y si no basta que tu conciencia te imponga esta obligación, te diré

también, Andrés, que sólo á ese precio adquirirás tu porvenir y tu gloria. Sí, si no quieres, como tantos otros, desaparecer del mundo del arte después de una noche esplendorosa, si no quieres que te falte el aliento á la mitad de la carrera, si te interesas en llegar á la cumbre con tu noble carga, arregla tu corazón y tu vida; ciñe tus lomos esforzadamente, y preserva con cuidado tu viril juventud. Un cuerpo gastado no oculta más que un espíritu desfallecido. No esperes, joven, encontrar una inspiración sincera y permanente en las emociones del desorden, en el ardor de los sentidos y en las excitaciones morbosas de las pasiones: el delirio no es la fuerza. La austera y serena contemplación de las maravillas de Dios y de las miserias del hombre; el reflejo de la obra divina en una inteligencia superior, he aquí el eterno y único fuego en que se enciende la inspiración de un poeta digno de este nombre.—Acuérdate que los antiguos, nuestros maestros, llamaban con el mismo nombre á la virtud y á la fuerza, al orden y á la belleza. Acuérdate que, en sus profundas alegorías, hacían á las Vestales los custodios del fuego sagrado,—á las Musas castas,— y á Venus idiota. Bástame decirte que no me son desconocidos los peligros que te esperan, las tentaciones que asedian la vida calenturienta del artista, y los filtros que se dulisan en sus venas siempre ardorosas. . . . Pero, Andrés, cuando Dios ha abierto en el alma esas dos fecundas fuentes de placer más que humanas: el sentimiento de lo bello y la potencia creadora, si no tienes el valor de apartar de tus labios la copa con que se embriaga el vulgo, eres un cobarde, y estás perdido. Ya sea que la muerte ó la locura te arrebaten, como á tantos otros, á la conciencia amarga de tu precoz decrepitud, ó que vayas á engrosar los grupos envidiosos y ridículos de los aspirantes de bastidores, de los vagabundos de taller y de los grandes hombres de tabaquería, poco importa, ¡estás perdido!—No dejaré de repetirlo, Andrés: arregla tu corazón y arregla tu vida; ahí está el secreto. En tus noches de desaliento, llama en tu auxilio la sombra de los valerosos y de los fuertes, evoca á esos ilustres benedictinos

Moisés,—Beethoven, nuestro Homero,—Mozart, nuestro Moliere y nuestro Shakspeare á la vez . . . ¡Esos no eran solamente grandes hombres, . . . eran santos! . . . [con emoción]—Y si yo me atrevo á nombrarme después de estos colosos, piensa también alguna vez, amigo mío, en tu viejo maestro; del seno de la gloria que sin duda te espera, vuelve alguna vez tus miradas hacia mi obscuridad. [Se turba su voz.] Vamos á separarnos, amigo mío; vamos á romper la cadena de nuestros comunes estudios y de nuestros entusiasmos; y me causa amarga pena, no te lo ocultaré . . . Nunca había sembrado sobre un terreno más fértil . . . ni nunca mies más fecunda había pagado los cuidados del humilde cultivador . . . Mucho te agradezco, Andrés, las alegrías que me has causado, y á Dios le pido que te las recompense . . . Y ahora [Se levanta, muy conmovido.] ahora, adiós, hijo mío; adiós, discípulo mío muy amado . . . ¡Abrazame!

ROSWEIN.

¡Padre mío! [Llora.]

SERTORIO.

Si, tú eres bueno, lo sé; pero también eres débil, ten mucho cuidado en eso. (Se abre la puerta. Marta aparece vestida de fiestas, con una luz en la mano.)

MARTA.

¿Todavía, aquí, padre . . . cuando ya dieron las ocho?

SERTORIO.

No me regañes, querida. Me bastarán algunos minutos . . . Pero déjame verte, hija mía . . . [Toma la lámpara de las manos de Marta y la contempla.] ¡Oh! ¡oh! ¡diantre! ¡Eh! señor maestro, el hombre de la gran obra, venid á mirar un poco por aquí.

MARTA, soplando la luz y riéndose.

No os habéis afeitado, padre.

SERTORIO.

¿Quieres humillar á este joven, Marta? Le vas á hacer creer que desprecias su parecer. ¿Qué es lo que pasa entre vosotros? . . . He advertido, muchacho, que ésta te da un trato de perros . . . En fin, vosotros os entendéis . . . [Llevando la mano á la barba.] Dime, hijita, esta barba está pasadera.

MARTA.

¡Oh! ¡padre mío!

ROSWEIN.

Manos á la obra, va asistir la corte; no quiero que crean que soy un demagogo: voy á rasurarme. (Sale.)

MARTA, ROSWEIN,

El cuarto está medio alumbrado por los últimos rayos del crepúsculo. Marta se sienta en el alfeizar de la ventana; dirige la vista hacia afuera, apoya un codo sobre la barandilla y la cabeza en la mano.—Roswein se pasea en el cuarto poniéndose los guantes.

ROSWEIN, en voz baja y con enfado.

¡Vamos!

MARTA.

¿Qué hay?

ROSWEIN.

Nada . . . un botón de mi guante.

MARTA.

¿ Se ha arrancado? Esperad. [Se levanta y va á tomar una aguja al costurero.] Acercaos á la luz.

ROSWEIN.

No, yo os lo suplico.

MARTA.

Venid pues. Un guante sin botón es horrible. Necesitáis estar esta noche muy elegante. (Le toma la mano) ¡ Ah! si estáis temblando, os voy á picar.—¿ Estáis nervioso, eh ?

ROSWEIN.

Sí, estoy un poco agitado . . . ¡ Qué hermoso peinado tenéis! . . . Estas grandes trenzas rubias, que sirve de marco á vuestras mejillas y coronan vuestra frente, os dan la apariencia de una reina de vuestras ventas del Norte.

MARTA.

Demasiado galante.— Vaya, ya está.

ROSWEIN.

Gracias. [Después de una pausa, añade con voz conmovida] ¡ Vos y vuestro padre, sois lo mejor que hay en el mundo!

MARTA, secamente.

Me recordáis al señor Carnioli, al cual presté una vez el mismo servicio, y me dijo que era yo una diosa.

[Roswein alza ligeramente los hombros, y da algunos pasos. Marta vuelve á sentarse á la ventana.]

ROSWEIN, acercándose á ella y apoyándose en la barandilla.

¿ No daban el toque de *Angelus* en las Camárdulas cuando llegaba yo á vuestra ormita ?

MARTA.

Sí.

ROSWEIN.

Todas las campanas de aldea se parecen . . . Sus sonidos me hablan al corazón . . . Me hablan de mi infancia y de mi patria . . . ¡ En quince años apenas, qué cambio en mi vida y en mi pensamiento!

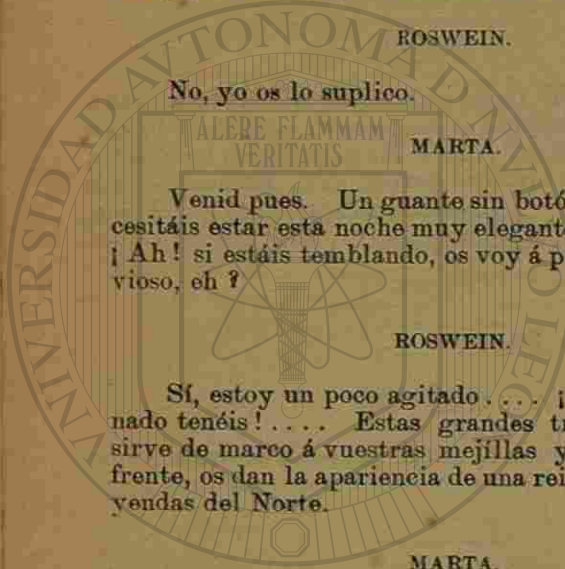
MARTA, con indiferencia

Hace quince años, á esta misma hora, ¿ qué haciais?

ROSWEIN.

Recogía yo mis cabras en la orilla del bosque, y siguiéndolas tomaba yo el camino del valle . . . Las primeras campanadas del *Angelus* en la iglesia de San-Jacobo nos daban todas las tardes la señal de retirada . . . Me acuerdo que me detenía yo en la punta de las rocas para ver encender detras de mí las fogatas de los leñadores bajo las oscuras arcadas de los sabinos;—á mis pies, entre la bruma, los fanales de los pescadores,— y sobre mi cabeza las estrellas. La entrada de la noche perfumaba el viento y teñía el aire de color rosado. De cuando en cuando, la voz salvaje del mar Ilirio elevándose como por bocanadas, respondía á los graves murmurios que descendían de las selvas . . . ¡ Qué escenas tan grandiosas y tan tranquilas! ¡ con cuánta alegría inundaban mi alma! No podía yo desprenderme de aquel espectáculo . . . Una gran parte de la noche me quedaba yo de codos sobre mi ventana, perdiendo en no

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSO REYES

sé qué éxtasis muy tierno, derramando lágrimas y mezclándolas con plegarias Después, sin tener conciencia de ello, pasaba yo de esta dulce vigilia á un dulce sueño, como un niño pasa de un ensueño á otro ensueño ¡Era yo feliz!

MARTA.

Formalmente, Roswein, y dejando á un lado la poesía, ¿quisierais gozar hoy de esa felicidad?

ROSWEIN.

¡Sí, Marta! sí, siempre que volviera yo á encontrar, con mi miseria y mi obscuridad, la paz ¡la paz divina de mis primeros años!

MARTA.

La paz está en el corazón.

ROSWEIN.

No está en el mío. Ni en mi corazón, ni en mi espíritu. Jamás.

MARTA, friamente

¿Qué queréis que yo os diga, amigo mío? Tanto peor. [Se voltea.]

ROSWEIN.

Estuve á punto de ser sacerdote, —¿sabíais eso? El anciano párroco de San—Jacobo me tenía grande afecto. Me daba zapatos y me enseñaba latín. Quería instruirme para que pudiera yo ser su sucesor Todavía vive Me he visto tentado algunas veces de hacerle una visita Aquel pobre curato, con su pa-

tio lleno de muzgo, su tilo y su fuente, me parecía un asilo encantado ¿Por qué no? Yo sería un buen cura de aldea No me faltaría nada—¡ sólo la fe!

MARTA, con viveza.

Si queréis desatinar delante de mí, señor Roswein, os ruego que sea sobre otros asuntos.

ROSWEIN.

¡ Ah ! ¡ os da cólera, según veo ! ¡ vos colérica ! ¿ Pues qué, hay sangre en venas de mármol ? ¿ el mar de hielo también tiene tempestades ?

MARTA, levantándose.

Parece que deseais estar solo.

ROSWEIN.

Os he ofendido os he ofendido ¡ Perdón ! Es la primera vez en mi vida, y será la última Marta, bien veo que debo alejarme de vos Este papel debe causaros pena; esa máscara de frialdad y de dureza que lleváis sólo para mí, debe pesaros demasiado Yo os libraré de ese peso Ya no me volveréis á ver. Os prometo que no volveré á pisar esta casa, tan querida para mí Antes debiera yo haberos comprendido Os comprendía pero me faltaba el valor. Ahora, está tomada mi resolución, confiad en ella Solamente os ruego que no nos separemos enojosamente dadme la mano la mano como un grato recuerdo recuerdo fraternal. [Marta, que se ha vuelto á sentar, le tiende la mano; Roswein la lleva á sus labios, diciendo en vos baja.] ¡ Adios ! ¡ adios ! (Marta vuelve la cabeza, mientras que el joven entra á la parte menos iluminada de la habitación.)

MARTA, después de un momento.

¿ Y mi padre, Andrés ?

ROSWEIN.

¡Pobre anciano! . . . al menos, que no me crea ingrato, Marta, os lo ruego. Decidle todo cuanto antes. Decidle la verdad.

MARTA

La verdad . . . ¿Será necesario que yo la aliviene, Andrés?

ROSWEIN

Decidle que yo os amaba y que vos no me amabais, y le habréis dicho todo.

MARTA, en voz baja

Yo no os amaba . . . no, no podía amaros. Otro género de sentimientos me separaban de vos para siempre.

ROSWEIN

¿Otro género de sentimientos? . . . ¡Vaya! . . . este es el último golpe . . . Yo creía que vos no amarais más que al cielo.

MARTA.

Yo no podía amaros, Andrés, y eso es una felicidad, permitidme que os lo diga, una felicidad para los dos, — para vos sobre todo. La existencia que os está reservada no a límite trabas ni estorbos, tampoco a límites prematuras . . . Vuestro porvenir quedaría limitado al humilde sueño de vuestra juventud. ¡Nunca me hubiera yo perdonado el haber encajonado a la sombra del hogar doméstico vuestra hermosa vida de artista!

ROSWEIN

¡La vida de artista me es odiosa! . . . Desde que la conozco, mi amor por vos ha aumentado el odio que

ella me inspira. De hoy en adelante ya no tengo contra ella ni sostén ni refugio . . . ¡Hará de mí lo que quiera, . . . sea! pero, por favor, al menos no me la ensalcéis.

MARTA.

¿Pues qué tiene de terrible esa vida? No lo puedo comprender.

ROSWEIN.

¡Ah! vuestro padre me comprendería . . . El sabe demasiado que esa hermosa vida de artista no tiene su morada en esas alturas ideales donde vos lo contempláis, y donde yo también la veía otras veces, — ¡entre nubes de oro y bajo lluvias de flores! El sabe en que abismos se precipita, entre estas fugitivas apoteosis. ¡No sin razón, Marta, aplasta él con su desprecio á toda esa concurrencia que frecuenta las regiones malsanas del taller y de la taberna, de los bastidores y del *boudoir*, — á esa turba vanidosa de almas marchitas, de imaginaciones cansadas y de corazones enfermos, que devoran, entre el ruido de estrepitosas carcajadas y de ahogado llanto, pasiones frenéticas y pensamientos desenfrenados! . . . ¡Un Erebo cubierto de llamas y de tinieblas! ¡Un mundo fuera de la verdad; un mundo fuera de la ley, que subleva — y que arrebató! ¡Vuestro padre sabe todo esto! ¡También sabe qué embriagueces circulan en la atmósfera de orgía que allí se respira . . . qué monstruos produce ese ardiente caos, y cuán difícil es, al mejor de nosotros, defendernos de ellos!

MARTA

Vos, al menos, os defenderéis, Andrés. Yo os conozco.

ROSWEIN.

Vos me conocéis, Marta; . . . sí, después de tantos años que mi vida ha sido hermana de la vuestra, debéis

conocerme . . . y creéis que yo he nacido para el bien, ¿no es verdad?

MARTA.

Vos ó ninguno.

ROSWEIN, con animación.

Si, me hacéis justicia . . . ¡ Dios sabe que yo amaba el bien como amo el espectáculo radiante de este firmamento! ¡ También cuántas amarguras me da á beber este mundo! . . . Y sin embargo, me turba . . . me impregna á pesar mío de sus venenos . . . ¡ A los nobles tormentos del arte y del trabajo mezcla no sé qué ardimientos importunos . . . qué insomnios perversos! ¡ Ha atado á mi espalda no sé que jirones de la túnica del centauro! . . . ¡ Ah! ¡ los que de entre nosotros tienen á su lado una madre, una hermana, una familia, cualquiera que les traiga á la memoria á Dios . . . esos son felices! ¡ Tienen el remedio al lado del mal . . . pueden todos los días fortalecer su alma, su talento, su honor, en la fuente del deber y de la eterna verdad! Pero yo, estoy solo . . . Esta vida facticia me envuelve y se apodera de mí sin descanso. Yo no descansaba más que en vos, querida Marta, por el presente y para el porvenir. ¡ Cuántas veces vuestra dulce imagen ha ido á bendecir mis horas de prueba, llevándome el valor, ó al menos el remordimiento! La paz que yo busco, sólo la encontraba en vuestros ojos; al tocar vuestra mano . . . aún en sueños, penetraba en mi corazón esa fuerza que me falta . . . ¡ Ay, Dios! vivir aquí, entre vuestro padre y vos, en la santa y tranquila serenidad de vuestro hogar, bajo el encanto de vuestro semblante, bajo la inspiración de vuestra belleza, bajo la custodia de vuestra virtud! . . . ¡ vivir aquí, morir aquí! . . . ¡ Ay! ¿ porqué llegué á tener tal pensamiento?

MARTA.

Ese pensamiento, sed justo Andrés . . . ¿ he perdonado algún medio para alejarlo de vuestra mente?

ROSWEIN.

Ninguno . . . Cerca de vos, no podía yo engañarme; vuestra acogida, vuestro lenguaje, vuestro mismo silencio,—durante un año,—me revelaban que vos no me amabáis . . . pero apenas me separaba yo de vos, lo olvidaba todo, . . . me acogía yo á la más leve sombra de esperanza, . . . evocaba yo el recuerdo de una mirada menos severa, de una palabra más tierna, escapada á vuestra conmiseración, y eso me tranquilizaba . . . —Hace algunos meses, viéndoos con menos frecuencia, acariciaba más lisonjeras ilusiones; trataba yo de persuadirme que vuestros deberes filiales tal vez comprimirían vuestros secretos sentimientos, que el horror que vuestro padre tiene por el nombre de artista era el único obstáculo que nos separaba . . .

MARTA.

Aunque hubiera sido el único, él hubiera bastado.

• ROSWEIN.

¡ Ah! yo lo hubiera vencido.

MARTA.

Nunca, Andrés.

ROSWEIN.

Tal vez esta misma noche . . . Era un proyecto que he venido acariciando ardientemente en mi imaginación . . . una quimera con que me regocijaba yo todavía hace una hora, al llegar aquí . . . y que se desvaneció con vuestra primera mirada . . . Así es que ahora, que mi ópera se hunda ó que se aleje hasta las nubes, os juro que me tiene sin cuidado.

MARTA.

¿ Cómo? . . . ¿ Por qué? . . . ¿ Creís que vuestro éxito cambiaría las ideas de mi padre?

ROSWEIN.

Poco lo creo; . . . sin embargo, á pesar suyo, me tendría mayor estimación . . . Sabéis como yo, Marta, hasta que punto lo conmueven y lo exaltan los triunfos del teatro, que fueron la ambición de su juventud . . . Me serviría de arma contra él su única debilidad . . . Si alcanzaba buen éxito, me regocijaba con la idea de venir á sorprenderlo en su retiro . . . precisamente en el momento en que menos creería que me acordaba yo de él, hubiera corrido . . . sí, y de rodillas le hubiera ofrecido mi reciente gloria, palpitante todavía . . . ¡El hubiera olvidado al artista . . . me hubiera abierto sus brazos . . . me hubiera llamado su hijo . . . me hubiera concedido todo!

MARTA, con voz ahogada.

Intentadlo.

ROSWEIN.

¡Marta! ¿qué me decís?

MARTA.

¡Silencio! Ahí está mi padre.

ROSWEIN.

¡Bondad del cielo!

MARTA, ROSWEIN, SERTORIO, entrando, muy engalanado, con una luz en cada mano y avanza como un relicario.

SERTORIO.

Vamos, venid á verme despacio . . . ¡Eh! ¿dónde están estos niños?—¡Roswein! (Viéndolo) ¡Ay! ¡qué turbado estás, muchacho! Nunca me habías visto tan

guapo, ¿eh? En este momento están viendo tus ojos el traje completo que vestía yo en aquella famosa noche en que me quedé petrificado ante mi augusto auditorio . . . Hebillas de oro, chorrera de malinas, frac tabaco y chaleco rameado,—con pájaros en la faltriquera . . . ¡Vamos, Marta, por fin; ¿cómo me encuentras? porque ninguno de los dos dice una palabra . . . ¿Acaso estoy ridículo?

MARTA.

Estáis muy bien, padre mío.

ROSWEIN.

Estáis encantador y majestuoso . . . Necesito daros un abrazo.

SERTORIO.

¿Qué te sucede? . . . ¿Quieres devorarte mi chorrera? Déjame en paz.—Admirame de lejos, si quieres, y aun me empeño en ello; así podrás tener idea, joven de cómo se presentaba un artista en mi tiempo: la severidad unida discretamente á la elegancia.

ROSWEIN.

Os falta el polvo.

SERTORIO.

¡Nada me falta, muchacho!—Partamos, hija mía, vamos á silbar á este joven insolente.

MARTA.

¡Partamos!—Un apretón de manos, Roswein, y mucho valor [En voz baja.] ¡Hasta luego!

SERTORIO, apretándole las dos manos.

Ea! calma, mucha calma.—Si quieres, fuma mientras esperas á Carnioli; atendida la gravedad de las cir-

circunstancias, te permito que envenenes mi domicilio. (Al llegar á la puerta, se vuelve.) ¡Ah! oye, muchacho, si has compuesto música de taberna, de gorgoros de ópera-cómica, vale más que me lo digas desde luego, antes que exponer á tu viejo maestro á una afrenta escandalosa.

MARTA.

No hay nada de gorgoros; ya lo veréis, padre mío.

Vámonos.

ROSWEIN, solo.

¿Es verdad? ¿es posible? ¡Con que ella me amaba! ¡conque ella me ama! ¡me he salvado! ¡Ya no más zozobras, no más vértigos, no más combates, no más infierno! ¡Dios mío! os doy gracias y os bendigo desde el fondo de mi alma. [Se acerca á la ventana al oír el ruido del coche que lleva á Sertorio y á Marta: lo sigue con la mirada en medio de la oscuridad creciente.] ¡Me ama! ¡Esplendor del cielo, me parece que os veo por la primera vez! ¡Purísima claridad de las estrellas, canto de las olas, brisas italianas, os vuelvo á sentir, y me inundáis el corazón! [Da algunos pasos en el cuarto.] ¡Su esposo, ó casta visión de mis agitadas noches, ya no eres un sueño! [Mira en derredor.] Yo amo este cuarto, estos objetos familiares, estos muebles que toca á menudo con su mano aún este aire que agita el roce de su vestido Encerraría yo mi vida en este santuario ¡Qué placer el trabajar cerca de ella! Cuando venía yo con Carnioli, en la noche, bajo esta ventana, la veía yo, ya inclinada sobre su aguja de hada, graciosa é inmóvil como la estatua de la virtud doméstica, ó ya irguiendo la cabeza, para escuchar mejor á su padre, su cabeza pensativa y grave como la de una musa Me parecía tener á la vista un cuadro de un mundo superior de una vida mejor que la de los hombres ¡Y voy á tomar mi lugar entre estas dos creaturas de Dios! ¡Me ama! ¡Cuán profunda tranquilidad he sentido repentinamente! Mi cerebro estaba lleno de desorden y de tempestades ¡El soplo de un ángel ha pasado

sobre mi frente! Experimento una paz inmensa, feliz (Después de una pausa.) Ahora todo me es igual [Encendiendo un cigarro.] Si caigo esta noche en San-Carlos, sufriré una contrariedad, es indudable, y muy grande; pero yo me levantaré en otra ocasión ¡Me cantan cien óperas en la cabeza! será un aplazamiento, nada más (Se sienta en el sillón de Sertorio.) ¡Sí! ¡estoy hecho pedazos! Quisiera yo que me dejaran aquí tranquilo toda la noche. ¡Mira el cielo, medita y murmura frases entrecortadas.) ¡No, no la engañaré jamás, nunca le haré derramar una lágrima, jamás! Acres seducciones, espectros ardientes, magas fingidas, os desafío, la sombra de sus alas os hará pedazos.—¡Qué cansado estoy!

UNA VOZ, afuera.

¡Roswein!
terrible instante!

¡Andrea mío! [En recitado.] É venuto il

ROSWEIN.

¿Quién me llama?

LA VOZ.

¡Baja, animal!

ROSWEIN.

Es Carnioli.—Caballero, yo no dirijo la orquesta, ¿lo sabéis? No tengo que hacer allá abajo Dejadme aquí, os lo suplico.

CARNIOLI, desde afuera.

¡Poltrón! ¿Bajarás? [En recitado.] S'il figlio m' abbandona, io son perduto!

ROSWEIN.

¡Mi buen caballero! ¡Uf! ¡diablo de hombre! ¡Vamos!

II

EN EL CAMINO DE POZZUOLI A NAPOLES.

ROSWEIN, EL CABALLERO CARNIOLI. Van en un coche ligero que el mismo Carnioli lleva á rienda suelta.

CARNIOLI.

En una palabra, y dándole al asunto su nombre mortal, ¿quieres casarte?

ROSWEIN.

Quiero casarme.

CARNIOLI.

Bueno. ¿Quieres casarte con la güera hija del señor Sertorio, ese viejo loco de genio?

ROSWEIN.

Precisamente, Excelencia.

CARNIOLI.

Muy bien.—¿Y crees que yo lo permitiré?

ROSWEIN.

Pero, ¿qué os importa?

CARNIOLI.

¡Que qué me importa, miserable! ¡Más me gustaría sepultarte de cabeza en este montón de piedras! (á un transeunte.) ¡Cuidado imbécil!....

ROSWEIN.

¿Acaso vos amáis á esa jóven?

CARNIOLI.

¡Me tiene sin cuidado tu jóven, tonto! ¡Yo me intereso por tu talento, que es mi obra, que es mi felicidad y mi gloria, y que, mientras yo viva, no has de ahogar en la olla del puchero de tu hogar doméstico! ¡Casarte, triple idiota! ¿Acaso ignoras que el matrimonio es una de esas leyes feroces de la naturaleza que absorven al individuo para conservar la especie?

ROSWEIN.

¿Vuestra Excelencia me da un chiste por un argumento?

CARNIOLI.

¡No me llames Excelencia, y obedéceme, perillán! Ya te digo que tu genio me pertenece, y que te prohíbo colocarlo bajo el innoble apagador del matrimonio.

ROSWEIN.

¿Quisieráis decirme, caballero, por qué el matrimonio es un apagador?

CARNIOLI.

¿Por qué?.... Porque el opio hace dormir,.... porque el agua apaga el fuego,.... porque eso es fatal, ¿entienles? Porque hay en ese estado de torpeza vege-

tativa y de adormecimiento beatífico que se llama la felicidad de ser esposo y la felicidad de ser padre, . . . hay, digo, una virtud petrificante que os va impregnando poco á poco los lóbulos intelectuales y que os cristaliza el cerebro como el interior de un panal de miel . . . Un artista casado es un artista finado. Es esposo, es padre, es ciudadano, todo lo que tú quieras; pero el poeta murió . . . ¡Vaya, mira á Rossini, el gran artista, se casó; y qué hace ahora?— ¡Pesca con caña! Es por lo que te digo esto: si pues amas á esa joven, hazla tu querida, si quieres: . . . pero tu mujer, . . . yo te lo prohibo.

ROSWEIN.

Esa es vuestra moral; pero no es la mía.

CARNIOLI.

¿Qué es lo que me cantas con tu moral? ¿Desde cuándo la moral es una musa? ¿Cuánto detesto, ¡oh cielos! la moda nauseabunda que hay ahora, de poner en verso, en prosa y en música la honradez, el matrimonio, á Dios, y al Código civil! ¿Cómo me irritan, Señor, con sus cánticos dialogados y su lirismo matrimonial! ¿Por qué no harán callar de una vez á esos pobres rapsodas de sacristía? . . . ¡Vamos á ver! ¿qué afinidades tienes tú con la moral? ¿Eres mayordomo de parroquia? ¿eres cuáquero? ¿eres de la Sociedad bíblica? ¡Bah! ¿eres cristiano siquiera? No, no lo eres. ¡Tú dudas de dios, de la Virgen y de los santos, infame descreído! ¡Tú eres artista, eres poeta, eres pagano . . . Tu moral, es el arte; tu dios, es el arte, y el arte es el diablo. Tu elemento, es el fuego . . . Peor para tí si te atormenta, pero si sales de él ¡perecerás!

ROSWEIN.

Saldré de él. Os he dicho, caballero, que mi alma es muy débil ó muy delicada, . . . poco importa, . . . pero yo no sirvo para la vida de artista. Si supieráis lo

que yo sufro, seriais el primero en darme la mano para sacarme de este torbellino.

CARNIOLI.

¡Sangre de Cristo! ¡pero tú te quejas muchacho de que la novia es demasiado bonita! El exceso de tu sensibilidad te coloca sobre el nivel del vulgo. Dices que tienes calentura, ¡mejor! que tienes los nervios á flor de piel, . . . que estás desollado vivo ¡mejor! que lloras en la noche tu fe perdida y tus amores, tanto mejor . . . Tinieblas en la cabeza é incendio en el corazón, tentaciones desenfrenadas, arrebatos y remordimientos, transportes y desesperaciones desconocidas de la multitud, . . . ¡ese es vuestro destino! ¡ese es vuestro talento! ¡ese es vuestro pan cotidiano! Cada lágrima que derramas es un poema, ¿qué no lo sientes? . . . cada grito que exhalas es una ópera en germen. Cuando sufras has de decir: «¡Bravo! es la gloria que me empuja . . .» Pues bien, ¿sabes por qué el arte está en decadencia? Porque no sois demasíadamente desgraciados, ¡bellacos sublimes! . . . porque no os morís de hambre en una bohardilla como antes, en los buenos tiempos del arte; porque se os paga demasiado caro y se os alimenta muy bien . . .

ROSWEIN.

Deberían sacarnos los ojos y clavarnos de los pies, eso sería lo más sencillo.

CARNIOLI.

¡Vaya! ¡vaya! Andrés mío, . . . convengo en que he estado algo duro; pero es porque esa espantosa idea de matrimonio me ha puesto fuera de mí; pero sabes que te amo como á mi hijo, como á la niña de mis ojos . . .

ROSWEIN.

Si me amáis, caballero, por dios, dejadme ser feliz á mi manera.

CARNIOLI, exasperado de nuevo.

¡A tu manera! . . . ¡a la manera de un gorro de dormir! ¡a la manera de una cucurbitácea! ¡a la manera de ese pobre burgués que va ahí, . . . con su levita azul claro! (El burgués, que va acompañado de su familia, se vuelve sorprendido. Carnioli lo interpela directamente.) ¡Si, señor, sois un asno, vos, vuestra mujer y vuestros cuatro hijos! . . . ¡Y se ríe, este animal! ¡Pues bien, miralo; así serías tú!

ROSWEIN, riéndose.

Es lo que deseo.

CARNIOLI.

¡Qué redomado pícaro eres! . . . Me exalto, es verdad; hago mal . . . No te ofendas mis injurias; . . . salen de un corazón que te adora, ya lo sabes . . . Vamos á razonar á sangre fría, no quiero otra cosa . . . ¿Dices que quieres ser feliz? Si lo fueras en esa vida que sueñas, te amo mucho, si, te amo mucho, ¡lléveme el diablo si no! para sacrificar mi dicha á la tuya; . . . ¿Pero qué creatura puede ser feliz en este mundo fuera de su ruta, fuera de su destino? . . . Mira allá abajo ese hermoso navío, . . . todavía lo puedes ver, . . . en la punta de Ischia; . . . se va de aquí, á velas desplegadas, se dirige al libre Océano para seguir su magnífica carrera, ya bajo el ardiente sol, ya bajo las tempestades, un día tropieza contra terrible escollo, al día siguiente toca afortunadas playas . . . Pues bien, suponte que una fuerza cualquiera lo precipita súbitamente en un estanque de patos, en una alberca de pueblo, y lo condena á podrirse eternamente como restos fósiles . . . ¡figúrate esto y figúrate que ese navío tiene alma . . . ¿Sería feliz? ¿Lo crees tú acaso?

ROSWEIN.

¿Qué me importa á mí eso? Yo, si lo sería.

CARNIOLI.

¡No lo serías, te lo aseguro! ¡No tendrías más que la felicidad de esos monjes relajados á quienes una falsa vocación empuja al claustro y que mueren de consunción mordiendo las rejas de su celda!

ROSWEIN.

¡Bah! ¡puras frases!

CARNIOLI.

¡Frases, tunante impertinente! . . . Pero ya lo dije, no quiero enojarme contigo en esta noche gloriosa, aunque me insultaras del modo más grosero . . . No, amigo mío, no son frases. Tu pretendida vocación por la tranquilidad de la vida en familia no es más que un entusiasmo pasajero . . . En este momento estás agotado por el trabajo, por las emociones y por la inquietud; experimentas el hastío efímero que hace soñar el campo al día siguiente de una orgía ó la víspera de una batalla . . . No es otra cosa, créeme. No te prepares amargos arrepentimientos; . . . no te sumerjas, en la flor de tu edad, en esos helados limbos del himeneo . . . ¡Demonio! ¿lo has reflexionado? . . . ¡quieres adormecer en un nido de marmota la imaginación de un poeta, . . . encerrar en la prisión de un enano las pasiones de un gigante, . . . y te haces la ilusión de que vas á gozar de la felicidad de un burgués, porque vas á habitar bajo su concha! . . . ¿Crees acaso que comprimiendo las fuerzas expansivas de tu sangre y de tu espíritu las vas á aniquilar? ¡No! ¡antes serás devorado por ellas! . . . ¡Serás, permíteme la comparación, como una locomotora descarrilada que consume esterilmente su propio vapor en el fondo de un tunel; . . . sentirás tus alas cortadas extenderse dolorosamente hacia el espacio, como esos mutilados que sienten dolores en miembros que ya no tienen! ¡Hablas de las miserias de la vida de artista; al menos son fecundas! ¿Te atreves á comparar-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

30161

®

BIBLIOTECA ALFONSO REYES

las con esas torturas tanto más punzantes cuanto son inútiles?... Y, vamos á ver, ¿conoces tú la vida de artista?... Apenas has emprendido el vuelo;... haste ahora no conoces más que sus molestias.... Espera, antes de juzgarla, que te haya dado todo lo que promete á un genio como el tuyo, y entonces, cuando tengas oro como un Judío, mujeres... como un Turco, gloria como un dios,.... entonces, te permitiré casarte con las once mil vírgenes, si te lo pide el corazón.... —¡Ah! ¡desgraciado! ¡si supieras en que términos me hablaba de tí, no hace veinte minutos, la mujer más hermosa de Italia!

ROSWEIN.

¿Quién? ¿vuestra princesa?

CARNIOLI.

No era mi princesa, mono irrespetuoso. Es la viuda más noble y más virtuosa así como la mejor formada de este planeta. La princesa Leonor Falconieri.... que está emparentada con los Colonna de Roma, con los Doria de Génova, con los Zustiniani de Venecia, y con la casa de Este, por añadidura, ¿lo oyes, ratero?... Pero, si la conoces, la has visto en el baile del embajador de España, donde te llevé el lunes último.

ROSWEIN.

¿Es la señora con quien bailasteis wals?... Como de treinta años.... un poco alta,.... de pelo negro como las alas del cuervo.... con un aire de tempestad.... y espaldas antiguas que ondulan como mármol líquido cuando las cubre con su vestido?

CARNIOLI.

¡Ah! ¡perfectamente! ¿con que has observado todo eso, amiguito mío, y quieres casarte? ¡Pardiez! ¡yo te aseguro que á cada paso verías esas espaldas entre

tu mujer y tú!.... ¡Pues bien! esa magnífica mujer me hablaba de tí no hace mucho tiempo.

ROSWEIN.

Y ¿qué os decía?

CARNIOLI.

Me decía, escucha bien,.... ¡una mujer altiva á la que sólo se acerca uno de rodillas!.... me decía: « Mi querido embajador, ¿qué no me presentaréis algún día á ese eminente joven? »

ROSWEIN, riéndose.

¿Eso fué todo?

CARNIOLI.

¿Pues qué más quieres, bandido sin vergüenza? ¿Tal vez querrias que comenzara por venir á alojarse en tu posada?

ROSWEIN.

Hablemos de cosas serias, caballero, porque ya vamos á llegar. Mucho me contrariaría el que no asistierais á mi matrimonio..... ¿Siempre os marcháis mañana para Madrid?

CARNIOLI.

¡Antes de marcharme te levantaré la tapa de los sesos!.... ¡No, indudablemente, tú estás loco! ¡Si te casaras siquiera con una italiana!.... sería pasadero al menos.... Pero no, la hija de Sertorio,.... ¡una muchacha color de rosa! una especie de Holandesa que cultivará tulipanes en tu corazón—y que te formará, con mucha flema, una legión de chiquillos, como se hacen bombas de jabón!

ROSWEIN.

Así lo espero. Cuando volváis de España, caballero, os tirarán de las barbas. Eso os dará gusto.—¡Bah! ¡ los habéis de querer!

CARNIOLI.

¡ Les torcería yo, el pescuezo! [Llegan al peristilo del teatro de San-Carlos: dos lacayos toman las riendas. Carnioli salta á tierra.] ¡ Veamos! Roswein, júrame que abandonarás ese capricho de escrofuloso, porque si persistes en él te voy á preparar una trama espantosa, aunque me cueste cien mil escudos!

ROSWEIN.

Haced lo que os plazca, Excelencia.

CARNIOLI.

¡ Ingrato! ¡ desarrapado! . . . ¿ Qué tú no entras?

ROSWEIN.

No, por cierto, nada tengo que hacer allá dentro . . . Voy á dar vueltas á la plaza y á fumar hasta que me venga el fastidio.

CARNIOLI, sacando su pureta.

Toma, aquí hay tabacos como no los has fumado nunca, ¡ truan! ¡ No importa, véte! . . . tu opera está perdida, puedes estar tranquilo. [Entra al teatro]



III

La sala ó patio del teatro de San-Carlos. Movimiento, animación, esplendor de una primera representación. Cae el telón después del segundo acto en medio de aplausos entusiastas. El palco de la princesa Falconieri se llena de visitas.

LEONOR PRINCESA FALCONIERI, JULIA, MARQUESA NARNI, las dos sentadas adelante LADY WILSON; EL PRINCIPE KALISCH, EL MARQUES DE SORA, SEÑORITAS Y CABALLEROS, después CARNIOLI.

LEONOR.

¡ Esta música es un sueño del cielo!

EL MARQUES DE SORA.

¿ Sabéis que el poema es también obra del joven maestro?

VARIAS VOCES.

¡ El Taso! . . . ¡ Mercadante! . . . ¡ Rossini! ¡ Estreno de gigante!

LA MARQUESA NARNI.

Muy hermoso, si se quiere, pero para mi muy científico.

EL PRINCIPE KALISCH.

Para mi también. ¡ Puf!

LEONOR.

Sospecho, príncipe Halisch, que vos apreciaréis principalmente, en materia de música, el sonido marcial del tambor.

¡Cielos! estáis más roja que una fresa de los Alpes, querida marquesa . . . ¿Estáis indispuesta?

LA MARQUESA, secamente.

No.—¿ Vos conocéis, mi querida amiga, al autor de esta cencerrada flamenca?

LEONOR.

Lo conozco tan poco, querida amiga, que esta noche he oído por primera vez su nombre, y eso de vuestros labios . . . Es muy extraño que el caballero Carnioli no me haya hablado nunca de Roswein, pues, según dicen, él se lo encontró.

LA MARQUESA.

El caballero ha de haber tenido algo más interesante de que hablaros, querida amiga.

LEONOR.

Probablemente, querida.—Príncipe Kalisch, ¿qué es verdad que en el Cáucaso una bala de cañón os llevó las dos orejas? . . . Eso me explicaría, hasta cierto punto, vuestro gusto musical.

EL PRINCEPE KALISCH.

Esas son historias burlescas, princesa. Os juro que nunca me ha sucedido cosa semejante.

LEONOR.

¡ Ah! ¡ si me lo juráis! . . . ¿Cómo, Julia, nos dejáis?

LA MARQUESA.

Sí, esta música bátava me es insoportable. Otro acto me mataría.—Príncipe Kalisch, ¿ podéis ofrecerme vuestro brazo hasta mi coche?

LEONOR.

Ciertamente, y hasta la Siberia, no es verdad, príncipe delicioso? . . . —Adios, querida hija mía.

LA MARQUESA.

Adiós, querida amiga mía. [La marquesa se pone el abrigo y sale, seguida del príncipe Kalisch.]

LEONOR.

Para divertirse una no tiene igual el príncipe Kalisch.

EL MARQUES DE SORA.

Lo habéis tratado con crueldad esta noche, señora.

LEONOR.

Dios mío, ha sido únicamente por cariño á mi querida Narni, . . . pero parece que no hay remedio . . .

CARNIOLI en la puerta del palco.

Y bien, ¿ que se dice por aquí de mi cisne dálmata? [Todos palmotean y gritan: ¡« Bravo! ¡ bravo!»]

EL MARQUES DE SORA.

Ha sido un éxito brillante . . . Creo que estaréis contento.

CARNIOLI.

¡Contento, amigo mío? ¡Estoy desesperado!... ¡Mi cisne es un cobarde, un gallina! Pero qué genio, ¿eh!... ¡Necio! He estado á punto de extrangularlo con mis manos.

¡Bah!... Y ¿por qué razón?

No me habléis de eso, os lo suplico.... ¡Un poeta!... ¡un tonto! pero qué genio, ¿eh!... ¡Vamos, princesa! ¿no es esto obra del genio?

LEONOR.

Lo parece mucho... ¿Y donde está vuestro astro? Se le ha llamado hasta la desesperación: ¿porqué no se ha presentado?

CARNIOLI.

¿Qué sé yo? Anda vagando por las calles como un insensato, todos los maquinistas corren tras él; es divertido esto. ¡Anda, miserable! —¡Ah! ¿qué se ha hecho la marquesa Julia? Creí haberla visto á vuestro lado.

LEONOR.

Acaba de irse.

CARNIOLI.

¡Ah! ¡barbara! ¿está enferma?

LEONOR.

No. Le pareció muy sabia esta música, y se marchó con el príncipe Kalisch, al cual no le ve el mismo inconveniente. Pero, decidme, caballero, ¿dónde habéis encontrado vuestro prodigio? ¿Qué hay de verdad en todo lo que se cuenta de él?

CARNIOLI exaltado.

No sé lo que se cuenta, pero he aquí la verdad. Fui encargado de una misión en Turquía, para los Santos Lugares, hará unos doce años.... Tuve el autojo de regresar por tierra costeano el Adriático.... ¡una impresión!—Atravesé la Dalmacia de un extremo á otro; un país soberbio, más hermoso que éste, el clima de la isla de Calipso, y un pueblo tallado como los bajos-relieves de Ninive; pero, desgraciadamente, con una música de Hotentotes.... No tienen más que un instrumento, figuraos, y este instrumento no tiene más que una cuerda, fijas bien.... A eso llaman una *guzla*. Cuando lo tocan parece que es ornudan en un caldero... Junto á este instrumento es un progreso el organillo para enseñar canarios.—Al pronto aquello me causó risa; yo soy un viajero muy complaciente, he comido queso en Suiza.... pero, ¡á fe mía! oír la misma nota.... sobre la misma cuerda... del mismo instrumento, durante ciento ochenta leguas, ¡era demasiado! Desde el segundo día de este régimen caí en una melancolía que pronto degeneró en marasmo.... y llegó tiempo en que la más lejana vibración de esta guimbarda nacional me arrancaba sollozos doloridos.... Los postillones se figuraron que era yo un huérfano....

LEONOR.

¡Está tonto este Carnioli!

CARNIOLI

Lo estaba ya, princesa, cuando una tarde,—unas cuantas leguas antes de Jiume, en una aldehuela fresca y alegre, asentada bajo la sombra de los tilos, entre las montañas y el mar, como una ninfa que se baña los pies....—remudaba yo caballos y me tapaba las orejas.... De repente me parece escuchar los ecos de un arpa, de un piano,.... no sé qué,.... sonidos, humanos, al menos.... Me lance del carruaje.... Era un violín,.... un simple violín atormentado por una mano

ignorante, pero inspirada, . . . una armonía salvaje, fantástica, admirable, sonidos inauditos corriendo como duendes sobre un océano de tórceras, de quintas, de acordes eólicos . . . Pensó que el alma de Paganini había reencarnado en aquella aldea . . . Pregunto á un anciano biblico, de larga barba blanca, que tomaba el fresco en el dintel de su puerta . . . Me señaló con el dedo una especie de claravoya . . . un agujero hecho en la fachada de su granja, — y allí veo á un muñeco vestido de andrajos, pegado á un violín de cuatro sueldos, en el cual se ejercitaba con el ardor frenético de una ardilla que hace dar vueltas á su jaula.

LEONOR.

¡ Pobre inocente !

CARNIOLI.

El cura de la aldea pasaba por allí . . . Lo aturlo á preguntas . . . El muchacho ya no tenía padre ni madre; lo mantenían de caridad en aquel cortijo, donde él se ocupaba en cuidar las cabras.

LEONOR.

¡ Apolo entre los pastores !

CARNIOLI.

Exactamente. Aquel excelente cura le había enseñado todo lo que él sabía, un poco de latín y música. Me habló con espanto de los sorprendentes progresos de su discípulo: no estaba lejos de creer que era un poseído. — Entre tanto, Apolo había bajado de su chiribitil, y, para completar mi asombro, me cantó, acompañado de su violincito, ¿ á que no adivináis ? . . . La quinta egloga de Virgilio, la muerte de Dafne . . . *Cur non, mopse boni* . . . ¡ Una ópera en latín ! . . . No puedo resistir, . . . le salté al cuello. « ¡ Pero tú eres un genio, muchacho ! le dije, vente conmigo, y te doy mi pa-

labra de honor de que en quince años serás un grande hombre ! »

LEONOR.

¿ Y él os siguió, por supuesto ?

CARNIOLI.

Vacilaba . . . Primero me saludó con grandes carabanas riéndose á carcajadas, después sacudió la cabeza con aire pensativo, repitiendo en voz baja: « ¡ No, no, . . . Silvia . . . Silvia ! . . . » Al oír Silva, me figuré naturalmente un amorcillo pastoril nacido antes de tiempo en el corazón del poeta . . . ¡ Bien ! ¿ quién es tu Silvia, le dije: la adopto, . . . también me la llevo; . . . la educó contigo, y te casarás con ella. Vé á buscármela. » Dió un salto y desapareció, y un minuto después volvió llevando en brazos una cabrita blanca y negra; era Silvia.

LADY WILSON.

¡ Oh ! ¡ qué gracioso !

CARNIOLI.

Trató de comprarla inmediatamente. El anciano biblico, su dueño, que, entre paréntesis, carecía de delicadeza, me pidió su peso en oro . . . Mientras hacía yo mi trato con aquel venerable estafador, pude advertir que al rededor de mi carruaje se formaban grupos amenazadores, — amotinados, según creo, por el valiente cura, — que, en el fondo, no era más que un bellaco . . . Estaba furioso porque iba á perder su fenómeno, tanto más, cuanto que le ayudaba la misa todos los días . . .

LEONOR.

¡ El santo varón quería al muchacho hasta la necesidad !

CARNIOLI.

Si os parece . . . Pero eso no era una razón para que desencañenara contra mí las supersticiones menos ortodoxas del pueblo . . . Debido á sus buenos cuidados la palabra vampiro empezaba á circular entre la multitud . . . Viendo aquel estado de cosas, me apresuré á concluir mi contrato con el barba blanca, que, en definitiva, recibió por su cabra el precio de un buey,—y me puse en salvo con mi presa, marchando á la carrera, no sin haber recogido antes, bajo la forma de una granizada de piedras, las bendiciones de aquel pueblo pastor . . .

Tal es la historia, princesa.

LEONOR.

Es una novela.—Y vos lo habeis cumplido la palabra al muchacho; ahora es un grande hombre.

CARNIOLI.

Me lisongo de ello.

LEONOR.

Y ¿cómo se viste este antiguo salvaje!

CARNIOLI.

De frac negro y de guantes paja, como vos y como yo.

LADY WILSON.

¿Y Sylvia, caballero? Me intereso mucho por ese animal. ¿Creis que el maestro quisiera venderla?

CARNIOLI.

Silvia, milady, murió de nostalgia durante el camino . . . y lo que estuvo chistoso, fué que yo regué su

tumba con mis lágrimas Figuraos que, para darle gusto á mi joven Dálmata, tuve la atención de enterar á su favorita bajo los bosquecillos de un bonito parque que poso en los alrededores de Mantua. Yc había presidido el duelo, compungido, como lo exigía la ocasión. Sin embargo, apenas pude conservar mi seriedad, cuando, concluido el entierro, ví á mi perillán colocarse solemnemente, violin en mano, sobre el montoncillo de tierra que formaba el túmulo; pero allí tocó una elegía en la menor de una expresión tan desgarradora, que, á pesar mio, mis ganas de reír se convirtieron en llanto. . . . También mi gran flamenco José, que hacia el oficio de sepulturero, lloraba por su lado.

Entonces le aumenté el sueldo en cincuenta escudos Este mismo José es,—¿ lo creeriais, señora?—este sensible José es el que después fué condenado á galeras por haber matado á su padre en riña! Lo que prueba una vez más que el arte y la naturaleza son dos cosas distintas

LEONOR.

¡ Qué hablador estáis esta noche, Carnioli!
¿ Qué estáis achispado?

CARNIOLI

No, princesa, estoy ebrio. [Se oyen tres golpes en el escenario.] ¡ Ah! va á comenzar el tercer acto Señoras, al entrar á vuestros palcos, cerrad las puertas, suavemente, no arrastréis los asientos, os lo ruego por lo más sagrado que tengáis tanto en la tierra como en el cielo Al alzar el telón vais á oír el coro de las jóvenes Granadinas [Cantando quejumbrosamente] La la la la —La despedida de la Alhambra, ¿ comprendéis? Después sigue el baile triunfal de jóvenes Españoles. (Vivámente) Traderi tradéri traderi Pero lo que es recomiendo sobre todo, es el canto de Boabdil, al final ¡ O patria, dole' é crudel mio tesoro! Ahí, es necesario prosternarse y adorar en silencio

ó queda uno clasificado, en los días que le quedan de vida, entre las madrèporas. [Hablando, saluda á las mujeres y da la mano á los jóvenes que salen del palco.] Por lo demás, el público se ha portado bien Estoy contento de él Si hubiera silbado, habría yo incendiado el teatro estaba yo decidido á ello ¿ No tenéis encargos para Madrid, señoras ? . . . ¡ Ay ! sí, me marcho mañana, esta misma noche [Canturrea] ¡ O patria, dulce é cruel mio tesoro ! . . . Os recomiendo esto, milady. [Desocupan el palco poco á poco; sólo queda Carnioli con Leonor.]

LEONOR, CARNIOLI.

LEONOR, recorriendo con su antejo la concurrencia.

¿ Porqué no me habiais hablado de ese joven ?

CARNIOLI, mirando también con su antejo.

Quería yo daros una sorpresa completa, princesa.

LEONOR.

Sois muy extravagante.— ¡ Ese joven tiene mucho talento !

CARNIOLI.

Está inyectado de él de los pies á la cabeza, — ¡ cobarde ingrato !

LEONOR.

¿ Ha sido ingrato ?

CARNIOLI.

¡ Pardiez ! . . . ¡ Chito ! por favor, escuchad esto. (Levantan el telón, empieza á tocar la orquesta; Carnioli marca el

compás con el pulgar y el indice; el coro de las Granadinas es muy aplaudido.) ¡ Dulce melancolia ! . . . Y vos ¿ no decís nada ? . . . ¡ Una lágrima ! ¡ lloráis ! ¡ Tenéis un bello corazón, princesa ! Decididamente voy á confiaros mis dolores Perderemos el baile, pero no importa Esta noche triunfal está cruelmente envenenada para mi, mi querida princesa El glorioso edificio de mi vida se derrumba si no venis en mi auxilio Salien lo de vuestra casa tuve la espanto a noticia que ha cambiado súbitamente mi alegría en duelo, mis laureles en ciprés Mi poeta me ha dado un golpe de una perversidad atroz: ¡ el traidor quiere casarse !

LEONOR.

¿ Y dónde está el mal ?

CARNIOLI.

¿ Dónde está el mal, princesa ? . . . ¡ No habláis seriamente ! os reis de vuestro servidor ¡ Ay ! ¡ ay ! . . . ¿ Dónde está el mal ? ¡ es delicioso !

LEONOR.

No, verdaderamente, no comprendo.

CARNIOLI, riéndose.

¡ Vaya ! Y ¿ qué queréis que haga una vez casado ? . . . ¿ cultivar un jardín ? . . . ¡ El poeta necesita el aire libre y el desorden de los elementos ! ¡ No veis que si dejamos que esta organización fogosa se sepulte en el letargo de la vida doméstica quedará colocado fatalmente en el número de esos genios privados, de esos talentos vulgares que entre sus comidas tejen óperas de familia y ensartan novelas educativas ! . . . ¿ Vais á citarme á Byron, que se casó y que llevó su entusiasmo hasta el furor ? Es cierto; pero porque tuvo la gran fortuna de ser muy desgraciado en su matrimonio. ¡ Sí no

lo hubiera sido, si su mujer hubiera sabido sobrellevarlo, os aseguro que habría pasado la vida cazando zorros y desecando sus tierras! El mundo ignoraría hoy su nombre.

LEONOR.

¿Y quién os dice que vuestro joven será feliz?

CARNIOLI.

¿Quién me lo ha dicho? ¡Se casa con una santa, mi buena princesa! ¡No hay más que una mujer en el mundo para el cuarto de hora, y es inevitable que este animal se case con ella! Convendréis es que esto es para romperse la cabeza contra la pared!

LEONOR.

¿Quién es esa rara mujer?

CARNIOLI.

Marta Sertorio, la hija del viejo músico alemán que es vuestro vecino en el campo ¡Bah! podéis verla allí abajo, en el paleo de enfrente, aquella niña rubia, transparente, de ojos azules La miran mucho.

LEONOR, mirando con el anteojo.

Pobre niña, está vestida extravagantemente.

CARNIOLI.

Es posible, pero el físico es bueno.

LEONOR.

¿Y la ama mucho?

CARNIOLI.

¡De rodillas!

LEONOR.

Y bien, ¿qué queréis que yo haga?

CARNIOLI, riéndose.

Princesa, ese vínculo funesto que yo no he podido romper, ni con ruegos, ni con amenazas, vos lo reduciréis á cenizas con una sola de vuestras miradas.

CARNIOLI.

¿Por qué? porque me atrevo á suplicaros que hagáis al mundo civilizado en general y á mí en particular, un servicio inmenso—que sólo os costaría una sonrisa . . . una sonrisa, princesa, la sombra de una apariencia, una frívola coquetería, una nada . . . Ya veis la situación: es un grande hombre que se ahoga; para conservarlo á sí mismo, á su arte, á su siglo, sacrificaría sin vacilar uno de mis brazos. ¿No podéis sacrificar una sonrisa? Hé aquí la cuestión.

LEONOR.

Eso es absurdo. Hé aquí la respuesta.

CARNIOLI.

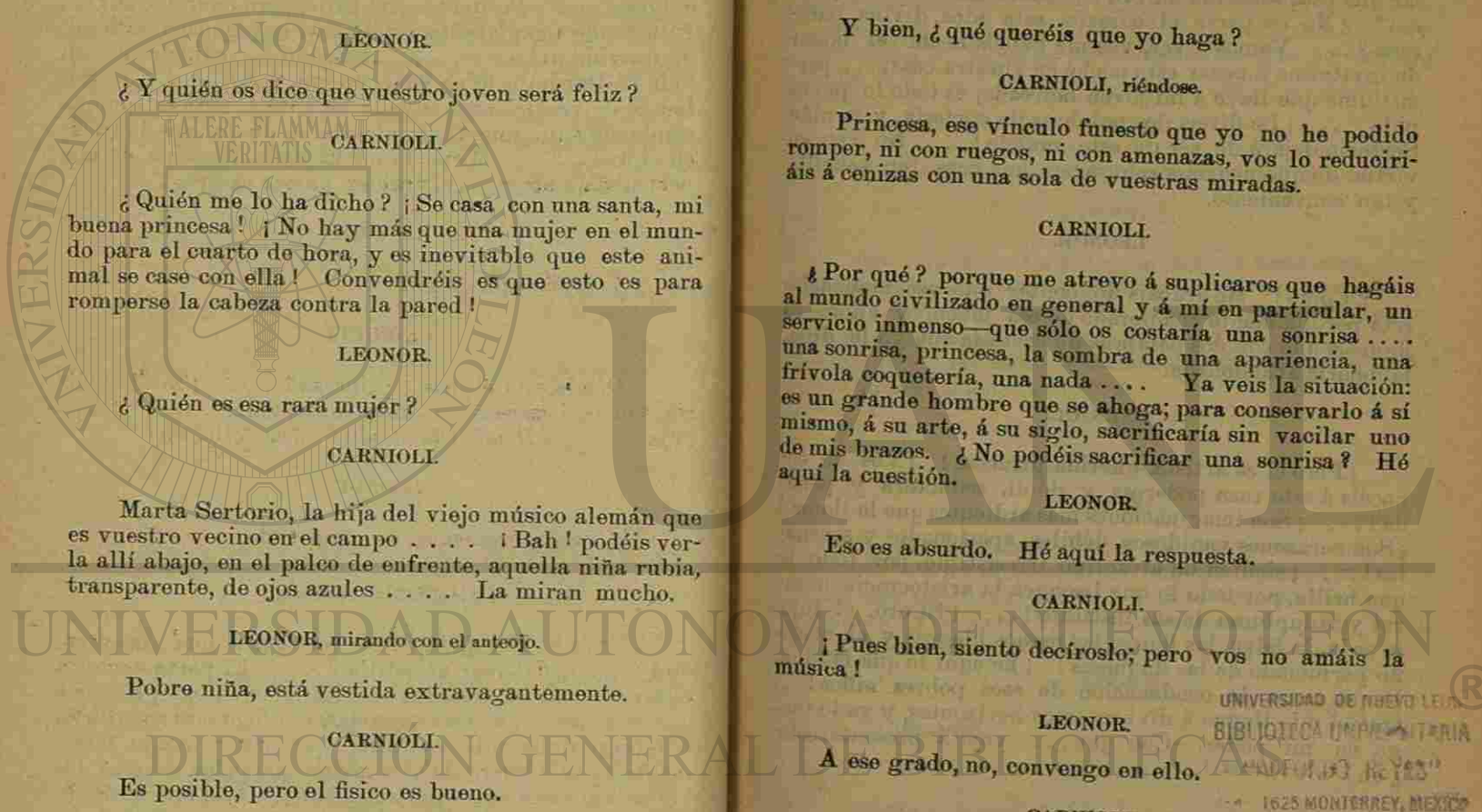
¡Pues bien, siento decirlo; pero vos no amáis la música!

LEONOR.

A ese grado, no, convengo en ello.

CARNIOLI.

¡No la amáis! O se ama como un criminal, ó no se ama . . . ¡Silencio! escuchad bien esto, la cavatina de



CAPILLA ALFONSIANA

Isabel: *La croce trionfa* [Batiendo vivamente una marcha.] Rataplán plan plan (Bravos en el salón: ¡Roswein! ¡Roswein! ¿Habéis oído? ¡Y pensar que esta soberbia aurora no tendrá medio día! ¡Cómo! ¿No os parte el corazón esta idea, divina paincesa? . . . Vamos á ver, vos me habéis hecho el honor de invitarme á cenar esta noche en vuestra casa; . . . permitidme que lleve á mi joven laureado, es todo lo que os pido ¡Le diréis dos palabras de cortesía, y la niña Sertorio dejará de ser de este mundo! . . . No veo en virtud de qué podríais rehusarme una cosa tan sencilla y tan conveniente.

LEONOR.

¡Cómo! Me acabáis de contar que ese muchacho está perdidamente enamorado de esa joven, y ahora os figuráis que con dos palabras de cortesía que yo le diga, la dejaría abandonada.

CARNIOLI.

¡Pero él es artista, querida princesa! ¡Vos no conocéis á esta raza poderosa y débil, seductora y pérfida! . . . ¡Son imaginaciones más ardientes que la llama! ¡Son corazones vanidosos, débiles, apasionados y sensuales! . . . ¡sienten un atractivo irresistible por todo lo que brilla, por todo lo que lisongea la aristocracia natural y voluptuosa de sus instintos! . . . ¡El oro, el lujo, la seda, la felpa, las flores, las manos blancas y el armiño perfumado de las duquesas! ¡he aquí lo que fascina, lo que causa la condenación de esos pobres niños! . . . Que el mío llegue á divisar estos horizontes, y ya lo tengo en mi poder.—Con que . . . voy á presentároslo, ¿eh? (Se levanta.)

LEONOR.

¿Pues qué yo consiento en ser cómplice de vuestras maniobras? . . . Estáis ridículo.

CARNIOLI.

¡Está bien! renuncio á todo (Se vuelve á sentar, pasea su anteojo sobre la concurrencia hablando distraídamente.) Creo que tenéis razón, de todos modos sería trabajo perdido . . . Ahora que veníamos al teatro le hablé de vos,—discretamente, por supuesto,—y la verdad es que no conseguí nada.

LEONOR.

Quiero creer que os estáis chanceando.

CARNIOLI.

No, princesa. Os pido que me lo perdonéis, pero, habiendo agotado mis argumentos y no encontrando ya santo á quien encomendarme para apartar á este desgraciado de su ruina, intenté alucinarlo presentándole,—vagamamente, se entiende,—en una casta nube todo el valor de vuestra inmensa simpatía.

LEONOR.

¡Pero eso no tiene nombre!

CARNIOLI.

¡Sí, es abominable! . . . Os pido perdón humildemente. Pero ya me conocéis: cuando del arte se trata, nada hay para mi sagrado . . . Esas palabras se me escaparon en el torbellino de la conversación. Por lo demás, no insistí en ellas . . .

LEONOR.

Felizmente.

CARNIOLI.

Sobre todo cuando observé el poco interés que él prestó á mi insinuación. Me causó pena . . . El muchacho tiene el corazón más comprometido y la cabeza más sólida de lo que yo me imaginaba.

LEONOR.

En fin, ¿qué le habéis dicho? ¿Hasta que punto me habéis comprometido en el concepto de ese caballero?

CARNIOLI.

¡Comprometido! ¡esa es una exageración, princesa! Lo que le dije únicamente fué que vos me habíais hablado de él con cierto viso de interés, que os habíais dignado expresarme el deseo de verlo un momento, de oírlo en el piano, y dos ó tres frivolidades del mismo género.

LEONOR.

Muy agradecida, en verdad.... Y él respondería como en otro tiempo: "¡Silvia! ¡Silvia!"

CARNIOLI.

¡Silvia *for ever*! ¡Dios mío, sí!

LEONOR.

En una palabra, ¿me habéis expuesto en effgie á los desdenes de ese jovenzuelo?

CARNIOLI.

¡Bah! ¿Y os vais á lastimar por esa bagatela? (Leonor alza los hombros y voltea la cara.) ¡Ah! ¡diantre! Boabdil va á cantar su gran aria, ... Atención, os lo suplico, es el diamante de la obra. [Boabdil canta su aria, que es aplaudida con frenesí. [Si queréis, princesa, contemplar la expresión de un rostro verdaderamente sobrehumano, mirad á la novia del poeta: ¡está admirablemente bella y feliz, se regocija en su gloria y en su amor; es un arcángel en éxtasis delante del Señor!

LEONOR, viéndola con antejo.

Debe estar tísica esa joven. (Termina la ópera: el maestro es llamado con furor.) ¡Vaya! ¿pues qué al fin no se presentará?

CARNIOLI, se levanta y se inclina fuera del palco.

Ahí está. ¡Bravo! ¡bravo, hijo mío! (Roswein se adelanta en el escenario saludando. Los aplausos estallan con más fuerza: las mujeres, de pié en sus palcos, aplauden agitando sus pañuelos. Roswein es llamado muchas veces por el público.)

¡Ved, princesa, qué mirada cambia con la Sertoria! . . . El cielo los va á aniquilar con uno de sus rayos indudablemente. . . . ¡Son más felices de lo que puede esperarse en la tierra! . . . Sea como fuere, hay que confesar que forman una linda pareja. . . . Después de todo, que se amen, que se casen. . . . ¡Sería monstruoso efectivamente turbar la felicidad de esas dos almas encantadoras!

—¿Vos no le arrojáis vuestro ramo?

LEONOR.

Si eso es de vuestro agrado. (Arroja el ramo al escenario: sensación en el público; murmurios de sorpresa; todas las miradas se dirigen á Leonor, la cual se sienta bruscamente carcajeándose de risa.)

CARNIOLI.

¿Qué ha sucedido, pues?

LEONOR.

¡Oh! ¡Dios mío! ¡Carnioli! ¡Mi pañuelo que se fué con el ramo!

CARNIOLI.

Ha sido un descuido.

Tenia yo envuelta en mi pañuelo la extremidad del ramo..... ¿Comprendeis?

CARNIOLI.

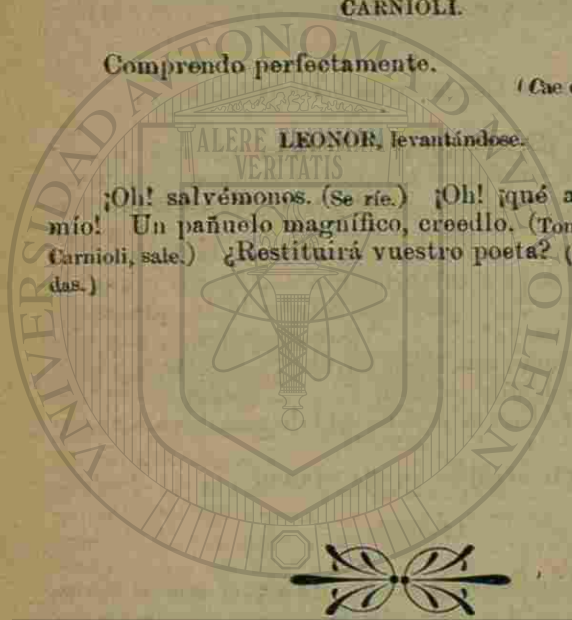
Comprendo perfectamente.

(Cae el telón).

ALERE LEONOR, levantándose.

VERITATIS

¡Oh! salvémonos. (Se ríe.) ¡Oh! ¡qué aventura, Dios mío! Un pañuelo magnífico, creedlo. (Tomando el brazo de Carnioli, sale.) ¿Restituirá vuestro poeta? (Se ríe á carcajadas.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

IV.

En el camino de Pozznoli.—La misma noche.
Claridad de luna.

ROSWEIN, andando despacio.

.....¡Extraña mirada! Ya lo había yo advertido en aquel baile. ¡un incendio en la noche! su negra pupila rueda en sus profundidades de ardientes efluvios y de partículas de oro como un mar sombrío incrustado de estrellas.....—¿Qué pensamientos misteriosos se agitan en esa cabeza altiva bajo esa frente pálida y enojosa?.....¡Bah! ¡el que penetrara en los abismos de esa poética melancolía no encontraría más que el vacío y la nada!— ¡Las preocupaciones triviales de una mujer, la rutina mundana, el recuerdo de un vals ó la fantasía de un peinado!..... Nuestra imaginación, avida de ideales, crea á menudo con varias apariencias esos falsos tipos novelescos, que se disipan, luego que se les toca, en elementos vulgares.—Nada hay bajo el sol más semejante como una mujer y una mujer. — Aquellas cuya alma no desmiente los sueños gratos ó profundos que nos ha ingerido su belleza, son muy raras.....(con emoción) ¡Martha querida!..... ¡querida, verdad! (Da algunos pasos en silencio.) Una distracción..... es evidente..... Ella fué la primera en reír..... Y sin embargo, en el momento en que el ramillete se desprendía de su mano, yo la miré; sus ojos se abrieron repentinamente como una nube que lanza el rayo..... ¡Me cubrió de llamas.... (Con cólera) ¡Ah! ¡qué me importa!..... (Da algunos pasos.) ¡Esta miserable hilacha de blonda me quema el pecho! (Saca el pañuelo de Leonor y lo arroja. ¡Vete! (Una ráfaga de viento lo trae á sus pies; lo recoge y se detiene apoyado en un árbol del camino) ¡Son los perfumes mortales del Oriente; ha empapado este pañuelo en el veneno como un puñal indio.

CAPÍTULO ALFONSO



Tenia yo envuelta en mi pañuelo la extremidad del
ramo..... ¿Comprendéis?

CARNIOLI.

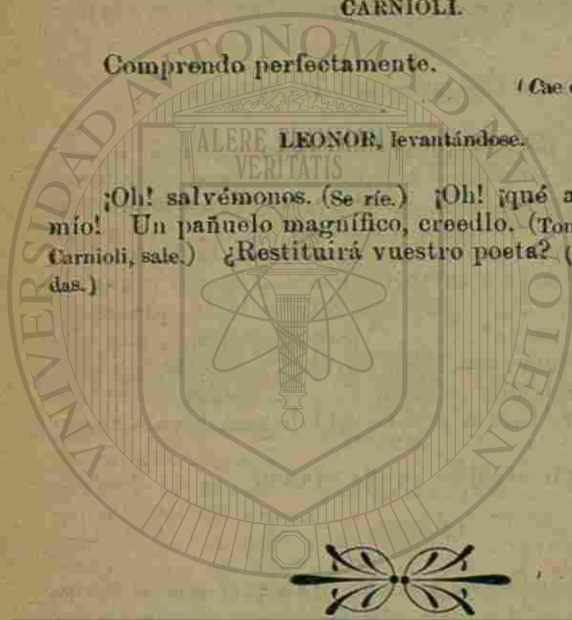
Comprendo perfectamente.

(Cae el telón).

ALERE LEONOR, levantándose.

VERITATIS

¡Oh! salvémonos. (Se ríe.) ¡Oh! ¡qué aventura, Dios
mío! Un pañuelo magnífico, creedlo. (Tomando el brazo de
Carnioli, sale.) ¿Restituirá vuestro poeta? (Se ríe á carcaja-
das.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

IV.

En el camino de Pozznoli.—La misma noche.
Claridad de luna.

ROSWEIN, andando despacio.

.....¡Extraña mirada! Ya lo había yo advertido
en aquel baile. ¡un incendio en la noche! su negra
pupila rueda en sus profundidades de ardientes effluvios y
de partículas de oro como un mar sombrío incrustado de
estrellas.....—¿Qué pensamientos misteriosos se agi-
tan en esa cabeza altiva bajo esa frente pálida y enoja-
sa?.....¡Bah! ¡el que penetrara en los abismos de esa poé-
tica melancolía no encontraría más que el vacío y la na-
da!— ¡Las preocupaciones triviales de una mujer, la ruti-
na mundana, el recuerdo de un vals ó la fantasía de un
peinado!..... Nuestra imaginación, avida de ideales,
crea á menudo con varias apariencias esos falsos tipos no-
velescos, que se disipan, luego que se les toca, en elemen-
tos vulgares.—Nada hay bajo el sol más semejante como
una mujer y una mujer. — Aquellas cuya alma no
desmiente los sueños gratos ó profundos que nos ha inge-
rido su belleza, son muy raras.....(con emoción) ¡Mar-
ta querida!..... ¡querida, verdad! (Da algunos pasos en
silencio.) Una distracción..... es evidente..... Ella
fué la primera en reír..... Y sin embargo, en el mo-
mento en que el ramillete se desprendía de su mano, yo
la miré; sus ojos se abrieron repentinamente como una
nube que lanza el rayo..... ¡Me cubrió de llamas....
(Con cólera) ¡Ah! ¡qué me importa!..... (Da algunos pasos.)
¡Esta miserable hilacha de blonda me quema el pecho!
(Saca el pañuelo de Leonor y lo arroja. ¡Vete! (Una ráfaga de vien-
to lo trae á sus pies; lo recoge y se detiene apoyado en un árbol del ca-
mino) ¡Son los perfumes mortales del Oriente; ha empa-
pado este pañuelo en el veneno como un puñal indio.

CAPÍTULO ALFONSO



¿Qué me quiere esta mujer? ¡Estoy seguro de que lo ha hecho á sabiendas!..... ¿Qué me quiere? ¿qué bárbara distracción se propone? ¿hasta dónde la ha llevado?...
 .. ¡Ay! ¿por qué juzgar mal?..... ¡Por gran dama que sea, tal vez es una soñadora entusiasta, una pobre alma apasionada de quimeras, que mece en sueños de niño sus ocios eternos!..... Ese mundo me es desconocido. . . .
 ¡Cuántas veces he deseado penetrar en el santuario de una de esas ociosas olímpicas, estudiar en uno de esos corazones blasonados un idioma desconocido del lenguaje de las pasiones!..... ¡Prestigio invencible con que nos alucinan esas soberbias parisienses! No parece sino que su belleza, mientras más pura y más delicada, se va divinizando poco á poco en los refinamientos de un lujo hereditario; no parece sino que sus cuerpos están formados de una sustancia inmortal. y que el solo contacto de sus manos debe sobrecogernos del terrible placer que petrificaba á los pastores antiguos cuando los visitaban las diosas enamoradas!..... ¡Ridícula ilusión!..... una hora..... un instante me bastaría para extinguir esta última curiosidad de mi juventud,..... Después quedaría yo más tranquilo, no dejando en pos de mí ninguna seducción viva, ninguna tentación en pié. . . . Este ideal, visto de cerca, desaparecería hecho polvo como todos los demás..... Ella vive cerca de aquí..... Sí, me bastaría un instante..... podría sin faltar á mi palabra..... ¡Ay! ¡qué vergüenza! ¡cobarde corazón, antes te desgarraré con mis manos! ¡sangre maldita, antes te derramaré fuera de mis venas! (Se aleja á pasos precipitados.)



V.

Un gabinete de la Quinta Falconieri.—Interior de sumptuosa elegancia.

LEONOR, sumida en los cojines de un diván;
 CARNIOLI, de pié, jugando con una silla.

CARNIOLI.

Me prometo, pues, veros en Madrid á mediados de Junio.

LEONOR.

Sí.

CARNIOLI.

Vuestra conversación es la de una persona que se aburre, princesa.—Si para interrumpir el curso de vuestras ideas, cenásemos, ¿qué diríais?

LEONOR.

No.

CARNIOLI.

¿Queréis que me vaya?

LEONOR.

No.

CARNIOLI, tocando el teclado de un piano.

¿Queréis que os toque el canto de Boabdil?

LEONOR.

No.

CARNIOLI.

¿Queréis que os diga lo que queréis?

LEONOR.

Decidlo.

CARNIOLI.

Queréis ver al Señor Andrés Roswein.

LEONOR.

Sóis un insolente, Carnioli; pero no me importa. Hago tanto caso de vos, amigo mío, y del mundo entero, como de una moneda de cinco francos.

CARNIOLI.

Del mundo entero, menos del joven Andrés Roswein.

LEONOR.

Por supuesto.

CARNIOLI.

Tened un poco de paciencia. Va á venir.

LEONOR, con la misma indiferencia.

Si tuviera tanta vergüenza, ¿os atreverías á decirme que lo recibiera?

CARNIOLI.

Permitid, princesa: vos le daréis una mala acogida, le haréis sentir todo el peso humillante de vuestro desprecio, y lo devolveréis á su novia doliente y lastimado. Es indudable que lo haréis; pero al fin sentiréis grangozo con vuestro proceder. No todos los días hay un poeta á quien destrozar.

LEONOR.

Decid de una vez que yo le arrojé mi pañuelo voluntariamente, y no hablemos más.

CARNIOLI.

No digo eso.

LEONOR, levantándose en el diván con violencia.

Pero lo pensáis. ¿Pues qué, no veo claramente que lo estáis pensando? ¡Sed franco una vez en vuestra vida! Habéis creído que obedecía yo servilmente, como una esclava del harén, á las odiosas sugerencias de que me habéis rodeado toda la noche!..... ¡Sóis un miserable!..... ¡Ay! lo siento por ese joven que es inocente de todas vuestras maniobras!..... Pero si viene, ¡desgraciado de él! ¡Lo haré abofetear por un criado!..... ¡Le arrojaré al rostro vuestras indignas sospechas!

MATEO, entrando.

¡Ahí está un joven que se empeña en que se entregue esta tarjeta á la señora princesa. (Leonor toma la tarjeta, la lee y se echa á reír.)

LEONOR.

Salid, Mateo; yo os llamaré. (Mateo sale.—A Carnioli. Es él. ¿Qué me aconsejáis?)

CARNIOLI, muy grave.

Princesa, es peligroso chancearse con vos. Acabo de oiros calificar con extraña severidad algunas bromas de gusto tal vez equívoco, pero cuya intención no lo era seguramente. Es humillante para mí tener que deciros que mi idolatría artística no llega hasta el punto de inmolar en los altares de mi fetiche los sentimientos inviolables de la amistad y del honor.—Para no exponerme otra vez á tales desprecios, daré una respuesta seria á una pregunta que, en mi concepto, no lo es: señora, no debéis recibir á ese joven.

LEONOR.

¿Por qué?

CARNIOLI.

Porque sería un escándolo. Eso salta á los ojos.

LEONOR.

¿Pues no queríais hace poco que lo invitara á cenar?

CARNIOLI.

Es cierto; pero es muy distinto, señora, recibir á un hombre á título de invitado, de acogerlo en calidad de galante castellano que se aventura á entrar á las casas fiado en un ramo y en un pañuelo caídos á sus piés. La distracción que sufristeis dejaría de sarlo á los ojos del mundo, si vos fuerais á justificar de algún modo la favorable interpretación que parece haberle dado este joven.

LEONOR.

¿Y no me habéis suplicado que en gracia del arte y del mundo civilizado, gastase yo una coquetería con el joven maestro?

CARNIOLI.

Yo os pedí que le echarais el anzuelo, y no una red, como lo habéis hecho.

LEONOR.

Explicaos, amigo mío.

CARNIOLI.

Me explico, princesa. Todavía es tiempo. Perder su pañuelo, no es nada; pero acoger en su casa á media noche en filo, al que se lo ha encontrado, eso ya es alguna cosa.—Añadiré que sería confiar demasiado en mi buen humor el creerme dispuesto á amenizar con mi presencia una entrevista de este género.

LEONOR.

¿A qué hora marchais para España?

CARNIOLI.

Luego que me hayáis dado de cenar ó que me pongáis en la puerta.

LEONOR.

Pues bien, marchaos.

CARNIOLI toma su sombrero, saluda profundamente á Leonor, y se dirige hácia la puerta.—Al momento de salir murmura riéndose con disimulo:

¡Vaya, no he representado mal mi papel! (Sale.)

LEONOR.

¡Mateo! (Mateo entra.) Que pase ese señor.—¡Ah! Mateo, tened cuidado con lo que os he dicho. (Mateo sale.)

LEONOR, sola un instante. Se levanta, echa una mirada á un espejo que está detrás de ella, y vuelve á sentarse. Se queda pensativa, con la mano en la mejilla.—Roswein entra: su semblante está alterado.

ROSWEIN.—LEONOR.

LEONOR con voz untuosa.

Señor Roswein..... (Lo mira un momento.) he oído decir que os vais á casar..... ¿Venís á lo que parece á convidarme á vuestra boda?

ROSWEIN, turbado.

Mi paso, señora, lo sé.....

LEONOR.

Vuestro paso, señor, me honra demasiado. ¿Cómo no me han de halagar hasta el fondo del alma los sentimientos de particular consideración á mi persona, que evidentemente os lo han inspirado? Es verdad que en rigor podría yo quejarme de la hora que habéis escogido para tener esta cortesía; pero eso es una bagatela, y no hay que tener en cuenta las formalidades entre un par de amigos como lo somos, vos y yo, señor Roswein, ¿no es verdad?..... (Cambiando de tono.) pero señor, ¿qué os sentís mal? Estais terriblemente pálido.

ROSWEIN, con voz débil.

Me retiro..... he venido solamente á devolveros este pañuelo..... que me han dicho os pertenece. ...

LEONOR, tomando el pañuelo y levantándose

Pero vos estais malo, no tiene duda..... voy á llamar..... (Se levanta.)

ROSWEIN.

¿No..... por favor! Me retiro. (Se dirige á la puerta con paso vacilante.)

LEONOR, con el mismo tono de sequedad y de fría reserva.

Os vais á caer..... sentaos hasta que os sintáis mejor. Os dejo, estaréis más libre. (Levanta una cortina y entreabre una puerta lateral; después se vuelve, y viendo á Roswein que se apoya con mano trémula en un mueble.) ¡Dios mío! pero si es un niño completamente! Sentaos pues..... cesad en vuestra turbación..... Es negocio concluido. (Vuelve á donde está él, y en tono imperioso añade.) ¡Vamos, sentaos! (Roswein cae sobre un sillón con la mano en la frente. Leonor alza los hombros y se deja caer en el diván.) ¿Sois, á lo que veo, señor Roswein uno de esos nigromantes de tierno corazón que se desvanecen ante la aparición que ellos mismos han evocado?

ROSWEIN, con voz débil.

Es la fatiga,..... señora,..... una fatiga excesiva..... tened á bien excusarme.

LEONOR.

En empresas tales, no es el desfallecimiento lo que debe excusarse.—Hablemos de vuestra ópera.—¿Van á publicarla pronto?

ROSWEIN.

Si, señora.

LEONOR.

¿No pensáis arreglar para una sola voz el motivo del coro de las Granadinas?

ROSWEIN.

Sí, señora, tal es mi intención.

LEONOR.

Lo celebraré mucho por mi parte.

ROSWEIN.

¿Cantáis, señora?

LEONOR.

Sí, pero no duos—Cencerreadme en el piano cualquier cosa para acabar de reponeros. ¿Tenéis voz?..... Sí..... voz de compositor... Vamos, ya os escuchó.

ROSWEIN se sienta al piano.

Después de algunos preludios canta una melodía de un ritmo lento y religioso, sostenida por un acompañamiento que se anima y se exalta poco á poco. Leonor se levanta durante la serenata y se acerca en silencio á un balcón que está abierto á la altura del jardín, y que deja ver, envueltas en una claridad boreal, las escaleras, las estatuas y los bosquecillos de un parque italiano. Está inmóvil, con el codo apoyado en una de sus manos, mientras que la otra corta el puro óvalo de su rostro de gracioso y sobero atractivo. A veces se vuelve y dirige una rápida mirada á Roswein. Cuando el joven acaba de cantar, Leonor queda sumergida en su contemplación. Su elegante perfil se dibuja en el cuadro de la ventana, sobre la blancura del cielo y sobre los arabescos iluminados del balcón. Roswein la mira en silencio.

LEONOR, volteándose con violencia.

¿Y bien?

ROSWEIN.

¿Señora?

LEONOR.

¡Se acabó!..... Está bien. Ya tenéis un rostro presentable. Ya podéis iros ahora; vuestra novia no sospechará nada. ¡Idos, hijo mio!

ROSWEIN, suplicando.

¿Me perdonáis, señora?

LEONOR.

Permitid, señor Roswein: no gastéis ningún desprecio. Os habéis enfermado en mi casa, y os he tratado como tal enfermo; y no podéis exigirme otra cosa. Eso revelaría en un poeta el desconocimiento absoluto de los resortes más elementales del corazón de una mujer. (Se vuelve á sentar riéndose.) Porque, en fin, ¡es inaudito que no estéis enamorado de mí!..... Esa frívola excusa con que se disculpa generalmente las temeridades del género de la vuestra, y la única con que una mujer está dispuesta á darse por satisfecha más ó menos, vos no la podéis invocar..... ¡Habéis venido á mi casa porque lo habéis consentido, nada más; porque tuvisteis ese capricho!..... ¡Entráis á mi sala como á un baile público..... como á un palco del teatro; le robáis una hora de vuestros ocios á vuestra dama, y me hacéis el favor de consagrármela!..... En honor de la verdad, señor Roswein, cuando estas calaveradas se dirigen á una mujer que no está acostumbrada..... (Se ríe.) Por lo demás, os lo diré, os perdono con todo mi corazón. Trabajad mucho, señor Roswein; eso es lo principal. Dadnos cada año una ópera como la *Toma de Granada*, y estad seguro de que yo iré á aplaudiros con todas mis fuerzas; aunque siempre tendré cuidado de coger bien mi pañuelo, para no distraeros de vuestras ocupaciones. Os saludo, caballero. (Roswein se inclina y se vá; cuando ya está cerca de la puerta, Leonor le dice con más dulzura.) ¿No me aborrecéis?

ROSWEIN.

Yo no aborrezco á nadie más que á mí, señora..... Ya que la lección ha sido amarga y sin compasión..... al menos, que sea completa: no me dejéis creer, señora, os lo ruego, que siendo un poco atrevido hubiera obtenido vuestro perdón y un grato recuerdo; que con menos respeto hubiera alcanzado más gracia; que algunas palabras de amor las hubiérais acogido con más benevolencia que mi silencio y mi turbación.

LEONOR.

Sois un joven muy prudente, señor Roswein; probáis el agua, como dicen. No rehusaréis absolutamente hacerme manifestaciones de amor, si yo os apremiase con mi ruego, ¿no es verdad? pero aun así querríais quedar garantizado, por un notario quizá, de que se tendrían en cuenta y de que por esos anticipos no seríais..... Desgraciadamente, yo no puedo ofrecer os ninguna garantía sobre este particular, porque soy una mujer algo rara, y porque me entrego algunas veces por inspiración.

ROSWEIN.

No puedo deciros palabras de amor, señora!—Lo habéis comprendido, y me estáis agradecida por ello..... No os amo..... Os me aparecisteis..... y he seguido, como en un sueño sacrilego, la huella luminosa de vuestras miradas..... y he venido á despertar á vuestros pies..... sobre las gradas del templo en que impera vuestra belleza! Hé aquí mi delito: os ruego que no lo juzguéis conforme á las leyes de un mundo que no conozco, lo confieso..... Habéis castigado al hombre que ignora las reglas del saber vivir..... Ahora, ¿no otorgáis vuestro perdón al poeta,..... al que os ha hecho sonreír, al que os ha hecho llorar?..... Si el poeta no fuera un loco, no tendría sobre las almas ese mágico poder..... ¡Aunque se extravíe, señora, aunque os ofenda, dignaos absolverlo de esa locura que os

ofrece vuestros gustos favoritos; de esa embriaguez que vierte vuestros placeres!..... Dignaos comprenderme,..... os lo ruego..... Nosotros somos como el escultor griego, que se enamoraba dolorosamente de la obra de sus manos..... Ese mundo de la ficción, ese mundo superior cuya visión fugitiva os exalta un momento en medio de los nimbos de un teatro, á nosotros nos posee..... nos seduce..... nos arrebató siempre..... ¡Siempre vamos persiguiendo la quimera en un sueño sin fin..... queremos vivir en las nubes..... y amar á la sombra! ¡Mi disculpa, señora, si es que tengo alguna, os la diré: es ese mundo maravilloso del que he visto, del que he creído ver en vuestros ojos el prestigio sobrenatural; es ese mundo del que he venido á buscar cerca de vos,..... en el esplendor sagrado de vuestro palacio,..... aunque fuese por un instante,..... y al precio del remordimiento y de la vergüenza..... la deslumbradora realidad!

LEONOR, con impaciencia.

¿Y la habéis encontrado?

ROSWEIN.

¡Sí! ¡Sí!..... cuando estábais allí, hace un momento, cerca de aquella ventana, dejando tal vez vos misma sorprender vuestro pensamiento á los sueños de las noches de estío. ¿no he visto con mis ojos que la diáfana claridad de una aurora inmortal, bañaba el balcón de Julieta?..... ¿No he sentido que se agitaba al lado mío la blanca vestidura de la pálida Desdémona?..... Sí, señora; he visto animarse en la irradiación de vuestra persona, todas las visiones encantadoras que pueblan la fantasía humana;..... he vivido un instante de su vida sobrenatural;..... he respirado el aire que ellos respiran;..... he apagado mi ardiente sed acercando á mis lábios la copa divina del ideal,..... y vuestra mano me la ha presentado..... ¡No lo habéis querido, y sin embargo os lo agradezco!.....

LEONOR.

Habláis como un libro..... Pero, en resumen, ¿cuál es el fondo de todo esto?..... Vale más una buena razón, que cien malas..... ¿Me amáis?

ROSWEIN, tratando de sonreír.

Os he dicho que nó, señora.

LEONOR, imperiosa.

¡Respondedme, pues! ¡Creo que tal pregunta, cuando yo la hago, merece una respuesta.

ROSWEIN, muy conmovido.

Señora, hace breves instantes que le he dicho á otra mujer que la amaba. (Se golpea la frente con angustia.)

LEONOR, con voz lenta, con amarga sonrisa.

Tengo gana de humillaros un poco, señor Roswein. Sois poeta; el amor es vuestra ciencia..... oficial..... Me veo tantada de probaros que una pobre mujer,..... cuyo oficio no es sostener tésis sobre la materia,..... puede sin embargo, dada la ocasión,..... nada más porque es mujer, y porque tiene alma,..... conocerla mejor que vos..... ¿Decís que estáis enamorado?..... ¿De quién? lo ignoro,— y creo que vos también lo ignoráis,..... pero en fin, estáis enamorado..... y os turbáis,..... tenéis miedo..... miedo del sufrimiento,..... de los remordimientos,..... de la vergüenza!..... ¿qué sé yo? ¡Miedo de todo! Pues bien, señor; yo, si hubiera amado alguna vez,..... si una verdadera pasión hubiera invadido..... no mi cabeza como vano ensueño de poeta,..... sino mi corazón y la sangre de mis

venas,..... ¡os aseguro que no habría tenido miedo de nada!..... ¡Acaso habría sido culpable,..... pero cobarde, nunca!.....

ROSWEIN.

¡Señora!

LEONOR.

¡Yo habría mirado valerosamente al espectro frente á frente; habría yo sentido desde la primera mirada que le pertenecía toda entera,..... y me habría abandonado sin debilidad,..... sin hipócritas reservas,..... á su mortal abrazo!..... (Se levanta, adelanta un paso hacia él, y prosigue con voz sombría y viva.) Habría hecho más, señor Roswein,..... Un nombre ilustre, un honor sin mancha, una posición respetable, los habría destrozado y sacrificado juntamente con mi vida y mi alma á los pies de aquél que yo hubiera amado..... Habría aprovechado alguna ocasión solemne para aumentar el ruido y realizar el escándalo de una vergüenza, para mi gratísima..... Habría arrojado mi guante públicamente..... en pleno teatro,..... á la crítica de las gentes, á fin de no dejar nada entero, nada posible en mi vida sino mi amor.....

ROSWEIN.

¡Señora!..... ¡por piedad! ¡os lo ruego encarecidamente..... no juguéis con mi razón! (Se oye el ruido de un coche que se detiene bajo los balcones.)

LEONOR, bajando la voz con expresión de ternura dolorosa.

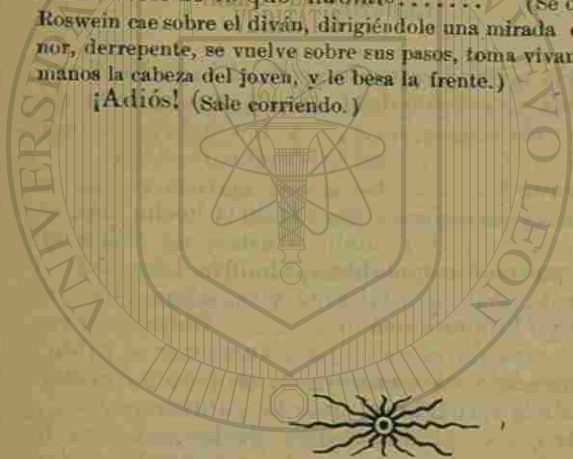
Y si me hubieran desdeñado, Roswein,..... lo cual es fácil,..... porque rara vez hay en la tierra, al mis-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPILLA ALFONSO REYES

mo tiempo, dos amores semejantes; pues bien, habría yo encontrado!..... sí, habría yo encontrado un extraño placer en el exceso mismo de mi humillación..... ¡Me habría alejado sola!.... sola para siempre, á un rincón ignorado del mundo, feliz y sonriente como ahora me veís, á envolverme en mis llamas..... y morir de mis heridas!..... (Con voz apenas distinta.) ¡Adiós!... .. Y ahora componed sonetos al amor..... Al menos sabréis de lo que habláis..... (Se dirige á la puerta, Rosweïn cae sobre el diván, dirigiéndole una mirada extraviada; Leonor, derrepente, se vuelve sobre sus pasos, toma vivamente con las dos manos la cabeza del joven, y le besa la frente.)

¡Adiós! (Sale corriendo.)



VI.

En el cuarto de Sertorio.

Una mesita servida para la cena en medio del cuarto.

La ventana está abierto.

SERTORIO, MARTA, sentados á la mesa
frente á frente.

SERTORIO, la punta de la servilleta
prendida á su chaleco.

Buena, chica, ¿todavía no tienes hambre?

MARTA.

Estoy comiendo, padre mío, ya lo veís.

SERTORIO,

Migajas de pan seco y tragos de agua clara. Me
causas pena, hija mía. ¿Estás enferma?

MARTA.

¡Oh! No tengo nada, padre mío. (Se bebe un vaso de
agua.)

SERTORIO.

¡Cómo! ¿Este aloncito dorado, no te gusta, querida?
¿Tendré que tomarlo yo?..... ¡Ah! ¡Ya sé lo que tie-
nes! ¿Todavía estás en Granada,—en plena Alhambra,—
en el patio de los Leones? Si, tu oído distraído y tus mi-

radas perdidas me lo están diciendo: tu alma viaja todavía, al capricho de las brisas armoniosas, bajo las arcadas moriscas y sobre la cima aérea de las palmeras..... Haces mal, hija mía, no somos espíritus puros. El alma, á pesar de su incontestable superioridad, no debe usurpar los derechos de la humilde materia. Debemos procurar, aunque nos sea penoso, conservar entre estos dos elementos de nuestra existencia el equilibrio que reclaman igualmente la higiene y la moral..... Eso tengo yo de bueno, que las impresiones más vivas de mi vida intelectual no entorpecerían la acción regular de mis facultades físicas; ¡sentado que estuviera en la mesa de las nueve Musas, no perdería un solo bocado!..... Por lo demás, yo bien sé que es muy raro que la máquina humana funcione en la juventud con ese perfecto equilibrio; tiene que inclinarse á un lado ó á otro.—¡Todavía más agua! ¡tú vas á ahogarte!

MARTA.

Está la noche muy calurosa. Se ahoga uno.

SERTORIO.

¿De dónde tomas que se ahogue uno?

¡Ah! ¡Tú estás en Granada,—lo había olvidado!—

¡Admira, hija mía, el poder del poeta! ¿Qué es un teatro? Un tablado sucio, rodeado de bastidores pintarrajeados, sobre el cual se agitan, á la triste claridad de lámparas infectas, algunas mujeres sin moral y algunos jóvenes sin belleza.....

Pues bien, llega un poeta, exhala un soplo de su pecho en aquellas tablas y sobre aquellos títeres,—y hénos á nosotros repentinamente, ante esa escena vulgar, ante ese grupo inmóvil, transportados en éxtasis, como si se hubiera entrabierto á nuestros ojos un pedazo del cielo..... ¡El tablado se convierte en nube..... el gas fumoso esparce una claridad de apoteosis sobre palacios fantásticos'..... los títeres se elevan á la talla de Genios—y hablan entre sí no sé qué lenguaje sobrehumano!.....

¡Ay! ¡si alguna vez el hombre puede sentirse justamente orgulloso, es cuando opera, á un golpe de vista, ante una multitud absorta, una de esas sublimes transfiguraciones;—es cuando aparece él mismo, semejante á Dios, rodeado con la aureola de ese mundo radiante que él sacó de la nada!..... ¡El joven Roswein es feliz! Además, lo merece. ¡Voy á beber á su salud esta copa de *lacrima-christi*, esta lágrima del sol! Me propongo ir mañana á felicitarlo luego que me levante: tengo curiosidad de ver cómo me recibe. ¿Crees tú, Marta, que en lo de adelante me desprecie?

MARTA.

Sería muy pronto.

SERTORIO.

Haría mal, porque, si no me engaño, él y yo tenemos un talento del mismo género; no más que el suyo es más aparente y el mío más recóndito: esta es la única diferencia que yo encuentro.—Su canto de Boabdil está modelado en mi canto del Calvario: es muy particular esto, hija.

MARTA.

Es natural que vuestro discípulo haya adquirido vuestro estilo.

SERTORIO.

No es mi estilo propiamente hablando, Marta..... (Bebe.) es el gran estilo. He observado con gusto que el público vuelve sobre sus pasos y se va aficionando á él.— ¡En verdad que he pasado una noche muy agradable!... Si se suprime esa desgraciada marcha, que pronto tocarán los organillos, hay que confesar que el muchacho ha compuesto un verdadero *capo d' opera*..... Otra vez bebo á su salud, á su genio, á su fortuna..... (Bebe.) Y no añado á sus amores, Marta..... ¡Ay! ¡ay! perdóna-

me esta broma, hija mía!..... pero temería yo comprometer mi conciencia, porque los amores de artista, en general, no merecen que los aliente un padre de familia. (Se levanta.) ¿Qué miras con tanta atención por la ventana, chiquilla? (Se acerca á la ventana.) ¡Qué hermosa luna! parece de día

MARTA.

No parece sino que hay nieve allá abajo, sobre las ruinas.

SERTORIO.

¡Es verdad! ¡Si estuviéramos en Alemania, juraría yo que era nieve!

MARTA.

¿No echáis de menos alguna vez la Alemania?

SERTORIO.

Nunca.

MARTA.

Sin embargo, dicen que la tierra natal tiene un atractivo irresistible para el corazón de un anciano..... en cuanto á mí, si quisiérais volver os seguiría de buena gana. La Alemania es el país de mis sueños.

SERTORIO.

¡Niña! ¡niña mimada! ¡Todo el mundo sueña con Italia..... y ella sueña con Alemania!..... ¡Ay! por esa parte eres como todas las mujeres, hija mía.

MARTA.

Es mi patria.—Por mucho tiempo que haya vivido bajo éste hermoso cielo italiano, me considero siempre

desterrada!..... mi rostro mismo me recuerda que yo aquí soy extranjera!..... mis ojos buscan sin cesar una nube en este eterno cielo azul!..... Yo no he nacido para esta vida esplendente de un sol deslumbrador.... Esta perpetua agitación, este lenguaje turbulento, estas pasiones estrepitosas y ficticias del Mediodía, me son insoportables..... Yo aspiro á la sombra y al silencio..... Me juzgaría yo feliz encerrando mi vida junto á la vuestra en una antigua casa flamenca con sus vidrieras de iglesia..... en uno de esos interiores austeros y apacibles que se ven en los cuadros, y que sólo animan algunas figuras de vecinos alemanes, alumbradas por la suave claridad del hogar. Me gustarian esas largas veladas de invierno que se pasan bajo la campana de una antigua chimenea, ocupadas en el trabajo y la conversación de la vela, mientras que la nieve se amontona allá fuera, sobre los techos góticos..... y que el cierzo murmura á la puerta las leyendas de Navidad..... Esta es mi Alemania.

SERTORIO.

¡Muchas gracias! ¡Tu Alemania es Rusia!

MARTA.

Sin embargo, padre mío, me habéis ofrecido llevarme alguna vez.

SERTORIO, con gravedad.

Sí, iremos, hija mía; iremos á cumplir una triste y piadosa peregrinación.....

MARTA.

¿Y nos quedaremos allá?

SERTORIO.

No..... ¡oh! ¡no, gran Dios! ¡Te pareces mucho á tu madre!..... (Da algunos pasos.) Ne he olvidado el

dia en que me apresuré á abandonar mi sombría patria, cargando en mis brazos todo lo que me quedaba en el mundo: ¡una pobre niña vestida de negro, que sonreía á mis lágrimas!

MARTA.

Me váis á regañar, querido padre mío;..... pero tengo un pensamiento que me abruma, y quiero deciroslo de una vez para no volver á hablar de él nunca..... no moriré tranquila si no me prometéis que mi cuerpo reposará en el mismo suelo al lado de mi madre.

SERTORIO.

¡Cállate! ¿Te has vuelto loca? ¡cállate!

MARTA.

Estoy llena de vida y de fuerza, padre mío..... lo siento bien..... No abriguéis ningún temor..... no es más que una debilidad de mi alma; pero una vez que he tenido el valor de confiársela, haced cesar la pena que me causa,..... prometiéndome lo que os pido.

SERTORIO.

¡Cállate, pues, desventurada!

MARTA.

Padre mío, prometédmelo.

SERTORIO.

Os lo prometo.— Pero eso está mal, hija mía..... No me gustan esos excesos románticos de una sensibilidad inútil. Estoy disgustado.

MARTA, tomándolo de la mano y riéndose.

No..... se acabó..... ¿Me perdonáis? Decidme que me perdonáis.

SERTORIO.

Sí. (Sigue andando.)

MARTA.

No lo decís de veras.

SERTORIO.

Te digo que sí.

MARTA, riéndose siempre.

Dadme una prueba..... Tocadme el *Canto del Calvario*..... Os prometo que lloraré.

SERTORIO.

¡Imposible, niña!..... Ya hice el voto..... ¡El día de tu matrimonio, ni un minuto antes! (Marta se voltea prontamente al ruido de un coche que pasa bajo la ventana; se inclina hácia afuera, da un grito terrible, y se desploma sobre el pavimento.)

SERTORIO, acudiendo á ella.

¡Cielos! ¿Qué tienes? (Sosteniéndola con una mano, dirige la vista al camino, y distingue, en una calesa abierta, tirada por caballos de pósta, á Roswein sentado junto á Leonor; el anciano se da un golpe en la frente y exclama) ¡Miserable! ¡me arrebató á mi hija! ¡me arrebató á mi hija! ¡Oh! ¡miserable! ¡Dios justo! Dios vengador..... ¡Gertrudis!..... ¡auxilio! ¡auxilio! ¡mi buena Gertrudis! (Levanta en sus brazos á su hija desmayada.)

VII.

DOS AÑOS DESPUÉS.

Quinta Falconieri.—Elegante gabinete de artista.—Piano, libreros aparadares, diván.—Puerta en el fondo, puerta á la izquierda. Dos ventanas que se abren sobre un balcon.

Son las ocho de una noche de Otoño: Marieta entra al gabinete, va á tomar de una cómoda dos vasos antiguos que se lleva. En el momento de salir, se detiene espantada, oyendo ruido en el balcon.—Un hombre empuja por fuera una de las ventanas entreabiertas.

MARIETA.—CARNIOLI.

MARIETA, dando un grito.

¡A y!..... ¡ladrones!

CARNIOLI, entrando.

¡Chitón, Marieta! Soy yo.

MARIETA.

¡Su excelencia!

CARNIOLI.

Mi excelencia. (Limpia con la mano los faldones de la levita.)

MARIETA.

¡Por la ventana!

CARNIOLI.

Por la ventana. Tu ama, según parece, ha dado orden de que no se me reciba. ¡Precaución ilusoria cuando se refiere á un hombre que vuelve de España! Hace dos años que no me ocupo de otra cosa, Marieta, sino en escalar balcones,—como una yedra. Debo parecerme flaco. Acércate, hija mía. (La mira con fijeza.) ¡Ea, vamos! ¿cómo va esto?

MARIETA.

Vuestra excelencia es muy bueno. Como lo veis.

CARNIOLI.

¿Crees tú que yo vuelvo de España, para informarme de tu salud? Te pregunto cómo va en la casa. Ya sabes ó te lo diré, que me intereso mucho por el joven y célebre maestro que hace dos años es el huésped y el comensal de tu hermosa señora.

MARIETA.

Es un joven muy bueno, excelencia.

CARNIOLI.

Si. Pero ese joven muy bueno, que todo me lo debe, sin excepción, ha dejado de escribirme hace más de un año. No haría caso de su negligencia, si fueran la causa sus ocupaciones de artista; pero no he sabido que haya hecho alguna obra nueva. Ha sabido, por Donati, el empresario de San-Carlos, que no le ha entregado una sola escena de su segunda ópera *Torcuato Taso*, no obstante haberle anticipado su precio. Esto me asombra y me inquieta. He venido expresamente para conocer la razón de esta sinrazón.—Ya estás al corriente. Ahora, Marieta, admira esto. (Saca de la bolsa un puñado de monedas de oro y las pila en la esquina de la mesa.) Estos veinticinco doblones

que te ruago aceptes, no son en manera alguna un medio indirecto para captarme tu confianza y alejarte del cumplimiento de tu deber: ya sé que eres fiel á tu señora. No son sino unas curiosidades españolas que te he coleccionado, conociendo tu gusto. Esto es todo.—¿Te ries? ¡Vamos, tanto mejor!—A propósito, sigues bien aquí?..... Ya sabes que me gusta comadrear un poco.

MARIETA.

Muy bien, monseñor. Sin embargo, hay una plaza con la que sueño, y, si monseñor quisiera ayudarme á conseguirla.....

CARNIOLI.

¿Qué plaza es esa, Marieta?

MARIETA.

Una plaza de institutriz en alguna familia inglesa.

CARNIOLI.

¡Bueno! ¿Y qué conseguirías con eso?

MARIETA.

Monseñor, me casaría yo con el hijo.

CARNIOLI.

Has tomado de tu ama, Marieta, un modo de chancarte, que da calosfrío.—Por lo de más, pensaré en ello, te lo prometo: yo no quiero á los ingleses; no me disgustaría que te casaras con uno..... Vamos á nuestros negocios..... y primero dime, ¿dónde están en este momento?

MARIETA.

Acaban de comer.

CARNIOLI.

¡Bien! Y está en la habitación del maestro, ¿no es verdad?

MARIETA.

Sí, Monseñor.

CARNIOLI.

¿Y por qué te encuentras aquí entre el perro y el lobo? Eso no está en el orden. Cuando se estudia una situación, no hay que desperdiciar ningún detalle, por insignificante que parezca. ¿Cazarías por casualidad en las mismas tierras que tu ama, mosca fina?

MARIETA.

¡Quita allá! Monseñor conoce mis principios

CARNIOLI.

Sí, Marieta, los conozco; no tienes ningunos.

MARIETA.

Soy una muchacha honrada, gracias á Dios, excelencia.

CARNIOLI.

Y yo soy un hombre honrado, Marieta; así pues, abracémonos. (La abraza suavemente y prosigue.) Responde-me..... ¿Qué venías á hacer aquí?

MARIETA.

Venía, por orden de la señora, mientras que el maestro no está aquí, á buscar estos dos vasos que, dice ella, serán de gran efecto en el nicho de la escalera de honor. Ayer vine aquí á llevarme un velador que tuvo la señora

el capricho de colocar en su salón de estío. Antier descolgué un cuadro.....

CARNIOLI.

¿Es una mudanza, pues?

MARIETA.

La verdad, excelencia, yo no sé lo que es.

CARNIOLI.

Mientes, Marieta, siguiendo tu funesta costumbre. Tu sabes lo que es: es el fin. Tu ama demuele hoy de una patada, el edificio que levantaron ayer sus manos amorosas..... El templo es inútil cuando el ídolo no está en él..... ¿Y qué dice el maestro de este proceder?

MARIETA.

Dudo que haya reparado en él, excelencia, su alma está en otra parte.

CARNIOLI, con viveza.

¡Ah! ¡Ah! ¡Bravo! ¿Trabaja, no, Marieta?

MARIETA,

Fuma, excelencia. Pasa los días enteros con la cabeza baja y las piernas en el aire, fumando y mirando el cielo.

CARNIOLI.

¡Cobarde perezoso! Sí, ha sucedido lo que presumía yo..... ¡Está en Capua! ¡se envanece en la molice! ¡Se adormece deleitándose! ¡engorda!

MARIETA.

Lo que es eso, no, excelencia.

CARNIOLI.

¿No engorda, Marieta? Ya eso es alguna cosa. Pero ¿cómo es que tu ama no lo impulsa al trabajo? ¿Es racional dejar en descanso, durante dos siglos de juventud, una inteligencia de esta fuerza?..... ¡No me lo explico, porque á ella le gustaba antes la música.....

MARIETA.

Y le gusta todavía, excelencia; con frecuencia se consagra á ella; hace algún tiempo, con el Sr. Paolo María, un joven tenor, hermoso como el sol, que acaba de estrenarse con éxito brillante en la ópera del maestro.

CARNIOLI.

¡Ah! ¿Y por supuesto, el maestro los acompaña al piano? Tiene la confianza infantil y el orgullo cándido del genio..... Nunca sospechará que lo engañan, y menos aún que lo pospongan á un histrion. Sin embargo, el viento sopla por ese lado. ¿eh?

MARIETA.

Yo no sé, excelencia: nunca se sabe lo que piensa la señora.

CARNIOLI.

¡Necio! Sin embargo, la ocasión es propicia para inquietarlo y ponerlo en cuidado. Si los celos le destrozarán el corazón, tendría vigor, trabajaría..... (Hojea rápidamente algunos cuadernos de papel de música esparcidos sobre el piano y sobre la mesa.) ¡Cómo, ni una línea ni una nota en veinte meses!..... ¿No hace veinte meses que volvieron de su viaje?

MARIETA.

Sí, monseñor; pero de esos veinte meses debéis descontar seis, porque no necesitó menos el maestro para curarse de su estocada.

CARNIOLI, temblando de cólera.

¿Su estocada? ¿qué estocada? ¡Demonio! ¿quién se ha atrevido á herirlo? ¡Juro á Dios que yo le beberé la sangre y le arrancaré la vida al que lo haya hecho!—Dime su nombre.

MARIETA.

¡No tan alto, monseñor.—Fué el marqués de Sora.

CARNIOLI.

Bien, Sora es un hombre muerto; tan cierto como que yo existo.—Pronto, cuéntame todo, Marieta.

MARIETA.

¿Cómo es que vuestra excelencia ignora esta aventura? La instalación del señor Roswein en la casa de la señora despertó los celos de muchas personas de Nápoles... el marqués de Sora, sobre todo, tuvo muy malas intenciones,—y muy injustas por cierto, excelencia, porque el maestro no consintió en alojarse en el palacio sino con la condición—se va á reir monseñor—de pagar cada año á la señora una fuerte cantidad, que ella reparte á los pobres.

CARNIOLI.

¡Pues á mí mismo no quiso el imbécil pagarme una pensión, luego que empezó á ganar dinero! (Cambiando de tono.) ¡Pobre Andrés mío!..... Continúa.—Todo Nápoles debía saber la verdad; ¿por qué este muchacho no despreció las calumnias?

MARIETA.

Lo hubiera hecho, creo yo, si la señora.... (Vacila.)

CARNIOLI.

¿Si la señora..... ¡tempestad del cielo! acaba.

MARTA.

¡Dios mío! Excelencia, la señora le aconsejaba que no se batiera; pero tal vez se explicó mal. «Si fuérais de oficio militar, le dijo, en buena hora;..... pero sois poeta..... Los poetas, naturalmente, no son aficionados al combate..... Así es que, si no hay necesidad absoluta, estáis en paz.»

CARNIOLI en voz baja.

¡Víbora!

MARIETA.

Después de eso, el maestro tomó su sombrero y se marchó violentamente. Dos horas después nos lo traían con un pedazo de espada dentro del pecho.

CARNIOLI, sombrío.

¿Y tu señora, qué hizo?

MARIETA.

Para ser justa, os digo que la señora princesa se portó admirablemente, monseñor. Pasó diez noches de pie á la cabecera del herido, tentando la sangre y dándole las medicinas como una hermana de la caridad.

CARNIOLI.

¡Pardiez! ¡novela! ¡drama!..... ¡sangre!

buena ganga.....—¿Y cuánto tiempo hace que pasó esta desgracia?

MARIETA.

Diez y ocho meses, excelencia.

CARNIOLI.

Pero quedó bien restablecido, ¿verdad?

MARIETA.

Hace un año, monseñor, que come y bebe como todo el mundo.

CARNIOLI.

¡Ah! Si come y bebe puede trabajar, aun cuando el diablo no quiera! Es lo que yo decía: su dicha lo adormece..... Meneas la cabeza..... ¿Acaso sufre, Marieta?—¡Habla!

MARIETA.

Ama á la señora.

CARNIOLI.

Tú no entiendes nada de eso: si sufriera, trabajaría. Tengo mis ideas sobre esto. Yo te aseguro que es muy dichoso.

MARIETA.

No tiene cara de ello.

CARNIOLI.

¿Qué cara tiene, pues? Habla claro. ¡Me estás tos-

tando á fuego lento, estúpida! ¿Entonces me has engañado? ¿Todavía sufre de su herida?

MARIETA.

Ya no es cuestión de herida. Y sin embargo, tiene la cara de un hombre que se muere.

CARNIOLI.

¡Sangre del diablo! ¿y de qué enfermedad?

MARIETA.

Es un joven que necesita una vida tranquila.

CARNIOLI.

¡Idiota! La vida tranquila conviene á los pastores y no á los artistas.—¿Qué se muere! ¡Buena! algunas desazones de amor. ¿no es eso? ¡Vaya unas estúpidas que se figuran que la vida de un hombre está á merced de sus caprichos! Cuando uno muere de esa enfermedad, muere de vejez, ¿entiendes? Yo me he muerto diez veces de esa enfermedad, y estoy bueno y sano.

MARIETA.

Pero este joven no tiene la misma complexión que vuestra excelencia.

CARNIOLI.

¡Tú eres una criatura estúpida! ¡cállate!.....

MARIETA.

Excelencia, ya vienen, ponéos en salvo. (Se oyen carcajadas en la escalera.)

CARNIOLI.

¡Es su voz! ¡Parece que se muere alegremente!

MARIETA.

No ha de durar esto mucho.

CARNIOLI.

Tú no digas una palabra, ¿entíendes? (Se oculta en el balcón; Marieta sale por la izquierda.)

ROSWEIN.—LEONOR.

Entran por el fondo— Un lacayo lleva luces y sale en seguida.

LEONOR, riéndose.

¡Cómo! En un convento de frailes.—Carnioli?

ROSWEIN, riéndose.

¡Y de capuchinos!

LEONOR.

¡Bah! contadme cómo estuvo eso. (Se deja caer sobre un sillón.) ¡Pobre caballero!

ROSWEIN, siempre riéndose.

Si hubiera sospechado de mí, me mata.—Por lo demás, la jugarreta era infame;..... pero era yo muy

joven y no me detenía á reflexionar sobre las consecuencias de las cosas..... Estábamos entonces en Roma, á donde yo había llegado algunas semanas antes. Un día me trató tan brutalmente, que juré vengarme..... Ayudado por un amigo le escribí una carta fechada en un supuesto convento de Santa Eufrasia, en el monte Esquilino, calle de San Onofre, que no era sino el famoso convento de capuchinos. En esta carta se le daba una cita para la noche en el jardín del establecimiento: se le indicaba muy minuciosamente los medios de escalar los muros con seguridad; y se le decía, que al hallarse en el jardín, debía recibir de una joven novicia que no carecía de belleza, la confidencia de un secreto importante. Esta epístola tenía por firma dos iniciales, y seguía una posdata en la que se acogían á la discreción y al honor de un caballero.

LEONOR.

¿Y cayó en la trampa Carnioli?

ROSWEIN.

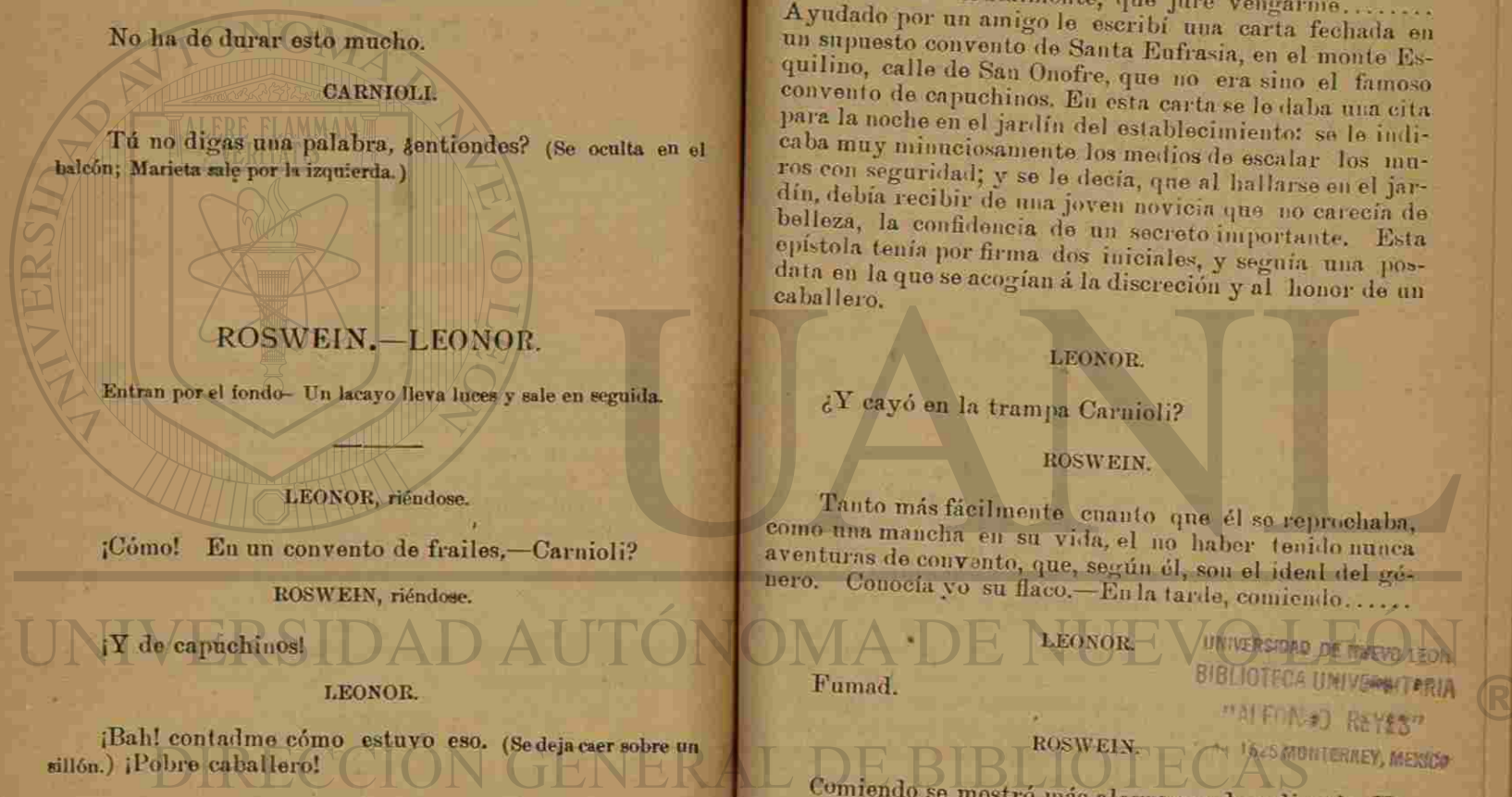
Tanto más fácilmente cuanto que él se reprochaba, como una mancha en su vida, el no haber tenido nunca aventuras de convento, que, según él, son el ideal del género. Conocía yo su flaco.—En la tarde, comiendo.....

LEONOR.

Fumad.

ROSWEIN.

Comiendo se mostró más alegre que de ordinario. Yo me sentía muy satisfecho. «Andrés, me dijo de repente, como yo lo esperaba, hace tiempo que tú estás en Roma..... ¿Conoces por casualidad aquí cerca, en los alrededores, el convento de Santa Eufrasia?» Yo me puse á reflexionar. «¿Santa Eufrasia? ¿aquí cerca?» creo que



FABRILLA ALFONSEIX

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

es el convento que está en la calle de San Onofre, en el monte Esquilino.—Es el mismo, amigo mío, replicó Carnioli. Un barrio aislado. Muy bien..... Has de saber, muchacho, que he llegado al colmo de mis deseos. «Me han llamado de ese convento para consultar mi opinión sobre un caso de conciencia de los más espinosos.» Y se frotaba las manos. Al verlo tan alegre, me sentí desfallecido, porque en el fondo, yo lo amaba, y le dije con gran aturdimiento que debía haber despertado sus sospechas: «Creedme, caballero, no vayáis: los frailes no siempre entienden de bromas..... ¡Cómo!..... ¿los frailes? replicó Carnioli..... ¡Demonio! ¡Vaya una candidez! ¿Estás creyendo que yo voy á ver frailes?....» Y me dió á leer, irguiéndose, la carta que había yo tenido el honor de escribirle.

LEONOR, riéndose.

¡Oh! ¡vaya! ¡vaya!

ROSWEIN.

Yo lo felicité lo mejor que pude; después, como ya era tarde y la cita era para las once, se marchó muy contento, después de haberse provisto de una escala de seda y de haberse perfumado copiosamente..... Luego que salió, yo empecé á sentir angustias mortales. Transcurrió una hora, y ya me disponía á ir en su busca, urgido por la inquietud y el arrepentimiento, cuando oí que subía la escalera paso á paso; corrí hacia la puerta mientras él atravesaba el vestíbulo; me pareció que andaba medio encorvado, y que no quería verme; yo no las tenía todas conmigo.—¿Bien, caballero—le dije,—y la señora?—¡Encantadora, amigo mío; encantadora!..... respondió, pasando rápidamente delante de mí,—¡encantadora!..

.. (Leonor se ríe.) Cuando llegó á la extremidad del corredor, se volvió y me dijo: «Á propósito, Andrés, ¿estás seguro de que sea el convento de Santa Eufrasia, ese edificio que está en la calle de San Onofre?—Pero si vos me lo habéis dicho, caballero..... ¿Acaso no encontras-

teis?..... Como lo esperaba, amigo mío, como lo esperaba. ¡A fé mía! ¡encantadora! ¡encantadora! Y se lanzó á su cuarto corriendo. (Se ríe.)

LEONOR.

¡Oh! ¡Señor! ¿Pero es posible? ¡Carnioli! ¡con todo su talento! En fin, el hombre de talento, cuando se descarría, llega á los extremos: es la regla..... ¿Y qué le había sucedido?

ROSWEIN.

Nunca he llegado á saberlo con exactitud. No tenemos que tocar esa cuerda ni uno ni otro..... Solamente algunos días después, discutiendo en un taller sobre la existencia de esa quimera adorada del aprendiz de pintor, que se llama la mujer con barbas, él tomó un aire serio y nos afirmó, por su honor, que él la había encontrado y que aun le había hecho la corte.....

LEONOR, riéndose.

Es probable, siendo miope como lo es..... Pero..... ¿lo apalearian?

ROSWEIN.

Temó que sí, porque desde esa noche funesta, sale armado de puñal, pretexto que tiene enemigos ocultos en Roma; y cuando encontramos á nuestro paso algún fraile, nunca deja de murmurar entre dientes: “¡Mala ralea!” ¡Hipócritas bribones! ¡Farsantes de mala ley! ¡Brutos..... De donde yo infiero..... ¿Queréis un cigarrillo?

LONOR.

Así de grande. Invisible.

ROSWEIN, continuando.

Que los capuchinos no tomaron en buena parte su visita. (Se ríen los dos.) ¡Querido Carnioli! me río de él, pero es uno de mis remordimientos

LEONOR

¡Bah! ¡sois demasiado bueno! Nada menos interesante en el mundo que un fatuo castigado. (Enciende su cigarrillo.) ¿Habéis tenido noticias de él hace poco?

ROSWEIN.

Como he dejado de contestarle, ya no me escribe.— ¡Ah! ¡he sido muy ingrato con él! ¡Hace tiempo que él mismo me lo ha dicho!..... (Se pone sombrío.)

LEONOR.

¡Ya metió la cola el diablo! ¡Cuidado!

ROSWEIN.

¡Ay! (Da unos pasos; después, deteniéndose delante de ella.) ¡Esta noche estáis muy hermosa, Leonor!

LEONOR, fumando.

Como siempre.

ROSWEIN.

Es verdad. Pero estáis en traje de ceremonia, según veo..... ¿A caso váis á salir?

LEONOR.

No.

ROSWEIN.

Tanto mejor. Os lo agradezco.... ¡Son tan raras ahora las noches que estamos á solas!

LEONOR.

Si eso es un reproche, es divertido. ¿Vos mismo no os habéis empeñado en que vuelva yo á la sociedad, puesto que la sociedad me busca todavía á mí?

ROSWEIN.

Yo no os hago ningún reproche. Solamente os digo que estamos muy lejos de la soledad de los dos en que habíais resuelto encerrar vuestra vida, no concibiendo más fiesta ni más gloria bajo el cielo que amar á vuestro amante, y ser la primera en recoger de sus labios la canción nueva que brote de ellos.

LEONOR.

Haced canciones, amigo mío, yo las recogeré. ¡Pero si no las hacéis!

ROSWEIN.

La verdad es que os fastidio.

LEONOR,

¡Bah! ¡qué idea! ¿Por qué me habéis de fastidiar? ¿No sois muy amable?

ROSWEIN.

No, no lo soy, lo sé. Cuando os veo, cuando respiro junto á vos, mi vida se suspende y mi alma queda cautiva. Vuestra presencia me sumerge en esa dulce languidez de los encantos y de los ensueños..... Soy feliz,

pero no soy amable..... ¡Ay! al menos os amo con toda mi alma. ¡Si algunas veces me atrevo á elevar á Dios un pensamiento..... ó una plegaria, es porque en el fondo mismo de mi falta y en el abismo donde he descendido..... pude ver una abnegación digna de un mártir, una ternura digna del cielo! No, jamás sabréis, Leonor, todo el amor que se encierra en este pobre corazón atormentado..... ó si llegáis á saberlo algún día — porque dicen que el alma suele tener súbitas claridades con que ve las cosas que ya no existen, — será demasiado tarde para que me estrechéis la mano y me digáis: «Gracias.»

LEONOR.

¡Vaya! estamos como los cartujos: «Hermano, de morir tenemos.

ROSWEIN.

No tengo razón. Perdonadme. Me siento mejor esta noche, me siento muy bien. Voy á trabajar..... Permitidme que os bese la mano, ¡oh reina de las musas! Colocaos allí..... que os vea bien..... (Aparta un poco el sillón de Leonor, mirándola.) Póseeis la belleza pura y terrible de una bacante en reposo.

LEONOR.

¿Es un cumplimento?

ROSWEIN.

Habéis dormido mucho tiempo, Leonor, en uno de los palacios sepultados de Pompeya y habéis despertado en vuestro lecho de marfil, pálida aún de la orgia romana interrumpida por el volcán. ¿No es verdad?

LEONOR.

Sí.

ROSWEIN, sentándose al piano.

¿En dónde estoy? En Sorrento..... El Taso, sólo sueña en *si bemol* menor..... *Amor senza nome*.... Esto está acabado..... Después la tempestad..... La princesa entra con su séquito..... ¡Ah! ¡qué vedó!..... El le ofrece una silla..... Final de tempestad en la orquesta..... coró á la sordina, además, la voz del Taso..... ¡Bueno! Una vez que os dignáis hacerme compañía, juro que acabaré mi acto esta noche. (Toca unos acordes.)

LEONOR

Pero amigo mío, ¿no os he dicho que iba yo á salir?

ROSWEIN.

¡Cómo! ¡acabáis de decirme todo lo contrario!

LEONOR.

Sería por distracción, porque tengo hace tiempo, para esta noche, un serio compromiso al que no puedo faltar.

ROSWEIN, levantándose.

¡Ah! ¡esto es odioso!

LEONOR.

¿Qué tono es ese? ¿Me habláis á mí? ¿Cuál es lo odioso?

ROSWEIN.

Me estáis matando á alfilerazos, Leonor; pero me váis á causar la muerte como si me hundiérais un puñal en el corazón.

LEONOR, con el mismo acento tranquilo.

Amigo mío, estáis insoportable. Os lo digo aquí entre nos..... Pronuncio admirablemente un no en lugar de un sí; doy un paso á la derecha en lugar de darlo a la izquierda..... una mosca os roza la piel, y exclamáis: «Asesino.» La verdad, eso es llevar muy adelante la sensibilidad poética. Yo no me jacto, ciertamente, de esos sacrificios de mártir que el cielo, según decís, mira complacientemente; pero si debo deciros, y vos debéis convenir en ello, que mi amistad, en su pequeñez, debe estar forjada en un metal muy sólido, puesto que dos años llenos de tales exigencias y de tales irritaciones pueriles no han podido alterar su temple.

ROSWEIN.

Si yo adolezco de esos defectos, si los conocéis, y si me amáis, ¿por qué no me los evitáis? Esto no lo comprendo. Tenéis grandes cualidades, Leonor, pero os falta la bondad..... Además, yo nunca he pretendido privaros de vuestra libertad..... ¿A dónde váis esta noche?

LEONOR.

Venid conmigo, si queréis.

ROSWEIN.

No, no me gusta la sociedad. Además, no puedo. Necesito trabajar. Donati me ha dado ya el precio de este malhadado *Torcuato*, y todavía no he hecho ni dos escenas..... Tengo sobre mí este horrible peso..... ¡Ay! hice mal en celebrar este contrato..... El dinero todo lo echa á perder..... Las musas son altivas, y no toleran cadenas, aunque sean de oro..... Pero ¿á dónde váis pués?

LEONOR.

Voy primero un rato al concierto de Paolo Maria.

ROSWEIN.

¡Ah! ¿Y después?

LEONOR.

Nada más: pero tengo que ir, porque se lo prometí á ese pobre muchacho.

ROSWEIN.

¿Y ese es el compromiso serio que no me podéis sacrificar? Eso es una burla ultrajante, Leonor.

LEONOR.

¡Ay! ¡Dios mío! ¡cuántas dificultades!—Pues bien, no iré, calmaos. (Toma un libro.) Voy á leer. Trabajad. (Roswein le besa el cabello.) Tenéis quince años, amigo mío,—sentáos al piano, ¡veamos!

ROSWEIN.

El Taso á la princesa..... *Quando l'aurora nascente*..... La situación es poética, me parece.

LEONOR

Admirablemente.

ROSWEIN ensaya muchos cantos.—Interrumpiéndose derrepente y llevando la mano al pecho, en voz baja.

¡Ay! ¿qué tengo aquí? (Continúa.—Después de repetir una melodía dos ó tres veces, se detiene, y dirigiéndose á Leonor.) ¿Habéis oído?..... ¿Está bueno esto?

LEONOR.

No muy bueno.

ROSWEIN.

Estáis de mal humor, Leonor.

LEONOR.

Ni por pienso. Me pedís mi opinión, os la doy; pero para complaceros hay siempre que adularos.

ROSWEIN.

Lo que hay que hacer es no apagar de un manazo el vislumbre de inspiración cuando me llega.

LEONOR.

Si vos encontráis ese canto bonito y nuevo, aprovechadlo.

ROSWEIN.

No, no vale nada, tenéis razón. (Da un fuerte golpe sobre el teclado, y se levanta.)

LEONOR.

¿Lo dejáis? Hacéis bien; no estáis de vena esta noche.

ROSWEIN, exaltándose.

Ni esta noche, ni nunca. — Mi talento ha muerto; todas las cuerdas de mi cerebro están enervadas, endurecidas como por el contacto de una llama. ¡No sois vos quien me lo advierte,..... mis noches de insomnio lo saben demasiado!..... ¿Y vos me lo echáis en cara?... ¿vos que habéis gastado en luchas estériles, en miserables agitaciones, en mezquinos dolores, toda la fuerza de mi al-

ma?..... ¡Oh Dios! en tan poco tiempo un cambio tan grande! ¡Ayer todavía los mejores dones del cielo, la risueña poesía y la fecunda juventud, cantaban todos sus himnos á la esperanza,..... hoy, el vacío, el silencio y el frío de la tumba,..... ésta es mi alma! ¡Ay! ¡Si hay como se cree, criaturas de Dios que por su culpa hayan sido desheredadas del esplendor y del poder divinos, yo sé lo que sufren en su degradación! Yo poseo el secreto de las amarguras que corroen eternamente su pensamiento..... ¡Cómo no podéis conocer, vos también, aunque fuera un solo instante, estas angustias!..... ¡al menos no las insultaríais! Pero ya las conoceréis, Leonor;..... sí..... el día en que el primer soplo de la vejez os arroje de vuestro trono, desarmada para siempre de vuestro poder, despojada para siempre de vuestra belleza,..... ese día..... ¡estaré vengado!

LEONOR.

¡Delicioso interior!

ROSWEIN.

Dejadme. ¡Id á ese concierto, y decid á ese joven, á ese cantor, que puede dejar de venir á mendigar á mi puerta por más tiempo,..... que ya no tengo nada que darle, que mi cabeza está desde ahora tan pobre, tan vacía, como la suya! (Se deja caer sobre un diván.)

LEONOR.

¿Pensáis aflijirme mucho? ¿Os figuráis acaso que yo estoy enamorada de ese muchacho?

ROSWEIN.

Eso se dice en Nápoles.

LEONOR.

Pues es cierto, lo adoro.

ROSWEIN.

¡Ay! ¡por favor, Leonor, un minuto de reposo!..... Ya no tengo fuerzas para soportar esto Sólo os pido un poco de caridad. Amad á quien queráis. Decid una palabra, y me iré de aquí, si no tenéis la paciencia de esperar que se me lleve.

LEONOR.

¡Qué divertido es esto!— Os diré, Roswein, que es de mal gusto y no supone valor el tomar á cada paso actitudes de agonizante y hacer ostentación de vuestro sudario ante las damas, — sobre todo, cuando no tenéis más enfermedad, según creo, que un catarro.

ROSWEIN, arrojando á los piés de Leonor un pañuelo que ha llevado á la boca y que está tinto en sangre.

¡Tomad!

LEONOR.

Todos los artistas escupen sangre.

ROSWEIN.

¡Sois una miserable! (Estalla en sollozos y oculta la cara entre las manos.)

LEONOR.

No me gustan los hombres que lloran. Buenas noches. (Se levanta y sale.)

ROSWEIN.—CARNIOLI, saliendo del balcón luego que sale Leonor.

CARNIOLI

¡Andrés!

ROSWEIN, levantándose.

¡Carnioli!

CARNIOLI, tomándolo del brazo.

Vente.

ROSWEIN.

¿Cómo? ¿por qué..... ¿A dónde queréis que vaya?

CARNIOLI.

¡Salgamos de aquí, te digo! No quiero que permanezcas un minuto más en este infierno.

ROSWEIN.

¿Quién me arrojó á él, Carnioli?

CARNIOLI, golpeando el suelo con el pié.

¡He sido yo, con mil diablos! No me lo vuelvas á decir; muchas veces me lo he dicho yo. (Lo mira.) ¡Estás muy cambiado, pobre hijo mío!..... [Lo abraza.] ¡Vamos, ven!

ROSWEIN.

No puedo.—¡Ay! Carnioli, ¿por qué me habéis precipitado en estos abismos?

¡Otra vez! Te he dicho que me arrepiento. ¿Qué más quieres? Y tú, por qué me hiciste ir al convento de los capuchinos á que me dieran una paliza? Todos tenemos nuestras faltas en el mundo..... Yo, al menos, creía hacerte un servicio..... ¡sí, te lo juro por mi alma, lo creía yo sinceramente!..... En tesis general, yo tenía razón; pero mi temperamento individual ha frustrado mis cálculos..... ¿Podría yo prever que tomaras con tanta seriedad trágica una aventura galante que hiriera tu fantasía? No conocía yo á los enamorados de tu especie. ¿Podía yo creer que un hombre de tu mérito estuviera dispuesto á hacer el papel de un títere manejado con un hilo, por las manos de una mujercilla cualquiera? No; para creerlo me ha sido necesario asistir á esta escena burlesca y lúgubre en que te he visto ejecutar los los ejercicios de un aprendiz de acróbata, bajo el látigo de una coqueta implacable. ¡Sangre de mis venas! ¿Para qué te sirve este verdadero látigo que está aquí? (Toma un látigo que es á colgado en la pared, da dos latigazos sobre los muebles y lo arroja al suelo.)

¡Sal de aquí!

ROSWEIN.

No, Carnioli, he entrado en un mal camino, pero marcharé derecho en él. Mi vida tiene que llevar por siempre el sello de este amor en que consiste mi culpa: mi propio desprecio me ahogaría si no tuviera yo el valor de mantenerme fiel á mi traición. ¿Qué me importa el sufrimiento? no sufro todo lo que debía..... mi crimen no será para mí tan cruel como lo fué para otros..... (Con vehemencia.) No me habléis de ellos..... no sé lo que les ha pasado..... no quiero saberlo. Pero no será al menos un arrebató pasajero, un fútil capricho lo que me haya hecho cometer la cobarde acción que vos conocéis: ¡será una grande é irreparable pasión cuyo cáliz apuraré hasta las heces..... hasta la muerte! ¡Es el único deber que me queda..... cumpliré con él: es la única virtud que me salvará de la última desesperación..... dejádmela!

CARNIOLI.

¿Piensas engañarme con una jerga mística? ¿esperas engañarte tú mismo? ¿Qué tienen de común el deber y la virtud con la vida abyecta que aquí arrastras? ¡Dime la verdad! ¡á esta mujer, que te tiene bajo el calcañar, que te revuelca y te desgarrá riéndose, en el polvo y en el fango de sus pisadas, tú la amas?

ROSWEIN.

¡Pues bien, sí, la amo! No podría yo vivir lejos de ella: no hay en el mundo un sentimiento, un espectáculo, un triunfo de que yo pueda gozar, si ella no participa de él, si no lo ilumina con su presencia. Donde no está ella no hay cielo, ni sol..... La aurora sale de sus ojos..... mi corazón no es más que el eco de su corazón..... mi vida no es más que la sombra de la suya. La amo, vos lo habéis dicho.

CARNIOLI.

¡Miserable niño! ¿has perdido el honor con todo lo de más? ¿Esperas á que te eche á empujones de su casa? ¿No comprendes que desde que esta mujer ha dejado de amarte, no debes estar á su lado?

ROSWEIN.

La conocéis mal, Carnioli: es una alma agitada y turbulenta, pero leal. Cuando ya no me ame, me lo dirá. Yo le he ofrecido cien veces abandonarla. Si no me ama, ¿por qué me detiene?

CARNIOLI.

¿Por qué? ¡Vaya una candidez que haría reír á un muerto!..... ¿Por qué el tigre tiene los instintos de tigre? ¿Por qué juega con su víctima, antes de darle la última dentellada? Explicádmelo, niño..... Además, ¿no significa nada para una mujer el estar oyen lo to-

CAPITULO ALFONSO IX



do el día en lenguaje poético, que la llaman hermosa y que es adorada? ¿No es nada tampoco para un paladar estragado, el sabor exquisito de un amor por partida doble? ¿No es nada para una conciencia muerta, el placer de engañar? ¿No halagan igualmente al espíritu y al corazón las acres emociones y la hábil estrategia de la traición? Te aseguro que Leonor ama á Paolo María, y estoy dispuesto á jurarlo si tu lo quieres.

Os repito, Carnioli, que la conoceis mal; sería capaz hasta de un crimen, pero nunca de una infamia.

CARNIOLI.

Amigo mío, es capaz de todo, como lo son las mujeres cuando no tienen otro principio de conducta que la pasión. La has visto entrar alguna vez á la iglesia? No, pues bien, desconfía igualmente de las mujeres que no salen de la iglesia y de las que nunca entran á ella: son dos especies venenosas. — Fuera del círculo cristiano, Andrés, conozco hombres honrados, pero ninguna mujer honrada. Además, como las pasiones de los hombres no están sujetas á reglas tan severas, son menos violentas, y se debilitan dispersándose: el honor humano basta para domarlas. Pero las pasiones de las mujeres, más fogosas y más exclusivas, necesitan el freno religioso. Sólo Dios puede detener ese torrente. — Tu querida es un espíritu fuerte; con eso basta. Te contaré su historia: ha tenido amantes, los tiene y los tendrá. Es á lo que se reduce en la práctica toda la historia del sexo: toda mujer que no está con Cristo, está con Venus.

ROSWEIN.

Yo no salgo de aquí, Carnioli; estáis pues perdiendo el tiempo con vuestras calumnias.

CARNIOLI, de codos sobre el respaldo de un sillón y hablando en tono de amarga ironía, pero contentándose.

¡Mis calumnias, joven!..... ¡Ah! veo lo que pasa..... Después de haberte seducido como habil cortesana, necesita conservar tu estimación, que juzga quebrantada. Es la manía de estas mujeres, querer ser estimadas..... Necesitaba satisfacerte sobre su pasado para echarte una venda en los ojos sobre el presente y el porvenir..... Entonces, se ha cubierto con el ropaje de la inocencia..... ha tomado á tus piés posturas virginales..... el ave de rapiña ha modulado suspiros de paloma. ¡La leona ha balado! y mientras que tú palpitabas bajo sus garras, te ha hecho creer que eras su vencedor. ¡Has pedido perdón al cielo de haber sacrificado una víctima tan pura, y has jurado consagrar tu vida para reparar tan enorme crimen!

ROSWEIN.

¡Basta!

CARNIOLI.

Ya ves que la conozco. — En justa recompensa, después de haberte conmovido por su suerte, se habrá compadecido, no lo dudo, de la tuya..... «Sois muy niño, te habré dicho, mientras que su blanca mano remachaba tu cadena. ¡huid! ¡mi amor es fatal! ¡He hecho voto de no amar jamás! Todo lo que yo amo sufre y muere.» Y entonces te ha hablado de su marido á quien amaba y que murió. — de las flores que prefirió que también murieron; ¿qué se yo? de su perro favorito que murió, y después de esta enumeración fúnebre, te ha exhortado de nuevo enlazándote con sus magníficos brazos, á que huyeras de la maldición que pesaba sobre tu cabeza..... ¡Ay! son agradables esas horas en la vida, no lo niego..... Y por último, cuando le ha dado dos y tres vueltas sobre tus ojos á la clásica venda, cuando te ha visto profundamente convencido de que tú eras su primer amante y de que serías el último, ¡ha tomado valerosamente el sexto!

ROSWEIN.

¡Mentís!

CARNIOLI.

¿No crees en el sexto? ¡Voto á bríos! pues al menos creerás en el cuarto, porque he sido yo.

ROSWEIN, asiéndolo del brazo.

¡Mientes! (Leonor entra precipitadamente.)

LOS MISMOS.—LEONOR.

LEONOR, tomando las dos manos de Roswein.

¡Gracias Andrés; gracias, amor mío!..... ¡Pero si es inútil responderle; cualquiera expresión despreciativa se resbala en su frente!—Señor Carnioli, yo nada tengo que deciros. Salid de mi casa.

CARNIOLI, grave.

Señora, siento mucho veros. Me desagrada esta clase de escenas; pero en fin, ya estáis aquí. Pues bien, si alguna vez habéis sabido lo que cuesta perder sus más caras ilusiones, no prolonguéis la agonía de este joven; si yo me he visto obligado á destrozarle el corazón para arrebatárolo, hacédle vos el favor de darle el golpe de gracia, asegurad que he dicho la verdad.

LEONOR.

Aseguro que mentís.

CARNIOLI.

Princesa, no sé verdaderamente hasta dónde queréis llegar; sois muy inteligente, no lo niego, pero no ignoráis que os tengo en mi poder, y que mi poder es muy grande. Me pregunto por dónde esperáis escaparos de mí, y no lo concibo.

LEONOR.

¡Cómo! ¡no quiere salir este miserable!..... Andrés, os ha echado en cara el no saber manejar este látigo..... ¡Dádmelo á mí!

CARNIOLI, fuera de sí.

¡Ah! ¡Con mil serpientes de cascabel! ¡quiere que nos degollemos este niño y yo! ¡ese es su plan! debía yo haberlo adivinado desde que entró aquí..... ¡Ni una palabra, ni un gesto, Andrés, ó te arrepentirás todos los días de tu vida!..... ¡Tengo en mi casa un paquete de sus cartas; dentro de veinte minutos te lo traigo!

ROSWEIN.

¿Qué dice, Leonor?

LEONOR.

Miente.

CARNIOLI.

Si eres hombre, espérame veinte minutos. (Sale.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

CAPITULA ALFONSENA

ROSWEIN.—LEONOR.

Luego que sale Carnioli, Leonor cae de rodillas, lleva las manos á la cabeza y estalla en sollozos.

¡Leonor!..... ¿por qué ese llanto?..... ¡yo no lo creo!

LEONOR, con voz ahogada.

¡Mátame! ¡mátame antes de que venga!

ROSWEIN.

¡Dios poderoso! ¿luego es verdad? (Leonor solloza sin responder; sus cabellos inundan su espalda.) ¡Oh! ¡Dios justo! (Se pasea en la pieza. — Un momento de silencio. — Acercándose á ella prosigue con voz sorda.) ¿Por qué me habéis engañado? ¿Con qué fin? ¿No os lo hubiera perdonado todo?

LEONOR, siempre de rodillas y sollozando.

¿Y me hubiérais amado?..... amado con esa ternura purísima, — con ese noble amor de niño de que era yo tan indigna, Andrés, — pero con el cual he sido tan feliz!..... ¡Ay! ¡cuantas veces la confesión de mi infamia ha estado á punto de escaparse, á pesar mio, de mi corazón que se desbordaba!..... porque mi felicidad no era tranquila..... ¡Os había engañado!..... la amargura de este pensamiento se mezclaba en todas mis alegrías,..... envenenaba mi vida,..... mis palabras,..... mi buen humor; era el único origen de todos esos malos caprichos con que os he atormentado, pobre niño!..... ¡Cuántas veces he sentido lo pesado de esta carga! ¡cuántas veces he querido deciros: «No toquéis mi frente,..... mancha vuestros labios!»..... pero me faltaba el valor,..... no podía,..... no podía!..... (Llora.) ¡Os amaba!..... ahora que

do ha acabado para nosotros, Rosweín, tal vez me creeréis,..... ¡Os he amado mucho!

ROSWEIN.

No os creo.

LEONOR

No,..... no puedo quejarme de ello, he matado la confianza..... Bien sé que todo ha acabado..... (Se levanta y va á caer desfallecida sobre un diván.) No os pido nada,..... ¡Ah! sería yo la primera en despreciaros si os quedarais;..... pero al menos no me juzguéis con más severidad de la que merezco..... os lo suplico.... No creais todo lo que dice Carnioli, ni lo que os diga después..... Yo no valgo nada, pero él vale menos que yo..... He sido su querida, esto es lo que hay de verdad,..... y eso basta para la vergüenza de toda mi vida; pero todo lo demás es falso, y él lo sabe bien;..... ¡esas mismas cartas de que hace alarde, esas cartas os lo probarán!

ROSWEIN.

No os creo. Callaos.

LEONOR, suplicando.

¡Ay! ¿por qué me tratáis con tanta dureza, Rosweín?..... Aun cuando yo fuera como él os ha dicho: una mujerzuela, una cortesana, lo que hay de más vil y despreciable,..... ¿no os he amado fielmente? ¿Qué más podría haber hecho por vos el corazón más puro? Estoy bajo vuestras plantas,..... perdonadme..... (Llora.) ¡Si tuviérais la paciencia de escucharme, os contaría mi vida entera,..... pero aún así no me creeríais!..... ¡y sin embargo, la última de las mujeres tiene también sus momentos de sinceridad y de virtud,..... y bien veis, Andrés, que estoy en uno de esos momentos!.....

si,..... no tengo más que una falta en mi vida ¡Carnioli! Hasta entonces yo estaba al nivel de las más irreprochables, si no de las mejores;..... este mundo, en medio del cual había yo quedado abandonada, siendo muy joven, casi una niña,..... aun no me había desflorado con su corrupción;..... ansiaba yo con ardor el movimiento, los placeres, la vida ficticia y brillante; me prodigaba adulaciones que me embriagaban; mi pensamiento se absorbía enteramente en la esperanza—ó en el recuerdo de sus fiestas—y de mis frívolos triunfos. ¡Tal fué la pasión de mi juventud!..... podéis creerme, Andrés; no espero, no quiero más de vos que un poco de justicia y de compasión..... ¡Ay! Si yo os hubiera encontrado entonces,..... hubiera podido amaros tranquilamente. En fin..... habían trascurrido los años..... mi alma estaba causada de tanta futilidad,..... mi corazón se agitaba en el vacío,..... estaba yo sola,..... era yo desgraciada;..... ¡hubiera yo dado, por el sostén de una mano amiga, mi nombre, mi riqueza, mi sangre!..... ¡dice más: ¡me di yo misma!

ROSWEIN.

¡A Carnioli!..... á cualquiera otro,..... lo hubiera yo comprendido, tal vez..... ¡Pero Carnioli!..... ¡Extraño primer paso para una mujer honrada!

LEONOR, con amargura.

Si,..... ¿no es verdad?..... Pensé lo mismo que vos, cuando pude conocerlo; cuando en el fondo de sus maneras caballerescas, y de su lenguaje entusiasta, que me habían seducido,..... no encontré más que el frío egoísmo de un fátuo,..... la sequedad y la decrepitud del alma de un libertino vulgar..... ¡Ah! y es él quien me reprocha haberos engañado,..... haber sorprendido vuestro amor,..... haberme hecho mejor de lo que era..... ¡Él! ¡vaya un descarado! Pero tenía talento, ¡y bien sabe Dios el uso que hizo de él! ¡No de-

pendió de él ciertamente, el que yo no haya sido tal como me acaba de pintar á vuestros ojos, tal como me cree tal vez,..... porque yo no perdonaba medio para salvar de su insolente ironía los ideales de juventud y de moral,..... que sus lecciones, que su contacto destructor habían sofocado,..... pero no ahogado en el fondo de mi corazón!..... Yo os guardaba, Andrés, dígame lo que se quiera, el humilde y puro tesoro de mi alma..... ¡Mi alma! ¿cómo la había de manchar si no la conocía? Vos me habéis hecho su revelación, á vos la debo; con vuestro soplo se ha dispersado..... Idos, amigo mio, ella sobrevivirá para vengaros!..... (Oculta la cabeza entre los cojines del diván. Roswein de pie la mira en silencio. Ella se levanta de repente y se acerca á él.) ¡Marchaos!..... que no os encuentre aquí,..... que no tenga yo que avergonzarme delante de él..... Hacedme este nuevo favor,..... ¡Marchaos! (Le toma una mano, se inclina y se la besa, y con voz entrecortada por las lágrimas, prosigue) Yo no os amaba Andrés, puesto que no queréis creerme, os respetaba... os adoraba..... ¡La verdad es,..... que erais para mí más que un amante muy adorado,..... erais mi religión,..... mi plegaria, mi vínculo con el cielo! ¡Os atrevíais á hablarme de Dios! yo no me atrevía á responderos,..... pero comprendía..... ¡Todo lo que yo tenía de bueno y de honrado,..... todo lo que me consolaba de mí misma,..... todo os lo lleváis! ¡Todo va á extinguirse con la queri la mirada de vuestros ojos... ¡Andrés! ¡Andrés mio! ¡adiós!..... (Cae de rodillas y le besa las manos.) ¡Gracias por haberme amado!

ROSWEIN.

Leonor, no habría palabras para calificaros, si gastais tantas lágrimas y juramentos para engañar á un sér tan confiado como yo.— Levantaos: os amo.

LEONOR, se levanta y le mira con ansiedad.

¡No,..... Andrés!..... si es una burla.....

CAPITULO ALFONSO IX

si la alegría que ahora entra en mi corazón debe salir de él,..... os juro que el castigo sería más grande que la falta.

ROSWEIN.

No me burlo. Te amo. (La abraza y la lleva desfallecida al diván.)

LEONOR, abriendo los ojos y mirándole.

¡Hay ángeles!..... ¿Pero quién soy yo? ¿Qué soy, Dios mío? (Oculta el rostro.)

ROSWEIN.

No penséis más en esto. Olvidad como yo olvido. El sufrimiento os ha redimido. [Se levanta.] Pero no quiero que ese hombre vuelva aquí. Voy á verlo antes. Voy á Nápoles.—Estáis fatigada. Id á descansar. Dormid en paz. Hasta mañana.

LEONOR, levantándose é interrogando con los ojos.

Andrés..... ¿no os volveré á ver?

ROSWEIN.

Mañana, al amanecer, si no estáis aún fatigada,..... iremos, como antes, como en la primavera de nuestro amor, á correr sobre las rocas, á escudriñar las ruinas y á segar en el rocío. ¿Me creéis?

LEONOR.

¡Os creo, os creo! [Le bega las manos. Andrés la conduce hasta la puerta de la izquierda.]

Hasta luego. [Leonor le envía un beso con la mano y sale.]

ROSWEIN, después CARNIOLI.

ROSWEIN, solo.

Si,..... ¡son los acentos de verdad... .. ó la luz y el día no son más que mentira y tinieblas!—¿Qué va á decir él? Seguirá agravando sus acusaciones;..... pero se las contestaré con una palabra: «El que ha tenido el valor de arrojar en los brazos de otro á la mujer que amaba,—el que para favorecer sus designios, hace de los encantos de su querida añagaza ó señuelo, ese podrá aspirar á todo en el mundo, menos á obtener la confianza de un hombre honrado.» Apenas hace un cuarto de hora que se fué,..... apresurándome lo encontraré todavía en Nápoles,..... ó al menos lo encontraré en el camino..... [Carnioli abre la puerta del fondo.] ¡El..... ¡Ya!

CARNIOLI.

Ya. ¡Ah! ¿estás solo? ¡tanto mejor!—No fui á Nápoles, envié allá á Beppo que me esperaba en la verja con mi caballo. Dentro de poco tiempo estará aquí con las cartas, y con ellas quedarás convencido, amigo mío.

ROSWEIN.

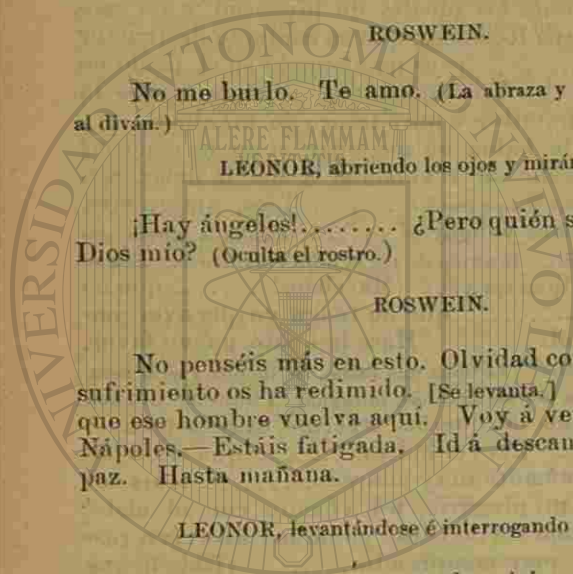
Es inútil. Me lo he confesado todo.

CARNIOLI.

¡Ah! Lo sospechaba yo.—Ea pues, tu maleta y vámonos.

ROSWEIN.

No.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

CARNIOLI, con viveza mirándolo.

¿No?..... Pues bien, siento mucho decírtelo, muchacho; pero eres.....

ROSWEIN.

Un cobarde; ya lo sé. Oídme, Carnioli: habéis sido, á vuestro modo, mi bienhechor. Hasta hoy nunca lo he olvidado; pero ya es demasiado, creedlo. Una palabra más traspasaría lo que la gratitud humana puede soportar.

CARNIOLI, se pasea un momento en silencio con aire preocupado; después prosigue con voz breve y agitada:

Querido mío,— tú vas á ser la causa de que yo acabe mis días en un convento; tú, sábelo!—Yo he amado mucho la música; tú has amado mucho á una mujer..... Los dos expiamos nuestra falta.—El hombre recibe cierta dosis de sensibilidad, cierta facultad de amar y de sacrificarse, que una ley superior le ordena difundir en torno suyo en proporciones regulares, aplicando una parte al donante, otra á la familia, otra á la patria, á lo que se llama el deber;—y reservando lo restante para las distracciones y los ocios de la vida. Tú y yo hemos violado esta ley, hemos concentrado todos nuestros afectos en un solo objeto, y, lo que es peor, en un objeto de lujo: yo en la música; tú en una mujer. Por esto pesa sobre nosotros la maldición.—Mi pasión ha sido herida en lo más vivo por los mismos resortes que ella había desarrollado. Pierdo la obra de mi vida por las combinaciones que había yo meditado para protegerla;—para roer secretamente mi frente, y para colmo de desgracia, veo que una mano, llena de mis beneficios, se levanta para azotarme el rostro. ¡Esto es muy penoso!—Tú asistes, como un testigo desesperado, pero importante, á la ruina de tu cuerpo, de tu alma y de tu génio! Esto no es nada divertido.—Indudablemente hay un Dios, Roswein.

ROSWEIN.

Lo sé.

CARNIOLI, cuya agitación aumenta.

¡Ay! ¡esta mujer!..... ¿Cómo he podido olvidar-me de que estos frágiles escollos siempre han bastado para aniquilar cualquiera fuerza humana? ¡Un niño lo sabe!..... ¡Onfale, Circe, Dalila! Estos nombres de magas que resplandecen como faros en la tradición del mundo, ¿cómo no me han iluminado?..... Pero lo que puede salvarse todavía de tu naufragio, ¡yo lo salvaré!..... sí,—¡á toda costa! ¡Si te queda un pedazo de corazón en el pecho, yo te sacaré de este harén,—aunque tuviera yo, como Ulises, que ponerte delante de los ojos un espejo de acero, aunque sintieras el reflejo en la médula de tus huesos!..... De todos modos, es necesario.... No más que yo hubiera querido prepararte;..... pero ya no hay tiempo. Eseucha.

ROSWEIN.

No..... ¡Dejadme!

CARNIOLI.

¡Ah! ¡La única vez de mi vida en que hablo con severidad, te dignarás escucharme!..... No vengo directamente de España. Un negocio interesante me llamaba á Sicilia, y antes de tocar Nápoles, fui á pasar una semana en una quinta que tengo en Palermo y Monreale.—No sabía yo en qué emplear las tardes, y las pasaba corriendo el campo, que es muy hermoso en aquel lugar,—un rincón del Edén, olvidado por el diluvio. Ninguno, y me envanezo de ello, es menos propenso que yo á la melancolía..... Y sin embargo, no me explico por qué rareza experimentaba, yo durante aquellos paseos solitarios, la pesadez de una alma abstraída en sí misma,—y al vago abatimiento de un espíritu que se alimenta, co-

mo los calenturientos, con su propia sustancia.....
 ¿Era el cansancio del viaje? ¿era un presentimiento?...
 Cualquier cosa que haya sido, una tarde, el jueves último,
 mo,..... (Vacila.) Dame un vaso de agua. (Roswein le
 sirve el agua, Carnioli bebe un trago, pone el vaso junto a él, se sienta y
 prosigue.) A la caída de la tarde, atravesaba yo un estrecho
 valle abrigado por altas colinas, de los vientos del mar, y
 que es renombrado en el país por la salubridad del aire
 que allí se respira. Entre las rústicas casuchas disemina-
 das en el valle, me llamó la atención una vivienda de una
 limpieza británica..... una especie de quinta,—jestos in-
 gleses se encajan en todas partes!—Al acercarme, impul-
 sado por simple curiosidad, oí repentinamente salir del
 fondo de un jardín contiguo á la casita, los sonidos graves
 y suavísimos de un violoncelo.

ROSWEIN.

¡Carnioli!

CARNIOLI.

Reconocí el arco,..... reconocí la mano.

ROSWEIN.

¡Por favor, Carnioli!

CARNIOLI.

¿Crees tú que esta revelación me diyerte?

— Un hombre de mediana edad, de rostro cuadrado y
 de patillas rojas, estaba de pie en el umbral de la casa. Se
 acercó á mi, creyendo leer en mi semblante la expresión
 de un sufrimiento repentino..... Lo interrogué.....
 Hacía dos años que tenía en su granja dos huéspedes,—me
 los nombró..... Mi razón me aconsejaba alejarme de
 aquel lugar..... Pero el violoncelo seguía cantando,
 y mi pasión por la música, unida á un sentimiento que no
 me era dado definir, me atraía hasta el fondo de aquel

abismo de amargura, á cuyo borde me había conducido la
 casualidad,

ROSWEIN.

¿La casualidad, Carnioli?

CARNIOLI.

Como quieras..... Entré al jardín..... Me es-
 curri sin hacer ruido detrás de los árboles, y pude ver á
 un grupo de tres personas que el follaje de una higuera
 protegía de los rayos del sol poniente..... Una de
 ellas me era desconocida; pero comprendí que era un me-
 dico.....

ROSWEIN.

¡Oh Dios!

CARNIOLI.

A las otras dos las conocía yo, y las conoces tú.—Só-
 lo el anciano me pareció cambiado..... La fisonomía
 de la joven apenas estaba alterada, más sin embargo, su
 actitud, el sillón lleno de almohadas en que estaba recosta-
 da, el brillo singular de su mirada, todo me anunciaba
 que el médico había ido por ella..... Desde mi llega-
 da..... no hay un sólo detalle de esta escena que no
 tuviera presente, aunque viviera diez mil años. (Golpea el
 suelo con el pie.)

Su padre dejó el arco y le preguntó cómo se sentía
 "Mejor, respondió sonriendo, mejor que mejor;
 pero sólo la Atemania me curaría enteramente....."
 Después cerró los ojos y murmuró algunas palabras in-
 teligibles..... Sólo pude distinguir tu nombre.....

ROSWEIN.

¡Por compasión, Carnioli!

CARNIOLI.

«Hija mía, dijo entonces el anciano, confíamelo todo..... Este secreto que te obstinas en guardar dobla tu mal..... Confíamelo todo, te lo ruego, y te prometo no maldecirlo..... Te ha engañado, no es verdad.» Ella volvió á abrir los ojos; no, no replicó; me he engañado yo misma, yo soía..... No hay más culpable que yo; amadle siempre.» Después, luego que cerraba sus párpados, como acometida de un delirio súbito, cambiaba de lenguaje..... te acusaba..... repetía tus palabras de amor..... suplicaba á su padre, rogaba á Dios que te perdonara.

ROSWEIN.

¡Maldición! ¡Carnioli, si alguna vez me habéis amado!.....

CARNIOLI, su voz se allera.

Durante este tiempo, los dedos del anciano, posados sobre las cuerdas del violoncelo, le arrancaban con movimientos bruscos, sonidos..... lamentos que taladraban mi corazón..... La joven se despertó y dijo: «Padre mío, tengo dos favores que pedir;..... pero antes sonreídme.» El anciano trató de sonreír. «Gracias! repuso ella. Ahora, toca me el *Canto del Calvario*.....

—No, no, dijo el buen hombre con un acento de alegría punzante; el día de tu matrimonio, hijita..... La niña se sonrió mirándole con fijeza; él bajó los ojos sin replicar. Con un gesto lleno de dolor, sacudió sus cabellos blancos sobre su frente más pálida que el mármol y tomó el arco..... Oí entonces *el Canto del Calvario*, sí. (Su voz se ahogaba.) Mientras tocaba veía yo que caían gruesas lágrimas sobre sus pobres manos enflaquecidas y trémulas..... ¡Lloraba! ¡La madera y el cobre lloraban!..... ¡El médico apartaba la vista..... y yo!..... sólo la niña no lloraba..... ¡Ya no tenía lágrimas!..... (Se levanta muy conmovido y da unos pasos.)

ROSWEIN.

¡Basta! ¡basta! ¡Oh Dios misericordioso! ¡Dios mío! (Cae sobre una silla.)

CARNIOLI, con brusquedad.

Se acabó. Cálmate.—Sali, esperé al médico en la puerta. Le pregunté si quedaba alguna esperanza. Me señaló el cielo. «Pero, le dije, ¿si aquel á quien ella ama volviera?..... Entonces, respondió, aunque ya es muy tarde, tal vez.»

ROSWEIN, levantándose.

¡Partamos! ¡partamos pronto!

CARNIOLI.

Partamos.

ROSWEIN.

Carnioli, os juro que voy á seguirlos; pero necesito ver todavía una vez más á la que voy á abandonar para siempre. Es necesario. No le hablaré. Ella no me verá. Veré por última vez su rostro, y os seguiré.

CARNIOLI.

¿Ya flaqueas?

ROSWEIN.

No. Acompañadme, venid. No la despertaré.

CARNIOLI.

Ven pues, y acabemos.

Salen por la puerta de la izquierda, atraviesan una galería y llegan á la antecámara de la princesa; una lámpara de alabastro alumbra débilmente la pieza. Marieta dormita en un sillón. Al entrar los dos se levanta espantada.

CARNIOLI. — ROSWEIN. — MARIETA.

ROSWEIN, en voz baja, á Marieta.

¿Duerme?

MARIETA.

Sí, badlad bajo.

ROSWEIN.

Vuelvo. Espérame aquí. (Se dirige á la alcoba.)

MARIETA, deteniéndolo.

La señora princesa ha recomendado que no se le incomode bajo ningún pretexto. Está enferma.

ROSWEIN.

Déjame. No la despertaré. Solamente quiero verla.

MARIETA.

Señor, perdón; pero me despediría.

ROSWEIN.

No me verá. Retírate. ¿Por qué tiemblas, tonta?

MARIETA.

¡No entréis, señor, os lo suplico!

CARNIOLI, con voz estrepitosa.

¡No está ahí! ¡Apuesto mi cabeza á que no está ahí!
— ¡Ah! ¡eso faltaba para coronar la obra! (Se ríe.) Puedes entrar, onda; no despertarás á ninguno.

ROSWEIN, empujando á Marieta espantada.

¡Quítate! [Abre violentamente la puerta; la alcoba está vacía; se golpea la frente.] ¡Luego me engañaba! ¡Mentía aún! ¡No! ¡Aunque un ángel de Dios me lo hubiera dicho, no lo hubiera creído! (Viendo una carta sobre la mesa.) ¡Ah! ¡una carta de ella! (La abre y lee.) «Mi querido maestro: yo abandono cuando me place; pero á mí no se me abandona. Adiós. — Leonor.» (Se queda un instante inmóvil, apoyando con fuerza una mano sobre el pecho.)

CARNIOLI.

Bueno, hay que agradecersele. Tendrás más tranquilo el ánimo. Sal de ahí.

ROSWEIN, asiendo un brazo de Marieta.

Oye, y responde con verdad, si no quieres estar á mi alcance, porque te juro que tú pagarás por todos: — ¿ha salido con el cantor, no es verdad?

MARIETA.

¡Socorro, monseñor!

CARNIOLI.

Respóndele.

MARIETA.

Con el cantor, sí.

ROSWEIN.

¿Dónde están?

MARIETA.

En Gaeta.

ROSWEIN.

¡A Gaeta!—Segnidme, caballero. Beppo debe haber
vuelto ya. Encontraremos vuestros caballos en la verja.

CARNIOLI.

Pero ¿qué vas á hacer?

ROSWEIN.

Ya lo veréis. Venid.

CARNIOLI.

¿Crees tú que yo voy á comprometerme en tu corre-
ría? ¡Estás loco!

ROSWEIN.

No vengáis, pues. Buenas noches. (Se sale.)

CARNIOLI.

¡Voto á bríos! detente, voy contigo. Me des-
tuirán, ¡no me importa!

ROSWEIN.

Pasemos á casa. Necesitamos armas. [Salen.]

Media noche.—Una rampa escarpada en el camino de Gaeta.—A la
derecha, colinas boscosas y sumergidas en la sombra. A
la izquierda, el mar, más luminoso, rompiéndose contra la
costa peñascosa en que va subiendo el camino dando vuel-
tas.

ROSWEIN.—CARNIOLI, los dos á ca-
ballo, subiendo la rampa al galope, después SERTORIO.

CARNIOLI.

Este camino está desierto como el Sahara. Marieta
nos ha engañado. Al paso que hemos traído, deberíamos
haberlos alcanzado, si trajeron esta dirección..... Pue-
de que vayan por mar..... Volvámonos.

ROSWEIN.

¡Vuélvete, tú, si quieres!

CARNIOLI.

¡Piensa en la Sicilia, Andrés!..... ¡piensa en el
Canto del Calvario!

ROSWEIN.

¡El *Canto del Calvario*, lo canto!

CARNIOLI.

¡No tan pronto, demonio!—Vaya una noche horri-
ble..... Tengo momentos en que pierdo la razón....
¡Si creyera yo en el infierno, creería estar en él!
Te digo que estamos perdiendo el tiempo.

ROSWEIN.

¡Sigamos! Veo un punto obscuro allá arriba.
¿qué no es un coche?

CARNIOLI.

¡Dios nos libre.—Yo no veo nada. La noche
está tan negra como la caía del diablo. De un mo-
mento á otro voy á caer en el mar con mi caballo,—y me
ha de dar risa, así estoy de alegre.

ROSWEIN.

He oído el ruido de un látigo, estoy seguro de ello.
¡Ea! (Arrea el caballo.) ¡Ay! ¡santos del cielo! ¿qué es lo
que va á pasar?

CARNIOLI.

¡Dame tus pistolas, Andrés! ¡No eres dueño de tí. . . .
Te serviré de testigo en un duelo con ese joven; pero si
pretendes que yo asista al asesinato de una mujer.
¡enfermo de Cristo! ¡no te sigo!

ROSWEIN.

¡Una mujer! ¿acaso es una mujer? y además,
¿qué me importa? ¿Con qué puede hacer lo que ella ha
hecho. se puede hollar con los piés todo lo que
hay de sagrado y de inviolable; se puede convertir la pa-
labra en mentira, la sonrisa y lágrimas en comedia; se
puede hacer del alma de un hombre un juguete, y del
nombre mismo del cielo una cobarde traición. y
debe perdonarse todo esto porque el que lo haga, diga:
«¡soy una mujer!» ¡No, por Dios!—¡Ah! ¡los ves
ahora! ¡Alto ahí! (Se ve un carruaje que sube la costa.)

CARNIOLI.

¡Dame tus pistolas, desgraciado! Te juro que
te las devolveré para un combate digno de tí.

ROSWEIN.

¡Alto ahí, postillón! Párate ó te doy un
tiro!

Salta del caballo, Carnioli hace lo mismo. Los dos se acercan al co-
che que está ya parado.

¡Es una equivocación! ¡Ten cuidado, An-
drés! Este coche no es el suyo.

ROSWEIN.

Vamos á ver.

Se acercan al carruaje. Roswein abre violentamente la portezue-
la; ve al viejo Sertorio sentado cerca de un ataúd cubierto de un paño
blanco sembrado de flores. Retrocede dando un grito terrible.—Car-
nioli lo aparta con la mano y se pone delante de él, como para ocultarle
aquel espectáculo.

SERTORIO, con voz sorda y temblorosa.

¿Qué hay? ¿Qué queréis, señores? La llevo
á Alemania, lo ha deseado ella. ¡Es mi hija, señores, (Se
le ahoga la voz.) mi hija única, mi única niña! ¿Qué queréis
de mí?

CARNIOLI.

Señor, no abrigueis temor alguno.

SERTORIO.

No tengo miedo. Vosotros sois ladrones; . . .
bandidos; No sois artistas. Yo sólo temo á los ar-
tistas, señores. Un artista es el que ha matado á mi hija.
Uno de vosotros hubiera tenido compasión de ella:
un tigre la hubiera perdonado.

CARNIOLI.

¡Id en paz, señor! ¡id en paz!

SERTORIO.

Gracias, señores, gracias.—La llevo á Alemania, lo ha deseado ella.

CARNIOLI.

Si, señor, id en paz. ¡Que Dios os proteja!

Cierra la portezuela. El coche prosigue su marcha y desaparece poco á poco en la obscuridad. (Carnioli se vuelve.)

—¡Andrés! ¿Dónde estás, Andrés mío?

[Divisa al joven sentado en la orilla de la ribera; corre hácia él.]

¿Estás malo, hijo mío? ¡Qué pálido estás!..... A ver tu pulso..... ¡Ay! ¡misericordia!

RÖSWEIN.

¡Escuchad!

Se oye ruido de música y de cantos en el mar; aparece una barca empavesada y encendida, doblando la punta de la costa.—Se oye más distintamente el canto y la música; Leonor eleva su voz cantando el Adios de Granada, Röswein lanza un gemitio ahogado y se desploma en la roca.

CARNIOLI, irguiéndose en el borde de la ribera, sin soltar la mano de Röswein, gritando con voz tonante.

¡El cisne dalmata muere, y tú cantas,..... canalla! (La barca se aleja; Carnioli cae de rodillas y lleva su mano al corazón del joven.) ¡Acabo!..... ¡Pobre niño!..... ¡pobre niño! (Lo abraza y solloza.) ¡Ay! ¡juega por mí! (Los cantos se pierden en lontananza.)

FIN.

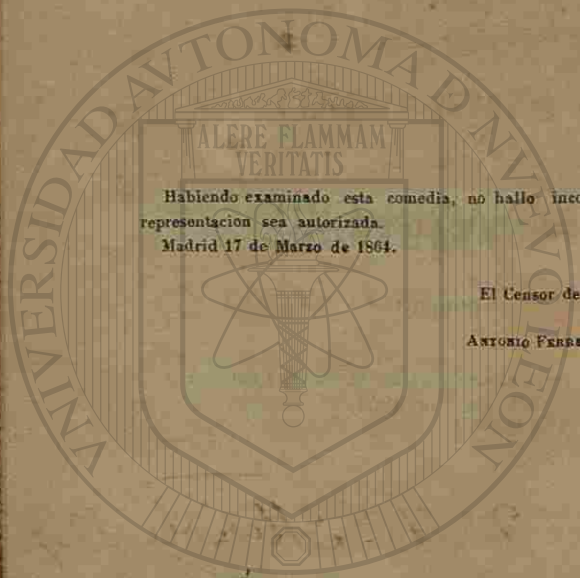
UN BANQUERO.

COMEDIA

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL CIRCO
EN ABRIL DE 1864.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
No. 3625 MONTERREY, MEXICO



Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 17 de Marzo de 1864.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

6 # 2 M
UN BANQUERO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

ESCRITA EN FRANCÉS

POR OCTAVIO FEUILLET

CON EL TÍTULO DE

MONTJOYE,

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JUAN DEL PERAL.

2.º de Marzo de 1864

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"ALFONSO REYES"
1665 MONTERREY, MEXICO

MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAS.

ACTORES.

+ ENRIQUETA.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
CECILIA.....	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
PEÑALVER.....	DON JOAQUIN ARJONA.
+ CHINCHILLA.....	DON JUAN LOPEZ BENETTI.
+ FERNANDO.....	DON MANUEL OSSORIO.
+ RICARDO.....	DON RAMON MARISCAL.
+ GARCIA.....	DON JOSÉ GARCIA.
+ UN LACAYO.....	DON JOSÉ DIEZ.

La acción en Madrid, en nuestros días.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Eduardo Hidalgo, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.
Los corresponsales y agentes de la Administración lírico-dramática son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Despacho de Peñalver, ricamente ahajado. Estantería, bronceos objetos de arte, muebles suntuosos. A la derecha un gran bufete con muchos papeles y legajos. Un sillón dorado delante del bufete. Dos puertas laterales: otra en el foro.

ESCENA PRIMERA.

GARCIA y el LACAYO.

Hablan en voz baja cerca de la puerta del foro, que estará abierta, y luego el lacayo se vá por ella. Garcia, con una gran cartera debajo del brazo, se adelanta hácia el proscenio, meneando la cabeza como en señal de disgusto, y se sienta á la izquierda en una silla.

GARCIA. ¡Siempre el mismo! ¡Siempre saltando por todo y haciendo mofa de cuanto hay en el mundo! Qué poco me han gustado á mí nunca los hombres así. ¡Y este... este!... Cuando pienso que el estar yo á su lado es como aceptar el papel de cómplice suyo... Dios sabe que lo siento: Dios sabe que... Ah, la señorita. (Viendo á Cecilia y levantándose con rostro placentero.)

ESCENA II.

GARCIA y CECILIA.

Sale por la izquierda con traje elegante de mañana.

CECILIA. Felices, señor Garcia. ¿Aun no está aquí papá?

GARCIA. No; pero vá á venir en seguida. Acaban de avisarme que ha vuelto.

CECILIA. ¿Que ha vuelto? ¿Pues tan de mañana había salido?

GARCIA. No... no, señorita. Es decir... si: cuando ha vuelto, claro está que había salido. No sé dónde tengo la cabeza esta mañana.

CECILIA. Entonces luego le veré, porque ahora voy corriendo á vestirme para salir con mamá. Hasta despues, señor Garcia. Y los nietecitos, ¿siguen bien?

GARCIA. Si, muy bien... Muchas gracias.

CECILIA. Tráigamelos usted mañana. Quiero hacerles un regalito.

GARCIA. ¡Qué buena es usted!

CECILIA. Mañana á las doce, ¿eh? Adios, adios, que me está esperando mamá. (Váse corriendo por la izquierda. Garcia la sigue con la vista enternecido.)

ESCENA III.

GARCIA, y luego PEÑALVER.

GARCIA. Si, si: no hay duda. Esta niña es el ángel guardian de la casa. Su madre es otro ángel... Ninguno de los dos está demas aquí.

PEÑALVER. ¿Se avisó al señor Garcia? (Saliendo por la derecha con traje elegante de gusto inglés y patillas largas, y hablando con alguien que se supone haber dentro.) Ah, si: aquí está. (Viendo á Garcia y acercándose á él.) Buenos dias, Lorenzo.

GARCIA. Buenos los tenga usted, señor. (Le dá la cartera y algunas cartas.)

PEÑALVER. Vamos á ver qué es esto. (Sentándose junto al bufete y abriendo la cartera.) Siéntate.

GARCIA. (¿Dónde habrá pasado la noche?) (Refanfañando.)

PEÑALVER. El canal de Extremadura, bien, ¿eh? (Examinando los papeles que ha sacado de la cartera.)

GARCIA. Si, muy bien, con tal que dure...

PEÑALVER. Anda, cobardon. ¡Siempre con dudas y temores!

GARCIA. Ese negocio me parece de mal agüero. En él se había arruinado antes el señor Acuña, que es un hombre de bien, y no creo justo que ahora usted, aprovechándose de su trabajo... ¿Por qué no accede usted

á sus súplicas y le dá parte en la especulacion?

PEÑALVER. Mira, Garcia: la historia universal del género humano es que unos sacan las castañas del fuego y otros se las comen.

GARCIA. Tiene familia.

PEÑALVER. Asi tendrá quien le consuele. Déjate de lamentaciones. ¿Qué noticias hay de las obras del ferro-carril? ¿Estarán terminadas para fin de mes?

GARCIA. Parece que si.

PEÑALVER. Ya era tiempo. Ah, dime: ¿y la contrata?

GARCIA. Usted se quedará con ella, de fijo.

PEÑALVER. Sabes que este negocio puede dar un gran resultado. Á ti te lo debo: á ti exclusivamente. Si no andas tan listo, nos gana Salcedo por la mano. Eres hombre que lo entiende.

GARCIA. Mejor pudiera haber empleado mi vida.

PEÑALVER. ¿Cómo es eso, viejo gruñon? ¿No estás contento en mi casa?

GARCIA. Si... y no.

PEÑALVER. Bien, bien: ya hablaremos. ¡Caramba! (Frotando recoriendo una carta con la vista.) ¡Pobre diablo!

GARCIA. ¿Qué hay?

PEÑALVER. Te acuerdas de Gimenez, aquel muchacho que enviamos á Manila?

GARCIA. Si; ¿y qué?

PEÑALVER. Nada: que al desembarcar, se cayó al agua el muy torpe, y se ahogó.

GARCIA. ¡Pobre chico! Será posible?

PEÑALVER. Si, me lo escriben de Cádiz. ¡Qué fastidio! Hay que enviar otro en seguida. Entre los del escritorio, elige el que te parezca mejor.

GARCIA. Debía acabar mal. Tenia un corazon depravado.

PEÑALVER. Lo siento: era muy listo. (Distráido.)

GARCIA. Se fué contra la voluntad de toda su familia. Su madre ha muerto de pena poco há.

PEÑALVER. Si... si... muy listo: prometia mucho.

GARCIA. Yo, señor, creo en la Providencia.

PEÑALVER. ¿Eh? (Prestándole atencion.)

GARCIA. Que yo creo en la Providencia.

PEÑALVER. Tanto mejor para ti.

GARCIA. (Se la encajó.) Si usted no manda otra cosa...

PEÑALVER. No. Dentro de una hora ya habré examinado estos

papeles: vuelve por ellos.
GARCIA. La señora. (Saluda á Enriqueta, que sale por la izquierda.)
 (Se la encajó.) (Váse por el foro.)

ESCENA IV.

PEÑALVER y ENRIQUETA.

PEÑALVER. ¿Cómo vá? ¿Y Cecilia? Aun no la he visto.

ENRIQUETA. Pues ella ha venido ya aquí. (Enriqueta manifestará siempre cierto abatimiento y tristeza.) Ahora se está vistiendo para salir conmigo: pero no haya miedo de que deje de traerte su ramito de violetas, como todos los días. ¡Jesus! Primero faltaria la luz en el cielo. ¡Hija de mi alma!

PEÑALVER. Buen par de loquillas sois las dos. Cecilia, con tu ejemplo, no podia menos de darse á manías novelescas. Tú no eres una mujer de carne y hueso como las demas; tú no vives en la tierra, sino en las nubes. Conque vamos á ver: ¿qué me quieres? ¿qué hay?

ENRIQUETA. Cecilia y yo hicimos ayer un descubrimiento en nuestra excursion matinal. Ya sabes que ahora casi todos los días me acompaña á visitar á los pobres; porque á medida que la veo mas lanzada en el torbellino del mundo, mas conveniente me parece darle á conocer la parte seria de la vida. Cuando por la mañana ha presenciado un infortunio, por la noche la llevó á un baile con menos temor. Se me figura que así adquiere por la mañana su corazon el temple necesario para resistir á los peligros de por la noche.

PEÑALVER. No, no hay mal ninguno en que vaya... Y ese descubrimiento ¿es tan plausible como el de las Indias?

ENRIQUETA. Verás. Yo me dedico principalmente á buscar los pobres que se ocultan. Pues bien, he dado con uno que por fuerza ha de interesarte: un antiguo camarada tuyo, de quien me has hablado alguna vez... Un señor Chinchilla.

PEÑALVER. ¡Chinchilla! ¡Pues ya lo creo! ¿Conque aun vive el tuno de Chinchilla?

ENRIQUETA. Vive, pero ¡cómo! Trabaja en una imprenta... copia

manuscritos... ¿qué se yo? Su mujer está enferma.

PEÑALVER. Hola.

ENRIQUETA. Cuatro hijos, cuatro; y el mayor no levanta cinco palmos del suelo.

PEÑALVER. Tómate esa.

ENRIQUETA. Él ha estado tambien dos meses en cama con una enfermedad muy grave... En fin, una miseria horrible... una desolacion. Me ha dicho que un dia vino á verte y que no le dejaron entrar. Yo le ofrecí que hoy mismo le recibirías. ¿Verdad que le recibirás?

PEÑALVER. Hija, estoy muy ocupado... tengo mucho que hacer. (Quédase meditando.) Sin embargo... quizá pudiera serme útil... Era mozo de chispa, aunque algo poeta y soñador... Quizá con la edad se haya apagado el fuego de aquella imaginacion volcánica; y si él quisiera, con su talento, con su actividad, con su carácter emprendedor... Recuerdo, ademas, que en política tenia ideas que van estando muy en boga. Pues si señor que puede serme útil. Le recibiré por darte gusto. (Hace sonar un timbre que habrá encima de la mesa.)

ENRIQUETA. No sabes cuánto te lo agradezco. Haz bien á los demas, ya que á mí...

PEÑALVER. Pues bueno fuera que te negase un favor tan pequeño. (Como tratando de cortar la conversacion.) Si viene el señor Chinchilla, que pase adelante. (Al lacayo, que se presenta en la puerta del foro.)

EL LACAYO. ¿El señor Chinchilla? Está bien.

PEÑALVER. ¡Ah! (Como recordando.) Que entre tambien don Fernando Vidal.

EL LACAYO. ¿Vidal? Está bien, señor. (Váse.)

ENRIQUETA. Dime: ¿ese Vidal es?...

PEÑALVER. Si: el hijo de mi antiguo socio de Cádiz. Hará cuatro ó seis meses que vino á establecerse en Madrid como abogado. Segun me han dicho, no carece de inteligencia, pero la suerte no le ayuda. Su padre era un majadero, y no tuve yo ciertamente la culpa de que se arruinase y luego diera en la ridicula humorada de levantarse la tapa de los sesos. Pero basta que durante algun tiempo fuera mi socio, para que me considere obligado á favorecer á su hijo.

ENRIQUETA. Apruebo la idea.

PEÑALVER. Parece ser que ese muchacho observa conducta irreprochable, y á Ricardo le vendrá bien un amigo que pueda darle buenos ejemplos.

ENRIQUETA. Mucha falta que le hace á Ricardo contraer buenas amistades y dejar las malas. Debieras cuidarte un poco mas de su educacion, y echarle de cuando en cuando algun sermoncito. Anoche estuvo con nosotros en el palco, habia comido de fonda, sin duda, y me hizo pasar un rato!...

PEÑALVER. ¡Oiga! Creo que ha salido á caballo. Cuando vuelva envíamele acá. (Oyese ruido en el foro.) Me parece que es él. (Vá á la puerta del foro.) ¡Ricardo! (Llamándole.)

RICARDO. Calla, bolonio. Tú tienes la culpa. Le destrozas la boca. (Dentro.)

PEÑALVER. ¡Ricardo! (Llamándole.)

RICARDO. ¡Bruto! ¡Zopenco! (Dentro.)

ESCENA V.

DICHOS y RICARDO.

Sale por el foro con un látigo en la mano.

RICARDO. Buenos dias, papá. (Dando la mano á Peñalver.) Es mucho mas animal que el caballo.

PEÑALVER. ¿Qué te sucede?

RICARDO. Nada: que ese gánapiro de Miguel no sabe montar. Por poco se cae del caballo en la plazuela de Santa Ana.

PEÑALVER. Estaría bebido. Y á propósito, Ricardo; el dia que comas de fonda, hazme el favor de no ir al palco de tu madre.

RICARDO. ¿Pues qué, mamá; cometí yo alguna imprudencia?

ENRIQUETA. Si, hijo, si: estuviste desatinado.

RICARDO. ¿De veras? Lo siento. Aunque si tú no me hubieras dicho que os fuera á buscar al teatro... ¡La Normal! Lo he visto ya mas de mil veces; y recuerdo que de puro fastidio, me dió por charlar y hacer burla de todo. ¡Qué diablos! De alguna manera me habia yo de divertír. (Azota el aire con el látigo y vá hácia la iz-

quierda.)

PEÑALVER. Es una cabeza destornillada.

ENRIQUETA. (¡Pobre hijo mio! Si Dios no lo remedia..)

RICARDO. Ah: anoche estaba en el teatro la marquesa de Rio Janeiro, esa brasileña que es ahora la novedad que mas llama la atencion en Madrid. Hombres y mujeres querian comérsela con los ojos: los unos por afición; por envidia las otras. Dicen que su marido es un gran cazador de fieras, y que tiene la gracia de estar siempre rabiando de celos. Yo no sé por qué me ha dado en la nariz que ella y él son un par de farsantes.

PEÑALVER. ¡Ricardo! (En tono de reconvencción.)

ENRIQUETA. (¡Dios me dé fuerzas!) (Con profunda aflicción y mirando á Peñalver.) Se hace tarde. Hasta luego. Vuelvo á recomendarte á Chinchilla.

PEÑALVER. Quedarás contenta de mí. (Muy afectuoso, apretándole la mano. Enriqueta se vá por el foro.)

ESCENA VI.

PEÑALVER y RICARDO.

Peñalver se sienta en el sillón que hay cerca del bufete. Ricardo se apoya en el respaldo del mismo sillón.

RICARDO. ¿Y cómo te sientes hoy, papá? ¿Estás completamente bueno?

PEÑALVER. ¿Adónde te fuiste anoche despues del teatro?

RICARDO. Me fui como un santo al Casino, papá de mi alma.

PEÑALVER. Y allí ¿qué hiciste?

RICARDO. ¿Qué habia de hacer, papá de mi corazón? Jugar con la mayor tranquilidad del mundo.

PEÑALVER. Y perder, segun me indica ese acceso de ternura filial.

RICARDO. Pero no al treinta y cuarenta: créelo. Al whist fué; al aristocrático y manso whist. (R)

PEÑALVER. ¿Cuánto?

RICARDO. ¿Con qué de veras gozas hoy de completa salud, papá?

PEÑALVER. ¿Cuánto?

RICARDO. ¡Bá! Dos mil duros.

PEÑALVER. Tómalos. (Escribiendo dos renglones en un papel y dándoselo.) Pero no vuelvas á pedirme ni un solo real para satisfacer deudas de juego. Tu ociosidad es cosa cara.

RICARDO. Gracias. Te quejas de mi ociosidad, ¿eh? Pues te digo que eres injusto. Ahora no quieres que juegue á las cartas, y antes no querías que jugase á la Bolsa.

PEÑALVER. Todo es jugar.

RICARDO. ¡Pero recuerda qué bien empecé! Mi primera operación desconcertó los cálculos de los banqueros mas sagaces de España y Francia; y dejó á todo el mundo con tanta boca abierta. Tú mismo te quedaste asombrado.

PEÑALVER. ¿Pues no me habia de asombrar?

RICARDO. El resultado fué malo; cierto: pero yo hice en regla la jugada.

PEÑALVER. Y yo la pagué.

RICARDO. Otra vez bubiéramos podido ganar.

PEÑALVER. Si, tú hubieras podido ganar y yo hubiera podido perder. Lo dicho. Esa es la última deuda que te pago. Pocos jóvenes tendrán para sus gastos particulares una pensión tan considerable como la tuya. Contántate con ella. Mira que si no, te la quito, y te dejo in albis.

RICARDO. Permíteme, papá queridísimo, que lo dude.

PEÑALVER. Te aseguro, hijito, que haces mal en creerte con derecho á disponer de mis bienes, como si fueran tuyos. Quieren las leyes que el hijo sea heredero forzoso de su padre, pero si me apuras mucho, puedo yo darte una sorpresa que no te deje con gana de reír.

RICARDO. Papá, siempre me has tratado como á un camarada, como á un amigo, y ese lenguaje... (Algo desconcertado.)

PEÑALVER. Como á un amigo te seguiré tratando, con tal que me pagues en la misma moneda. Porque ya ves: no parece justo que yo sea tu amigo y que tú seas mi enemigo. Anda, anda, botarate, y di que me traigan aquí el almuerzo.

RICARDO. (Hasta otra. Es un guapo chico.) (Vase por el foro.)

ESCENA VII.

PEÑALVER y luego el LACAYO.

Peñalver se sienta cerca del bufete, y se ocupa en examinar papeles y leer cartas.

PEÑALVER. Todo vá bien. ¡Ah! (Tomando una carta en la mano.) Parece letra de la marquesa. (Abre la carta.) Si. «El marqués acaba de decirme que hoy iremos á ver á tu esposa. (Leyendo.) Proporcióname ocasion de poder hablar á solas contigo, porque lleva además el objeto de pedirte el cuarto segundo de tu casa, que está desalquilada, y no pareceria bien tratar de negocios delante de una señora. Supongo que la noticia te alegrará.» Si; quiere que tambien le pague la casa. «Mucho disimulo por Dios. El marqués está ahora mas celoso que nunca.»

EL LACAYO. Acaba de llegar el señor Chinchilla. (Desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. Qué pase. (Sin volver la cabeza. Vase el lacayo.) ¿Será marqués? ¿Será celoso? ¿Será su marido? Á mí, ¿qué me importa? (Suelta la carta y examina otros papeles.)

EL LACAYO. El señor Chinchilla. (Anunciándole desde la puerta del foro. Entra Chinchilla y el lacayo se vá.)

ESCENA VIII.

PEÑALVER y CHINCHILLA.

Peñalver continúa sentado junto al bufete y firma varios documentos. Chinchilla trae frac negro abrochado, muy caído y de hechura algo antigua; corbata negra muy usada con puntas largas y caldas; guantes negros tambien, agujereados por las puntas de los dedos. Sus cabellos y barba, grises, descompuestos y enmarañados; su rostro, flaco y macilento; sus ojos, hundidos. Permanece un rato parado junto á la puerta, dando vueltas entre las manos al sombrero, que de puro viejo habrá perdido ya su forma, y mirando en derredor suyo, como en señal de cortedad, de asombro y confusion. Pausa.

CHINCHILLA. Perdone usted, caballero, que me haya tomado la libertad... (Acercándose un poco, y hablando con dificultad

por la emoción que le domina.) Pero como su señora esposa tuvo ayer la bondad de animarme é que viviese...

PEÑALVER. Hola, Chinchilla. ¿Cómo vá? (Sin volver la cabeza, tendiéndole por encima del hombro la mano izquierda mientras sigue firmando con la derecha.)

CHINCHILLA. ¿Qué?... ¿Cómo?... (Estrechándole la mano.) ¿Usted?... ¿Tú te dignas reconocerme?

PEÑALVER. Pues claro. ¿No te he de reconocer? (Con frialdad.) Y mira, la verdad es que estás bastante cambiado. (Levantándose y contemplándole cara á cara.) No lo estaré yo menos, quizá. Ya ni tú ni yo tenemos veinte años, camarada. ¡El buen Chinchilla! Es agradable esto de volverse á ver dos amigos despues de larga ausencia, ¿verdad?

CHINCHILLA. ¿Amigo?... ¿Me llamas amigo?... ¿Con que no hay duda? ¿Con que no me desdeñas? Perdona, Antonio mio, perdona... pero te confieso que no esperaba esta acogida. Tú en lo mas alto de la escala social... Yo al pie de la escalera... (Llorando y enjugándose los ojos con un pañuelo.)

PEÑALVER. Bá, bá, en eso no has cambiado: eres tan simple como antes. Eh, no hagas pucheros.

CHINCHILLA. Acabo de salir de una enfermedad... Estoy muy débil todavía... (Como disculpándose.)

PEÑALVER. Con efecto, esa cara... (Salen dos criados por el foro con una mesa en que hay servido un opiparo almuerzo.) Ponedlo ahí. (A los criados, que dejan la mesa cerca del proscenio.) ¿Quieres almorzar conmigo?

CHINCHILLA. Gracias, muchas gracias, mi querido Antonio... Ya he almorzado. (Con timidez.)

PEÑALVER. No importa. Un convaleciente siempre tiene apetito.

CHINCHILLA. No sé cómo agradecerle... (Mirando la mesa con curiosidad y asombro.) Me tratas de un modo...

PEÑALVER. Vamos, si: tomarás alguna cosilla. Un cubierto, y dejadnos solos. (Uno de los criados pone un cubierto en un lado de la mesa y acerca una silla. Vánse los dos criados.) Prescindiremos de servicios ajenos, á trueque de poder hablar sin testigos. Siéntate ahí. (Sentándose él á un lado de la mesa.) ¿No oyes? Siéntate. (Chinchilla se sienta con mucha cortedad.) ¿Cuánto tiempo ha que no nos veíamos?

CHINCHILLA. ¡Oh! Veinticinco años, Antonio. Veinticinco años ha que me fuí yo de Cádiz.

PEÑALVER. Es verdad. ¡Veinticinco años! ¿Quieres que te sirva? Huevos revueltos con trufas: ¿te gustan?

CHINCHILLA. ¿Con trufas, eh? Si... creo que me gustarán.

PEÑALVER. ¿Por qué diablos no has venido á verme antes? Me parece que soy algo conocido en Madrid, y tú no podías ignorar...

CHINCHILLA. Te diré. Aun recordando perfectamente las grandes esperanzas que dabas en tu mocedad, no podía creer que mi antiguo camarada de Cádiz, empleado de mala muerte en una casa de comercio, fuese el banquero opulentísimo que con sus aventuras empresas, con sus incalculables ganancias y con su lujo deslumbrador, tiene á España entera llena de admiración y envidia. Una vez, al fin, para cerciorarme de la verdad, estuve á la puerta de tu casa haciendo centinela, hasta que te ví salir en un coche magnífico. Al verte, el corazón me dió un vuelco, y fué milagro que no me cayese allí redondo.

PEÑALVER. Eres un niño con canas. ¿Y por qué no volviste otro día? Burdeos. (Echándole vino en una copa.)

CHINCHILLA. Bien: por ser Burdeos...

PEÑALVER. Hiciste muy mal en no volver.

CHINCHILLA. Pero si volví: solo que como mi facha no es de recibo, tus criados se mostraron conmigo poco benévolo. No insistí, recelando que te hubieras engreído y me recibieses mal. Menester ha sido que tu esposa... que tu noble y excelente esposa... ¡Qué mujer, Antonio! ¡Qué ángel del cielo!

PEÑALVER. ¿Verdad que sí? Roasbeef?... ¿quieres?

CHINCHILLA. Hola, roasbeef Buéno: dame un poco de roasbeef.

PEÑALVER. Pero sepamos: ¿qué es de tu vida?

CHINCHILLA. Soy corrector de pruebas en una imprenta, y cuando me queda algun tiempo libre por la noche, copio manuscritos.

PEÑALVER. ¿Y has empleado veinticinco años en conquistar esa posición?

CHINCHILLA. Ahí verás. (Con tristeza.)

PEÑALVER. ¡Un hombre de tu saber, de tu audacia, de tu energía!

CHINCHILLA. ¿Qué quieres? Todo me ha salido mal. Ya recorda-

rás que tenía ideas un poco avanzadas.

PEÑALVER. Si: creo que eras republicano. Bebe. (Echándole vino.)

CHINCHILLA. Republicano... Es decir... Segun y conforme.

PEÑALVER. Oh, no te disculpes.

CHINCHILLA. No me disculpo, nada de eso: pero no quiero que me tomes por un corta-cabezas, por un antropófago.

PEÑALVER. ¡Ah, ya! ¿Tú eres republicano platónico?

CHINCHILLA. En pocas palabras puedo hacerte mi profesion de fé.

PEÑALVER. No, no. Mejor será que me cuentes tu vida.

CHINCHILLA. Enhorabuena. Sabes que al entrar en la edad de la razon, era presa mi alma de una gran idea, de un gran sentimiento, de una gran ilusion tal vez: llenábala entera el amor de la humanidad y el noble afan de ser útil á mis semejantes. No es esto decir que no me propusiese yo hacer fortuna como cada hijo de vecino, pero estaba resuelto á no procurar mi bien, sin procurar al mismo tiempo el de los demas.

PEÑALVER. Lo dicho: tonto rematado. ¿Fose gras?

CHINCHILLA. Vaya, echa un poquito. Pues bien, Antonio, ahí tienes el bello ideal que he perseguido durante treinta años con infatigable ardor, con heroica perseverancia.

PEÑALVER. Mayor disparate... Bebe, hombre, bebe. (Echándole vino.)

CHINCHILLA. Para realizarlo abracé sucesivamente distintas profesiones: fui abogado, funcionario público, periodista, militar, ¿qué sé yo? Y en todas estas carreras, aspirando siempre á moralizar á los hombres, únicamente les merecí desdenes, injusticias y malos tratos.

PEÑALVER. Mira tú qué pícaros. Sigue. (Echándole vino de Champagne de una botella que antes se habrá ocupado en destapar.)

CHINCHILLA. No: no me hagas beber (Dando señales de estar muy acolorado.)

PEÑALVER. Una copita de *Campagne frappé*.

CHINCHILLA. Ah, *frappé*. Bueno, porque no digas...

PEÑALVER. Sigue: ¿qué mas?

CHINCHILLA. He viajado.

PEÑALVER. ¿Has viajado?

CHINCHILLA. Mas que el judío errante. Recordarás que era yo muy apasionado de Lord Byron.

PEÑALVER. No: no lo recuerdo; pero en fin, cuando tú lo dices...

CHINCHILLA. Su muerte sobre todo, me causaba una envidia!...

PEÑALVER. Pues mira, chico, lo que es á mí no hay muerte que me parezca bien.

CHINCHILLA. Cifra toda mi ambicion en morir como él, procurando la emancipacion de un pueblo; consagrándome, por lo menos, á la defensa de alguna buena causa. Así fué, que me propuse correr adonde quiera que oyese gritar á un oprimido, llorar á una victima; y ya comprenderás que para cumplir este propósito, tuve que ir...

PEÑALVER. ¿Adónde?

CHINCHILLA. ¡Toma! á todas partes. Á Francia, á Valaquia, á Polonia, á Hungría, á Italia... con la particularidad de que jamás entré en refriega de que no saliera mas ó menos estropeado.

PEÑALVER. ¿Qué fortuna, Chinchilla!

CHINCHILLA. También lidié en dos repúblicas de América, donde llegué á ser general. En fin, Antonio, ¿qué te diré? Despues de haber corrido de la Ceca á la Meca; despues de haber estado diez veces herido y tres condenado á muerte....

PEÑALVER. ¡Bá!

CHINCHILLA. Lo que oyes. Tres veces estuve condenado á ser pasado por las armas. (Dando señales de estar un poco achispado.)

PEÑALVER. Pero ¿nunca te han fusilado, eh?

CHINCHILLA. Así parece. Pues como iba diciendo; despues de veinticinco años de fatigas y penalidades, arruinado, cubierto de cicatrices, proscrito aquí, condenado á muerte allá, te lo confieso aun á riesgo de que me acuses de cobarde, sentí decaer mis fuerzas y me retiré á buen vivir; habiendo sacado en limpio de existencia tan complicada y azarosa, que la especie humana está bastante echadilla á perder, que la paz es mejor que la guerra, que bajo todas las formas de gobierno pueden ser los hombres igualmente esclavos, y que el bien absoluto no está en la tierra, sino en el cielo. ¿Me permites que me alfoje un poco la corbata?

PEÑALVER. Quitatela, si quieres.

CHINCHILLA. Pero dime tú si es justo que un hombre que no ha cometido nunca una mala acción, que ha consagrado su patrimonio, su inteligencia, su sangre, á defender una ilusión, si se quiere, pero ilusión al fin noble y generosa, tenga en su ancianidad la pena de ver padecer hambre en una guardilla á su mujer y sus hijos. Dame la mano, Peñalver, dámela. Estaba á dos dedos de la desesperacion, y por tí, amigo mio, vuelve á encenderse el pecho en amor de mis semejantes. (Estrecha una mano á Peñalver con efusion.)

PEÑALVER. ¡Pobre Chinchilla! ¿Té ó café? (Un criado habrá salido momentos antes, trayendo una bandeja con servicio de té y de café.)

CHINCHILLA. Té, té. He almorzado mucho. (El criado sirve té á Chinchilla y Peñalver y en seguida se vá.)

PEÑALVER. Pues señor, has de saber que lo que te sucede proviene del feo vicio en que suelen incurrir algunas personas: el vicio de soñar despiertas. Has vivido en las nubes. ¿Qué mucho que te hayas perdido en ellas? Yo, por el contrario, gusto de andar en tierra firme.

CHINCHILLA. Perdona: ¿á qué llamas tú vivir en las nubes? (Levantándose con la taza en la mano.)

PEÑALVER. Á tener otra moral que no sea la de lo tuyo y lo mio, y otra filosofia que no sea la de dos y dos suman cuatro. Vivir en las nubes es alimentar ilusiones poéticas, seguir el hilo de rutinarias preocupaciones, dejarse alucinar con frases vacias de sentido. Yo que vi á mis semejantes, como tú dices, sometidos á esa esclavitud voluntaria, resolví al punto que pude raciocinar por mí mismo, no ser semejante de mis semejantes.

CHINCHILLA. ¿Qué cosas tienes!

PEÑALVER. Persuadido, ademas, de que así únicamente podria serles útil. Respetando aquellos principios en que á mi juicio descansa verdaderamente el órden social, he hollado siempre sin escrúpulo todas las falsas opiniones, todos los sentimientos vulgares con que esta mísera humanidad se complace desde abinición en enflaquecer mas y mas su natural flaqueza, en dar á su conciencia motivos de zozobra y dolor y en

redoblar la carga que pesa en sus hombros. Desequilibrado el entendimiento, firme el corazon, erguida la frente, he caminado por entre la multitud sin miedo á nada ni de nadie, con el Código en una mano, con una espada en la otra... y aqui me tienes.

CHINCHILLA. El diablo eres, Peñalver.

PEÑALVER. Aqui me tienes, cada vez mas intimamente convencido de que en echándose á cuestras para el viaje de la vida todo ese farrago de simplezas que engendró la calenturienta imaginacion del vulgo, podrá uno llegar á ser un buen hombre y un grande hombre tambien; pero no un hombre feliz, ni un hombre fuerte, ni siquiera un hombre útil. Y tú eres la prueba. ¿Qué has hecho por tus amados semejantes en treinta años de solicitud congojosa y duros sacrificios? Nada. Los hombres como yo son los que sirven á su prójimo, sirviéndose de él. Yo con mis atroces ideas hago vivir á millares de tus semejantes: tú con tan bellas teorías y con tan dulces sentimientos, ni siquiera puedes hacerte vivir á tí mismo.

CHINCHILLA. ¡Ay! (Dejando la taza en la mesa.) No es esta la primera vez que dudo si habré estado ciego. Quizá digas bien. Quizá seas tú el hombre verdaderamente fuerte.

PEÑALVER. Tengo por indudable. ¡Yo soy el hombre verdaderamente fuerte! ¡Oh, si conocieses mi vida!... No he tenido mas que una debilidad, una sola. He amado: una vez: á mi mujer. Se la robé á su familia que me la negaba. Fuera de esto, nada, ni un instante de flaqueza. Seguro de mi inmensa utilidad en el mundo, he sido para mí mismo un ser infalible, un ser sagrado, un dios! Dí, Chinchilla: ¿quieres tú ser mi profeta con cuarenta mil reales de sueldo y casa para tí, tu mujer y tus cuatro hijos?

CHINCHILLA. ¡Eh! ¿Qué? ¿Te chanceas? (Con mucho asombro.)

PEÑALVER. Cuarenta mil reales y casa: ¿te conviene?

CHINCHILLA. ¡Antonio... por Dios! Estas no son cosas de broma. No me hagas concebir una vana esperanza. No me des un alegrón así, para que despues tenga que llorar un desengaño. ¡Mira lo que me ofreces! Sacar de la miseria á mi mujer y á mis cuatro angelitos. ¡Hartar su hambre! ¡Verlos dichosos!... ¡Pero es que

ahora no tengo yo mas sueño dorado ni mas ambicion! La fé del carbonero y el pan de mis hijos! Tú eres padre, Antonio: tú sabes cómo se quiere á esas criaturitas del alma! ¡No juegues con eso, Antonio; no juegues con eso!

PEÑALVER. El trato es formal, y tendrás, ademas, la ventaja de poder volar en tu esfera. Día y noche te ocuparás exclusivamente en hacer bien á tus semejantes; nada mas que en hacer bien á tus pobrecitos semejantes.

CHINCHILLA. Y eso ¿dónde? ¿En qué país? ¿En la China, en la luna?

PEÑALVER. No: no tan lejos: algo mas cerca de Madrid: en Illescas. Oyeme. Ya he apurado la copa de todos los deleites: estoy en la edad de la ambicion y quiero ser diputado: de oposicion, se entiende: diputado ministerial cualquiera lo es. Diputado ahora, y dentro de algun tiempo ministro. Con esta mira, he comprado en Illescas una gran posesion; la mejor del pais. ¿Tú nunca has sido gobernador?

CHINCHILLA. No. ¿Quién lo habia de decir?

PEÑALVER. Pues ahí tienes tu insula Barataria. En ella serás gobernador, administrador... puedes elegir nombre á tu gusto; bien entendido que te has de cuidar poco de mis bienes y mucho de mi candidatura. Eres activo, entendido, simpático: preven el ánimo de los electores en favor mio; háblales de libertad, de progreso. Funda una escuela, un hospital, una iglesia; abre un camino, fomenta la agricultura, dá limosnas en secreto de modo que no haya bicho viviente que lo ignore... haz en fin todo aquello que te sugiera tu fogosa imaginacion y tu acendrado humanitarismo. Te abriré un crédito ilimitado. ¿Aceptas?

CHINCHILLA. ¿Pues no he de aceptar? Un cargo así me viene á mí de perillas! Y con tal que tu color político no difiera mucho de mis antiguas opiniones...

PEÑALVER. ¡Cá! Si yo soy mas liberal que tú... ¡muy liberal! Todo lo inglés me gusta mucho, y sobre todo la cocina y la política inglesa. Tú ya estás en lo razonable: ya te contentas con lo posible; y creo que no me exigirás la abolicion de la esclavitud, ni la comunidad de bienes, ni la felicidad universal... (Chin-

chilla hace señales negativas.) ¿No? Pues entonces nos entenderemos perfectamente.

CHINCHILLA. De fijo que nos entenderemos. Pero dí: ese distrito ¿está ahora vacante?

PEÑALVER. Lo estará muy en breve. El diputado por allá, don Gregorio Molina, se encuentra muy malo. Cosa de dias. Ayer habia junta de médicos.

EL LACAYO. El señor Vidal espera en la antesala. (Desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. Que pase no bien salga este caballero. (Vase el lacayo.) ¿Cuándo te vas á Illescas?

CHINCHILLA. Cuando tú lo dispongas.

PEÑALVER. Cuanto antes, mejor. Vuelve mañana á esta hora, y arreglaremos nuestros planes. (Toma de encima del bufete un billete de banco y se lo dá á Chinchilla.) Hazme el favor de tomar esta friolera, (Chinchilla vacila en tomar el billete.) Á cuenta de tu sueldo. (Chinchilla toma el billete.)

CHINCHILLA. Si me permitieras que te trajese á mi mujer y mis hijos y que los arrojase en tus brazos. (Con mucho fuego.)

PEÑALVER. No, Chinchilla, no por Dios; no te encarames á las nubes. Ya los veré. Hasta mañana. (Alargándole la mano.)

CHINCHILLA. ¡Qué contentos se van á poner! ¡Cómo te van á bendecir!... Mi gratitud, mi... Perdona, ya iba otra vez á subirme á las nubes... Hasta mañana y Dios te lo pague... ¡Dios te lo pague! (Vase llorando por el foro.)

ESCENA IX.

PEÑALVER y FERNANDO.

PEÑALVER. Muy aplazado está. ¡Bá! Efectos de la miseria. Las buenas tajadas le devolverán su antiguo vigor.

EL LACAYO. El señor don Fernando Vidal. (Anunciándole desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. (Otro habitante de las nubes.)

FERNANDO. ¡Caballero!... (Entrando por la puerta del foro y saludando á Peñalver. Vase el lacayo.)

PEÑALVER. (¡Cómo se le parece!) (Poniéndose muy serio de pronto.) Sirvase usted de tomar asiento. (Se sientan los dos.)

Señor Vidal, ayer no tuve el gusto de encontrarle á usted en su casa. Veo que ha recibido usted mi tarjeta, y le agradezco mucho que se haya dignado venir á verme.

FERNANDO. ¡Caballero!... (Con frialdad.)

PEÑALVER. Mi nombre no debe serle á usted desconocido.

FERNANDO. ¿Quién no le conoce en Madrid?

PEÑALVER. Pero usted debe conocerlo por motivo especial. (Fernando se inclina un poco con la misma frialdad que antes. Breves instantes de silencio.) Sabe Dios que no quisiera despertar amargos recuerdos, pero mi conducta habría de ser para usted de todo punto incomprensible, si no le trajese á la memoria que durante algun tiempo fui socio de su señor padre, hará cosa de veinte años.

FERNANDO. Lo sé.

PEÑALVER. Entonces era usted un niño; y no está en lo posible que haya usted conservado de mi persona el menor recuerdo, á menos que despues su familia no le hablase de mí. (Mirándole con la mas viva atencion.)

FERNANDO. Reducíase toda mi familia á una tia anciana que me recogió cuando quedé huérfano. Habia vivido siempre muy sola y abstraída, y no sabia nada de las cosas del mundo: creo que ignoraba hasta su nombre de usted. Tanto ella como yo evitábamos, por otra parte, con igual solicitud, volver los ojos á lo pasado.

PEÑALVER. Era natural. (Como hírandose de una gran inquietud.) Tampoco yo los volveré. Basta lo dicho para que tengan fácil explicacion los sentimientos que respecto de usted me animan. Celebraria infinito poderle servir á usted en algo.

FERNANDO. Mil gracias, caballero.

PEÑALVER. Dias pasados estuve en la Audiencia, y habiéndole oído á usted defender un pleito, entré en curiosidad de saber su nombre y sus circunstancias; curiosidad que allí mismo logré satisfacer. Y me admiró bastante que persona de inteligencia tan peregrina, no hubiera alcanzado aun ni la reputacion ni los bienes á que era acreedor, en mi concepto.

FERNANDO. Usted me juzgó con benevolencia excesiva.

PEÑALVER. No por cierto. Es usted un gran abogado, solo que..

Permitame que le hable con franqueza de amigo. Solo que, al decir de la gente, carece usted de aquella audacia que es indispensable, aun á las personas de mayor mérito, para conquistar un puesto en el mundo. ¿Es esto verdad? Usted lo sabrá mejor que yo.

FERNANDO. Me trata usted demasiado afectuosamente para que yo no le responda con absoluta confianza. Le han dicho á usted la verdad: soy cobarde. Ya comprenderá usted por qué. Mi frente se inclina hácia el suelo bajo el peso de un recuerdo horrible, de un nombre mancillado.

PEÑALVER. No hay que exagerar las cosas. Su padre de usted fué desdichado, no criminal.

FERNANDO. Asi lo creo, caballero; y sin embargo, mi padre quebró, y su memoria es objeto de execracion para cien y cien infelices que le habian hecho depositario de su modesto patrimonio, y que por él quedaron reducidos á la miseria. ¿Puedo yo olvidar jamás, podré yo nunca reparar esta desgracia? Oh, si el repararla estuviese en mi mano, entonces, se lo juro á usted, entonces no me faltaria valor. Pero aun trabajando con el mayor ahinco en mi profesion, ¿cómo alimentar la esperanza de reunir jamás los millones que serian necesarios para devolver la honra al nombre de mi familia, la paz á mi conciencia?

PEÑALVER. Procure usted, por lo menos, cumplir con otros deberes menos difíciles. Deber es de todo hombre emplear dignamente su inteligencia. Permitame usted que le ofrezca ocasion de dar á la suya digno empleo. Tengo á mi cargo, no lo ignorará usted, muchas empresas industriales, y de ellas se origina multitud de asuntos contenciosos tanto en Madrid como en las provincias. Mi abogado, á quien segun creo usted conoce, vá cansándose de trabajar... un viaje le asusta... ¿Quiere usted, á falta de otra cosa mejor, aceptar la mitad de los negocios de mi casa?

FERNANDO. Caballero, lo que usted me ofrece es la opulencia; la opulencia honradamente adquirida. ¿Cómo no he de aceptarla?

PEÑALVER. Mañana le enviaré á usted dos ó tres legajos. (Levantándose. Fernando se levanta tambien.) No hay mas

que hablar.

FERNANDO. Cuánto tengo que agradecerle á usted y cuál deploro haberle tratado con la misma frialdad que á todo el mundo: con frialdad acaso mayor. Al entrar aqui, no sé qué sombra de tristeza... qué tedio inexplicable... ¡Los desgraciados somos tan recelosos!...

PEÑALVER. Y los abogados tambien, ¿no es verdad? (Dándole un golpecito en el hombro.) En fin, ya me conoce usted: ya somos amigos. Y ahora que tenemos las manos en la masa, ¿quiere usted que le diga todo lo que pienso? Pues bien, caballero, está usted alojado como un estudiante. No apruebo yo la farsa y la charlataneria; pero si estimo indispensable conceder algo á la flaqueza humana, que siempre se deja llevar de las apariencias. Además, la índole de nuestras relaciones exige que se acerque usted un poco á mí. Vamos á ver: el cuarto entresuelo de esta casa está desahogado. Un cuartito precioso. Es algo caro: diez mil reales; pero los ingresos con que usted puede contar en lo sucesivo... ¿Estamos conformes?

FERNANDO. Ruego á usted que me permita pensarlo un poco. (Algo turbado.)

PEÑALVER. ¿Quiere usted ver el cuarto?

FERNANDO. Oh, ¿para qué? No hay necesidad...

PEÑALVER. Si: véalo usted. (Hace sonar el timbre.)

FERNANDO. Pero... (Sale el Lacayo y Peñalver le habla en voz baja.) (Diez mil reales... Y luego viviendo en la misma casa, tendria que asistir á reuniones, á bailes...)

PEÑALVER. Vaya usted con ese criado. Supongo que no se me atribuirá la intencion de querer especular con usted. (Sonriéndose.)

FERNANDO. Creo que no. (Sonriéndose tambien.)

PEÑALVER. Hasta luego.

FERNANDO. Hasta luego. (Vase por el foro seguido del lacayo.)

ESCENA X.

PEÑALVER y ENRIQUETA.

PEÑALVER. Estaba tan sério al principio que llegué á sospechar...

ENRIQUETA. ¿Ha venido Chinchilla? (Saliendo por la izquierda, quítan-

dose los guantes.)

PEÑALVER. Si.

ENRIQUETA. ¿Y qué?

PEÑALVER. Ya está colocado.

ENRIQUETA. Mucho me alegro.

PEÑALVER. Oye: hoy vendrá á visitarte con su señora un íntimo amigo mio.

ENRIQUETA. ¿Quién?

PEÑALVER. El marqués de Rio Janeiro.

ENRIQUETA. ¡Venir aqui la marquesa! ¡Aqui esa mujer!

PEÑALVER. ¿Estás en tu juicio? ¿Qué significan tales aspavientos?

ENRIQUETA. Tu sangre fria me causa horror. Has debido comprender que á mis ojos, no podia ocultarse lo que sucede.

PEÑALVER. ¿Celos, eh? Siempre estás viendo visiones. Dejémosnos de niñerías, y hazme el favor de recibir afablemente á esos señores.

ENRIQUETA. ¿Qué remedio? Esta casa no me pertenece: no tengo derecho para cerrar sus puertas á nadie.

PEÑALVER. Ea: ya estamos en las nubes.

ENRIQUETA. Antonio, no te burles de tantos años de vergüenza, de remordimientos, de lágrimas.

PEÑALVER. Mil veces te he dicho ya que no acierto á explicarme la causa de tus amarguras. ¿Remordimientos? ¿Lágrimas? ¿Y por qué? Hazte mas justicia á tí misma. ¿No eres una mujer honrada, mucho mas honrada que las tres cuartas partes de aquellas cuya suerte envidias? Pues desecha escrúpulos necios y pueriles.

ENRIQUETA. Ah, si tú pudieras comprender los tormentos que paso, quizá tendrías lástima de mí. ¡Te costaria tan poco librarme de este suplicio!

PEÑALVER. ¡Todos los días la misma cancion!

ENRIQUETA. Y cómo no he de hablarte siempre de lo que me importa mas que la vida? Si algun bien me debes, si el honor de tu casa ha temido en mí leal guardadora, si, á pesar de todo, te he querido y te quiero, haz que mi conciencia descanse; haz que sea merecido el homenaje de consideracion y respeto que el mundo me consagra; haz que sin vergüenza pueda abrazar á nuestros hijos. Desagraviemos á Dios, Antonio: sé mi marido: sea yo tu mujer.



CAPITULO ALFONSO X

PEÑALVER. ¡Enriqueta!

ENRIQUETA. Cada día me parece mayor mi desgracia: cada día siento mas irritada la llaga que me devora el corazón.

PEÑALVER. Vamos, tontuela, tranquilízate y no delires. Tu conciencia no sabe lo que se hace al reconvénirte por una falta, que si falta se puede llamar, no es tuya, sino mia, mia exclusivamente. Cuando accediste á huir de tu casa, creías firmemente, porque así te lo habia asegurado yo, que nuestra union iba á verificarse con arreglo á las formalidades de costumbre. Luego cambié de parecer. Sin dejar de amarte, quise conservar cierta independencia. Con que lo dicho: la culpa es solo mia. Vive en paz, y no te aburras ni me aburras con vanas quimeras.

ENRIQUETA. ¡Quimeras! ¡No tienes que los sagrados sentimientos y eternas verdades á que llamas quimeras y que te complaces en ultrajar, se vuelvan un día contra tí, y tomen cruel venganza de tu desden y tus sarcasmos?

PEÑALVER. ¡Ta, ta, tal Ya conoces mis opiniones acerca de este particular. Soy dueño de mí, no temo nada.

ENRIQUETA. Pero ¿y tus hijos? ¿No quieres á tus hijos? ¿Cómo no se te ocurre la idea de que algun día pudieran maldecirte?

PEÑALVER. ¿Por qué me habian de maldecir? Su suerte quedará bien asegurada, si antes de que yo falte, no me dan motivo de queja. Si se hiciesen indignos de mi bondad, su maldición me importaría muy poco.

ENRIQUETA. Pero advierte, ya que lo único que á tí te importa es tu propio interés, que si ese mundo de que todo lo aguardas, placeres, riquezas, honores; que si ese mundo supiera mañana que le has estado engañando con audacia increíble, y que al llamarle al salón de tu esposa le llamabas al salón de tu querida, advierte que no me perdería yo sola, que tú te perderías tambien.

PEÑALVER. ¿Es eso una amenaza, mi vida? Pues si lo es, te digo que estás muy enganada. Tú si te perderías, tú si: yo no. El mundo es tan severo y cruel para con vosotras, como para con nosotros indulgente y benévolo. Dentro de un par de meses... antes, nadie recordaría mi falta: la sociedad se arrastraría á mis

pies adulándome tanto como ahora... tal vez mas. Cuando gustes, puedes hacer la prueba.

ENRIQUETA. ¡Qué hombre, Dios mio, qué hombre! (Dejándose caer en una silla.)

PEÑALVER. Silencio.

ESCENA XI.

PEÑALVER y FERNANDO.

Salte por el foro seguido de un criado, que se vá en seguida. Peñalver se adelanta á recibir á Fernando.

FERNANDO. El cuarto es precioso, con efecto.

PEÑALVER. ¿Y se decide usted á tomarlo?

FERNANDO. (Animo.) Sentiría que usted...

PEÑALVER. ¡Oh, no. Qué disparate!

FERNANDO. Pues bien, prescindiendo del precio, que es algo subido para mí, otras razones... Francamente: gusto de la soledad. Deseo vivir con absoluta independencia y...

PEÑALVER. No se hable mas del asunto.

FERNANDO. Doy á usted mil gracias por todo y con su permiso... (Alargando la mano á Peñalver como para despedirse y reparando en Enriqueta.) ¡Ah! Está señora...

PEÑALVER. Mi esposa. El señor don Fernando Vidal. (Presentándole á Enriqueta.)

FERNANDO. Creo que he tenido el gusto de ver á esta señora en otra ocasion.

ENRIQUETA. Si; cierto: en casa de un pobre nos vimos dias há. De un pobre que tiene un pleito y á quien usted desfiende de balde. Ignoraba su nombre de usted: sus nobles cualidades me eran ya conocidas.

FERNANDO. ¡Señor!... (Oyese en el foro ruido de voces.)

PEÑALVER. ¿Qué es eso? (Yendo hácia el foro.)



UNIVERSIDAD NOMADIC LEON

AL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA ALFONSIANA

ESCENA XII.

DICHOS y CECILIA.

Sale por el foro con un ramito de violetas en la mano, y se acerca corriendo á Peñalver con infantil alegría. Luego vé á Fernando, le saluda ligeramente y baja un poco la voz. Fernando hace un gesto de sorpresa.

CECILIA. Para mí si está. ¿Verdad, papá, que si estás para mí?

PEÑALVER. ¿Qué me quieres, hija?

CECILIA. Antes no pude verte. Mira, te traigo tu ramito de violetas. Ya sabes que hasta que te doy estas flores todos los días, no tengo un instante de sosiego.

PEÑALVER. ¡Locuela! (Tomando el ramo que le da su hija, y colocándole en un vasito con agua que habrá encima de la mesa.)

FERNANDO. ¡Qué casualidad!

CECILIA. (Si: ¡no me engañó!...) (Mirando á Fernando.)

PEÑALVER. Con que aceptada mi primera proposición, y negada la segunda. (Acercándose á Fernando. Cecilia se acerca y habla bajo á Enriqueta, que permanece sentada muy triste y pensativa.)

FERNANDO. La verdad es que usted tiene razón. Y cuanto mas pienso en ello... Na quisiera ser escrupuloso hasta un punto ridiculo; y si usted cree de veras que hoy ya puedo arriesgarme á tomar un cuarto de ese precio...

PEÑALVER. Lo creo firmemente y salgo fiador por usted.

FERNANDO. Entonces... (Mirando á Cecilia, que también le mira á él.)

PEÑALVER. ¡Oiga! (Mirando á Fernando y Cecilia.) Lo celebro en el alma... Será usted mi abogado, mi inquilino, y mi amigo también, mi amigo sobre todo.

FERNANDO. ¡Ojalá pueda yo corresponder á tantas bondades! No molesto á usted más. ¡Caballero!... (Dándole la mano.)

PEÑALVER. Hasta mañana, ¿eh?

FERNANDO. ¡Señora!... ¡Señorita!... (Saludando á Enriqueta y Cecilia, que le devuelven el saludo.) ¡Si, ella es!...

CECILIA. (El es: no hay duda.)

GARCIA. ¡Oh!... (Encontrándose con Fernando cerca de la puerta del foro y dando al verle un grito de sorpresa.)

FERNANDO. ¿Qué? (Deteniéndose.)

GARCIA. Nada... Usted perdone, caballero. (Procurando dominar su emoción. Véase Fernando por el foro.)

ESCENA XIII.

PEÑALVER, ENRIQUETA, CECILIA y GARCIA.

CECILIA. Dime, papá: ¿quién es ese joven? (Corriendo al lado de Peñalver en cuanto desaparece Fernando.)

GARCIA. Señor... señor... ¿quién es ese joven? (Viciendo precipitadamente al lado de Peñalver, dando señales de asombro y turbación.)

PEÑALVER. Ese joven es un joven. (Á su hija.)

CECILIA. Como no me digas mas que eso...

GARCIA. ¿Quién es, señor, quién es?

PEÑALVER. Don Fernando Vidal. (Á Garcia volviéndose hácia él.)

GARCIA. ¡Vidal!

CECILIA. ¿Es amigo tuyo? (Á Peñalver trayéndole hácia sí.)

PEÑALVER. Si; y vá á ser mi inquilino. Ha tomado el cuarto entresuelo.

CECILIA. ¿De veras? (Con alegría candorosa.)

GARCIA. ¡El hijo de mi principal! Me lo habia figurado. Con que está en Madrid!

PEÑALVER. Puedes recoger la cartera.

CECILIA. ¡Quién pensara!...

GARCIA. ¡Será este un aviso del cielo? (Dirigiéndose hácia la mesa. Coge la cartera y mete en ella varios papeles.)

ESCENA XIV.

DICHOS y CHINCHILLA.

Sale precipitadamente por el foro dando señales de cansancio.

CHINCHILLA. Aquí me tienes otra vez.

PEÑALVER. ¿Pues cómo?

CHINCHILLA. Señora, le debo á usted la felicidad. (Acercándose á Enriqueta.) Señorita... (Saludando á Cecilia.) Verás. Te traigo una buena noticia. He querido ser el primero en dártela. Vengo rendido.

PEÑALVER. ¡Una buena noticia!

CHINCHILLA. Digo buena... Es mala... pero es buena.

- PEÑALVER. Explicale.
- CHINCHILLA. Casualmente acabo de saber que ese Molina, el diputado por Illescas, ha muerto esta noche pasada. ¡Qué suerte tienes, hombre, qué suerte!
- PEÑALVER. ¿Con que al fin triunfaron los médicos?
- CHINCHILLA. Sí: el pobre señor...
- PEÑALVER. Es una pérdida muy sensible... para él sobre todo.
- CHINCHILLA. ¿Y no saben ustedes? Es seguro que se vá á declarar la guerra á los matroques. Si no fuera por mi mujer y por mis cuatro hijos, y por tu candidatura...
- EL LACAYO. Los señores marqueses de Rio Janeiro. (Desde la puerta del foro.)
- ENRIQUETA. ¡Oh! (Levantándose rápidamente y ahogando un grito que se le iba á escapar.)
- CECILIA. ¿Qué es eso? ¿Tienes algo, mamá? (Acercándose á ella. Peñalver observa á Enriqueta.)
- ENRIQUETA. No, nada, hija mía.
- PEÑALVER. Que pasen á la sala. (Al lacayo, que se vá.)
- ENRIQUETA. ¡Dios mío, ten piedad de mí, tenla de él!
- PEÑALLER. Es preciso que te vayas á Illescas mañana mismo.
- CHINCHILLA. ¡Me iré: te haré diputado, te haré ministro!
- GARCIA. (Él en esta casa!) (Habrá permanecido cerca de la mesa abstraído en profunda meditacion.)
- CECILIA. (¡Él tan cerca de mí...) (Habrá permanecido á la izquierda pensativa.)
- PEÑALVER. ¿Vamos? (Á Enriqueta en tono afable y mirándola con severidad.)
- ENRIQUETA. Sí, vamos. (¡Por mis hijos!) (Dirigéanse hácia el foro Peñalver y Enriqueta y detrás de ellos Chinchilla. Garcia y Cecilia permanecen en la escena.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el primero.

ESCENA PRIMERA.

PEÑALVER y ENRIQUETA.

Peñalver sentado cerca del bufete escribiendo cartas: Enriqueta de pie en frente de Peñalver.

ENRIQUETA. ¿No me oyes?

PEÑALVER. Sí: te oigo perfectamente. Continúa. (Sin dejar de escribir.)

ENRIQUETA. Pues ya lo sabes: tu hija está enamorada.

PEÑALVER. Un capricho fugaz.

ENRIQUETA. No conoces bien á Cecilia. Los jóvenes mas ilustres y mas ricos de Madrid en vano han suspirado por ella. Al fijarse en un hombre pobre y oscuro, dá señal evidente de la verdad de su cariño. Y no lo dudes: Cecilia es de esa raza de nobles mujeres que aman solo una vez.

PEÑALVER. ¿Y él?

ENRIQUETA. Él está ciego, loco.

PEÑALVER. Se habrá declarado.

ENRIQUETA. No conoces tampoco á Vidal. Antes procura con empeño evitar las ocasiones de ver á Cecilia, y sobre todo las de estar á solas con ella. Dijome ayer que

- PEÑALVER. Explicale.
- CHINCHILLA. Casualmente acabo de saber que ese Molina, el diputado por Illescas, ha muerto esta noche pasada. ¡Qué suerte tienes, hombre, qué suerte!
- PEÑALVER. ¿Con que al fin triunfaron los médicos?
- CHINCHILLA. Sí: el pobre señor...
- PEÑALVER. Es una pérdida muy sensible... para él sobre todo.
- CHINCHILLA. ¿Y no saben ustedes? Es seguro que se vá á declarar la guerra á los matroques. Si no fuera por mi mujer y por mis cuatro hijos, y por tu candidatura...
- EL LACAYO. Los señores marqueses de Rio Janeiro. (Desde la puerta del foro.)
- ENRIQUETA. ¡Oh! (Levantándose rápidamente y ahogando un grito que se le iba á escapar.)
- CECILIA. ¿Qué es eso? ¿Tienes algo, mamá? (Acercándose á ella. Peñalver observa á Enriqueta.)
- ENRIQUETA. No, nada, hija mía.
- PEÑALVER. Que pasen á la sala. (Al lacayo, que se vá.)
- ENRIQUETA. ¡Dios mío, ten piedad de mí, tenla de él!
- PEÑALLER. Es preciso que te vayas á Illescas mañana mismo.
- CHINCHILLA. ¡Me iré: te haré diputado, te haré ministro!
- GARCIA. (Él en esta casa!) (Habrá permanecido cerca de la mesa abstraído en profunda meditacion.)
- CECILIA. (¡Él tan cerca de mí...) (Habrá permanecido á la izquierda pensativa.)
- PEÑALVER. ¿Vamos? (Á Enriqueta en tono afable y mirándola con severidad.)
- ENRIQUETA. Sí, vamos. (¡Por mis hijos!) (Dirigéanse hácia el foro Peñalver y Enriqueta y detrás de ellos Chinchilla. Garcia y Cecilia permanecen en la escena.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el primero.

ESCENA PRIMERA.

PEÑALVER y ENRIQUETA.

Peñalver sentado cerca del bufete escribiendo cartas: Enriqueta de pie en frente de Peñalver.

- ENRIQUETA. ¿No me oyes?
- PEÑALVER. Sí: te oigo perfectamente. Continúa. (Sin dejar de escribir.)
- ENRIQUETA. Pues ya lo sabes: tu hija está enamorada.
- PEÑALVER. Un capricho fugaz.
- ENRIQUETA. No conoces bien á Cecilia. Los jóvenes mas ilustres y mas ricos de Madrid en vano han suspirado por ella. Al fijarse en un hombre pobre y oscuro, dá señal evidente de la verdad de su cariño. Y no lo dudes: Cecilia es de esa raza de nobles mujeres que aman solo una vez.
- PEÑALVER. ¿Y él?
- ENRIQUETA. Él está ciego, loco.
- PEÑALVER. Se habrá declarado.
- ENRIQUETA. No conoces tampoco á Vidal. Antes procura con empeño evitar las ocasiones de ver á Cecilia, y sobre todo las de estar á solas con ella. Díjome ayer que

pensaba irse de Madrid y que no osaba manifestártelo. Ya comprenderás por qué se quiera ir. ¿Ves qué proceder tan hidalgo y generoso?

PEÑALVER. ¡Oh, sí, muy hidalgo, muy generoso! Está visto: el ser que se llama inteligente es un loco de atar.

ENRIQUETA. Siempre á tí ha de moverte á risa lo que merece admiración. Pero dí: ¿apruebas estos amores? ¿Consentirás en que tu hija se case con Vidal? (Con vivo interés y animada de esperanza.)

PEÑALVER. No digo que no.

ENRIQUETA. ¿De veras? ¡Qué alegría!

PEÑALVER. Tampoco digo que sí.

ENRIQUETA. ¿No tiene ese jóven mucho talento? ¿No es un modelo de honradez y virtud?

PEÑALVER. Bien, sí: veremos.

ENRIQUETA. Considera que urge tomar una resolución. Permitir que se vean y que eche raíces su cariño, no sería prudente si luego les ha de estar vedado quererse.

PEÑALVER. Tienes razón: pensaré en ello.

ENRIQUETA. Haz feliz á mi hija, y ¿qué mas? te perdono.

PEÑALVER. Eres incorregible.

ESCENA II.

DICHOS y RICARDO.

RICARDO. Dí, papá: ¿se alquiló ya el cuarto segundo?

PEÑALVER. ¿Por qué lo preguntas?

RICARDO. Porque ahora están subiendo muebles.

PEÑALVER. Sí; ya se alquiló.

ENRIQUETA. ¿Quién viene á ocuparle?

PEÑALVER. Sé que anoche volviste á jugar. (Como para excusar el dar contestación á Enriqueta.)

RICARDO. Pero no perdí. La vida del hombre malo, ya lo sabes, es juega y pierde. Con que ahora no reza conmigo.

ENRIQUETA. Hijo, por Dios: procura enmendarte. ¿Por qué no tomas ejemplo del señor Vidal?

RICARDO. Pero, mamá, si yo no tengo vocación de cartujo.

EL LACAYO. El señor Chinchilla. (Anunciándole desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. ¡Chinchilla en Madrid! Dejadme. Tendremos que

hablar.

RICARDO. En cuanto seas diputado has de pedir para mí la gran cruz de Carlos tercero. (Váase Enriqueta y Ricardo por la izquierda.)

ESCENA III.

PEÑALVER y CHINCHILLA.

PEÑALVER. ¿Qué hay? ¿Á qué vienes? Nada bueno anuncia tu cara. ¿Me quedaré compuesto y sin novia?

CHINCHILLA. No, eso no: pero tu adversario, el candidato ministerial, es el mismo demonio. Para conseguir el triunfo, no hay arma que no le parezca buena; y con la que ahora ha empezado á esgrimir, puede darnos un suso, si no se le sale al paso inmediatamente.

PEÑALVER. ¿Qué arma es esa? Explicate.

CHINCHILLA. Una calumnia, clara, evidente, pero tan bien urdida... presentada á tan buena luz... Ya sabes que Heredia, tu rival, es de Cádiz.

PEÑALVER. Si. ¿Y qué?

CHINCHILLA. Que él y sus amigos hacen correr infames hablillas acerca del origen de tus riquezas. Háblase de la quiebra de tu socio Vidal, suponiendo que tú contribuiste á ella con miras interesadas. Ignorante de las circunstancias de tu vida en aquella época, vengo á que me informes de todo para poder dar á tales voces una respuesta categórica.

PEÑALVER. Ay amigo querido, no es nueva esa calumnia. Bien comprenderás que nadie logra tener millones sin que las serpientes de la envidia se vuelvan contra él. En pocas palabras te convenceré de que el origen de mis riquezas es puro y legítimo. Asociéme con Vidal, en efecto, para beneficiar una mina de oro en el Brasil. Envióse allá un ingeniero de los mas reputados, y cuando ya se habian hecho gastos enormes, salimos con que en la dichosa mina se encerraba la misma cantidad de oro que en tus bolsillos, el día que por vez primera nos vimos aquí. Yo me retiré de la sociedad. Vidal, con obstinacion que rayaba en locura, se empeñó en seguir adelante y acabó al fin por arruinarse. Mira si todo ello no está mas claro

que la luz.

CHINCHILLA. Si, al parecer... Pero yo no entiendo jota de negocios, y tus enemigos dicen que despues de muerto Vidal recobraste la mina, y que te has enriquecido con ella.

PEÑALVER. Pues dicen la verdad. No habia tal mina de oro, ya lo has oido: la mina era de cobre. Algun tiempo despues cuando no la queria nadie, tuve la suerte de descubrirlo, y entonces solicité y obtuve su concesion. ¿Hay en esto algo malo?

CHINCHILLA. No, nada. Y sin embargo, vé tú ahora á explicar todas esas menudencias á los electores, á gentes de cortos alcances, en cuya imaginacion ha hecho presa una calumnia sencillamente formulada. Recuerda el dicho vulgar: calumnia, que algo queda.

PEÑALVER. Pero tú, querido, puedes hacer uso de un argumento que hablará tambien á su imaginacion. Fernando Vidal habita en mi propia casa y es mi abogado y mi íntimo amigo. ¡Qué diablos! No aceptaria ese jóven favores de mi mano, si yo hubiese contribuido á la ruina de su padre.

CHINCHILLA. Eso, con efecto, ya es algo... algo, pero no lo bastante.

PEÑALVER. ¿Mas quieres? Pues bien, la calumnia será contestada de un modo que no deje lugar á la réplica: dirás que el hijo del hombre á quien se supone que yo arruiné, vá á ser esposo de mi hija. Si te parece conveniente, el mismo Fernando Vidal en persona se lo participará á los electores.

CHINCHILLA. Pero ¿qué, eso es verdad? (Con alegría.)

PEÑALVER. La union puede verificarse dentro de breves dias, con solo que yo lo quiera así, y yo así lo quiero. Mi intencion era casarlos. Lo mismo dá que se casen un poco antes que un poco despues. No habrás dejado de notar que esos chicos se miran con buenos ojos.

CHINCHILLA. ¡Vaya si lo he notado! ¡Y por cierto que este negocio me daba mala espina! Deliro por los dos, y, en paz sea dicho, no creía que tú permitieras este enlace.

PEÑALVER. ¿Por qué no? Vidal carece de bienes de fortuna, pero es un mozo de pro vecho. Quiere á Cecilia, Cecilia le

quiere á él. ¿Pues habia yo de oponerme á su felicidad?

CHINCHILLA. ¡Bravo, Antonio, bravo y mil veces bravo! (Estrechándole las dos manos con efusion.) Esa manera de pensar te honra. Esos sentimientos son propios de un buen corazon, de un corazon honrado, noble, generoso... Y luego dirán... Porque se los comé la envidia... ¡Picaros!... ¡Bellacos!... ¡Tunantes!... ¡Qué mal te conocen!...

PEÑALVER. Vuélvete á Illescas y haz cundir la noticia.

CHINCHILLA. ¡Y toma si la haré cundir! De puerta en puerta gritaré: Fernando Vidal vá á casarse con la hija de mi candidato. Mi candidato es un hombre de bien, y el que diga lo contrario miente y remientel Y á fé que si llegan á hinchárseme las narices, pudiera yo hacer en Illescas una de las mias: ¡Pues si ahora con la guerra de África estoy que se me bailan los pies, y no veo el instante de armar un poco de bullanga!

PEÑALVER. Nada de eso: al contrario: mucho juicio, mucha prudencia. Mañana probablemente te enviaré á Vidal para que esa noticia quede bien confirmada. Yo hago pronto las cosas. Cecilia vendrá ahora á traerme el consabido ramito de violetas, y ahora mismo... ¿No dije? Aquí la tienes.

ESCENA IV.

DICHOS y CECILIA.

Sale por la izquierda con un ramito de violetas en la mano.

PEÑALVER. Muy buenos dias, señorita.

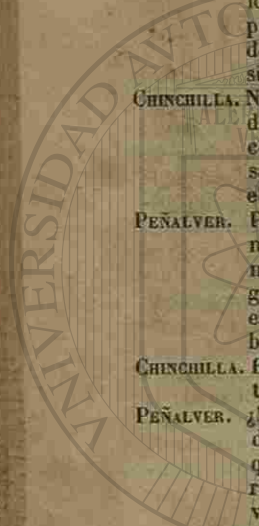
CECILIA. Buenos dias, papá. (Abrazándole y dándole el ramo, que Peñalver coloca en el vaso que hay encima de la mesa.) Hola, señor Chinchilla. (Corriendo hácia Chinchilla y dándole la mano con mucha afabilidad.) ¿Usted en Madrid? ¿Cómo vá?

CHINCHILLA. ¡Vá bien... muy bien... no puede ir mejor! (Con mucho calor.) Y cuando vea usted al amigo Vidal...

CECILIA. ¿Á Vidal?

CHINCHILLA. Dígale usted... ¡dígale usted que me alegro con toda el alma! (Con énfasis.)

::



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"EL PASO DEL PUENTE"
APODO. CERRILLO, MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO...
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

CECILIA. ¡Que se alegra usted! ¿De qué? (Con extrañeza y acercándose mas á Chinchilla.)

CHINCHILLA. ¿De qué?... Pues... De que esté bueno. (Sin saber qué decir.) Adios, niña de mis ojos. (Estrechándole la mano con íntima alegría.) Adios tú. Me vuelvo á la insula. ¡Ahora sí que respondo de la victoria! (Váse precipitadamente por el foro.)

ESCENA V.

PEÑALVER y CECILIA.

CECILIA. ¿Qué le pasa?

PEÑALVER. Que está muy alegre porque el asunto de mi eleccion camina viento en popa. Cecilia, es preciso que los dos hablemos un poquito de cosa muy seria. Tengo que participarte una resolucion, acerca de la cual, escúchalo bien, no admito réplica. Sabes que no gusto de que se me replique en nada.

CECILIA. ¡Me asustas!

PEÑALVER. He resuelto casarte.

CECILIA. ¡Ay, papá! (Con espanto y retrocediendo.)

PEÑALVER. ¡Cuidado conmigo!

CECILIA. ¡Pero, papá!... (Temblando de un modo visible.)

PEÑALVER. Aguarda. (Haciendo sonar el timbre.) Si está en su casa el señor Vidal, que tenga la bondad de subir. (Al lacayo, que se presenta en la puerta del foro, y el cual se vá en cuanto recibe la órden de Peñalver.)

CECILIA. ¡Pues qué, papita mio?... (Manifestando encontrados afectos de duda y esperanza.)

PEÑALVER. Antes ¡papá! y ahora papita mio, ¿eh? (Remedando á Cecilia.)

CECILIA. ¿De veras?... ¿Debo creerlo?... ¿Con él?... ¿Es con él?...

PEÑALVER. Ó un convento: ¡eligel!

CECILIA. ¡Ay, papá de mi vida! ¡Ay, Dios de mi alma! (Reclina la cabeza en el pecho de Peñalver y llora.)

PEÑALVER. ¡Hija infeliz! (Con énfasis cómico.) ¡Cómo llora de pena!

CECILIA. No... si no es de pena... (Alzando un poco la cabeza para mirar á su padre y sonriéndose.)

PEÑALVER. Le quieres, ¿verdad?

CECILIA. Mas de lo que se puede explicar con palabras. ¡Me

habias dado un susto! ¡Y si vieras qué malos ratos he pasado figurándome si no lo llevarias á bien! Decia yo para mis adentros: ¡Este papá mio debe estar ciego y tonto! Perdona, pero ciego y tonto decia. ¿Cómo no vé lo que pasa? ¿Cómo no trata de ponerle remedio? Y á veces, irritada de que no se me defendiese contra mí misma, sentia tentaciones de ponerme á gritar: ¡Eh, papá, despierta, abre los ojos, apártale de mí: apártale de mí en seguidita, si no quieres que le ame con frenesí y que le dé todo mi corazon! ¡Pero qué! Ya era tarde: mi corazon era ya suyo: conocia que sin él me hubiera faltado el aire, la luz. ¡Gracias á Dios, gracias á tí, por fin aliento y soy dichosa; pero no así como se quiera, sino muy dichosa... muy dichosa!... ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea mi padre! (Echándole á Peñalver los brazos al cuello y mirándole con zalameria.)

PEÑALVER. Pues, señor, bien: te casarás. Solo pongo una condicion.

CECILIA. Admitida.

PEÑALVER. Por motivos que no hay para qué explicarte, el casamiento se celebrará sin ostentacion ni ruido fuera de Madrid y de España quizá.

CECILIA. Cáseme yo con él y aunque sea en Pekin.

PEÑALVER. Pero, ahora caigo... ¡Se me ocurre una dificultad!...

CECILIA. ¡Una dificultad! (Asustada.) No señor: no hay dificultad que valga.

PEÑALVER. No sabemos si tu madre será gustosa...

CECILIA. Muy gustosa. De hijo.

PEÑALVER. ¡Pues esta es mas negra!

CECILIA. ¿Qué se te ocurre ahora? (Con despecho.)

PEÑALVER. Que tampoco sabemos si querrá el novio.

CECILIA. Mira: á mí se me figura que sí querrá. (Bajando los ojos y con infantil matieia.)

PEÑALVER. Mira: á mí tambien se me figura lo mismo. Pero esto vá á ser el mundo al revés. ¿Te ha dicho algo?

CECILIA. Ni esto. La boca muy cerrada, y con los ojos muy hablador.

PEÑALVER. Ni de su discrecion y comedimiento hay que esperar que se declare. De modo que en vez de ser él quien te pida, habré yo de ser quien te ofrezca, y esto, como ves, no estaria muy en el órden.

CECILIA. Si tú quisieras que yo le animase un poco. (Con timidez.)

PEÑALVER. ¡Te halaga la idea de ser quien primero le dé á entender su desventura!

CECILIA. Si, porque si no me engaño, se vá á llevar el pobre un susto... muy agradable.

PEÑALVER. ¡Pobrecillo! Pues corriente: quedas autorizada para hacerle comprender así, de cierto modo, que si se dignase pedirme tu mano, yo se la daría tal vez. ¿Oyes? (Mirando hácia el foro.) ¡Ahí viene la víctima!

CECILIA. ¡Ay qué miedo me dá!

PEÑALVER. Voy al escritorio. Si me busca el señor Garcia, que ya le avisaré cuando pueda verle.

CECILIA. Si... bueno...

PEÑALVER. ¿Tiemblas?

CECILIA. Como una azogada.

PEÑALVER. ¡Hay trances muy amargos en esta vida! ¿Qué remedio? Valor. (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

CECILIA y FERNANDO.

CECILIA. ¡Pero qué miedo tan horrible!

FERNANDO. Perdona, usted, señorita... Su señor padre me ha enviado á llamar... (Dirigiéndose hácia la derecha.)

CECILIA. Ha tenido que ir al escritorio. Por encargo suyo ruego á usted que se sirva esperarle. Siéntese usted.

FERNANDO. Gracias, señorita. (Pausa. Los dos se quedan sin saber qué decir.) ¿Ha descansado su mamá de usted?

CECILIA. Si, señor; ha descansado. (Muy turbada y como buscando medio de explicarse.) ¡Y qué bien estuvo el baile de la señora de Quintana!

FERNANDO. ¡Oh, muy bien! (Otra breve pausa.) Aquella galería es preciosa. (Como encontrando qué decir.) Tantas flores y tantas luces producian un efecto admirable.

CECILIA. ¿Verdad que sí? Tantas luces y tantas flores... (¡Caramba, qué difícil es esto!) (Otra breve pausa.)

FERNANDO. Ya hace tres años que enviudó la señora de Quintana, ¿verdad?

CECILIA. Si, ya hace tres años que enviudó la señora de... (¡Vaya si es difícil!) ¡Tiene usted en ella una amiga

que ya!

FERNANDO. ¿Si?

CECILIA. ¡Oh! le quiere á usted mucho. ¿No lo sabia usted?

FERNANDO. No. ¡Es tan amable!

CECILIA. Anoche decia de usted cosas que no me atrevo á repetir, temiendo ofender su modestia. Solo le encuentra á usted una falta.

FERNANDO. ¿Una sola?

CECILIA. Dice... que es usted... algo tímido. Algo tímido. ¿Oye usted?

FERNANDO. ¿Tímido? No. Soy distraido... nada comunicativo, por lo regular... ¡Como no siempre ha sido mi vida tan dichosa!

CECILIA. Pues nada: ella dice que es usted... muy tímido. Por lo demas, le tributó las mayores alabanzas del mundo. Segun nos dijo, no hay virtud ni perfeccion de que usted carezca, y por usted seria capaz, á tener algunos años menos, de faltar á su propósito de no contraer segundas nupcias. Solo que, añadió, es tan tímido, que me veria obligada á ofrecerle mi mano, porque lo que es él no me la pediria nunca.

FERNANDO. De fijo que no. (Sonriéndose.)

CECILIA. Ya... sí... Pero como en el mundo hay otras mujeres que no son viejas... (Un poco enfadada.) Créalo usted: esa timidez le hace poco favor. Usted me perdonará que le diga cosas tan fuertes.

FERNANDO. Se lo agradezco á usted mucho, por el contrario. Pero, la verdad, eso de que yo soy tímido...

CECILIA. Pues ea, si señor; lo es usted. (Sofocada y sin poderse contener.) Digo... quiero decir que no se distingue usted por la osadia, por el arrojo... (Reprimiéndose y dando vueltas en derredor del bufete, como para buscar ó arreglar algo.) Un poco de audacia sienta bien en los hombres... Nosotras no estamos obligadas á tener audacia. Y mire usted: á veces somos muy atrevidas... ¡Ay, y tanto! Pero lo que es usted... También cree lo mismo papá... Conoce su mérito, eso sí; pero reprueba una delicadeza tan exquisita... una circunspeccion tan exagerada... Todo extremo es vicioso... dice papá. Usted no le pide nada... y él quizá le daría á usted... mucho.

FERNANDO. ¡Señorita!... (Dudoso y turbado.)

BIBLIOTECA ALFONSIANA

CECILIA. Mucho... ¡Caballero!... (Saludándole con gravedad y retirándose poco á poco.) Mucho. (¡Qué angustia!) (Respirando como para reponerse del esfuerzo que acaba de hacer.) (Si no lo entiende, que se vaya á paseo.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

FERNANDO.

¿Qué ha querido darme á entender? No me hubiera hablado así á no tener licencia para ello. Cá, no. ¡Es tan candorosa... tan inocente!... Alguna frase benévola de su padre puede haberle hecho creer... Quizá á fuer de generoso olvidaría el señor Peñalver que soy pobre. ¿Cómo ha de olvidar que soy hijo de un comerciante fallido, y que mi nombre está cubierto de ignominia. Con todo... Cecilia ha insistido de una manera... estaba tan conmovida... tan alegre y turbada á la vez... Su padre quiere verme... Dios mio, ¿vas á compensar en un solo día las amarguras de tantos años? ¡Espanta una felicidad así! Quizá no pudiera yo soportarle.

ESCENA VIII.

FERNANDO y GARCIA.

Sale por la misma puerta por donde se fué antes Cecilia.

GARCIA. ¿Es cierto lo que la señorita Cecilia me acaba de decir? (Con ansiedad, viniendo hácia Fernando precipitadamente.)

FERNANDO. ¿Qué?

GARCIA. Que vá á casarse con usted: que su padre consiente en ello?

FERNANDO. ¿Eso ha dicho? ¡Con que era verdad! (Con júbilo.)

GARCIA. ¿La ama usted?

FERNANDO. Mas que á mi vida.

GARCIA. ¡Harto lo conocia yo!

FERNANDO. ¡El corazon no me cabe en el pecho!

GARCIA. Á usted y á ella los he visto nacer; y sin embargo...

no hay remedio. Fernando Vidal, usted no puede ser esposo de Cecilia Peñalver.

FERNANDO. ¿Qué?... ¡Cómo!... No entiendo... (Con asombro.)

GARCIA. Desde que le hallé á usted aqui, todos los dias he querido romper un silencio que es ya delito. Pero tuve únicamente valor para decirle á usted que servi á su padre mucho tiempo y que puedo jurar que su quiebra fué desdicha y no culpa.

FERNANDO. Y yo así lo creía antes que usted me lo dijera. Maldigan otros su memoria: ¡yo la respeto y la bendigo! En todo caso la hubiera bendecido tambien. ¡Fué mi padre! ¡Fué tan desdichado!

GARCIA. ¡Oh, muy desdichado! Un dia me mandó llevarle á usted á casa de su tia. Era usted una criatura y sin saber por qué lloraba, ¡lloraba tanto! Al volver, hallé al infeliz en la antesala; estaba esperándome. ¿Y mi hijo? preguntó. Con su tia, le respondí. Se entró en su cuarto, y un momento despues... ¡Ah, qué horror! (Llevándose las manos á la cabeza con expresion de espanto.) ¡Aun me parecia estarle viendo!

FERNANDO. ¡Padre! ¡Padre mio! (Llorando.) Pero eso ¿qué relacion guarda con mis amores?

GARCIA. No le veia á usted... ignoraba su paradero... Aun viéndole, aun teniéndole tan cerca, he dudado... he retrocedido ante los dolores que iba á causar. Hoy ya no dudo: hoy el cielo quiere que hable.

FERNANDO. Acabe usted. ¿No comprende que debo estar pasando un tormento horroroso?

GARCIA. Su padre de usted era inocente.

FERNANDO. ¡Oh, qué rayo de luz! ¿Tiene usted pruebas de su inocencia?

GARCIA. Le engañaron, le vendieron inicuaamente.

FERNANDO. ¿Quién le engañó?

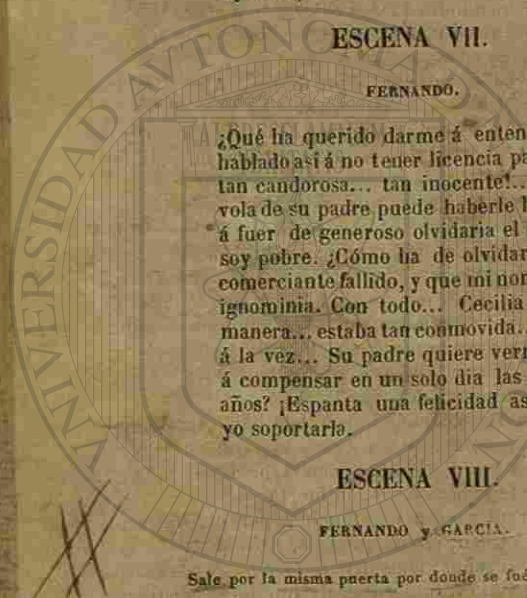
GARCIA. ¡Un malvado que sobre aquella tumba sangrienta levantó el alcázar de su fortuna.

FERNANDO. ¿Y quién es ese malvado, quién es?

GARCIA. Harto lo adivina usted... Á gritos se lo está diciendo su corazon. (R)

FERNANDO. Yo no adivino nada: mi coracon nada me dice. Hable usted.

GARCIA. No quiere usted adivinarlo. Al lado de ese hombre, hay seres inocentes y puros, á quien usted ama y



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

BIBLIOTECA ALFONSIANA

respeto: á quien yo respeto y amo tambien.

FERNANDO. Hable us ted pronto. ¿Quién engañó á mi padre?

GARCIA. El autor de la ruina de su padre de usted es el dueño de la casa en que estamos.

FERNANDO. ¡Oh! (Dando un grito terrible.) Las pruebas.

GARCIA. Seré nese usted.

FERNANDO. Las pruebas, antes que pierda la razon.

GARCIA. La puerta que hay al fin de ese corredor es la de mi despacho. (Llevándole á la derecha, primer término, y señalando hácia dentro.) Tome usted esta llave. (Dándole una que saca del bolsillo.) Abra usted el cajon de la mesa. En el fondo encontrará usted un legajo de papeles cerrado con lacre y sello...

FERNANDO. Basta. ¿Será que estoy soñando? (Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

GARCIA y PEÑALVER.

GARCIA. ¡Terrible es algunas veces el deber! Cumpí al fin con el mío. Suceda lo que quiera. ¡Qué peso me he quitado de encima!

PEÑALVER. ¿No ha venido aun el señor Vidal? (Sacando de la petaca un cigarro.)

GARCIA. Está en mi despacho. Muy luego vendrá aquí.

PEÑALVER. ¿Y qué hace en tu despacho? (Sentándose.)

GARCIA. Leer una carta y apuntes relativos á su persona en cierta manera.

PEÑALVER. ¿Qué carta, qué apuntes son esos? (Tomando de encima de la mesa una caja de roble tallado y sacando de ella un fóforo que enciende.)

GARCIA. Una carta y unos apuntes que le harán saber cómo hubo un hombre que engañando á su padre ocasionó su ruina y su muerte.

PEÑALVER. ¿Eso hiciste, viejo infeliz? (Levantándose de pronto, tirando el cigarro, y yendo frenético hácia Garcia.)

GARCIA. Porque soy un viejo infeliz, he querido antes de abandonar este mundo, rendir tributo á la verdad, á la justicia, y al que es fuente de toda justicia y de toda verdad. Usted no cree en nada: yo creo en Dios. Tan viejo y tan infeliz como soy le llevo á usted esa ventaja.

PEÑALVER. Bien está. (Dominando su cólera.) Alguna vez habia creido notar que usted abrigaba ridiculas sospechas: alguna vez habia llegado á presentir que seria usted capaz de calumniarme. ¿No me dirá usted cómo siendo persona de tanta conciencia, ha podido aceptar durante veinte años los beneficios de un hombre, á quien juzgada tan poco benévola mente?

GARCIA. Cuando entré en su casa de usted no abrigaba el menor recelo. Hasta mucho tiempo despues no hallé casualmente arreglando papeles abandonados de un estante muy antiguo, una carta del ingeniero que fué al Brasil, con objeto de reconocer la mina. Entonces, es verdad, debí alejarme de usted, pero tenia familia... era ya viejo... La vejez y la necesidad hicieron en mí naturales oficios. Hoy expio aquella vergonzosa debilidad con una de las mayores angustias que pueden atormentar el corazon humano.

PEÑALVER. Bien está. (Con calma, sentándose.) Pero supongo que usted que tanto ama la justicia, estimará justo precisar las acusaciones que me dirige, para que yo pueda contestar á ellas.

GARCIA. Lo estimo justo, si señor. En esa carta ratificábase el ingeniero en que no existia la mina de oro, añadiendo que segun señales que estimaba evidentes, con solo variar un poco la direccion de los trabajos, se hallaria una excelente mina de cobre. La carta venia dirigida al señor Vidal: el señor Vidal no tuvo de ella conocimiento, y luego se ha encontrado en poder de usted. Con esta noticia de que usted únicamente era sabedor, y bien informado de los grandes apuros en que el señor Vidal se encontraba, pidió usted y obtuvo, hiriendo su extremada delicadeza, la anulacion de la escritura social que á él y á usted los obligaba solidariamente á sufragar los inmensos gastos que se habian hecho y se estaban haciendo para la explotacion de la mina. Vidal se arruinó, como usted habia previsto: Vidal se mató: usted no lo habia previsto, sin duda. Poco tiempo despues, la mina fué de usted solo y desde entonces le está produciendo sobre ochocientos mil reales al año. Cuanto acabo de decir es lo que digo

UNIVERSIDAD ALFONSO XIII

FABRICA ALFONSO XIII

®

por escrito en los apuntes que con la carta del ingeniero existen ya en poder del hijo de aquel desventurado.

PEÑALVER. Bien está. Muchas gracias, señor García.

GARCÍA. Debo irme ahora mismo ó esperar á que se haga la liquidacion de fin de mes?

PEÑALVER. Comunicaré á usted mis órdenes. (Fernando sale por donde antes se fué pálido y muy abatido. Peñalver se levanta. Miranse Fernando y García, y luego esto se vá.)

ESCENA X.

PEÑALVER y FERNANDO.

Largo rato de silencio.

PEÑALVER. Espero, señor Vidal, que usted apreciará en su justo valor el dicho de un anciano debilitado por la edad, y que me paga veinte años de bondades con una baja delacion.

FERNANDO. Tambien yo, caballero, he recibido favores de usted. La gratitud... otros sentimientos no menos eficaces, me aconsejan hablarle con cierta mesura, que ojalá sea compatible con mi deber. La conducta observada por ese anciano, con menoscabo de sus intereses, á costa de su tranquilidad, no puede ser en manera alguna sospechosa. Lo que de palabra y por escrito asegura, él lo cree de buena fé. Lo que yo creo por por mi parte, voy al punto á manifestárselo á usted, rogándole anticipadamente que me perdone, si á causa de la perturbacion que mi ánimo padece, se escapa de mis labios alguna palabra que en lo mas mínimo le pueda mortificar.

PEÑALVER. Hable usted.

FERNANDO. Un dia, en los principios de su carrera, vió usted de pronto su naciente caudal, su reputacion, todas sus esperanzas á pique de hundirse en un abismo. Que el medio de que usted se valió para evitar esta desgracia y aun para convertirla en mayor provecho, le pareciese á usted lícito ó disculpable: que no previese usted las funestas consecuencias que podia tener su conducta; lo creo, quiero creerlo.

Pero es el caso que ya no puede usted alegar ignorancia, ya sabe usted que en el fondo de aquella accion, que estimó pasadera, se ocultaba la ruina de cien familias, la deshonor y la muerte de un hombre de bien. (Muy conmovido.) ¿No le parece á usted que seria justo reparar este daño en cuanto hoy cabe en lo posible?

PEÑALVER. Tenga usted la bondad de explicarse.

FERNANDO. Tenga usted la bondad de entenderme. Lo que exijo de usted, bien lo veo, es un sacrificio heroico; pero usted no puede menos de conocer que mi súplica está en su lugar, que es deber suyo hacer que se cambien en gritos de amor y bendicion los ultrajes y anatemas durante muchos años lanzados contra la memoria de un inocente. Si, caballero, yo se lo ruego á usted: cumpla usted con generoso valor una obligacion que es sagrada, y, quizá me engañe, pero á mis ojos la expiacion será proporcionada á la culpa, y quedará usted redimido. Toda la abnegacion de que mi alma sea capaz, todos los esfuerzos de mi vida, todas mis esperanzas... todo le perteneceria á usted... á sus plantas lo pondria yo todo. Pero devuelva usted á los pobres que se ven arruinados por consecuencia de la quiebra á que usted dió lugar, los bienes que les pertenecen; devuelva usted á la memoria de mi padre la estimacion que le es debida. Para mi padre, para mí, no pido mas que honra. ¡Mi honra, caballero: la honra de mi padre!

PEÑALVER. El estado en que usted se halla le hace acreedor, con efecto, á que yo le perdone. Raciocina usted bien, pero partiendo de un supuesto que es falso, que es una calumnia. ¿Quién asegura, quién puede probar que esa carta del ingeniero no estuvo en manos de su padre de usted, y que de las suyas no pasó á las mías? La vaga noticia que en ella se le daba respecto de la mina de cobre, no podia en verdad hacer alimentar esperanzas á quien tan caramente habia pagado su confianza en otras mayores. Yo al dejar la parte que llevaba en este negocio, no sabia que el señor Vidal estuviese tan apurado. Despues se vió que la quiebra en todo caso hubiera sido inevitable. Le di consejos; él se obstinó en desoírlos y

UNIVERSIDAD ALFONSO XIII

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS

CABALLA ALFONSO XIII

en caminar cada vez mas de prisa á la perdicion: le compadeci, lloré su muerte: he manifestado á su hijo una simpatia... de que tal vez pensaba darle mayores pruebas... Mi deber está cumplido. Y al oírle á usted proponerme que en reparar las torpezas de su padre inviarta los bienes que tantos afanes y vigiliat me costó adquirir, dudo si me hace usted con formalidad una proposicion tan absurda. De todos modos, la rechazo. (Con energia, pasando por delante de Fernando. Pausa, durante la cual procura esto dominarse.)

FERNANDO. Usted, sin embargo, comprenderá que yo desde ahora tengo un imperioso y alto deber que cumplir, y que ningun sentimiento, por grande que sea, ha de lograr nunca ponerse entre ese deber y yo. Me retiro. Ambos necesitamos reflexionar con calma. Dentro de dos dias tendré el honor de rogar á usted que me conceda una entrevista.

PEÑALVER. Por concedida, señor mio; pero ya está dada mi respuesta.

FERNANDO. Quizá todavia no esté dada. Servidor de usted, caballero. (Saludándole.)

PEÑALVER. Beso á usted la mano. (¡Mi hija!) (Cecilia sale por la izquierda y se detiene turbada al notar la expresion de las fisonomias de su padre y Fernando, el cual se lleva la mano al corazon, haciendo un gesto de profunda amargura, sale da gravemente á Cecilia y váse por el foro.)

ESCENA XI.

PEÑALVER y CECILIA.

CECILIA. ¿Qué hay, papá? ¿Qué ha pasado? (Con temor y ansiedad acercándose á su padre.)

PEÑALVER. Animo, hija mia. (Cogiéndole nan mano.) Ármate de firmeza. Nuestro plan se ha deshecho.

CECILIA. ¿Si? (May sobrecogida y llorando.)

PEÑALVER. Ese caballero y yo somos ahora enemigos, enemigos mortales.

CECILIA. ¡Virgen santísima! (Con mayor afliccion.)

PEÑALVER. Vamos, hijita, vamos: tengamos juicio. ¿Quieres á tu padre?

CECILIA. ¡Oh, si; mucho!

PEÑALVER. Pues si me quieres, no aumentes con tu afliccion la mia: nada de lágrimas, ni congojas, ni... (Con desabrimiento.) Vete: déjame solo.

CECILIA. ¡Ay, Dios mio: parece que se me acaba la vida! (Váse por la izquierda.)

ESCENA XII.

PEÑALVER.

¡Pobre muchacha! ¡El tal Garcia! Nada tengo que temer, pero un escándalo es siempre enojoso. Veremos de hacer entrar en razon á ese caballero. No me conozco... Estoy como fuera de mí. Calma... La eleccion dentro de dos dias. Esto es lo que importa. Oh, por ellos sentiria que me hiciesen perder los estribos.

ESCENA XIII.

PEÑALVER y ENRIQUETA.

PEÑALVER. ¿Has visto á Cecilia?

ENRIQUETA. Si: la he visto anegada en llanto, pudiendo apenas respirar. Antes, que la casarias con Fernando: ahora, que ya no se puede casar con él. Comprendo. Alguna de tus tramas... Alguno de tus negocios... ¿Le ha tocado hoy á tu hija ser victima?... ¿Qué remedio? De antiguo sé que en tus hijos y en mí y en todo el mundo, no ves sino instrumentos para tus negocios ó tus placeres. ¿Estorban? Pues se rompen. ¿Y qué?

PEÑALVER. ¿Enriqueta! ¿Has perdido el juicio? Buena ocasion eliges para irritarme.

ENRIQUETA. Pase que hagas padecer á tu hija. Que la denigres, que la envilezcas... ¿Eso no!

PEÑALVER. ¡Yo envileceria! ¿Qué me quieres decir?

ENRIQUETA. Que ya no ignoro quién es la persona que ha de habitar el cuarto segundo de esta casa. Y espero vencerle de que esa persona, de que la marquesa de Rio Janeiro no puede vivir aqui, ¡al lado de tus hijos!

PEÑALVER. ¡Otra vez! ¿No te he dicho ya que te engañas? Pero

bien se vé que tienes empeño en dar crédito á infundadas hablillas.

ENRIQUETA. Fundadas ó no, las hablillas corren por todas partes; y con esto solo, ni siquiera debería habésete ocurrido la infame idea de reunir bajo un mismo techo á tu manceba y á tu hija.

PEÑALVER. ¡Enriqueta! (Con rabia.)

ENRIQUETA. Oh, no pienses que me vas á meter miedo. Para defenderme á mí propia no tuve nunca fuerzas. ¡Hoy desfiendo á mi hija! Y una madre que defiende la dignidad, la honra de su hija, no se asusta de nada. Créelo: una mujer es muy cobarde, pero una madre es muy valiente.

PEÑALVER. Bien hicieras en recordar que yo no acostumbro á permitir que nadie me dé lecciones, ni á ceder á caprichos de nadie. En mi casa mando yo solo: yo soy el amo aquí: un amo libre de toda obligacion para con los demas, y tú no sé cómo lo olvidas.

ENRIQUETA. Ah, te comprendo. Mis derechos aquí son iguales á los de esa mujer. Si: no lo niego. Ni lágrimas, ni dolores bastan á reparar una falta como la mia, aunque algo tenga de involuntaria: estamos conformes. Tú dirás si hubo en mi resignacion bastante para soportar los ultrajes y humillaciones á que me vi siempre condenada. Tampoco ahora me quejo. No hablo por mí. Pero tan dócil y tan miserable como fui en lo que á mi sola me tocaba, seré en lo que á mi hija se refiera, tenaz, rebelde, dura, inflexible. ¡No sufriré que atentes á la pureza de mi hija! ¡Mientras yo viva, mientras yo esté aquí, por lo menos, no ha de entrar aquí esa mujer!

PEÑALVER. No hay mas: te has vuelto loca. ¿Quién puede impedirlo?

ENRIQUETA. ¿Quién? Yo, publicando mi desdicha, confesando á los hijos la infamia de la madre, y haciéndolos jueces de mi conducta... y de la tuya. Elijan ellos entre los dos. ¿Quieres? Pues llámalos. (Peñalver la mira, dá algunos pasos precipitadamente hácia el foro como para llamar, y luego se detiene y vuelve al lado de Enriqueta.)

PEÑALVER. ¿Pero sabe usted lo que pide? ¿Sabe usted lo que intenta hacer? Será preciso que yo me ocupe en traerla á usted á la razon. (Sonriendo sarcásticamente.)

Mis designjos, una vez formados, sin tardanza se han de cumplir. Lo que de esto puede originarse es una separacion inmediata, una separacion eterna: ¿lo sabe usted?

ENRIQUETA. Lo sé: estoy resuelta. Mi paciencia ya se agotó. Succeda lo quequiera, yo no estoy una hora mas en esta casa.

PEÑALVER. Enhorabuena: consiento en que se vaya usted: no lo consiento: lo mando y lo exijo. Pero aun quiero protegerla á usted contra sí misma. ¿Á qué dar un escándalo? ¿No será mejor que se evite usted y evite á sus hijos la pena cruel que á usted y á ellos habria de ocasionarles esa revelacion? ¿No bastará decirles que por motivo secreto hemos decidido vivir separados?

ENRIQUETA. Como usted quiera. (Con abatimiento.)

PEÑALVER. Por lo demás ofrezco á usted que nuestros hijos podrán elegir entre los dos con toda libertad.

ENRIQUETA. Gracias.

PEÑALVER. ¿Está usted resuelta? No lo preguntaré mas que una vez.

ENRIQUETA. Ya dije antes que sí. Ni una vez habia necesidad de preguntarlo.

PEÑALVER. Á los señoritos, que vengan. (Asomándose á la puerta del foro.)

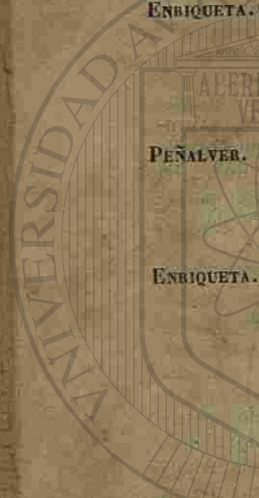
ENRIQUETA. ¡Hijos desventurados!

PEÑALVER. ¿Y cómo vá usted á vivir? ¿Ha pensado usted en esto?

ENRIQUETA. De usted no quiero nada. Con lo que me dejó mi padre, bondadoso conmigo hasta su última hora... ¡Ay qué bondad tan mal pagada! (Llorando.) Con eso, aunque es muy poco, me bastará y deberá bastar á mis hijos. Los condeno á la pobreza, pero creo que por el amor que me tienen, la aceptarán gustosos al lado de su madre.

PEÑALVER. Si... créalo usted. (Con tétrica ironía.)

ENRIQUETA. Lo creo en fuerza de que los estimo. Usted lo duda, porque no sabiendo ya qué despreciar desprecia, á sus hijos. ¡Este hombre desprecia á sus hijos! (Enérgicamente con viva indignación.)



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

BIBLIOTECA ALFONSO X

ESCENA XIV.

DICHOS, CECILIA y RICARDO.

Salen por el foro y ambos se detienen confusos, notando la violenta emoción que agita á sus padres.

PEÑALVER. Llegad, hijos, llegad. (Con aire sombrío y acento afectado, queriendo vanamente aparentar serenidad.) Entre vuestra madre y yo se ha suscitado grave discordia... Esta discordia nos ha hecho tomar una resolución mas grave todavía... pero forzosa... irrevocable... El motivo no se os ha de decir. Nos separamos.

CECILIA. } ¡Qué! (Manifestando sorpresa y honda aflicción.)
RICARDO. }

PEÑALVER. Nos separamos... para siempre. Vuestra madre vá á salir de esta casa al momento. Si queréis, idos con ella. Quedaos conmigo, si queréis. Negocio es este que cada uno de vosotros puede resolver con libertad... con absoluta libertad.

ENRIQUETA. Diselo todo. Diles que á tu lado estan las comodidades, los placeres, el lujo, la riqueza de que disfrutaron toda la vida; y que al mio solo hallarán las privaciones, el trabajo, tal vez las miseria, y por toda alegría mi amor y mi ternura. Ahora, hijos míos, resolved. (Rompiendo á llorar, no pudiendo ya dominarse. Momentos de silencio y ansiedad. Cecilia y Ricardo dan á entender con gestos y ademanes la violenta lucha de afectos que les destroza el corazón. Cecilia al fin se acerca poco á poco á su padre. Enriqueta no aparta de ella los ojos, siguiendo todos sus movimientos y prestando vivísima atención á sus palabras.)

CECILIA. ¡Papá!... ¿Es verdad?... ¿Es posible?...

PEÑALVER. Sí, hija mía; ya lo has oido. No hay remedio. (Con mucha ternura y alegre ansiedad creyendo que Cecilia vá á decidirse por él.)

CECILIA. Pues entonces... adios, papá. (Besándole la mano. En seguida corre á abrazar á su madre.)

PEÑALVER. ¡Oh! (Reprimiendo un movimiento de dolor.)

ENRIQUETA. ¡Hija de mis entrañas! (Estrechándola en sus brazos y besándola en la cabeza con frenético gozo.)

RICARDO. Yo, mamá, estoy pronto como Cecilia á irme contigo.

(Acercándose á Enriqueta.) Pero ¿quieres tú que me vaya? ¿Quieres que deje solo á papá?

ENRIQUETA. No, quédate con él... Si... quédate con él. (Rechazándole con dulzura y violentándose para contener su aflicción.) Tú, hija mía, ven conmigo. (Con vehemencia.) Salgamos de aquí. (Enriqueta y Cecilia vánse abrazadas por la izquierda.)

ESCENA XV.

PEÑALVER y RICARDO.

Peñalver se sienta dando la espalda á Ricardo. Este baja la cabeza confuso y abatido. Pausa.

PEÑALVER. ¿Por qué no se ha ido usted con su madre? (Mirándole de pronto y con mucha severidad.)

RICARDO. ¡Papá!...

PEÑALVER. ¿Por qué? Porque me quiere usted mucho, ¿verdad? Miente usted. (Levantándose. Ricardo hace un movimiento de sorpresa y de ira.) Se ha quedado usted conmigo, porque necesita dinero... porque tiene deudas... ¡Es usted un cobarde!

RICARDO. ¡Oh! (Dando un grito.) Mi padre es quien lo dice. (Reprimiéndose.) Pero hable usted... ¿Á quién... á quién quiere usted que vaya á probarle ahora mismo... sin tardanza ninguna, que ¡no soy... eso... eso que usted ha dicho?

PEÑALVER. ¡Ah, sí! Usted seria capaz de batirse. (Dejándose llevar de la amargura y la cólera que le dominan.) ¡Vaya! ¡Pues no que no! ¿Y cree usted que ya no hay mas que hablar? ¿Que basta para poder llamarse hombre de corazón, hombre de honor, saber usar hábilmente de una pistola ó de una espada, y arriesgar, en caso de necesidad, una vida inútil? ¿Y en teniendo este mérito, claro está, ningun otro mérito hace falta! Si luego, dejándose llevar de ociosidad impudica y de precoz depravacion, arrastra uno de garito en garito su juventud embrutecida ¿qué importa? ¡Uno es hombre de honor, y ay del que se atreve á ponerlo en duda! ¡Pues yo me atrevo! ¡Si señor! ¡Yo me atrevo á decirle á usted que quien así procede es un

RICARDO. infame sin vergüenza! (Yendo á sentarse á la izquierda.) Si: tiene usted razon. Fielmente me retrata ese infame que usted acaba de pintar. Lo conozco. Muchas veces siento rubor al considerar que no soy nada en el mundo; nada mas que un bigardo sin oficio ni beneficio, tan insolente como ridiculo y pueril. Y ¿qué quiere usted que yo le haga? ¿Á qué tarea, á qué empresa, á qué fin puedo yo consagrar mi vida, cuando desde la niñez sopló en mi alma aire gracjal de escepticismo que marchitó en ella toda ilusion, toda creencia, toda fé; cuando las palabras honor, deber, patria, religion, no se han pronunciado nunca delante de mí sino con acento de mofa y de ironia? ¿Con que si yo en nada me ocupo; si á mí nada me inspira amor ni entusiasmo; si nada puede despertar en mi alma, helada y prematuramente envejecida, ninguna de las nobles aspiraciones en que se enardece la juventud; si yo me avergüenzo de mí mismo y causo vergüenza á los demas, vamos á ver, ¿quién tiene la culpa, quién la tiene? Responda usted, padre, que yo... yo no me atrevo á responder.

PEÑALVER. Me has injuriado. No se hará esperar tu castigo. (Con acento grave y profundamente alterado. Se levanta, se acerca al bufete y escribe algunas líneas en un papel que luego coge y conserva en la mano.) Es fuerza que tambien nosotros nos separemos. Aprende qué es vivir. Yo, Ricardo, nada te debo. Entre tu madre y yo hay un secreto horrible que tú ahora vas á conocer. Eres mi hijo, pero la ley no te dá este nombre. No tienes mas derechos que los que te conceda mi voluntad. En una palabra: tu madre no es mi esposa. ¡Jesus! ¡Jesus bendito! (Dando un grito horroroso y cayendo en una silla anonadado.)

RICARDO. Acaso ponga un dia en olvido el frenesí de que te has dejado llevar, y te vuelva mi afecto, pero en mucho tiempo no has de estar á mi lado. Toma este papel. Abi te aseguro una renta con la cual podrás subsistir. Si lo estimases oportuno, gánate algo por tí mismo. Nada mas. Tómalo. (Alargando el papel á Ricardo, que lo recibe sin mirarlo.) Vete. (Sentándose y volviendo la cabeza á otro lado. Ricardo se levanta

poco á poco y mira á su padre.)
RICARDO. Adios, padre mio. (Rompiendo el billete, cuyos pedazos deja caer al suelo. Dirigese hácia el foro.)
PEÑALVER. Desdichado, ¿qué haces? ¿Y qué será de tí? ¿Adónde vas?
RICARDO. Voy á dar un abrazo á mi madre: luego á pelear en África por mi patria y mi Dios. (Con mucho fuego y energia. Váse precipitadamente por el foro.)

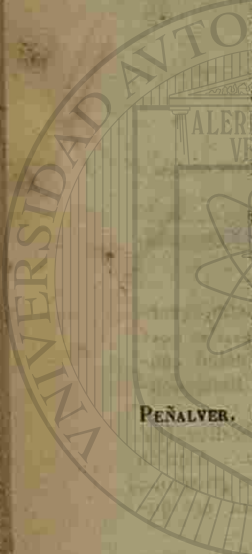
ESCENA XVI.

PEÑALVER.

Permanece algunos instantes en silencio, como vencido por la emocion, con la cabeza inclinada hácia el suelo y respirando con dificultad de una manera perceptible. Luego pásase la mano por la frente, pónese muy erguido y se levanta.

Bá, bá, todo ello no vale un ardite. ¿Es uno hombre ó no lo es?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO REYES



ACTO TERCERO.

El tocador de Cecilia. Pieza alhajada con sumo gusto y coque-
teria, y en la cual dominan los colores blanco y rosa. La tapi-
cioria de todos los muebles y de las colgaduras debe ser igual.
Sofá, butacas pequeñas, sillas; tocador, lavabo. En el tocador,
cofrecitos y tazas de cristal, porcelana y bronce dorado, con las
joyas de Cecilia. Dos jardineras. Alfombra clara. Una mesa: á
su lado encima de una silla, un canastillo con unalmohadon de
tapiceria igual á la de los muebles y otras labores empezadas.
Á la derecha una ventana grande en primer término: en el se-
gundo una chimenea de mármol blanco, y sobre ella, objetos
de arte. Puerta en el foro y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

PEÑALNER y EL LACAYO.

Ambos salen por la puerta del foro: Peñalver taciturno y pensativo, con el
sombrero puesto, y un látigo en la mano: el lacayo trae una cartera y
algunos legajos.

EL LACAYO. ¿Le ha sentado á usted bien el paseo á caballo?

PEÑALVER. Si, bien. (Dejando el látigo encima de la mesa.) Pon eso
ahí. (El lacayo deja la cartera y los papeles encima de la
mesa también.) Me vengo á esta pieza para estar solo:
no has de permitir que entre nadie mas que el señor
Vidal y el señor Chinchilla, si viene.

EL LACAYO. Descuide usted, señor.

PEÑALVER. El señor Chinchilla, ¿no ha venido aun?

EL LACAYO. No, señor.

PEÑALVER. ¿Ni se ha recibido carta ni aviso ninguno de Illescas?

EL LACAYO. Ninguno.

PEÑALVER. ¿Hiciste lo que te mandé?

EL LACAYO. Sí, señor.

PEÑALVER. ¿Dónde viven?

EL LACAYO. En la calle de la Palma alta, número sesenta y cinco.

PEÑALVER. Y... ¿y el señorito Ricardo?

EL LACAYO. Ha sentado plaza.

PEÑALVER. No olvides lo que te tengo dicho. Hasta nueva orden, la señora y los señoritos están viajando, para todo el mundo... sin excepción. Cuidado. Vá en ello tu suerte. (Despide con un ademán al lacayo, que se retira por la puerta del foro.)

ESCENA II.

PEÑALVER.

Aquí me parece que respiro mejor... Todo aquí me recuerda á Cecilia... Todo está aun como ella lo dejó... La costumbre de verlos todos los días... La costumbre es déspota que nos subyunga. Ea, ea: vamos á trabajar. (Se sienta junto á la mesa y abre la cartera. Breve pausa.) Me preocupan tantas cosas. La eleccion... la eleccion sobre todo. (Como queriendo engañarse á sí mismo.) Ayer debió quedar terminada, y á estas horas aun no tengo noticia del resultado. La calma de Chinchilla es realmente inexplicable. ¿Por qué no estará ya en Madrid? ¿Por qué no me habrá enviado, á lo menos, algun aviso? ¿Sabrá lo que ha pasado aquí? Luego la entrevista que voy á tener con Vidal es otro motivo de disgusto. El tono de su carta, me dá á entender que á la entrevista puede seguirse un duelo, y yo no quisiera reñir con ese jóven. Sin embargo, si manifiesta un empeño muy decidido... Á todo evento ya hablé anoche con Valdés y Ramirez y están á mi disposicion. (Breve pausa.) ¡Enriqueta habrá llorado mucho estos dias!... Con

su imaginación arrebatada y su exquisita sensibilidad... ¿Qué afán de que habia de casarme con ella!... El matrimonio es una institucion mitológica, ya muy desacreditada, y que al fin desaparecerá como tantas otras. Oh, América, tú si que vuelas desembarazada y libre por el camino de la civilización, desdeshando la rutina europea. ¡Los mormones son la vanguardia del progreso!

ESCENA III.

PEÑALVER y EL LACAYO.

Sale por la puerta del foro con un envoltorio de papel en la mano.

EL LACAYO. Señor.

PEÑALVER. ¿Qué hay? ¿Qué quieres? ¿No sabes que estoy trabajando?

EL LACAYO. El portero ha subido esto. Se lo acaba de dar una señora que traía la cara cubierta con un velo muy tupido.

PEÑALVER. Déjalo ahí encima de la mesa.

EL LACAYO. Es que la señora marquesa de Rio Janeiro, sabedora de que está usted solo, ha bajado, y se empeña en entrar. (Poniendo el envoltorio de papel encima de la mesa.)

PEÑALVER. ¡Ah, la marquesa! ¿Y por qué la detienes?

EL LACAYO. Como usted habia dicho que solamente el señor Vidal y el señor Chinchilla...

PEÑALVER. Ya, pero... Que entre... (El Lacayo se vá.) ¡Entrar aquí! ¡En el cuarto de mi hija!... Oye... Espera... ¡Juan! ¡Juan! (El lacayo se presenta de nuevo en la puerta del foro.) Que pase á mi despacho.

EL LACAYO. Está bien, señor. (Se retira.)

PEÑALVER. ¡Es tan hermosa y tan jovial! Me distraeré un poco hablando con ella. ¿Qué habrá aquí? (Desenvuelve el papel que ha traído el lacayo y saca de él un ramito de violetas.) ¡Oh, hija mia! (Besando el ramo enternecido.) ¡Juan! ¡Juan! (Corriendo hácia la puerta del foro y llamando al lacayo, que vuelve á salir.)

EL LACAYO. Señor.

PEÑALVER. Dí á la marquesa que estoy muy ocupado... Que me dispense... Que no la puedo recibir.

EL LACAYO. Bien, señor. Pero ¿y si la señora marquesa aun así quiere entrar?

PEÑALVER. Entonces le dices que yo no la quiero recibir. ¿Oyes? Cuidado con que me entre aquí esa... la señora marquesa. (Reprimiéndose.) ¿Á qué aguardas? Vete. (Váse el lacayo.)

ESCENA IV.

PEÑALVER.

Vuelve al lado de la mesa, coge el ramo y lo contempla en silencio.

¡Pobre Cecilia!... (Deja el ramo y recorre el escenario deteniéndose conmovido delante de los muebles que indica el diálogo.) En esta butaca se sentaba siempre á coser... Ha dejado empezadas algunas labores... (Cogiendo el almohadon que hay en el canastillo.) La tela de todos estos muebles está bordada por sus manos. ¡Tiene tanta habilidad!... ¡Es tan hacendosa!... Lo mismo, lo mismo que su madre. Sus jardineras. ¡Qué pasión por las flores! ¿No ha de querer á sus hermanas?... Sus joyas... (Parándose delante del velador y examinando los vasos en que estan las joyas.) ¡Oh!... ¡No se ha llevado nada! Pues estas joyas, por lo menos... Si: se las enviaré para corresponder á su fineza. (Reune todas las joyas en un cofrecito que pone encima de la mesa.) No sabia yo qué echaba de menos estos dias, y era el ramito de violetas que mi hija me daba todas las mañanas!... Pues, lo que antes decia... la costumbre... (Coge otra vez el ramo, se queda mirándolo y luego lo besa.) ¿Qué es esto? (Llevándose la mano á los ojos y limpiándose una lágrima.) Hacía tanto aire esta mañana, que se me habrán irritado un poco los ojos.

ESCENA V.

PEÑALVER y CHINCHILLA.

CHINCHILLA. Pero ¿dónde está? ¿Dónde se ha metido? (Dentro.)

PEÑALVER. Chinchilla. (Procurando recobrar su serenidad.)

CHINCHILLA. ¡Victoria! ¡Victoria! (Saliedo por la puerta del foro.)

¡Ven acá, padre de la patria, abraza á tu nieto! (Abrazándolo con violencia.)

PEÑALVER. ¿De veras? ¿Soy diputado? (Procurando desasirse de los brazos de Chinchilla.)

CHINCHILLA. Por una inmensa mayoría. El candidato ministerial queda allá diciendo pestes del ministerio.

PEÑALVER. ¿Con que soy diputado? Francamente, me alegro en el alma. Gracias por tus buenos oficios, Chinchilla.

CHINCHILLA. Dáte las gracias á tí mismo. Tu generosa resolucion, el casamiento de Vidal con tu hija es lo que nos ha hecho triunfar. Recorri el distrito para divulgar la noticia. ¡Un millonario que dá su hija á un hombre de bien á secas! ¡Esto seduce y entusiasma á todo el mundo! Pero ¿dónde estan? ¿Y tu mujer, y Cecilia y Fernando? Quiero abrazarlos á los tres. Venga mi recompensa: la exijo.

PEÑALVER. Para alcanzar esa recompensa habrás de esperar un poco, amigo mio. Mi mujer y mi hija han salido de Madrid. Ya te contaré... Por lo que hace á Fernando...

ESCENA VI.

DICHOS y EL LACAYO.

EL LACAYO. El señor Vidal está ahí. (Desde la puerta del foro.)

CHINCHILLA. Ah, el buen Fernandillo... (Con alegría, queriendo dirigirse hácia la puerta de la izquierda.)

PEÑALVER. No: oye. (Deteniéndolo y llevándosele aparte, como para que no se entere el lacayo de lo que le dice.) En dos palabras: Vidal ha sabido la calumnia inventada por mi adversario en esta eleccion, y le ha dado crédito. Seria inútil ocultártelo: ahora vamos á tener una explicacion. Entra ahí. (Señalando la puerta de la izquierda.) Nos separará únicamente esa *portière*, y te autorizo para que oigas lo que hablamos Vidal y yo. Así podrás juzgar de mi templanza y buen deseo en este malhadado asunto, y, á ser preciso, ayudarme en la tarea de apaciguar á ese muchacho.

CHINCHILLA. ¡Pero, hombre, es posible!... ¡En tan pocos dias!... ¡Me dejas atónito!

PEÑALVER. Entra. Vidal está esperando.

CHINCHILLA. ¡Válgame Dios! ¡Yo que venía reventando de gozo!...

PEÑALVER. Entra.

CHINCHILLA. Si lo que en este mundo sucede... (Váase por la puerta de la izquierda.)

PEÑALVER. Que pase adelante. (Al lacayo, que se vá.) Por fuerza lo habia de saber. Tomarle por confidente era el mejor medio de tenerle por aliado.

ESCENA VII.

PEÑALVER y FERNANDO.

Salúdanse los dos y luego Peñalver se acerca á Fernando y le habla con desenfado gracioso y cortés.

PEÑALVER. Ahora mas que nunca, señor Vidal, deploro el error que nos hace enemigos. En otro caso, le hubiera recibido á usted con los brazos abiertos, porque en este momento acabo de saber el feliz resultado de mi eleccion para diputado á Córtes. (Toma de encima de la mesa el ramo de violetas y juega con él.) Por esta dichosa circunstancia, fuera de otras razones ya muy sabidas, me encuentra usted animado de un espíritu de conciliacion que espero sea contagioso; persuadido, por otra parte, de que usted habrá modificado su juicio en estos días de tranquila meditacion, y vendrá dispuesto á ser conmigo menos injusto.

FERNANDO. En estos días de tranquila meditacion, se han modificado mis intenciones, pero no mi creencia de que en el infortunio de mi padre hubo una víctima y un culpado.

PEÑALVER. Se engaña usted. (Con enojo, que reprime en seguida.)

FERNANDO. Eran mis intenciones exigir de usted la rehabilitacion del nombre de mi padre, y si de usted no la alcanzaba, pedírsela inmediatamente á la ley. Esto queria: hoy ya quiero otra cosa.

PEÑALVER. ¿A la ley? ¿Habla usted con formalidad? ¿Ha podido usted creer, ni por un solo instante, que haya ley, que haya tribunal en el mundo capaz de autorizar pretensiones tan infundadas y ridiculas?

FERNANDO. ¿Quién sabe? Pero ya dije que he cambiado de parecer. Para darle á usted ese golpe era preciso

lastimar al mismo tiempo dos corazones inocentes; era preciso ahogar en mi pecho sentimientos que todavía me son muy caros, por mas que no los aliena la esperanza. El cumplimiento de tan riguroso deber, pedía un valor que en mí no se halla. He resuelto marcharme, vivir y morir lejos de España, lejos de Europa, y dejarle á usted gozar en paz de su riqueza y su alegria. Solo pongo una condicion.

PEÑALVER. ¿Una condicion? Tengo hecho voto de paciencia. Acabe usted. (Pasando por delante de Fernando.)

FERNANDO. Renuncio á defender la memoria de mi padre, pero con el objeto de hacer por ella una buena accion. (Acercándose mucho á Peñalver y bajando la voz.) Lo que únicamente le pido, es que vuelvan aquí los miseros á quienes ha echado usted á la calle; que les asegure usted los derechos y la ventura que merecen.

PEÑALVER. ¡Caballero! (Turbado, indeciso, y mirando con inquietud hacia la colgadura detrás de la cual se supone estar oculto Chinchilla.) (¿Qué puede saber?)

FERNANDO. No acuse usted á nadie. No doy este paso por encargo de nadie, sino de propia voluntad. La circunstancia de habitar yo en esta misma casa, el interés que me inspira todo lo que tiene relacion con esas señoras... Las ví salir de aquí... ví que salían llorando... Pregunté... indagué... Ayer al fin dí con su paradero... ¡Aquella inmensa angustia... aquella profunda desesperacion!... Alguna palabra que se le escapó á la madre de Cecilia... No sé qué misteriosa voz de mi alma... ¡Todo lo adiviné! Pues bien jure usted por su honor... Creo en su honor de usted... Jure usted cumplir el acto de justicia que le pido, y por mi honor juro yo partir hoy mismo para siempre.

PEÑALVER. Caballero; al entrometerse en mi vida privada, abusa usted de su derecho y mi paciencia. (Con ira febril.) Ruego á usted que se calle y que salga de aqui.

FERNANDO. Pero usted que habla de paciencia, no se habrá llegado á imaginar que la mia no tiene límites. (Poseído de indignacion y coraje.) Este secreto que nadie me ha confiado, mio es, me pertenece. Y si yo lo publico ¿no teme usted que el mundo juzgue por este solo hecho su vida entera? No teme usted que viéndole

CAPITULO ALFONSO...

®

hollar todos los deberes, toda ley humana y divina...
(Chinchilla sale de detrás de la colgadura y escucha sin ser visto, dando señales de asombro y de indignación.)

PEÑALVER. ¡Ah! ¡Mire usted lo que dice! (Ciego de cólera, arrojando al suelo violentamente el ramo de violetas.)

FERNANDO. Viéndole condenar á la madre de sus hijos, y á sus hijos también, á eterno dolor y eterno oprobio, ¿no teme usted que el mundo conozca al fin el egoismo, la corrupción, el fango y la hiel que en ese corazón se esconde, y le rechace al fin de su seno con tedio y horror.

PEÑALVER. Silencio ó ¡ay de usted! (Cogiendo el látigo y amenazándole con él.)

ESCENA VIII.

DICHOS y CHINCHILLA.

CHINCHILLA. ¡AY de tí! (Lanzándose á Peñalver y quitándole el látigo, que arroja al suelo. Pausa durante la cual Chinchilla manifiesta su estupor.) Una sola palabra. ¿Es verdad? (Peñalver vuelve á otro lado la cabeza.) ¡Sí; verdad es! ¡Y yo te he servido de cómplice! (Haciendo un ademán de amenaza.) No quiero olvidar todavía que he comido tu pan, aunque el favor me sale bastante caro. Sí: ya te conozco: sí: ya sé quién eres. Bien claramente me lo diste á entender el día que tuve la desgracia de que te propusieras hacerme dichoso: no puedo negarlo, pero supuse entonces que hablabas de broma: no te creí; no te comprendí bien. Ahora ya lo comprendo todo. Si: tú eres uno de esos hombres fuertes de que hoy está plagado el mundo, para quienes cuanto existe debajo del sol es superstición, fobada, niñería, excepto su propia conveniencia y su propio interés. Honor, justicia, conciencia, Dios... ¿qué significa todo eso? ¡Todo eso no es mas que vana palabrería, sandeces del vulgo, cuentos de vieja! En no pudiendo caer sobre uno el código penal, en no pudiendo meterse con uno la policía, bien hecho está cuanto se haga. Los débiles avanzan penosamente en el áspero camino de la vida, detenidos á cada paso por algun escrúpulo, por algun respeto, por al-

gun movimiento del corazón ó la conciencia: pasan los fuertes entonces, aplastan al que se detiene, y llegan rápidamente al fin. Humedécese al débil los ojos, y apágase el fuego de sus pasiones mas violentas ó depravadas al solo recuerdo de sus madres, de sus mujeres ó sus hijos: el fuerte iría á su negocio, por encima de la existencia de sus padres, por encima del honor de sus hijas. Suena un grito, flote en los aires un giron de tela encarnada y amarilla, y los débiles con el alma desalada correrán á morir por su patria ó su fé: los fuertes entre tanto especularán con el riesgo público y jugarán á la alza ó la baja con la suerte de la nación. ¡Ese es el hombre fuerte! ¡Ese eres tú! Sé feliz á tu modo. Lo que es yo antes que comprar á tal precio las alegrías y las glorias del mundo, quiero morir de hambre, en mitad del arroyo, clavando la mirada en el cielo, con un poco de fé y esperanza en el corazón.

PEÑALVER. Sin duda habrás previsto, amigo Chinchilla, las consecuencias que podia tener el espetarme ese discurso. (Con frialdad, sentándose á la izquierda.)

CHINCHILLA. Las he previsto y exijo que al punto se realicen. Los que te acaban de elegir, sabrán que les he robado indignamente sus votos, y quiero que sepan á la vez que he sido tu juguete, mas no tu cómplice. Cuando gustes. Señor Vidal, será usted mi padrino.

FERNANDO. Conozco toda la generosidad que se oculta en su proceder de usted: no puedo aceptarla. Me ha amenazado usted con un látigo. (Dirigiéndose á Peñalver.) Es preciso que me dé usted satisfaccion de tan odiosa y vil injuria.

PEÑALVER. Vamos, señores, traten ustedes de ponerse de acuerdo.

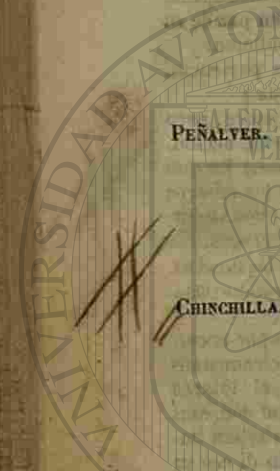
CHINCHILLA. Fernando, deje usted que riña yo antes. ¡Se lo pido á usted en nombre de Cecilia!

FERNANDO. ¿Quiere usted por ventura que yo me deshonne?

CHINCHILLA. ¡Qué fatalidad! (Con acento de desesperacion y cubriéndose el rostro con las manos.)

PEÑALVER. Pronto, ¿eh? Pronto. (Levantándose y acercándose á Fernando.)

FERNANDO. Dos amigos que me esperan abajo, serán mis padrinos. Á todo estaba preparado.



UNIVER

DIR

OMAD LEÓN

AL DE B

BIBLIOTECA ALFONSO XIII



PEÑALVER. Dentro de diez minutos me encontrará usted con los míos en casa de Valdés.

FERNANDO. Allí estaremos dentro de diez minutos. (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA IX.

PEÑALVER, CHINCHILLA y EL LACAYO.

Breves instantes de silencio: despues Peñalver tira fuertemente del cordón de una campanilla.

PEÑALVER. El coche. (Al lacayo, que se presenta á la puerta del foro, y en seguida se vá. Peñalver se pone el sombrero.)

CHINCHILLA. ¿Eso quieres hacer? (Acercándose á él con rapidez y asciéndole fuertemente por ambos brazos.) ¿Antes el padre... y ahora el hijo? (Clavando sus ojos en los de Peñalver.) ¿Pero tan indudable es para tí que no hay Dios? ¡Mira, insensato, que le hay!

PEÑALVER. Vamos á verlo. (Dirigese hácia la puerta del foro, poniéndose los guantes. Chinchilla dá un grito y cae en un sillón con terror y como desfallecido.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion que en el tercero.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA y EL LACAYO.

CECILIA. ¿Con que ha salido? (Levantándose el velo del sombrero.)

EL LACAYO. Sí, señorita Cecilia.

CECILIA. ¿Y tardará mucho en volver?

EL LACAYO. Lo ignoro.

CECILIA. Bien, le esperaré.

EL LACAYO. Ahí está ya. (Yendo hácia la puerta del foro.)

CECILIA. Me sentia tan animada, y ahora... (Quédase acobardada á la izquierda, cerca del proscenio.)

ESCENA II.

DICHOS y PEÑALVER.

Peñalver sale bruscamente por la puerta del foro, muy pálido y abatido, con el sombrero puesto.

EL LACAYO. Señor...

PEÑALVER. Ni una palabra. Déjame. (Rápidamente, con tono impetuoso. El lacayo baja la cabeza y se vá por la puerta del foro.)

PEÑALVER. Dentro de diez minutos me encontrará usted con los míos en casa de Valdés.

FERNANDO. Allí estaremos dentro de diez minutos. (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA IX.

PEÑALVER, CHINCHILLA y EL LACAYO—

Breves instantes de silencio: despues Peñalver tira fuertemente del cordón de una campanilla.

PEÑALVER. El coche. (Al lacayo, que se presenta á la puerta del foro, y en seguida se vá. Peñalver se pone el sombrero.)

CHINCHILLA. ¿Eso quieres hacer? (Acercándose á él con rapidez y asióndole fuertemente por ambos brazos.) ¿Antes el padre... y ahora el hijo? (Clavando sus ojos en los de Peñalver.) ¿Pero tan indudable es para tí que no hay Dios? ¡Mira, insensato, que le hay!

PEÑALVER. Vamos á verlo. (Dirigese hácia la puerta del foro, poniéndose los guantes. Chinchilla dá un grito y cae en un sillón con terror y como desfallecido.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion que en el tercero.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA y EL LACAYO.

CECILIA. ¿Con que ha salido? (Levantándose el velo del sombrero.)

EL LACAYO. Sí, señorita Cecilia.

CECILIA. ¿Y tardará mucho en volver?

EL LACAYO. Lo ignoro.

CECILIA. Bien, le esperaré.

EL LACAYO. Ahí está ya. (Yendo hácia la puerta del foro.)

CECILIA. Me sentia tan animada, y ahora... (Quédase acobardada á la izquierda, cerca del proscenio.)

ESCENA II.

DICHOS y PEÑALVER.

Peñalver sale bruscamente por la puerta del foro, muy pálido y abatido, con el sombrero puesto.

EL LACAYO. Señor...

PEÑALVER. Ni una palabra. Déjame. (Rápidamente, con tono impetuoso. El lacayo baja la cabeza y se vá por la puerta del foro.)

ESCENA III.

PEÑALVER y CECILIA.

Peñalver se queda inmóvil en el centro del escenario con aspecto sombrío: después de una breve pausa se quita los guantes maquinalmente.

CECILIA. No me atrevo a decirle nada.

PEÑALVER. ¡En el pecho!... ¡Muerto quizá!... (Se quita el sombrero, quedándose con él en la mano izquierda, y se pasa repetidas veces la derecha por la frente.)

CECILIA. ¡Está muy inquieto! ¿Será nuestra ausencia lo que le alige? (Peñalver dá algunos pasos por la escena y luego se detiene de pronto, apoyándose en un mueble.)

PEÑALVER. ¡Oh, aquí se ahoga uno! (Corre hácia la ventana: la abre violentamente de par en par y respira con fuerza. Luego se vuelve hácia la izquierda y vé a Cecilia.) ¡Mi hija! (Con terror.)

CECILIA. ¡Papá! ¡Papá de mi alma! (Corre hácia él, le abraza y le mira con mucha ternura llorando.)

PEÑALVER. ¡Tú aquí! ¿Por qué has venido?... ¿Sabes algo? ¿Ocurrió algo?... (Reprimiéndose y mirándola con angustia.)

CECILIA. Nada, papá, nada; sino que ya se me habían agotado las lágrimas: ya se me había agotado el valor... Y a mamá también... Y pues... he venido... Y no hay más.

PEÑALVER. ¡No, aún no lo sabes! (Dando un fuerte respiro.)

CECILIA. ¡Y muy buen miedo que he pasado!

PEÑALVER. Sí, con efecto, estás azorada, trémula. (Haciendo que se siente. Cecilia se quita el sombrero y lo pone encima de la mesa.) Tampoco yo me había olvidado de tí. (Sentándose en un taburete delante de su hija.) Mira: ya tenía reunidas tus joyas para enviártelas en cambio de las violetas.

CECILIA. Gracias, muchas gracias. (Agiéndole una mano.) Pero yo quisiera... quisiera algo más.

PEÑALVER. ¿Qué? habla. (Mirando á una y otra parte y escuchando con inquietud.) Esa ventana abierta... Corre un aire tan frío... (Se levanta, cierra la ventana y vuelve al lado de Cecilia.) Vamos, habla.

CECILIA. Oh, sí: esta buena acogida me hace esperar... Por-

que veo que me quieres de veras. (Levantándose.)

PEÑALVER. ¡Sí; te quiero... te idolatro!... Déjame abrazarte. (La abraza con gestos y ademanes de dolor.)

CECILIA. ¡Qué gusto, papá de mi vida! Mamá empeñada en que no había de venir, y yo le decía: no seas terca... veremos lo que sale... Tengo por indudable que él padece como nosotras.

PEÑALVER. Sí... padezco... (Con voz sorda como consigo mismo.)

CECILIA. Tengo por indudable que estos días de soledad le habrán hecho conocer cuanto nos amaba... sin saberlo quizá. Los hombres no suelen medir bien la fuerza de los lazos con que están atados á su hogar, á su familia, á sus dulces costumbres de cada día y cada hora. Pero cuando se haya visto el pobre tan solo en aquella casa abandonada, cuando haya echado de menos el rumor familiar que á cada instante le decía, aquí hay alguien que vive por tí y para tí; aquí hay un consuelo si padeces, una sonrisa si eres feliz, una caricia si la deseas... Ah, ¿lloras?... ¡Lloras! ¡Mira si tenía yo razón! (Estrechándole las manos muy conmovida.)

PEÑALVER. En fin... explícate: ¿qué pides? (Profundamente turbado.) Tú, lo confieso, puedes alcanzar mucho de mí. Te amo, cierto, mas de lo que yo imaginaba... Y que no quiero que me maldigas. Verdad, hija mía, que tú no maldecirás á tu padre; que no le maldecirás... nunca... ¿suceda lo que quiera?

CECILIA. ¿Yo? ¿Jesus, papá!

PEÑALVER. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quién viene ahí? (Viendo entreabrirse la puerta del foro y corriendo hácia ella.)

ESCENA IV.

DICHOS y CHINCHILLA.

CHINCHILLA. Perdone usted, señorita... Un negocio urgente. (Vientándose para aparentar tranquilidad.) Oye, Antonio, oye una palabra. (Con afabilidad llevándosele aparte.) Lívese usted al punto á su hija. (Muy bajo, cambiando repentinamente de tono y aspecto.) ¿Me entiende usted?... Le traen á su casa... Dentro de algunos minutos estará aquí. Convenido, ¿eh? (Alto, con afectada jovialidad.)

PEÑALVER. ¡Dios eterno! Bien, sí: descuida, amigo mío.
 CHINCHILLA. Pues ya sabes... Abur. (Á Peñalver.) Hasta luego, señorita. (Á Cecilia, y váse por la puerta del foro.)

ESCENA V.

PEÑALVER y CECILIA.

CECILIA. No sucede nada malo, ¿verdad? (Con inquietud.)
 PEÑALVER. ¡Cál no, hija mía. Un negocio de bolsa muy perentorio...
 CECILIA. Me había parecido advertir...
 PEÑALVER. ¡Qué tontería!... No... Ni por pienso... (Con ansiedad febril, que se aumenta en él por momentos.) Conque en marcha... ¡No es esto lo que quieres! Pues anda: vamos.
 CECILIA. ¿Á casa de mamá? (Con alegría.)
 PEÑALVER. Sí: á casa de tu mamá. Ven. (Dándole el sombrero, que ella toma y conserva en la mano.)
 CECILIA. ¡Qué bueno eres y qué alegría le vas á dar! Pero aguarda un poquito... Ya que te hallo tan bien dispuesto...
 PEÑALVER. ¿Qué se te ocurre? ¿Qué mas quieres? (Prestando atento oído á cualquiera ruido que oye y con impaciencia y turbación que le dominan por completo.)
 CECILIA. Otra persona hay que ha reñido contigo y que tambien padece mucho.
 PEÑALVER. Sí... tu hermano... Bien... Le perdono.
 CECILIA. Otro mas.
 PEÑALVER. ¿Otro? ¿Otro?... No sé... Vámonos... (Sobrecogido de espanto.)
 CECILIA. ¡Él, papá, él! Bastará que yo le diga una palabra para que venga á echarse á tus pies. De fijo bastará. ¿Me permítes que se la diga? Oh, sí: no me devuelvas á medias la felicidad. ¡Le amo tanto! Y no lo olvidas: le amo con tu permiso. Mira, papá, no lo dudes, sin él yo no puedo vivir. ¡Si le pierdo, te quedarás sin hija, me moriré!
 PEÑALVER. No, Cecilia; no te morirás; ¿verdad que no? Pero ¿quieres que nos vayamos? Tu madre nos espera. (Poniéndole el sombrero y ayudándole á atarse las cintas con manos temblorosas.)

CECILIA. ¿Y él?
 PEÑALVER. ¿Él?... Por el camino hablaremos... ¡Vamos por Dios!
 ¡Ah! (Notando que Cecilia no le escucha y presta atención al ruido que se oye en la calle.)
 CECILIA. ¿Qué ruido es ese?
 PEÑALVER. ¿Ruido?... no... Lo que es yo no oigo nada.
 CECILIA. ¿Que no?... Gritos confusos... Tropol de gente... Pero ¿no lo oyes? (Dá algunos pasos hácia la ventana. El ruido aumenta y se oye cada vez mas cerca.)
 PEÑALVER. Alguna desgracia tal vez... (Deteniendo á Cecilia con desesperación.) ¡No vayas á ver eso, Cecilia! ¡No vayas, por piedad!
 CECILIA. Y tú, ¿qué tienes? Si: la gente se agolpa delante de casa. ¿Qué sucede?... ¿Estás desencajado... Tiembblas... ¿Por qué tiembblas?
 PEÑALVER. ¿Yo?... ¿Yo?... (Apoyándose en una silla.)
 CECILIA. ¡Oh! ¡Quiero verlo. (Corriendo á la ventana y abriéndola.)
 PEÑALVER. ¡Hija! ¡Hija! (Llamándola con angustia y sin fuerzas para ir á detenerla.)
 CECILIA. Un coche. (Asomándose á la ventana.)
 PEÑALVER. ¡Hija! (Con acento de súplica como implorando su perdón. Sigue apoyado en la silla.)
 CECILIA. Sacan de él un herido. ¡Ay! (Dá un grito, sébase las manos á la cabeza y quedase inmóvil con la vista clavada en lo que acaba de ver.)
 PEÑALVER. ¡Hija! (Hace un violento esfuerzo, y con paso trémulo vá hácia donde está Cecilia. Esta se vuelve de pronto como habiéndolo adivinado toda, y ambos se quedan inmóviles algunos instantes, mirándose el uno al otro. Luego Peñalver dá un paso hácia Cecilia.)
 CECILIA. ¡No me toques! (Apartando de sí á su padre con un gesto de horror y corriendo hácia el lado opuesto de la escena.)
 PEÑALVER. ¡Hija! (Significando: Luego se detiene.)
 CECILIA. ¡Tú has sido! ¡Tú! (Extendiendo hácia Peñalver un brazo.) ¡Oh! (Dá un grito y cae al suelo sin sentido.)
 PEÑALVER. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! (Loco de dolor.) ¡Dios mío! ¡Dios de mi corazón! (Corre á la puerta del foro tropezando con los muebles que encuentra al paso.) ¡Hola! ¡Aquí! ¡Socorro! ¡Chinchilla! ¡Socorro! ¡Socorro! (Gritando.)

voces
Ruido
Hum

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

ESCENA VI.

PEÑALVER, CECILIA y CHINCHILLA.

Chinchilla sale corriendo por la puerta del foro, comprende con una mirada todo lo que ha pasado y se arroja junto á Cecilia, asiéndole una mano.

PEÑALVER. ¿Está muerta?... Háblame... No sé dónde estoy...
¡No veo!...

CHINCHILLA. No; pronto volverá en sí. Pero ¿quieres creerme? Que al abrir los ojos no te halle delante. Huye. Vete.

PEÑALVER. ¡Cómo! ¿Que me vaya? ¿Que me separe de mi hija... enferma... quizá moribunda?... (Balsaciento y como fuera de sí.)

CHINCHILLA. Y cuando despierte, desdichado, ¿qué la vas á decir? (Levantándose.)

PEÑALVER. Bien, si... calla... tienes razon... Si... me voy... Calla... ¡Mi hija!... Me voy... Si, si... Me voy... Me voy... (Se aleja con paso tardo y trémulo andando maquinalmente hácia atrás y repitiendo las mismas palabras como si hubiera perdido el juicio: luego vacila, se detiene para no caer, cobra aliento y sigue andando y hablando de igual modo hasta que desaparece por la puerta del foro. Chinchilla entre tanto vuelve al lado de Cecilia y la levanta desmayada.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Habitacion muy modesta. Jarros con flores. Mesa pequena con un canastillo. Puerta en el foro y otra á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA.

Tiene en la mano una labor empezada y está junto á la puerta de la derecha escuchando con precaucion.

Nada oigo todavia, y no me atrevo á despertarla. ¡Qué impaciencia! (Se acerca á la mesa y saca del canastillo una carta.) Esta carta me abrasa la mano. Pero no la he de abrir. ¡Quiero que sea para mamá el primer alegion! ¡Pobre mamá mia!

ESCENA II.

CECILIA y CHINCHILLA.

Sale por la puerta del foro.

CECILIA. Hola, señor Chinchilla. (Corriendo con jovialidad á dar la mano á Chinchilla.) Cuánto celebro verle á usted tan de mañana.

CHINCHILLA. ¿Pero usted me esperaba sin duda? ¿Sin duda le ha

brán anunciado á usted mi visita?

CECILIA. No. ¿Por qué?

CHINCHILLA. ¿De veras, usted no sabe nada?

CECILIA. No. Pues ¿qué hay?

CHINCHILLA. Eso es lo que yo quisiera saber. ¿Y la mamá? ¿Puedo verla?

CECILIA. Creo que aun no se ha levantado. ¡Esperándola estoy con una impaciencia!... No he querido quitarle el sueño, porque ha de hacerle mucho bien. Mas de cuatro meses há, está es la primera vez que duerme con sosiego. ¡Y para cuando despierte le tengo preparada una sorpresa tan agradable! Mire usted. (Enseñándole la carta.)

CHINCHILLA. ¿De Tetuan? (Con viveza.)

CECILIA. Sí.

CHINCHILLA. ¿De su hermano de usted?

GARCIA. Sí.

CHINCHILLA. ¡Alabado sea Dios! Ese inexplicable silencio... ¿de cuánto? De muy cerca de un mes... Si... Desde tres días antes de la batalla de los campamentos, me hacía á mí poquísima gracia.

CECILIA. ¿Pues y á nosotras! Por mas que nos decían en el Ministerio que vivía, que estaba en Tetuan, que sus cartas debían haberse perdido... Este nuevo golpe hubiera acabado con mamá. ¡Ah! (Corriendo hácia su madre, que sale por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

DICHOS y ENRIQUETA.

CECILIA. Buenos días, mamá. (Besándola en la cara.) Has dormido esta noche un poco mejor?

ENRIQUETA. Sí, un poco mejor. ¿Vá bien, amigo mío? (Dando la mano á Chinchilla.) Ayúdeme usted á reñir á esta días se señorita. No me hace caso, y hoy como todos los habrá puesto á trabajar á la primera luz del alba.

CECILIA. Lo que es hoy, antes de que saliera el sol ya estaba yo despierta, y mas alegre que un pájaro. ¡Tenía un presentimiento feliz!

ENRIQUETA. ¡Un presentimiento feliz! ¿Se ha recibido carta?

CECILIA. Presente. (Alargando la carta á su madre.)

ENRIQUETA. ¿De mi hijo! (Tomando la carta.) ¡Vive! ¡Qué bueno es Dios!

CECILIA. ¿No se me paga el porte?

ENRIQUETA. ¡Hija mia! (Besándola.) ¿Y no la has abierto? ¿Has tenido tanto valor?

CECILIA. Ya lo ves. Enterita te la he guardado.

ENRIQUETA. De Tetuan. (Después de haber abierto apresuradamente la carta y fijado en ella la vista.) «Mi querida mamá.» (Leyendo con emoción.) Toma: lee tú... yo no puedo. (Sentándose en una silla.)

CECILIA. «Mi querida mamá: (Arrodillándose junto á su madre y leyendo.) Ya sabrás que hemos tomado á Tetuan. La batalla fué cosa bastante seria. Marchábamos en columna hácia los campamentos del enemigo, y desde sus baterías nos hacían un fuego de cañon horroroso. Te confieso que como bicho tuve al principio un poquillo de miedo.»

ENRIQUETA. ¡Hijo de mi vida!

CHINCHILLA. ¡Voto al Chápiro-verde!

CECILIA. «Pasó pronto; lidié como un buen soldado, y aun tuve la suerte de coger una bandera.»

CHINCHILLA. ¡Bien por el chico!

CECILIA. «Luego me la quitaron á mí.»

CHINCHILLA. ¡Adios, mi dinero!

CECILIA. «Pero yo la volví á coger.»

CHINCHILLA. ¡Pues no faltaba mas sino que nos hubiésemos quedado sin la bandera!

CECILIA. «Con este motivo, recibí muchas felicitaciones de mis jefes, y algo mas. Quiero darte una sorpresa cuando nos veamos, que será el mismo dia que llegue á tus manos esta carta.»

ENRIQUETA. ¿Con que viene?

CHINCHILLA. Haremos repicar las campanas.

ENRIQUETA. Sigue, Cecilia, sigue.

CECILIA. «Estoy muy contento, porque veo que ya sirvo de algo en el mundo, que ya soy capaz de hacer algo por mi patria.»

CHINCHILLA. ¡Así empiezan los héroes!

CECILIA. «¿He tardado algunos dias en escribiros porque?...» (Turbánlose y dejando de leer.)

ENRIQUETA. ¿Está herido?

CECILIA. No... no es nada. Oye. (Con alegría despues de haber recorrido con los ojos algunas líneas.) «Porque el moro que llevaba la bandera tenia mas fuerzas que Sanson.»

CHINCHILLA. ¡Habrà bárbaro!

CECILIA. «Y forcejeando con él, me lastimé un poco el brazo derecho.»

ENRIQUETA. ¡Nos engaña: está herido!

CECILIA. Lo cierto es que ya no hay cuidado, Verás. «Puesto que me voy á poner en camino, queda fuera de duda que ya me encuentro enteramente bien. Pero creo que no hubieras vuelto á verme, á no ser por un amigo que en veinte días con sus noches no se ha separado ni un solo instante de mi cabecera. Me llevo conmigo y espero que algun afecto ha de merecerte la persona que ha salvado á tu hijo. Espero que tambien le querrá un poco Cecilia.» ¡Vaya si le querré!

CHINCHILLA. Me parece, me parece que esa persona no es un amigo.

CECILIA. ¿Pues quién ha de ser?

CHINCHILLA. Una amiga.

ENRIQUETA. Chinchilla... (Con tono de dulce reconvencion.)

CHINCHILLA. ¡Toma! Como de esas cosas se han visto. (Enriqueta coge la carta.)

ENRIQUETA. «Adios mamá: adios hermanita. Os quiere con toda su alma, vuestro Ricardo.» (Besa la carta y luego á Cecilia.) Crees que ya está bueno, ¿eh? ¿Crees que ya no hay cuidado? Y usted tambien, ¿no es cierto?

CHINCHILLA. ¿Pues quién lo duda? Harto claramente lo indica el teno de su carta. (Mirando la carta que abierta conserva aun Enriqueta en la mano.) Y mire usted, para mayor seguridad, añade por posdata: «Parto dentro de dos horas. Hasta la vista.» De un momento á otro puede llegar. ¡Y calle usted! Quizá esta carta y el regreso de esa buena alhaja tengan alguna relacion con el motivo que me ha traído tan de mañana á su casa de usted.

ENRIQUETA. ¿Qué motivo?

CHINCHILLA. ¿Usted no me esperaba? ¿Usted no sabe nada tampoco?

ENRIQUETA. No: nada sé.

CHINCHILLA. ¡Pues señor nadie sabe nada! ¡Estamos lucidos! Y la

carta de Ricardo no es bastante á explicar... Vamos á ver si entre los tres conseguimos aclarar este misterio: y para ello fuerza será recordar algunos hechos que puedan servirnos de guía en nuestras conjeturas.

ENRIQUETA. ¿Pero qué misterio es ese? ¿Á qué recordar?...

CHINCHILLA. Verá usted. Mas ha de cuatro meses que aquel infeliz á quien tanto han querido ustedes, á quien tanto quieren aun á pesar de todo, despues de renunciar su cargo de diputado, que no debió tener por bien adquirido, desapareció repentinamente de Madrid, sin dejarnos indicio alguno acerca de sus intenciones, ni de la razon y término de su viaje. Desde entonces, ni la menor noticia suya. Hay quien supone que se fué á los Estados Unidos y que despues ha hecho que se le envíe allá su dinero.

ENRIQUETA. ¡Con tal que viva!... ¡Me asaltan á veces unos temores!...

CHINCHILLA. Descuide usted: la mala yerba nunca muere.

ENRIQUETA. ¡Chinchilla! (En tono de reconvencion.)

CECILIA. ¡Señor Chinchilla! (Lo mismo.)

CHINCHILLA. ¡Esto es una broma! ¡Ya saben ustedes que yo tambien á pesar de todo!... (Enterneciéndose.) Si esos picarones tienen una habilidad para hacerse querer!... Pues como iba diciendo, se afufó y por lo visto Garcia únicamente mereció su confianza. Con los poderes que sin duda le dejó para ello, ha vendido sus fincas y liquidado sus negocios, realizando todo su caudal. Pero el tal Garcia, dijo: en boca cerrada no entran moscas; y no ha sido posible sacarle una sola palabra del cuerpo. Ahí estábamos, cuando dos meses há, ¡pif! tambien Garcia desapareció de Madrid como por ensalmo. Ayer mismo le creía ausente, cuando cátense ustedes que recibo una carta suya rogándome en términos misteriosos que hoy sin falta á las nueve en punto viniese aquí donde se me enteraría de un negocio del mayor interés: y es lo mas peregrino del caso que otra persona... otra persona á quien ustedes tambien conocen mucho, recibía al mismo tiempo que yo una carta enteramente igual á la mia.

CECILIA. ¿Otra persona?... (Turbada.)

CHINCHILLA. Pues, otra persona... Un antiguo amigo... Un herido, que, á Dios gracias, está ya completamente bueno.

ENRIQUETA. ¿Cómo?... ¿El señor Vidal?...

CHINCHILLA. Tenia algun reparo en venir, pero el tono de esas cartas es tan formal y tan imperioso, que me ha parecido conveniente exigirle que venga.

CECILIA. ¿Y vendrá? (Sobresaltada.)

CHINCHILLA. Sin duda ninguna.

CECILIA. ¡Ah! mamá! (Abrazádola.)

CHINCHILLA. Valor, niña, valor. Ya conoce usted al señor Garcia.

Es incapaz de querer jugar con su corazon de usted, y cuando él nos hace venir aquí...

GARCIA. ¡Vamos, señor Vidal, adentro, y buen ánimo. (Dentro.)

CECILIA. ¡Fernando es! (Con viva emoción.)

CHINCHILLA. ¡Calla! ¡Y tambien Garcia!

ESCENA IV.

DICHOS, FERNANDO y GARCIA.

Fernando está muy pálido y conmovido.

FERNANDO. Perdóneme usted, señora, si vengo á causarle con mi presencia afectos dolorosos. Me han dicho que era aquí necesaria.

GARCIA. Y pronto se convencerá usted de que no le han engañado. Señora, soy siempre de usted con todo el corazon y con toda el alma. (Saludando á Enriqueta con efusion.) Buenos días, señorita Cecilia. (Acercándose á ella conmovido y sonriendo.) Mucho tiempo hacia que no nos veíamos... ¡Mucho celebros volverla á ver á usted! Pero no se acongojen ustedes tan pronto... reserven ustedes sus fuerzas... hamen ustedes á sí todo su valor.

ENRIQUETA. ¿Nuestro valor? ¿Dios mio!

GARCIA. Eh, no hay que asustarse. No digo mas sino que se preparen ustedes á sentir nuevas emociones. Pero tambien hay emociones agradables... ¡Tambien hay lágrimas de gozo! (Como prestando atención al ruido que se supone estar oyendo, y mirando hacia la puerta del foro.)

CECILIA. ¿Qué hay?

ENRIQUETA. ¡Por favor! ¡En nombre del cielo!...

GARCIA. ¡Señora, abra usted los brazos! (Señalando hacia la puerta del foro.)

ESCENA V.

DICHOS y RICARDO.

Viene con traje militar de campaña muy destrozado, sucio y lleno de polvo: en el pecho la cruz de San Fernando: el brazo derecho en cabestrillo: el rostro muy tostado del sol.

ENRIQUETA. ¡Ah! (Dando un grito y abrazando al mismo tiempo á Ricardo.)

RICARDO. ¡Mamá! ¡Cecilia! (Abrazándolas.)

ENRIQUETA. ¿Con que eres tú, hijo mio? ¿Con que al fin te tengo en mis brazos?... Pero di... ¿estás ya bien? ¿No sientes ya dolor? (Con recelo, tocándole el brazo derecho.)

RICARDO. No, señora. Duelen poco las heridas que se reciben lidiando por la patria.

CHINCHILLA. ¿Y á mí, no se me dice nada, buen mozo?

RICARDO. ¡Señor Chinchilla! ¡Fernando! (Dándoles la mano izquierda.)

CECILIA. ¿Y eso? (Tocándole la cruz.)

RICARDO. Esto es un pedazo de mi bandera. (Sonriendo.) Pero... perdona, mamá... no he venido solo.

ENRIQUETA. ¿No?

RICARDO. El amigo de quien te hablaba en mi carta, el amigo que con su infatigable solicitud y con su ternura y con su abnegacion me ha salvado...

ENRIQUETA. ¿Por qué lo dices de ese modo? ¿Por qué lloras?

RICARDO. ¡Ese amigo está aquí!

CECILIA. ¡Aquí!

ENRIQUETA. ¿Dónde?

RICARDO. Mírele usted.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



ALFONSO XIII DE BIBLIOTECAS

ESCENA VI.

DICHOS y PEÑALVER.

Lleva traje severo: sus facciones estan algo alteradas y donotan circunspeccion y seriedad: su cabeza ha encanecido.

ENRIQUETA. ¡Ah! (Los cuatro en viendo á Peñalver, dan un grito ahogado y manifiestan los diversos afectos en que se agita su corazon. Enriqueta y Cecilia le miran indecisas y turbadas, pero como si quisieran arrojarle en sus brazos: Peñalver las contiene con un ademán.)

PEÑALVER. Enriqueta, no esperaba volverte á ver. (Con reprimida emocion.) Nunca hubiera osado ponerme al alcance de tus ojos. Pero la Providencia, tan bondadosa para conmigo como yo para con ella duro y rebelde, quiere que despues de haberte dado tantos pesares, pueda al fin darte una alegria. Algo he contribuido quizá á conservar la vida de tu hijo. Por el amor de tu hijo, no me rechaces. Lo que he pensado, lo que he padecido junto á su lecho, él te lo dirá. Con el cumplimiento de este deber, en extremo natural y sencillo, no he reparado seguramente la atroz injusticia de que fuiste victima largo tiempo, ni adquirido ningun derecho á un amor de que jamás supe hacerme digno. Pero si no por mí, puesto que á mí nada me debes, por tus hijos te ruego, te pido por Dios que aceptes este anillo, y des licencia de que un sacerdote lo bendiga delante del altar.

ENRIQUETA. ¡Ah! (Toma temblando el anillo que le dá Peñalver. Esto le ase dulcemente una mano y se la besa con respeto y ternura.)

PEÑALVER. ¡Gracias! (Da un paso hácia su hija.) Cecilia, un día, ¡día cruel! se valió la Justicia eterna de tu mano, tan cara á tu padre, para desgarrar mi corazon y abrir en él los sagrados manantiales de la verdad. Justo era que fuese castigado por aquellos mismos sentimientos que me habia complacido en desdeñar y escarnecer. Tambien yo ahora elijo tu mano para curar una de las heridas mas graves que hizo la mia, para reparar una de las mayores faltas de mi existencia. Entrega esto al señor Vidal. (Da á su hija un

pliego abierto que Cecilia entrega á Fernando. Chinchilla se acerca á Garcia y le interroga con la mirada.)

FERNANDO. ¡Qué veo! (Abriendo y mirando el pliego.) ¡La rehabilitacion de mi padre! ¡Satisfechos todos mis créditos! ¡Dios de bondad!

PEÑALVER. Ya sabeis en qué se han empleado mis bienes. Ahora soy tan pobre como tú, Chinchilla, mas pobre que tú, porque yo por tí nada puedo hacer, y tú aun puedes hacer mucho por mí. Puedes darme una limosna, puedes darme la mano.

CHINCHILLA. La mano y el corazon y... (Con voz ahogada por los sollozos.) Vamos, hombre, que ahora eres tú el que se encarama á las nubes. (Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

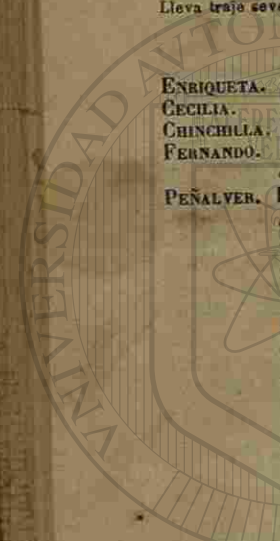
FERNANDO. ¿Y yo, no pudiera yo hacer algo por usted? (Con mucha vehemencia.)

PEÑALVER. Usted puede hacerme el bien mayor que ambiciono en la tierra. Diga usted á mi hija... ¡Dígale usted que me abrace! (Dejándose dominar por el sentimiento y llorando.)

CECILIA. ¡Oh! ¡Padre de mi alma! (Arrojándose en sus brazos. Peñalver la estrecha sobre su corazon.)

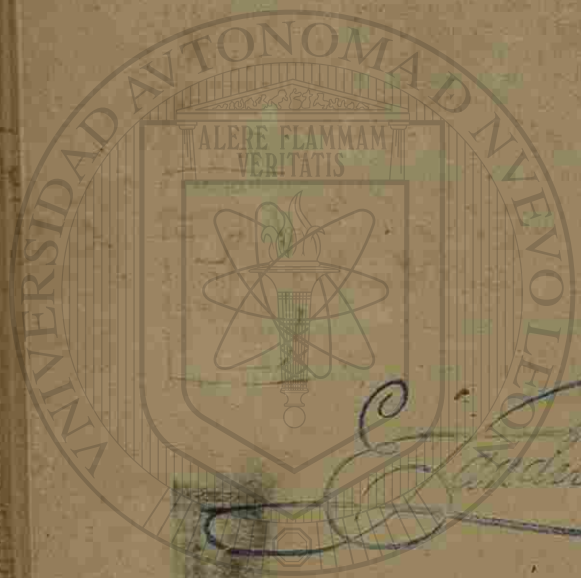
FIN DE LA COMEDIA.

*Quiero representarse
en el teatro de Salamanca
el 29 de Abril de 1901
Al señor de Hatos*



LIBRERIA ALFONSIÑA

6 MA = 10 H



E. S. S. S.

LA NOVELA DE LA VIDA.

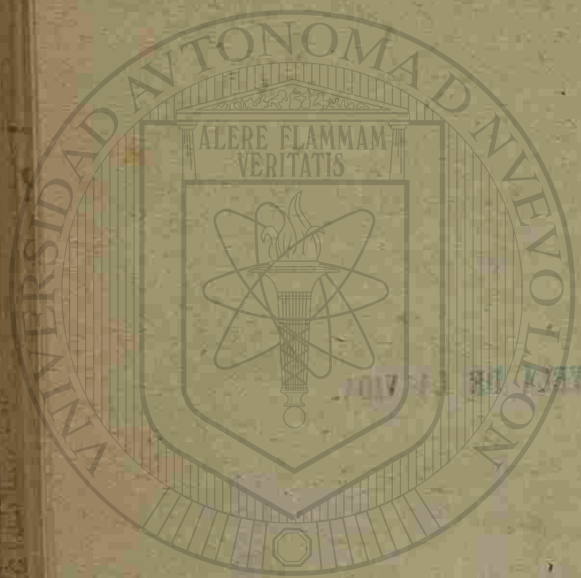
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

PABILLA ALFONSO



LA NOVELA DE LA VIDA,

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y SIETE CUADROS.

ESCRITA EN FRANCÉS

POR MR. OCTAVIO FEUILLET,

Y ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. ISIDORO GIL Y D. JOSÉ MARÍA DE LARREA.

Representada por primera vez en el Teatro del PRINCIPE el 17 de
Setiembre de 1859.

SEGUNDA EDICION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

(LEÓN) - MEXICO

2500 SAN TERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO X

PERSONAJES.

MARGARITA.....
 DOÑA ELENA.....
 LUISA (aya joven).....
 DOÑA TRINIDAD.....
 CRISTINA.....
 BRÍGIDA.....
 D. LUIS DE VELASCO mar-
 qués de Valleumbrió.....
 D. RICARDO.....
 D. PEDRO NOVOA.....
 D. IGNACIO.....
 FABIAN.....
 EL DOCTOR GONZALEZ.....
 FEDERICO.....
 JUAN.....
 COSME.....
 PERICO.....

Un notario que no habla: aldeanos de ambos sexos.

ACTORES.

SRA. D.^a JOSEFA PALMA.
 CONCEPCION SAMPELAYO.
 SALVADORA CAIRON.
 BALBINA VALVERDE.
 ADELAIDA GUIJARRO.
 ADELAIDA ZAPATERO.
 SR. D. MANUEL CATALINA.
 JUAN CATALINA.
 JOSÉ CALVO.
 JOSÉ AZNAR.
 RAMON GUZMAN.
 GERÓNIMO SUNYÉ.
 EDUARDO IROBA.
 JULIAN RODRIGUEZ.
 TOMÁS INFANTE.
 JOSÉ CALVO.

La escena pasa en Madrid el primer cuadro, y los restantes en una quinta cerca de Tolosa.

Esta obra es propiedad de los Sres. HIJOS de A. GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática titulada El Teatro, de dichos Sres. HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Interior de un sotabanco en la casa del Marqués de Valleumbrió, en Madrid. Muebles usados, entre los que hay una cómoda, una mesa de despacho, un velador y una butaca de terciopelo de Utrech algo deteriorada. Puerta de entrada en el foro.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, con un plumero en la mano, entreabiendo la puerta con precaución.

Nadie... Ya estaba yo segura de que no había vuelto todavía. (Entrando.) Es preciso que yo salga de esta duda. Su portamonedas... (Mirando sobre la mesa.) Vacío... Ha dejado puesta la llave de la cómoda; ¡mala señal! Lo mismo que el portamonedas: (Abriendo los cajones.) ni un maravedí... Pues diga Juan lo que quiera... Si era claro que... ¡Ah! (Oye ruido, cierra apresuradamente los cajones de la cómoda y se pone á quitar el polvo á los muebles.)

ESCENA II.

D. LUIS, BRÍGIDA.

Luis. ¿Qué hace usted ahí, Brígida? (Viene muy pálido y vestido de negro.)

BRIG. Ya lo ve usted, señorito; limpiaba los muebles y ponía cada cosa en su sitio.

Luis. Ya los arregló usted y los limpió otra vez esta mañana; conque me parece que es tomarse demasiado trabajo. (Observándola con desconfianza.)

BRIG. Perdóne usted, señorito; mi afán de que esté todo limpio... Ya me voy...

Luis. Vaya usted con Dios.

ESCENA III.

D. LUIS, después BRÍGIDA.

Luis. Creo que esta mujer me espía: me mira de un modo... Y me ha parecido que su hijo seguía mis pasos obstinadamente por las calles de Madrid ayer tarde y hoy por la mañana... ¿Pero qué interés puede tener en semejante espionaje? ¡Bah! ¿No es bastante su curiosidad? ¡Una curiosidad de portera! La caída del poderoso, la humillación del rico, han sido siempre el más agradable objeto de chismografía para esta clase de gente. Y sin embargo, Brígida es deudora de toda clase de beneficios á mi pobre madre; me ha visto nacer; manifestaba una adhesión sin límites á mi familia... Será preciso que yo me acostumbre á todas estas decepciones. (Viendo entrar á Brígida.) ¡Cómo! ¿Otra vez?...

BRIG. Un caballero pregunta por usted; y como dice que le ha visto entrar hace un momento, no le podido negarle... Está es su tarjeta.

Luis. Federico de Castro... (Tomando la tarjeta.) ¿Que suba Federico! (Vase Brígida.) No me pesa de volverle á ver...

Es un calavera; pero de noble corazón, según creo.

Hace tanto tiempo que no he estrechado entre las mias una mano amiga!... Fuimos muy amigos hace dos años... (Sonriendo.) Si me devolviera siquiera la mitad solamente de lo que le tengo prestado, sería para mí un enviado por Dios en este duro trance. (Se abre la puerta.) Buenos días, Federico.

ESCENA IV.

FEDERICO, D. LUIS.

FED. Ante todo, amigo mío, (Desde la puerta.) debo tranquilizarte acerca del objeto de mi visita; no vengo á pedirte dinero.

Luis. ¿De veras?

FED. Palabra de honor. (Entrando.) Vengo á participarte que soy rico; cuento con diez mil duros de renta.

Luis. ¿Es posible? ¿Ha muerto quizá tu tío?

FED. Acertaste. ¡Pobrecillo! (Con naturalidad.) En fin, hay que resignarse á estas pérdidas... Pero tú, ¿dónde te metes? Veinte veces he estado á buscarte, y ya iba á marcharme á Sevilla sin esperanza de que nos dispidiéramos, cuando hace un momento que te he visto atravesar la calle y entrar en tu casa... ¿Qué haces? Dime.

Luis. He estado viajando.

FED. ¡Ah! (Mirando los muebles.) ¿Y sabes que no estás aquí muy bien alojado?... He tenido que subir más de cien escalones. Antes vivías en el cuarto principal, y siendo la casa tuya...

Luis. ¡En otro tiempo! Es verdad.

FED. ¡Ah! ¡ya!... Pero te encuentro pálido, triste, estás de luto... ¿Qué te sucede, amigo mío?

Luis. (Sonriendo tristemente.) Federico, llegas en uno de esos momentos en que el corazón rebosa y necesita confiar sus pesares á un amigo: tanto peor para tí, porque son poco gratas las confidencias de un desgraciado.

FED. ¡Oh! habla al instante... Ya sabes que mi cabeza es un poco ligera, pero no creo que dudes de mi corazón.

LUIS. Voy á probarte que no dudo en efecto. Siéntate. (Se sienta.) Federico, yo hubiera debido prever la degradación que hoy me anonada, hace largos años, si mi vida disipada y el respeto filial no me hubiese cegado. Veamos: tú, tú mismo que has frecuentado mi casa, ¿no has notado nada de misterioso, de extraordinario en el interior de mi familia?

FED. Nada... es decir, observé que tu madre, que era excelente señora por cierto, parecía triste, siempre triste, y vivía muy retirada, notándose hasta en su manera de vestir una sencillez casi austera.

LUIS. Es cierto; y sin embargo, en su primera juventud había brillado en las fiestas del gran mundo; pero de repente la vimos disgustarse de ellas y consagrarse á una vida de reclusion, de soledad, de la cual no pudieron sacarla jamás las instancias de mi padre, á quien ella adoraba sin embargo... ¿Te acuerdas de mi padre?

FED. ¡Ya lo creo! Aunque ya no era jóven, ¡qué fuego! ¡Qué apostura! ¡El primero siempre en el placer! ¡Tan fino en la mesa, tan gallardo á caballo, tan oportuno en la conversacion! ¡Un verdadero tipo de caballero!

LUIS. En efecto, y esas brillantes cualidades que yo admiraba como tú, le atraían á todas las fiestas de la sociedad elegante, en las que siempre se distinguía. Mi madre rehusaba obstinadamente seguirle á ellas, y aun bien pronto rehusó aparecer en su propio salon, cuando había recepcion en casa. Á estas negativas, que exasperaban á mi padre, atribuía yo las escenas pocas gratas, violentas á veces, cuyos ecos llegaban hasta mí. Creía yo atacada á la pobre señora de una afeccion nerviosa, de una especie de hipocondría, y mi padre por otra parte me lo daba á entender. Sin embargo, amigo mio... Ya sabes que tengo una hermana mucho más jóven que yo...

FED. Sí, Lucía...

LUIS. Pocos dias despues de su nacimiento, hace diez años, me llamó mi padre á su gabinete, y me participó con algún embarazo, el singular deseo manifestado por mi madre de que estudiara leyes. Ocurrióme entónces, por vez primera, el pensamiento de que los gastos y disipaciones de mi padre, su repugnancia y su desden por el lado positivo y enojoso de la vida, habrían podido amenazar algún tanto nuestra fortuna; quizá me decía yo á mí mismo, quiere mi madre que me ponga en estado de suplir á la negligencia de mi padre, y de reparar sus errores.

FED. Y no te informaste...

LUIS. Deseché muy luégo aquella idea, porque aunque había oido lamentarse á mi padre de las considerables pérdidas que nuestra fortuna había sufrido cuando, á fines del siglo pasado, mi abuelo trasladó su familia desde Méjico á España, veía por otra parte reinar en mi casa la abundancia.

FED. Di más bien la opulencia. Soberbia casa en Madrid, posesiones en el campo, carruajes, caballos de raza...

LUIS. Obedecí, sin embargo, á mi madre y concluí mi carrera de leyes; pero al mismo tiempo empecé á retirarme de aquella pobre señora... Sufria siempre y... desgraciados los que siempre sufren!... ¡Ella me amaba tanto!... yo la amaba tambien y, no obstante, la abandonaba más cada dia. Mi padre y yo decíamos que no estaba enferma, sino que padecía de manias; y nunca nos creíamos tan dichosos como cuando nos lanzábamos fuera de aquella triste casa, donde languidecía una enferma que nunca sanaba. Á galope, Luis, me gritaba alegremente mi padre; y corriamos como el viento... Un dia, al volver de una de nuestras excursiones, nos la encontramos... nos la encontramos muerta, dejándome un remordimiento eterno. (Levantándose.)

FED. Luis...

LUIS. Tres meses despues, cumpliendo las órdenes de mi padre, partí para Italia, y empecé una série de viajes, cu-

yo término había fijado él mismo. Durante varios años en su correspondencia afectuosa, aunque breve, no hallaba muestras de la menor impaciencia por mi regreso; pero al desembarcar en Barcelona, hace dos meses, encontré varias cartas, en todas las cuales me llamaba mi padre con un apresuramiento febril.

FED. ¡Ah! Efectivamente; me parece haber oído el nombre de tu padre, el marqués de Valleumbrió, mezclado en en no sé qué especulaciones de Bolsa el año pasado...

LUIS. Llegué á nuestra casa de campo por la tarde; apenas atravesé el umbral de la sala donde se hallaba mi padre, corrió él á mi encuentro, y al estrecharme en sus brazos, con una sensibilidad, de que no me había dado muchas pruebas, sentí junto á mi corazón latir el suyo con una violencia terrible. Mostróme una silla y se sentó bruscamente en frente de mí. (Luis se sienta.) Entonces, como si no tuviera valor suficiente para hablar, detúvose su mirada en la mía con una expresión de angustia, de humildad y de súplica, que en un hombre tan activo como lo era mi padre me conmovió profundamente. Había yo adivinado ya lo que tanto trabajo le costaba confesar, y Dios sabe que desde el fondo de mi alma estaba pronto á gritarle: «Te perdono, padre mío, te perdono;» cuando repentinamente aquella mirada, que no se apartaba de mí, tomó una fijeza grave, espantada, horrible! ¡Sentí crisparse sobre mi brazo la mano de mi padre, le ví levantarse de un sillón, y volver á caer pesadamente sobre el pavimento... Ya no existía!

FED. ¡Pobre amigo mío! (Levantándose.) ¿Pero qué causa?... ¿Estaba arruinado?

LUIS. Tú lo has dicho, (Levantándose también.) la Bolsa había acabado con su fortuna. De manera que me encontraba con mi hermana al borde de un abismo, cuyo fondo no conocía; caí gravemente enfermo, y después de luchar más de un mes entre la vida y la muerte, en cuanto pude ponerme en camino he venido á Madrid.

FED. Pero el resultado de la testamentaria...

LUIS. Se halla esta encomendada á un antiguo amigo á quien apenas conozco; pero en quien tengo completa confianza, porque mereció la estimación de mi madre, el anciano don Ignacio, notario de mi familia.

FED. Sí; creo haberle visto en tu casa... un escribano algo... extravagante...

LUIS. Yo me he reído de él más de una vez, sin sospechar que llegaría un día en que tendría que oír de su boca la última palabra de mi destino!

FED. Siempre te quedarán los restos de una gran fortuna.

LUIS. Si al ménos quedara asegurada la existencia de mi pobre hermana; pero esta cruel incertidumbre...

FED. ¿Pero no has visto todavía á ese don Ignacio?

LUIS. Apenas llegué á Madrid corré á su casa, pero está fuera... De modo que me encuentro aquí hace dos días en un estado de abatimiento moral y... de miseria física, de que no puedes formarte una idea exacta.

FED. ¡Pobre amigo mío! (Con distracción y emburramiento.) ¡Cosas de mundo! ¡Ah! ¡esto es atroz, es atroz!... (Sacando el reloj.) Las tres y media... y yo que tenía en el Suizo una cita á las tres... Con tu permiso...

LUIS. Anda con Dios... (Con frialdad y alguna ironía.) Volverás, ¿no es cierto?

FED. Por supuesto. No abandona uno así como quiera á sus amigos cuando necesitan consuelos, cuando necesitan... Toma un cigarro... Son muy suaves... No tengo más que dos en la petaca; partiremos como hermanos. Adiós, adiós. (Váase.)

LUIS. Fumaremos. (Sonriendo tristemente.)

ESCENA V.

BRÍGIDA, D. LUIS.

BRÍGIDA. Señorito, ahí está don Ignacio.

LUIS. ¿Don Ignacio? que entre, que entre... (¡Dios sea bendito! Él va á sacarme de esta angustia.)

ESCENA VI.

D. IGNACIO, D. LUIS.

- LUIS. ¡Ah! mi querido don Ignacio, esperaba á usted con impaciencia...
- IGNAC. ¿Cómo está el señor marqués? (Saludando.)
- LUIS. Muy bien, gracias... Pero...
- IGNAC. ¿Y la señorita doña Lucía de Velasco?
- LUIS. Sigue en su colegio. La pobre niña ignora todavía nuestros desastres, cuya extension no conozco aún yo mismo, y por eso espero ya saber...
- IGNAC. Señor marqués, usted me dispensará; pero entra en mis costumbres proceder con método.
- LUIS. Siéntese usted, siéntese aquí. (Se sientan.)
- IGNAC. En el año de 1840 fué, señor marqués, cuando la mano de la señorita Eloisa Julia de Guevara Fernandez y Pimentel, fué pedida por don Carlos Felipe Luis de Velasco y Velasco, marqués de Valleumbrió. Profesando yo á la familia de Guevara una adhesión en cierto modo hereditaria, y conociendo las relevantes virtudes de la heredera de aquella rica casa, debí emplear y emplee en efecto, todos los argumentos de la razon para hacerla desistir de esta funesta alianza. (Movimiento de Luis.) Funesta, si señor, porque bajo aquel conjunto de prendas caballerescas que adornaban á su señor padre de usted, como á todos los de su familia, distinguía yo claramente la irreflexion y la frivolidad más obstinadas, el loco afán de los placeres, el más atroz egoismo.
- LUIS. Señor mio, la memoria de mi padre me es sagrada, y deseo que la respeten todos los que pronuncian su nombre delante de mí.
- IGNAC. (Conmovido.) Yo respeto ese sentimiento; pero al nombrar á su padre de usted ¿cómo puedo olvidar que hablo del hombre que hizo de su madre de usted una mártir?

- LUIS. ¡Don Ignacio! (Levantándose.)
- IGNAC. Dispéñeme usted, todo el que conoció á su madre de usted la ha llorado... En fin, si usted lo exige no hablaremos más que del presente.
- LUIS. Se lo suplico á usted.
- IGNAC. Usted verá el resultado de la testamentaria y de la liquidacion que se ha practicado, en el voluminoso legajo que el portero de esta casa ha ido á buscar á la mia; pero, para reasumir en pocas palabras, diré á usted que despues de haberse vendido muy bien cuantas fincas poseía su familia, empezando por esta casa, las tierras y hasta los muebles que se hallan en este cuarto principal y en la casa de campo en que últimamente vivía su señor padre, todavía debe usted á los acreedores de este nueve mil quinientos duros.
- LUIS. ¿Es posible! ¿Con que no solamente no nos queda nada, sino que aún debemos...
- IGNAC. Nueve mil quinientos duros.
- LUIS. ¡Dios mio! (Levantándose.) ¡Pobre hermana mia!
- IGNAC. Debo advertir á usted, no obstante, que su previsora madre habia depositado en mi poder algunas joyas, cuyo valor asciende próximamente á diez mil duros.
- LUIS. ¡Ah!
- IGNAC. Para impedir que esta suma caiga en manos de sus acreedores, podemos usar un subterfugio legal que voy á tener el honor de explicar á usted...
- LUIS. De ningun modo. Me considero demasiado dichoso con poderlos pagar, dejando ileso el buen nombre de mi padre.
- IGNAC. (Sin dejar de observarle.) ¡Ah! muy bien, señor marqués; pero me será permitido preguntar á usted, confidencial y respetuosamente se entiende, con qué recursos cuenta para asegurar su subsistencia y la de su hermana y pupila?
- LUIS. ¡Oh! no lo sé; porque no esperaba una ruina tan completa. Si estuviera solo en el mundo sufriría gustoso todas las privaciones; pero me mata la idea de ver ex-

puesta á mi hermana á los peligros de la pobreza. Dichosa aún en el colegio en que se educa, es aún bastante niña para permanecer en él algunos años. ¡Si pudiera yo hallar una ocupacion que me permitiera, aunque fuera preciso reducirme á la mayor estrechez, pagar su pensión en el colegio y reunirle un dote, sería feliz!

IGNAC. ¡Ah! En nuestra sociedad, señor marqués, no se encuentra de la noche á la mañana una ocupacion bastante productiva para eso. Por fortuna, quizá yo le indique á usted quién pueda llenar sus deseos: conozco un capitalista que trata de formar una compañía por acciones, cuyo objeto puede interesar á la aristocracia española, y ha pensado que un nombre como el de usted al frente de sus anuncios sería un poderoso llamativo. En recompensa una fuerte prima...

LUIS. (Interrumpiéndole.) Basta, basta: mi nombre no se alquila.

IGNAC. No me gustaba á mí la proposicion más que á usted, pero he debido hacérsela. Vea usted otra que quizá le agrade más. Tengo entre mis clientes un honrado y rico comerciante, cuya hija no tendría inconveniente en recibir con su mano de usted el título de marquesa.

LUIS. Si mi nombre no se alquila, tampoco se vende. Además, en el estado de mi fortuna, mi título es un título irrisorio, y estoy resuelto á no llevarle. Mi nombre es Luis de Velasco: así me llamaré en adelante.

IGNAC. (Protándose las manos alegremente.) Sabe usted, joven, que es difícil colocarse con esas ideas? Encuentro en usted desde hace un momento gran semejanza con su señora madre.

LUIS. (Sonriendo tristemente.) ¿Con mi madre? Creo que no siempre me han dicho que era el vivo retrato de mi abuelo paterno, Santiago de Velasco.

IGNAC. Á pesar de todo, los ojos y la sonrisa...

ESCENA VII.

DICHOS, JUAN.

JUAN. Aquí están los papeles.

IGNAC. ¡Ah! sí; es el legajo y... Faltan sin embargo dos ó tres documentos importantes que tengo en la escribanía... á dos pasos de aquí... Si usted quisiera venir conmigo echaría al mismo tiempo dos ó tres firmas indispensables.

LUIS. Vamos donde usted quiera. (Á Juan.) Arregla esos papeles sobre la mesa. (Sale con D. Ignacio después de algunas ceremonias de esté.)

ESCENA VIII.

JUAN, después BRÍGIDA.

JUAN. Ni siquiera me dará las gracias. (Arreglando los papeles.)

BRÍGIDA. Dime, Juan, ¿sabes si el viejo le ha convidado á comer?

JUAN. No sé, nada he oído... Ni qué me importa á mí...

BRÍGIDA. ¡Pobre don Luis!

JUAN. ¿Ya me tienes canrado con tu don Luis! Tengo yo la culpa de que se haya arruinado?

BRÍGIDA. Tú verás como el día ménos pensado se mata.

JUAN. Bueno; si se mata le enterrarán... ¿y qué?

BRÍGIDA. ¿Y qué? que yo he comido el pan de su familia, y él no tiene ahora ni pan que comer... Su desayuno de esta mañana ha sido un vaso de agua! pobre señorito! Un joven criado entre encajes y alimentado con manjar blanco!... y apuesto á que se queda también sin comer, porque es demasiado altivo para...

JUAN. ¡Altivo! ¡Altivo! Cuando uno es pobre no debe ser altivo.

BRÍGIDA. Juan, tú tienes hecha una solicitud para ser conserje...

JUAN. Sí, de la casa de fieras...

BRIG. Pues nunca lo serás, porque tus sentimientos son los de un portero.

JUAN. ¡Señora Brigida!

ESCENA IX.

DICHOS, D. LUIS.

JUAN. (Con humildad servil.) Señor marqués, ya están arreglados los papeles... ¿El señor marqués tiene algo más que mandar?

LUIS. Nada, dejadme.

JUAN. Al momento, señor marqués, al momento. (Ap. al salir.) (Un marqués arruinado... Phs.)

ESCENA X.

D. LUIS.

No me he atrevido... no me he atrevido á pedirle una limosna... Y sin embargo no hubiera sido una limosna, cuando tiene en su poder dinero mio... Pero no me he atrevido... Mañana le veré temprano y confío en que él mismo me ofrecerá... No se muere nadie por ayunar un día... ¡Ah! Si he cometido el pecado del orgullo, también estoy ya castigado, pues que verdaderamente padezco... ¿Y por qué no he de ir á comer á una fonda cualquiera? En todas soy conocido, y diciendo que he olvidado mi portamonedas, que vengan á cobrar mañana... Mil veces me ha sucedido en otro tiempo... No, ahora no! Me repugnan todos esos recursos petardistas de la miseria: es una pendiente muy resvaladiza para el pobre, no quiero poner en ella el pie! Si pudiera dormir. (Se sienta en la butaca.) ¡El hambre!... había oído yo este nombre como una palabra vana, pero hay en efecto un sufrimiento que así se llama, y... ¿hay en efecto criaturas humanas que padecen casi diariamente

lo que padezco yo en este momento? Y al fin yo sufro solo, porque mi hermana, el único ser que me interesa, se sonríe aún en su feliz ignorancia de nuestro infortunio; pero los que oyen el grito desgarrador de sus entrañas repetido por seres adorados, por mujeres pálidas, por niños sin sonrisa... ¡Desgraciados! ¡Oh santa caridad! (Se duerme: música en la orquesta hasta que despierta D. Luis.)

ESCENA XI.

BRIGIDA, D. LUIS.

BRIG. ¿Duerme? tanto mejor. (Entra sin meter ruido, trayendo algunos platos en una bandeja; aproxima el velador, le cubre con un mantel, y coloca encima los platos.)

LUIS. (Despertando.) ¡Ah! aún en sueños no veo más que festinas, banquetes, mesas cubiertas de... ¿Qué veo?... (Reparando en el velador.) ¿Qué hace usted ahí? (á Brigida.)

BRIG. ¿No ha pedido usted la comida, señorito? (Aparentando sorpresa.)

LUIS. No por cierto.

BRIG. El niño me había dicho que...

LUIS. El niño se ha engañado. Será otro inquilino...

BRIG. No hay otro inquilino en este piso, no hay mas que un sotabanco.

LUIS. En fin, eso no es para mí; ¿me he de cansar en repetirlo? Llévasele usted.

BRIG. El señorito ha comido ya sin duda. (Recogiendo tristemente los platos.)

LUIS. Sin duda.

BRIG. ¡Qué lástima! porque la comida se está enfriando, se echará todo á perder; Juan regañará al niño... Si el señorito no hubiera comido, por casualidad, me hubiera alegrado tanto de...

LUIS. Váyase usted, váyase usted, Brigida. (Se levanta, y apse.)

...ximándose á ella la dice con dulzura.) La comprendo á usted y le doy gracias; pero estoy algo indispuerto y no tengo apetito.

BRIG. ¡Ah! Señorito, (Volviendo á dejar la bandeja sobre el velador.) si usted supiera cuánto me hace sufrir... Usted me pagará la comida, corriente; (Con emoción.) usted me pondrá el dinero en la mano cuando le convenga; pero puede usted estar seguro de que aunque me diera un millon no se lo agradecería tanto como verle comer ahora mis pobres manjares... Sería una obra de caridad la que haría usted conmigo. ¡Vaya! usted debe comprender bien esto, don Luis, usted que tiene talento.

LUIS. Pues bien, mi buena Brigida, yo no puedo darte un millon, pero voy á comer lo que me has traído. (Santándose bruscamente delante del velador.)

BRIG. ¡Oh, gracias, don Luis, gracias! usted tiene buen corazon...

LUIS. Y buen apetito, Brigida... ¿Pero me dejará usted? ¡eh!

BRIG. Sí, señor... y gracias, muchas gracias...

LUIS. Brigida, déme usted la mano... No es para darla dinero, ¡no! Un apretón, ¡así! (Brigida sale llorando.)

ESCENA XII.

D. LUIS, despues D. IGNACIO.

LUIS. ¡Ea! ¡nada de ninerías! (Llevándose el pañuelo á los ojos. y comamos, puesto que lo hay... ¡Lo que es la privacion! tengo menos apetito que el que me aquejaba hace un momento... Esta pobre portera, á quien yo acusaba, ha sido para mi un ángel de consuelo!... En fin, ya puedo vivir hasta mañana y esto es algo. (Se oye á Brigida hablar con D. Ignacio en la escalera, ábrese la puerta y Brigida se retira al momento. Luis se levanta.)

IGNAC. (Con sentimiento.) En nombre del cielo, señor marqués, como no me había usted dicho... ¡Jóven! ha sido mal

hecho; ha ofendido usted mi amistad... ¿No tenía usted confianza en este anciano?

LUIS. ¿Don Ignacio!

IGNAC. ¡Pobre don Luis! (Estrechándole en sus brazos.) Vaya, no pensemos más en ello... Coma usted, amigo mio, y coma alegremente, porque le traigo una buena noticia.

LUIS. ¿De veras? (Dándole una silla.)

IGNAC. Ya tiene usted empleo.

LUIS. ¿Empleo?

IGNAC. Sólo que no sé si le agradará. Esta mañana he llegado de las Provincias Vascongadas; allí, en un risueño valle cerca de Tolosa, hay una familia muy rica, la familia de Novoa, cuya confianza absoluta poseo. Tenian hace veinte años un administrador llamado Urquiza, que era... un bribon; á mi paso por allí supe que estaba gravemente enfermo y pedi para un amigo mio, cuyo nombre reservé, el empleo, que segun todas las probabilidades, iba á quedar vacante.

LUIS. Pero no me había usted dicho...

IGNAC. En primer lugar yo había tenido muy pocas veces el honor de hablar con usted, y necesitaba ante todo conocerle; y ademas que sólo al entrar en mi casa, hace poco, es cuando he sabido por una carta de la viuda de Novoa hijo, el fallecimiento del administrador. De consiguiente, hé aquí las condiciones: usted será conocido únicamente en aquella casa por el nombre de don Luis de Velasco, habitará usted un pabellon en el jardín, y su sueldo anual será bastante decoroso para que pueda realizar su honroso pensamiento de reunir un dote para su hermana. ¿Le conviene á usted?

LUIS. Sí por cierto; y no sé cómo dar á usted las gracias por su previsora bondad. Lo único que temo es ser un administrador bastante novicio.

IGNAC. Usted es abogado y entiende los negocios. Y ademas, como yo he escrito á la señora de Novoa, lo que á usted le falta, puede aprenderlo en dos meses, y tiene usted lo que cincuenta años de experiencia no pudieron en-

- señar á su predecesor... la probidad. Ya le he visto á usted en una ocasion de prueba, y respondo de usted.
- LUIS. Pues bien, estoy pronto. (Levantándose.)
- IGNAC. ¿Pronto á marchar mañana?
- LUIS. ¿Mañana?
- IGNAC. Es preciso, porque entre todos los de aquella casa no son capaces de poner un recibo si se ofrece. Mi excelente amiga la señora de Novoa especialmente, con la indolencia peculiar de su origen, porque es criolla...
- LUIS. ¡Ah! es criolla. (Vivamente.)
- IGNAC. Sí, jóven; es una criolla... vieja. Por otra parte su hija...
- LUIS. ¡Ah! tiene una hija.
- IGNAC. Sí, que es más jóven...
- LUIS. Naturalmente.
- IGNAC. En fin, usted los verá á todos, y juzgará por sí mismo.
- LUIS. ¿No podría yo sin ser indiscreto pedir á usted, para mi gobierno, algunos detalles sobre las personas con quienes voy á hallarme en contacto?
- IGNAC. Amigo mio, el artículo personal es siempre muy delicado. Sin embargo, (Con reserva.) veamos... Sin hacer mencion de los vecinos, ni de los amigos, hay en el magnífico caserío adonde usted va, cinco personas. En primer lugar debo citar á usted á don Pedro Novoa, el padre, célebre guerrillero de la guerra de la Independencia, que vino á principios de este siglo de Méjico con una gran fortuna, y que hoy tiene más de ochenta años y la cabeza un poco trastornada. Luego, doña Elena, viuda del hijo de Novoa, criolla americana, con algunas manías, pero bello corazón, y Margarita, su hija, cabeza un poco romancesca, pero bello corazón también. Despues, en segundo orden, doña Trinidad, prima en tercer grado, recogida en la casa, viuda de un comerciante arruinado de Bilbao... carácter agrio, y en fin, una señorita Luisa, aya jóven de Margarita, talento cultivado, carácter... talento cultivado, en una palabra. Ahí tiene usted lo que deseaba saber.

- LUIS. ¿Conque es decir que entre cinco habitantes hay dos bellos corazones? Es una proporcion magnífica.
- IGNAC. Ciertamente... ¿Conque no olvidará usted el dote de su hermana?
- LUIS. Pensaré siempre en él.
- IGNAC. Pues bien, amigo mio, valor. Mañana comeremos juntos, y por la tarde saldrá usted en el correo para Toluca. Hijo mio, (Gravemente.) puedo decir que sólo conozco á usted bien desde hoy, y sin embargo, soy su fiador, respondo de usted en todos conceptos. Nunca tendré por qué arrepentirme; ¿no es verdad?
- LUIS. He hecho á la memoria de la que conocí demasiado tarde un juramento, que cumpliré siempre; el de no cometer ninguna accion de la que pudiera avergonzarse la santa que fué mi madre.
- IGNAC. Estoy tranquilo. Hasta mañana. (Sale.)
- LUIS. Hasta mañana. ¡Administrador! Vamos, ánimo, Luis; no hay hombre que no cuente en su vida una novela... Ahora empieza la tuya.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Salon de verano en la quinta de Novoa; al fondo una galería que deja ver un terrado adornado con estatuas y jarrones, y cerrado por una balaustrada; una escalera de poca altura da paso al resto de los jardines. En el salon á la derecha del actor, una ventana, y cerca de ella un piano, á la izquierda un velador cubierto de libros y periódicos; muebles elegantes, floreros llenos de flores naturales, un brasero.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, DOÑA ELENA, LUISA, DOÑA TRINIDAD,
D. RICARDO, el DOCTOR GONZALEZ.

Al alzarse el telon algunas jóvenes en traje de verano pasean por el terrado, D. Ricardo habla y ríe con ellas, el Doctor Gonzalez lee un periódico; Doña Elena envuelta en pieles, y rodeada de cojines de terciopelo y de tapicería, está sentada á la izquierda, leyendo y aproximando su mano de cuando en cuando al calor del brasero: Margarita sentada junto á su madre borda en tapicería: Luisa arregla flores en un jarron. Doña Trinidad sentada á la izquierda hace calceta.

RIC. Convenido, niñas, convenido. (Á las jóvenes que están en el terrado.) Señoras, estas niñas desean (Entrando en el salon.) valsar un poco en el terrado.

ELENA. ¡Cómo! con un sol de Junio...

RIC. (Poniéndose los guantes y aproximándose á Margarita.) Es que las flores no temen al sol. Margarita, me atrevería yo á

esperar?...

MARG. ¡Oh! yo... yo temo al sol, doy á usted gracias; prefiero tocar. (Se levanta y se dirige hácia el piano.)

RIC. ¡Siempre cruel! (Á media voz cuando Margarita pasa á su lado.) ¡Y usted, Luisita, quiere favorecerme?

LUISA. Con mucho gusto. (Tomando el brazo de D. Ricardo.)

RIC. ¡Siempre encantadora! (Á media voz.) Vamos, señoritas, en baile. (Alto y dirigiéndose al terrado. Margarita empieza á tocar un vals, Ricardo, Luisa, y las otras jóvenes empiezan á valsar y desaparecen.)

ELENA. ¡Ha visto usted mi nuevo invernadero, Doctor?

DOCT. No, señora. (Levantándose.)

ELENA. Pues es preciso que se le enseñe á usted yo misma, si puedo arrastrarme hasta allí.

DOCT. ¿Qué es eso de arrastrarse? Cuando ostenta usted una salud y una robusted... Está usted hoy por la mañana fresca como el rocío.

ELENA. ¡Mejor diría usted fria como la escarcha! Es una cosa extraordinaria, en los veinte años que han trascurrido desde que vine de Méjico á las provincias del norte de España, todavía no he podido entrar en calor.

DOCT. ¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor! El frio vigoriza, conserva... (Pasando á la derecha.) Y usted, doña Trinidad, ¿cómo se encuentra hoy?

TRIN. (Con tono delicado.) ¡Oh! siempre débil, Doctor, he tenido vértigos toda la mañana.

DOCT. ¡Buena! ¡tanto mejor; perfectamente! señal de fuerza.

TRIN. (Con tono coafidencial.) Es que el disgusto me consume, Doctor. ¡Se me trata aquí tan indignamente!

DOCT. ¿Todavía? pues cómo...

TRIN. No ha reparado usted en el almuerzo... Me ponen las croquetas frias... los sesos sin rebozar... todas las iniquidades posibles!... soy el juguete de los criados... Comprende usted lo que es eso, Doctor, cuando una ha comido en vajilla de plata y blasonada!... ¡Ah! nadie sabe lo que yo sufro en esta casa, ni lo sabrá jamás, porque cuando una es altiva no se queja!... ¡Bien ve

usted que yo no me quejo, que me callo; pero siempre estoy pensando en lo mismo!

DOCT. (Impacientado.) Sí, sí, no hablemos más de eso, y refresque usted frío, muy frío... esto la calmará.

TRIN. ¡Ah! ¡nada podría calmarme... mas que la muerte!

DOCT. Basta, señora, (Volviéndose hácia el terrado, donde aparecen de nuevo los que bailan.) basta. ¡Este don Ricardo es infatigable! Despues de haber corrido á caballo toda la mañana, baila como un desesperado. (Repentinamente se interrumpe el vals al ver los que bailan en el fondo á D. Luis, que aparece con un álbum bajo el brazo, y un pequeño saco de viaje en la mano: Fabian le acompaña.)

ESCENA II.

DICHOS, D. LUIS, FABIAN.

MARG. ¿Qué es eso? (Levantándose y dejando de tocar.)

FAB. Señora, es el señor de Velasco, el nuevo mayordomo.

ELENA. Cómo... ¿ese? (Incorporándose para ver mejor á D. Luis.)

FAB. Al menos segun él dice...

ELENA. Que entre... (Mientras que Fabian á buscar á D. Luis y toma su saco de noche.) ¡Pero este buen don Ignacio, que me habla de un jóven muy sencillo, muy juicioso, y me envía todo un elegante como ese!

RIC. Verdaderamente que es un mayordomo original.

LUISA. (Ap. y observando con sorpresa á D. Luis.) (Es el marqués de Valleumbrió, sí, le he visto varias veces en el colegio. (D. Luis entra y saluda.)

ELENA. Caballero... Usted es el señor de...

LUIS. Velasco, señora.

ELENA. Sí, Velasco, el... administrador, el... el mayordomo que don Ignacio...

LUIS. Justamente, señora.

ELENA. ¿Está usted seguro...

LUIS. ¡Oh! señora, ya lo creo. (Sonriendo.)

ELENA. En fin, muy bien, caballero. Damos á usted las gracias por querer consagrarnos sus conocimientos, su

ingenio, del que necesitamos verdaderamente, porque tenemos la desgracia de ser sumamente ricos. Sí, mi querida prima; (Doña Trinidad alza los hombros con desden.) digo la desgracia, porque para mi la riqueza es un peso, es la pura verdad: habia yo nacido para la pobreza, los sacrificios... hubiera sido una excelente hermana de la Caridad, ó bien como aquellas mujeres de las tribus errantes de mi tierra natal, hubiera recorrido los valles haciendo mi comida á la sombra de un cocotero... Esto es muy poético y me hubiera encantado... En fin, Dios lo ha dispuesto de otro modo, es preciso resignarse. Por otra parte, esta fortuna es únicamente mia, y mi deber es conservarla para mi hija, aunque la pobre niña no es tampoco más amiga de la riqueza que yo. ¿No es verdad, Margarita? (Esta responde con un gesto desdenoso.) Fabian, va á enseñar á usted el pabellon que le está destinado. Pero ántes seria bueno que se presentara usted á mi padre político, don Pedro Novoa... Fabian, ve si don Pedro puede recibir al señor. (Se levanta con trabajo y abrigándose.) ¡Uf! Y bien, Doctor, ¿quiere usted venir á ver mi invernadero?

DOCT. Con mucho gusto, señora.

ELENA. Venga usted tambien, don Ricardo.

RIC. ¡Señora!

FAB. (Volviendo á entrar.) Señora, el señor va á bajar.

ELENA. ¡Ah! bueno; entónces puede usted esperarle aqui. (Á D. Luis.)

LUIS. Está bien, señora

ELENA. (Á Margarita.) Si quisieras tú quedarte para presentarle á tu abuelo...

MARG. Bueno, mamá.

ELENA. Hasta luego, señor de Velasco. (Toma el brazo del Doctor y se aleja.)

RIC. Singular mayordomo. (Siguiéndolos.)

LUISA. (Saliendo con ellos y aparte.) Sea; guardémosle su secreto hasta nueva órden.

ESCENA III.

MARGARITA, D. LUIS, FABIAN en el fondo.

MARG. (Después de una pausa.) ¿Es la primera vez que viene usted á las Provincias Vascongadas?

LUIS. La primera, señorita.

MARG. Es un país que gusta mucho á los viajeros.

LUIS. ¡Oh! Señorita, es lo más pintoresco... Yo no he hecho más que atravesarle rápidamente; pero lo que he visto me ha encantado. ¡Qué valles sembrados de caseríos! ¡Qué montañas!... ¡qué bosques! ¡qué horizontes tan nebulosos!

MARG. ¡Ah! Es usted artista. (Con tono algo desdenoso.) Veo que le gusta á usted lo que es bello, lo que habla á la imaginación y al alma... La bella naturaleza, los bosques, las ruinas, las bellas artes!... Entonces se entenderá usted perfectamente con Luisa, que adora todas estas cosas, de las que yo no gusto mucho por mi parte.

LUIS. (Alegremente.) ¡Dios mío! ¿Y qué es lo que á usted le gusta, si se puede saber?

MARG. (Le dirige una mirada altanera que le corta la palabra, deja su labor y se aleja.) Voy á buscar á mi abuelo, Fabian. (Vase.)

ESCENA IV.

LUIS, FABIAN.

LUIS. Vamos, me olvido de que no tengo aquí el derecho de hablar como igual á nadie, excepto á este hombre... (Viendo á Fabian, que ha venido lentamente á ponerse á su lado.) ¡Ah! ¡es bien amargo!... Dígame usted, amigo mío, don Pedro Novoa es ya muy anciano, ¿no es verdad?

FAB. Mucho, sí, señor... ochenta y pico...

LUIS. Creo que es un bravo veterano un guerrillero...

FAB. Un valiente guerrillero fué, allá, en la guerra de la In-

dependencia... Ya, ya verá usted arriba, en la galería, algunos cuadros de los combates en que se encontró... ¡Era un hombre terrible! ¡Siempre con la espada en la mano! Tiene muertos más franceses... Si ellos le hubieran podido coger... si hubieran podido...

LUIS. Por fin no pudieron...

FAB. No señor, no pudieron... ¡facilito era! ¡Ha sido un hombre tremendo! y todavía... Cuando se pasea solo por las tardes en la galería, soñando allá en sus peleas con los franceses, tiene momentos en que parece que se le va el juicio... y en que me da miedo, á mí, señor, no soy dueño de mí... me da miedo!

LUIS. ¡Bah!

FAB. Aquí le tiene usted.

LUIS. ¡Pobre viejo! ¡Á fé mia que no tiene el aspecto tan terrible!

ESCENA V.

DICHOS, MARGARITA, D. PEDRO.

MARG. Por aquí, padre mío. (Haciéndole entrar.) Así... Es mi abuelo. (Á D. Luis.) El señor de Velasco, el nuevo mayordomo. (Á D. Pedro.)

NOVOA. Bien, hija mía, bien: buenos días... (Mira á D. Luis y parece repentinamente sorprendido é inquieto. D. Luis, asombrado de aquella mirada, se calla.)

MARG. Pero hable usted, diga usted algo. (Á D. Luis, después de una pausa.)

LUIS. Dios mío, señorita... (Con embarazo.)

MARG. Hable usted... (Á su abuelo.) Padre mío, el nuevo mayordomo...

LUIS. Señor de Novoa, me considero muy dichoso en poder consagrar á usted mis servicios.

NOVOA. Pero no es posible... (Mirándole siempre con un aire de extravío creciente.) ¡Murio! ¡murio!

LUIS. Cómo... (Á Margarita.)

MARG. El otro mayordomo. (Hace señas á D. Luis para que continúe.)

LUIS. ¡Ah! tanto más dichoso, señor de Novoa, cuanto que he oído hablar de sus gloriosos hechos de armas, y también cuento en mi familia militares que como usted han medido sus armas con los franceses.

NOVOA. ¡Ah! ¡los franceses!... (Levantándose.) Sí, ellos; pero caro lo han pagado. (Con extravío.) Ha habido sangre, mucha sangre!...

MARG. ¡Padre mio!... (A Luis.) Haga usted el favor de retirarse: vaya usted á reunirse con mi madre.

LUIS. ¡Bonito principio! Entro con buen pie.)

ESCENA VI.

MARGARITA, D. PEDRO NOVOA.

MARG. ¡Padre mio! ¡padre mio! ¿Qué pensamientos te agitan?... Vuelve en tí: soy yo, Margarita, tu nieta...

NOVOA. Tú... ¿Eres tú?... (Volviendo en sí poco á poco.) Sí... estás sola, ¿no es verdad? Pero ¿quién estaba aquí ahora?

MARG. Era nuestro nuevo mayordomo, don Luis.

NOVOA. Don Luis... No recuerdo... Es particular... había creído reconocer aquel rostro. Soy yo tan viejo, hija mia, he conocido tanta gente, hay tantos rostros que pasan como fantasmas por mi pobre memoria secular. Y bien, hija mia, ese joven tiene muy buenas maneras, según parece.

MARG. Sí, señor.

NOVOA. Creo que me agradará. ¿Juega al ajedrez?

MARG. Aún no lo sé.

NOVOA. Veremos, veremos. (Riendo.)

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA TRINIDAD.

TRIN. (Llegando apresuradamente.) ¡Ah! ¿cómo está mi querido

primo? Acaban de decirme que estaba indispuerto y he corrido más muerta que viva.

NOVOA. (Con alguna ironía.) Muy bien, prima, demasiado bien... No ha sido nada, un vahido...

TRIN. ¡Ah! tanto mejor... ¿No quiere usted dar una vuelta por el terrado? El aire libre es muy saludable... Apóyese usted en mi brazo.

NOVOA. Corriente, vamos... (A Margarita.) Hasta luego, hija mia! ¡Ah! pregúntale si juega al ajedrez.

MARG. Bien, abuelito, bien.

NOVOA. Pregúntaselo.

TRIN. Despacio, despacito... Así. (Le va sosteniendo.)

ESCENA VIII.

MARGARITA.

¡Esta escena me ha hecho daño, me ha turbado! Aquellas extrañas palabras... ¡Ah! Es la imaginación debilitada de un anciano... Verdaderamente que hay momentos en que yo misma tengo pensamientos singulares... (Al volverse ve á su madre, que viene apoyada en el brazo de D. Luis, con quien sostiene una conversación muy animada.) ¡Cómo! ¿mi madre toma el brazo de ese joven!

ESCENA IX.

D. LUIS, DOÑA ELENA, D. RICARDO, LUISA, MARGARITA.

ELENA. (Entrando con D. Luis.) Exactamente lo mismo que yo. ¡Pensamos de la misma manera! Es admirable. Caballero... (Dejando su brazo y saludando. Luis se queda un poco detrás hojeando un libro.) Tu estás admirada, hija mia, ¿no es verdad? (A Margarita.) También yo lo estoy... El hecho es, que es un hombre de muy buena educación, habla muy bien; ha viajado mucho; piensa exactamen-

te como yo. En fin, charlando, charlando, he olvidado enteramente su posición, y me he cogido á su brazo sin reparar lo que hacía... Creo, hija mía, que será muy mal mayordomo; pero es un hombre muy agradable. (Se coloca en su sillón á la izquierda.)

MARG. Tanto mejor, mamá. (Toma de nuevo su bordado.)

RIC. (Que se ha quedado en el fondo con las jóvenes de la escena primera.) Pero niñas, ¿ustedes quieren matarme? sea, aunque me suicide. (Adelantándose.) Reclamamos la terminación del vals que quedó interrumpido...

MARG. ¿Cómo? ¿otra vez? Pero entonces, nunca acabaré esta tapicería, y quería enviarla esta tarde á Tolosa, para que el tapicero concluyese lo que á él le toca.

RIC. En ese caso voy á perder mi pareja.

LUIS. Si esta señorita lo permite, yo tocaré un vals.

MARG. (Cambiando una mirada de sorpresa con su madre.) ¿Si usted quiere favorecernos? (Luis se pone al piano y toca.)

ELENA. ¡Ahora toca el piano!

RIC. ¡Mayordomo como este! (Dirigiéndose al terrado.) Otra vez soy de usted, Luisita; pero por poco tiempo; estoy cansado y se siente ya el calor. (Empezan á valsar y desaparecen.)

ELENA. Hija mía, ¿sabes que esto empieza á inquietarme?

MARG. ¿Por qué, madre mía? (Con gravedad.) Bien puede un hombre tocar el piano, y sin embargo ser un hombre honrado.

ELENA. No diré lo contrario; pero al cabo no puede una acostumbrarse á la idea de que es un mayordomo, nunca me atreveré á darle mis órdenes... Y luego, ¿cómo quieres que un caballero tan perfilado atraviese á pie nuestros sembrados, y se manche en los barro de los caminos?... (Reparando en el álbum que Luis dejó al entrar sobre el velador.) ¡Es imposible! ¿Qué álbum es este?

MARG. Me parece que le tenía en la mano cuando entró.

ELENA. No faltaba más que esto. (Abriendo el álbum.) ¡Dibuja! y muy bien por cierto... Mira, mira...

MARG. Sí; está muy bien dibujado.

RIC. (Entrando en el salón.) ¡No puedo más á fé mía, no puedo más!... Me doy por vencido... Renuncio al baile. (Cayendo en una butaca.) Gracias, señor mío, gracias, gracias; (Á D. Luis.) toca usted admirablemente.

LUIS. Caballero... (Levantándose del piano y saludando.)

ELENA. Perdone usted nuestra indiscreción, señor de Velasco, ¿ha dibujado usted esto?

LUIS. Señora, yo dibujo... un poco; pero este álbum no vale nada...

ELENA. Sí tal, sí tal; vea usted, don Ricardo, ¡qué sombras, qué contornos, qué detalles!

RIC. No haría más Salvador Rosa.

ELENA. ¿De dónde está tomada esta vista?

LUIS. Señora, del parque del príncipe de Villa-Altieri, en Sicilia.

RIC. ¿De Villa-Altieri? Sí, yo he pasado por allí; pero no puede ver el parque porque el príncipe no permitía la entrada á los extranjeros.

LUIS. Es cierto, no permite á todo el mundo... (Deteniéndose y con una transición.) Pero señora, la benevolencia de usted me hace olvidar demasiado tiempo mis deberes. Con permiso de usted, y para tomar posesión de mi cargo desde este momento, voy á visitar la granja de Alsásua, de que hablábamos hace un momento, y que creo que se halla á una legua de aquí.

ELENA. ¿Mi granja de Alsásua?... Sí... pero ha llovido estos días, y el camino estará intransitable. Esperemos á que la estación esté más adelantada. (Ap.) ¡Cuidado, que es embarazoso un mayordomo semejante!

LUIS. (Con tono alegre.) No señora, no; no esperaré ni un solo día. ¡Ó soy mayordomo ó no lo soy!

ELENA. Sí, pero veamos... (Viendo á Fabian que aparece en el jardín regando flores.) ¡Fabian!

— 32 —

ESCENA X.

DICHOS, FABIAN.

- FAB. Señora...
- ELENA. ¿Cómo haríamos para que no fuera á pie el señor de Velasco á la granja de Alsásua?
- FAB. Se podría enganchar la tartana aquella que fué del padre cura, aunque tiene mal movimiento y está algo rota... (Doña Elena le hace señas de que se calle.) Pero es el caso que el camino es de herradura y...
- ELENA. Pero mi berlina, ¿no podría...
- LUIS. Señora, suplico á usted...
- FAB. Cuando digo que el camino es de herradura, y en algunos sitios tan estrecho que no podrán pasar juntos dos caballos...
- LUIS. Señora yo iré perfectamente á pie...
- ELENA. No lo permitiré... cierto que en casa hay media docena de caballos de silla, que están deseando que los den un paseo, y si usted montara... Pero probablemente usted no...
- LUIS. ¿Por qué no?... Pero siento, incomodar.
- ELENA. Fabian, que ensillen un caballo... ¿Cuál será más dócil Margarita?
- RIC. Que le den á Pluton.
- MARG. ¡No, Pluton, no!
- LUIS. ¿Y por qué no, señorita?
- MARG. Porque es un potro sin domar y le arrojaría á usted al suelo.
- LUIS. Si no es más que eso, (A Fabian.) que ensillen á Pluton. ¿es tan temible ese potro?
- RIC. No es cosa... El montar (Con sorna.) es lo difícil... Luego, una vez en la silla y con espuelas... ¿Quiere usted las mias?
- MARG. ¡Don Ricardo! (Con tono de reconvencion.)
- LUIS. Doy á usted gracias, caballero, y acepto su ofreci-

- miento.
- RIC. (Junto á la ventana como dando órdenes á una persona colocada fuera.) Da mis espuelas á este caballero.
- LUIS. Señoras... (Saludando.)
- ELENA. ¿Nos hará usted el honor de comer con nosotros?
- LUIS. ¡Señora! (Vase.)
- RIC. ¡Singular mayordomo!

ESCENA XI.

DICHOS, ménos LUIS y FABIAN.

- MARG. Pero, don Ricardo, no comprendo á usted... Quieré usted que se mate?
- RIC. Deje usted que...
- ELENA. ¿Pero verdaderamente hay peligro? Porque entonces...
- RIC. No hay peligro, señora, caerá sobre la yerba... No conocen ustedes que merece una leccion?
- ELENA. ¿Y por qué?
- RIC. ¡Es un vanidoso!... No ha querido hacernos creer que es amigo del príncipe de Villa-Altieri?
- ELENA. ¡Él no ha dicho eso, usted lo supone!... ¡Oh! si hay peligro voy á llamarle... (Se acerca á la ventana acompañada de Margarita; D. Ricardo y Luisa se colocan un poco detrás.)
- RIC. No tenga usted cuidado... (Mirando por la ventana.) ¡Ahí está Pluton!... Es un verdadero diablo... si hay diablos potros... ¡Oh! como el otro se le arrime... vaya una onza de oro contra un duro á que no llega á colocarse en la silla? ¿No hay quien apueste por él?
- MARG. Yo apuesto.
- RIC. ¡Corriente!
- ELENA. Don Ricardo, no me gustan estas bromas...
- RIC. ¡Ah! ya se acerca al estribo... ¡Buena, paf! ¡Patapan!... vaya un hote... Cuando digo que no monta... ¡Paf! otro... Usted ha perdido, Margarita.
- MARG. ¡He ganado!
- RIC. ¡Diantre! ¡Ha montado sin poner el pie en el estribo!...

Pero este hombre viene de Madrid y habrá trabajado en el Circo de Price...

MARG. Diga usted lo que quiera, es nuestro maestro. (Le aplaude.)

RIC. ¡Sí, bravo, bravísimo! (Aplaudiendo también.) Me desagrada soberanamente este mocito.) (Ap.)

ELENA. ¡Cuando digo que es un joven que me encanta! (A Doña Ricardo.)

RIC. ¡Sí, encantador, encantador... mayordomo!

MARG. (¿Quién es este hombre?) (Ap. pensativa.)

LUISA. (¿Cuándo he soñado yo que era marquesa?) (Lo mismo.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO Y ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

Una plazoleta de la posesion de Novoa, en la cual vienen á desembocar varias calles de árboles; debajo de los del foro un dolman que se verá distintamente; un banco de césped al pie de un árbol de la derecha; sillitas y bancos de jardín.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, FABIAN, que saca un asiento de jardín y un velador.

LUIS. Ponga usted ahí ese asiento; supuesto que por esta tarde no tengo nada mejor que hacer, voy á entretenerme en dibujar esos árboles y ese dolman.

FAB. ¡Ah! sí, el dolman; por cierto que el señor cura tenía mucho empeño en que le quitaran de aquí... pero la señorita no ha querido... Dice que es el mejor ornamento del jardín... y al fin le han dejado.

LUIS. Esta mañana, según me han dicho, ha salido usted á dar un paseo á caballo con la señorita.

FAB. Sí señor. (Sonriéndose.)

Pero este hombre viene de Madrid y habrá trabajado en el Circo de Price...

MARG. Diga usted lo que quiera, es nuestro maestro. (Le aplaude.)

RIC. ¡Sí, bravo, bravísimo! (Aplaudiendo también.) Me desagrada soberanamente este mocito.) (Ap.)

ELENA. ¡Cuando digo que es un joven que me encanta! (A Doña Ricardo.)

RIC. ¡Sí, encantador, encantador... mayordomo!

MARG. (¿Quién es este hombre?) (Ap. pensativa.)

LUISA. (¿Cuándo he soñado yo que era marquesa?) (Lo mismo.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO Y ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

Una plazoleta de la posesion de Novoa, en la cual vienen á desembocar varias calles de árboles; debajo de los del foro un dolman que se verá distintamente; un banco de césped al pie de un árbol de la derecha; sillas y bancos de jardín.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, FABIAN, que saca un asiento de jardín y un velador.

LUIS. Ponga usted ahí ese asiento; supuesto que por esta tarde no tengo nada mejor que hacer, voy á entretenerme en dibujar esos árboles y ese dolman.

FAB. ¡Ah! sí, el dolman; por cierto que el señor cura tenía mucho empeño en que le quitaran de aquí... pero la señorita no ha querido... Dice que es el mejor ornamento del jardín... y al fin le han dejado.

LUIS. Esta mañana, segun me han dicho, ha salido usted á dar un paseo á caballo con la señorita.

FAB. Sí señor. (Sonriéndose.)

LUIS. (Afilando el lápiz.) Tiene usted muy buena facha á caballo.

FAB. Usted se chancea. . . La señorita si que está bien á caballo: mire usted, señor don Luis, cuando tengo la suerte de acompañarla...

LUIS. Pues qué, ¿no la acompaña usted siempre?
No por cierto... la señorita se va muchas veces sola...

FAB. Caprichos suyos que la señora la consiente. Pero no tenga usted miedo que la suceda nada... Hace tantas limosnas, que no hay caserío en seis leguas á la redonda donde no la veneren como á un ángel.

LUIS. (¡Mujer singular!)
Pues como iba diciendo á usted, cuando tengo la suerte de ir acompañando á la señorita me paso el tiempo en admirarla. Tiene tan buen aire á caballo con su pluma negra y su cabeza erguida... Cualquiera diría que era una reina.

LUIS. Pero ¿por qué está siempre seria? (Dibujando.)
FAB. ¡Ah! pues ahí está... Antes era alegre como un pajarillo y de repente ha cambiado... Vaya usted á saber por qué... yo apostaría á que el corazón... ya sabe usted que las muchachas...

LUIS. Si con eso quiere usted decir que ama á don Ricardo; en su mano está casarse con él.

FAB. Lo que es eso, no hay duda, porque don Ricardo la ha pedido bastantes veces; y en honor de la verdad sería un buen casamiento, porque despues del amo es el hacendado más rico de Guipúzcoa... Y el caso es que hace tres meses, cuando el señor don Ricardo llegó aquí, se dijo que la señorita habia al fin consentido... pero de repente se arrepintió y pidió tiempo para reflexionarlo mejor.

LUIS. Usted debe desear que se haga esa boda, Fabian.

FAB. ¿Por qué?

LUIS. Porque don Ricardo es de una de las primeras familias del país y á usted le gusta la nobleza...

FAB. ¡Oh! en cuanto á eso, señorito... verdad es que me

gusta la nobleza, porque aquí en las Provincias hacemos todos gala de ser nobles y me he criado con esas ideas. ¿Por qué cree usted que tengo tanto gusto en servirle? Porque tiene usted todos los aires de un caballero.

LUIS. ¡Oh! usted me adula, Fabian.

FAB. No señor, no; usted tiene todos los aires de un caballero, moral y físicamente. Y yo ¿qué quiere usted? creo que vale más tener trazas de caballero y no serlo, que serlo y no portarse como tal. Y si no ahí tiene usted á don Ricardo, que diga que ama á la señorita y quiere casarse con ella, y eso no le impide hacer el sultan. Dígalo la dichosa aya doña Luisita.

LUIS. Vamonos, vamos; no haga usted juicios temerarios, Fabian.

FAB. Es verdad, es verdad... Tiene usted razon, señorito, tiene usted razon. (Da algunos pasos para marcharse y vuelve plás atrás.) Qué lástima que el señorito no tenga siquiera quince mil duros de renta.

LUIS. ¿Por qué, Fabian?

FAB. ¿Por qué?... ¿No me necesita usted más, señorito? (Sonriendo con la sorna de un vieja.)

LUIS. No, gracias, mi buen Fabian. (Fabian se retira.) ¡Ah! diga usted... aquí tengo tintero y pluma; pero la carta... ¿esa carta empezada que yo quería acabar aquí y que le encargué que me trajera?

FAB. No la he encontrado por ninguna parte.

LUIS. ¿Cómo! si la dejé abierta encima de mi pupitre...

FAB. Pues señor, por más que he revuelto todos los papeles...

LUIS. ¡Diantre!... ¿Dónde la puedo haber metido?... Voy á buscarla.

FAB. ¿Podré entre tanto echar un vistazo á estos dibujos, señor don Luis? (Cogiéndole el álbum de las manos.)

LUIS. Si por cierto. (Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

FABIAN, solo. A poco D. RICARDO, LUISA.

FAB. ¡Guapo mozo! él y la señorita no tienen precio!... ¡lástima que no se puedan sufrir ninguno de los dos. Cuando el uno toma la derecha el otro tuerce á la izquierda... Si el uno dice blanco, el otro negro... ¡Es negocio imposible!... ¡Eh! aquí vienen los otros... (Viendo venir á D. Ricardo con Luisa por la segunda caja de la derecha. Fabian váse por la primera del mismo lado.) Siempre juntitos.

RIC. ¡Eso es ya rayar en la barbarie! ¡En la barbarie, sí, señora!

LUISA. ¿Pero qué especie de hombre es usted, don Ricardo? (Biendo.) Por vida mia que no lo entiendo.

RIC. ¿Qué especie de hombre? un amable galanteador.

LUISA. En lo de galante convengo: en cuanto á lo amable, si quiere usted decir digno de ser amado, esa ya es otra cuestión.

RIC. Pero es una crueldad, una abominacion, Luisita. Me voy á enfadar seriamente.

LUISA. Vamos á ver, caballero, ¿por qué me hace usted la córte?

RIC. Porque la amo á usted.

LUISA. ¿Y por esa razon se va usted á casar con Margarita?

RIC. ¡Con Margarita? ¿de dónde saca usted que yo me voy á casar con ella?

LUISA. ¡Cómo! ¡Si cada ocho dias pide usted su mano!

RIC. ¡Toma! eso es por disimulo... por motivar mis visitas.

LUISA. Sí, sí, vérgase usted ahora con esas.

RIC. Hija mia, véo con sentimiento que usted no conoce el corazon de los hombres.

LUISA. Al contrario, tengo mucho miedo de conocer demasiado bien el tal corazon.

RIC. Usted no conoce el mio en ese caso. Vamos, si por

cierto, no lo niego... la razon me aconseja tal vez que me case con Margarita, pero el corazon no está del mismo parecer... y cuando la razon está en desacuerdo con el corazon, este tiene muchas probabilidades de triunfar, sobre todo en hombres como yo, que he sido siempre juguete de mis pasiones, que soy hombre de inspiracion. Porque á mí no me conocen. Yo soy en el fondo de una candidez increíble en mi edad. Tengo aún todo el ardor irreflexivo, toda la vehemencia de los veinte años. En fin, soy capaz todavía, aquí donde usted me ve, de robar á una doncella por el balcon de su cuarto y de escaparme con ella hasta las sabanas de América, ¡hasta las pampas!

LUISA. Pues vea usted, yo no creo eso.

RIC. ¿No lo cree usted?

LUISA. Ni poco ni mucho.

RIC. Pero, con mil santos, ¿qué habría que hacer para convencer á usted?

LUISA. Hacerlo. (D. Ricardo se queda algo desconcertado y ella suelta á reir.) Quede usted con Dios, don Ricardo; voy á hacer mi provision de flores para esta noche. Servidora de usted. (Váse por la derecha.)

RIC. ¡El diablo es la tal mujer; me va picando el amor propio. Voy á escurrirme bonitamente por este lado y á darle caza en el jardin.) (Váse por el foro.)

ESCENA III.

FABIAN, que habrá vuelto á salir antes de marcharse Ricardo: á poco D. LUIS.

FAB. Yo no sé lo que se habrán dicho... pero no me fio de la tal aya... nunca me he fiado... ¡Ah! ¿qué hay, señorito? ¿y la carta? (Sale D. Luis por la izquierda.)

LUIS. No la he hallado, y no sé cómo explicarme... Por fortuna era insignificante... era una carta á don Ignacio... No hay nada perdido.

FAB. Con todo, si yo la encuentro ahora, cuando limpie, vendré á traérsela á usted.

LUIS. Bien, gracias. (Se pone de nuevo á dibujar. Fabian váse por la izquierda.)

ESCENA IV.

D. LUIS, LUISA, que vuelve por la derecha con flores.

LUISA. ¡Ah! ¿usted por aquí, señor mío! ¡qué milagro!

LUIS. ¡Luisa! (Saludando.)

LUISA. ¿Está usted dibujando? Yo vengo de coger unas flores para el peinado de esta noche. ¿Ya sabe usted que vamos á un baile á casa de los de Herrasti?

LUIS. Lo ignoraba.

LUISA. Verdad es que usted no sabe nada de lo que pasa. (Coloca las flores sobre el banco de la derecha y se queda con algunas, á las cuales se entretiene en quitar las hojas marchitas mientras habla.)

LUIS. Como estoy casi siempre fuera por razón de mi cargo...

LUISA. ¡Oh! diga usted, ¿como soy tan hurón!

LUIS. Yo no soy hurón; pero no quiero salirme de mi puesto... para que nadie tenga que recordarme cuál es.

LUISA. ¡Señor de Velasco! (Sorprendida de su frialdad.)

LUIS. ¿Luisa?

LUISA. ¿Qué es lo que yo he dicho ú hecho para que haya podido disgustar á usted?

LUIS. ¿Á mí? Luisa, nada: ¿por qué?

LUISA. Porque ántes me manifestaba algun aprecio...

LUIS. Y ahora lo mismo, Luisa; (Mas expansivo.) y ese sentimiento de mi parte es muy natural... nuestra situación ¿no es la misma ó poco ménos? Desheredados ambos de los bienes de este mundo... solos... sin apoyo, sin amigos: para una mujer, bien lo sé, semejante estado tiene aún más inconvenientes y peligros que para mí. Por lo mismo cuente usted siempre con mi afecto más sincero... y lo que únicamente siento es no poder demos-

trársele á usted sino dándole algunos consejos... que tal vez serán mal recibidos.

LUISA. Le aseguro á usted que no... hable usted, se lo ruego.

LUIS. Es que lo que tengo que decir á usted es... fuercecito. (Con bondad.)

LUISA. No importa, dígamele usted.

LUIS. Pues bien, Luisa, usted es preciosa; pero tiene usted un defecto.

LUISA. ¿Uno no más? Me deja usted admirada.

LUIS. Uno sólo.

LUISA. Dígamele usted.

LUIS. ¿Lo digo?

LUISA. Se lo ruego.

LUIS. Pues bien, es usted un poquito...

LUISA. ¿Qué?... (Con mucha gracia.)

LUIS. Coqueta: ¿no es así?

LUISA. No lo he echado nunca de ver.

LUIS. Pues pare usted la atención... y verá. (Luisa algo cortada baja la cabeza con gracia y bondad.) Es lástima, Luisa; esa es una falta... bien ligera... bien inocente... pero ¿qué quiere usted? nosotros, pobres, estamos condenados los dos á ser perfectos... lo que en los demás sería inocente, en nosotros es reprehensible... En este mundo todos los desgraciados son sospechosos.

LUISA. (Alzando la cabeza despues de una pausa.) Señor don Luis, es usted bueno, es usted un verdadero amigo.

LUIS. Procuro serlo al ménos.

LUISA. ¿Pero amigo, cómo?

LUIS. Amigo verdadero: usted lo ha dicho.

LUISA. (Arrancando los pétalos de una flor de azahar.) ¿Formalmente? ¿un amigo que me quiere... vamos á ver... á la francesa... un poco?

LUIS. ¿Quién lo duda? (Adivinando.)

LUISA. ¿Mucho? (Con mucha coquetería.)

LUIS. No. (Sorprendido del tono de Luisa y levantando la cabeza. Luisa arroja con despecho la flor de azahar. Doña Trinidad aparece por la izquierda.)

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA TRINIDAD.

- TRIN. ¡Ah! señorita Luisa, Margarita la buscaba á usted... está esperando las flores para la corona.
- LUISA. Bien, señora, allá voy... Quedamos amigos, ¿no es verdad? (A D. Luis dándole la mano.)
- LUIS. Por mi parte, Luisa, no lo dude usted nunca. (Tomando la Luisa vase por la derecha.)

ESCENA VI.

LUIS, DOÑA TRINIDAD.

- TRIN. Está usted haciendo un dibujo precioso, señor de Velasco. (Mirando por encima del hombro de D. Luis.)
- LUIS. ¿Le gusta á usted?
- TRIN. Sí, me recuerda mi retrato (Luis la mira asombrado.) que me hice hacer cuando era rica... me costó un sentido... seis mil reales; pero me le hizo un pintor muy nombrado; no me acuerdo bien si se llamaba Madrazo ó Manzano.
- LUIS. Manzano debía ser. (Con mucha gravedad.)
- TRIN. No me acuerdo bien; pero hablando de otra cosa, señor Velasco, sabe usted que, hablando de mi primo, ha dado un gran bajon de pocos dias á esta parte... esta mañana le he visto... tenía la lengua muy trabada.
- LUIS. Sí, señora, me temo que no se pase mucho tiempo...
- TRIN. ¡Ah! Don Luis de mi alma, qué desgracia para mí si llego á verme abandonada á la caridad de los amigos!... á menos que don Pedro no me haya tenido presente... y por cierto que bien lo merezco, siquiera por los malos ratos que me ha dado. Usted no sabe, por casualidad, si ha hecho algunas disposiciones?
- LUIS. No sé nada, señora.
- TRIN. Sin embargo, él le aprecia á usted mucho y le dispensa

- toda su confianza, estoy cierta de que no hará nada sin consultar ántes con usted.
- LUIS. He tenido en efecto la fortuna de que mis servicios le hayan sido agradables.
- TRIN. Yo... con bien poca cosa me contentaba... con que me dejase no más para vivir independiente. Conque vamos, dígame usted. (En tono de confianza.)
- LUIS. ¿El qué, señora?
- TRIN. No da usted con una ingrata, sépalo usted, yo le dejaría á usted contento de mí.
- LUIS. Doña Trinidad, temo comprender lo que usted quiere decirme; si usted viene á ofrecerme dinero muy tranquilamente.) para que le ayude á perjudicar, aunque sea en pequeña parte, á sus bienhechoras y las mías, se dirige usted mal Clarito.
- TRIN. (Después de un movimiento marcado de despecho.) Pero, señor de Velasco, no es eso lo que yo pretendo. Quisiera únicamente rogar á usted que no me hiciera daño...
- LUIS. Yo no hago daño á nadie voluntariamente, señora.
- TRIN. Pues bien, eso es todo lo que yo deseo... lo ve usted?... el caso es entenderse... ¿conque no estamos reñidos?
- LUIS. No lo hemos estado nunca, que yo sepa.
- TRIN. Quedamos buenos amigos, ¿verdad?

ESCENA VII.

DICHOS, D. RICARDO.

- RIC. (Llegando por la derecha.) Doña Trinidad, el señor Novoa llama á usted... traigo el encargo de decírselo.
- TRIN. Bien, bien, voy corriendo.
- RIC. ¡Excelente doña Trinidad! (Estrechándola ambas manos al tiempo de pasar ella.) ¡Siempre tan complaciente! ¡tan dispuesta á prestar un servicio! ¡Ah! ¡cuando las mujeres son buenas son inmejorables! ¡Pero por eso se las quiere; ya sabe usted que se la quiere, doña Trinidad! ¡Conque hasta despues, mi buena señora!

TRIN. ¡Hasta después! (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII.

LUIS, RICARDO.

Ric. ¡Ah! ¡Caramba! ¡qué bonito es eso que está usted haciendo!

Luis. Es usted muy indulgente.

Ric. No, maneja usted el lápiz con un primor... de veras... Conque vamos á esto; parece que el pobre señor está muy mal hoy?

Luis. Si... la parálisis va en aumento.

Ric. ¡Oh! ¡eso nó! ¡Ay qué bien está ese árbol!... Pues oiga usted, ¿me parece que sería tiempo de que pensase en sus asuntos?

Luis. Supongo que habrá ya pensado.

Ric. ¿Cree usted?...

Luis. Supongo.

Ric. Oiga usted, espero que no habrá hecho ningun legado en favor de esa horrenda arpa que acaba de salir de aquí.

Luis. No sé.

Ric. ¡Sería atrozi! Ya conoce usted á la niña... y sabe hasta qué punto es indigna de la menor simpatía. (Coge una silla y se sienta al lado de D. Luis.)

Luis. Lo que es á mí me inspira pocas.

Ric. ¡Bravo! entónces si le consultan á usted...

Luis. ¡Oh! no harán tal.

Ric. Si, sí, que lo harán... ¡se le tiene á usted metido en el corazon!... le consultarán á usted, y con ese motivo puede usted ser muy útil á Margarita.

Luis. ¿De qué modo? (Con interés.)

Ric. Mire usted, señor Velasco, voy á franquearme completamente con usted respecto de ese particular. Usted nó ignora mi posicion en la casa... mi casamiento con Margarita está casi decidido; por consiguiente, en mí es un

deber velar por los intereses de esa jóven y recomen-dárselos á usted... Fues bien, sería de desear en primer lugar, que la dichosa Doña Trinidad fuese desahuciada. . en seguida, ignoro qué viudedad piensa el señor Novoa dejar á Doña Elena, mi futura suegra... Usted la conoce tambien como yo; es una excelente señora, á quien quiero y respeto; pero de gustos sencillos; viviria con nada; dejarla una viudedad crecida sería cargarla de cuidados.

Luis. ¡Señor mio, no sé dónde piensa usted venir á parar! pero le declaro buenamente, que toda intervencion de mi parte en las disposiciones testamentarias del señor de Novoa, me parecería un abuso de la confianza que en esta casa me dispensan.

Ric. (Indeciso.) ¡Ah! es ese el modo que usted tiene de corresponder á la mia?

Luis. Caballero, yo no se la he exigido á usted.

Ric. ¡Pues señor, bravo, venga esa mano! ¡ese es un rasgo de honradez! Usted no me ha entendido bien; pero ese es un rasgo de honradez; no me ha entendido usted absolutamente. Ea, le dejo á usted trabajar. (Levantándose.) Pero cuenta usted con lo que he dicho... le estimo mucho más que ántes... y disponga usted de mi amistad.

Luis. ¡Caballero!

Ric. ¡Hasta ahora! no se moleste usted! ¡no se moleste usted!

ESCENA IX.

LUIS, á poco MARGARITA.

Luis. ¡Me he hecho tres amigos! .. Con unos poquitos más por este estilo... Me plantan en la calle. (Margarita llega lentamente por la izquierda con unas flores en la mano; él se levanta y saluda.) ¡Señorita!

MARG. (Con ligera ironía.) ¡Ah! está usted dibujando el dolman, señor de Velasco... Verdad es que este sitio debe hacer las delicias de usted! Aquí se encuentra á placer para

evocar poéticos recuerdos. Los Druidas con sus blancas túnicas... Velada... Estoy segura de que en cada rayo de sol cree usted estar viendo relucir una hoz de oro.

(Se sienta Luis.)

LUIS. Si, señora.

MARG. Yo creía que se había usted muerto. (Sentándose a la izquierda.)

LUIS. No, todavía no.

MARG. Se va usted haciendo cada día más raro.

LUIS. He estado fuera toda la semana última.

MARG. ¡Oh! ¡y que usted tiene una pasión que le absorbe!... Todo se sabe... Pasa usted casi todas las tardes en casa de nuestra noble vecina, la señora de Azagra Pimentel.

LUIS. Verdad, es señorita. Y me defiendo de ello tanto ménos, cuanto que la señora de Azagra va á entrar en la octogésima séptima primavera, y por lo tanto no creo... Por lo demás es muy cierto que la quiero de veras... sus antepasados han sido los señores de este país... ella es la sola que ha quedado de su raza, pobre y anciana, y lleva tan dignamente la majestad de su nombre, de la edad y de la desgracia, que la he cobrado un cariño filial... Además de eso, usted misma ha sido y su señora madre las que me la han recomendado.

MARG. ¡Oh! nadie le acrimina á usted por ello... lejos de eso, mi madre le está á usted sumamente agradecida, por las atenciones que tiene con esa digna señora. (Se levanta.)

LUIS. ¿Y la hija de su señora madre de usted? (Sonriéndose.)

MARG. ¡Oh! yo no me exalto con tanta facilidad; si usted tiene la pretension de que yo le admire, es preciso que se tome la molestia de aguardar algo más. Sé harto que las acciones humanas tienen generalmente dos faces, y que la más brillante no es siempre la más auténtica. Así sucede, que como la señora de Azagra posee todavía un pequeño caudal, y no tiene herederos, no sabemos...

LUIS. (Levantándose bruscamente.) Permitame usted, señora, que la compadezca sinceramente.

MARG. ¿Compadecerme, caballero?

LUIS. ¡Si, señora! dispense usted que la manifieste la lástima respetuosa que me inspira.

MARG. ¡La lástima! (Con cólera reprimida.)

LUIS. Si, ciertamente, porque si la duda y el desencanto de la vida son los frutos más amargos de la experiencia, nada es más digno de lástima, que un corazón marchito por la desconfianza, ántes de haber vivido.

MARG. (Con violencia.) ¡Caballero, usted no sabe de lo que habla! ¡y olvida con quién habla!

LUIS. ¡Verdad es, señorita! ¡hablo un poco sin saber, y olvido un tanto á quien hablo: pero usted me ha dado el ejemplo.

MARG. ¿Necesitaremos tal vez pedir á usted perdon por ello? (Con aspereza.)

LUIS. Seguramente, señorita; si alguno de los dos había de pedir perdon al otro, sería usted... (Con firmeza.) Usted es rica y yo pobre... usted puede humillarse... ¡yo no!

MARG. ¡Ah! (Atraviesa la escena como para marcharse, en seguida vuelve y añade con un ademán de altanera humildad. ¡Pues bueno! Perdone usted. (Váse por la derecha.)

ESCENA X.

LUIS, solo.

¡Ella también! ¡Oh! ¡mal le está! (Con ira y sentimiento.) Hasta aquí había advertido alejamiento, antipatía, pero ahora es ya odio, encono. ¿Qué mujer es esta? ¿que le he hecho yo? ¿qué le ha hecho el mundo entero? ¡Oh! no lo sé, pero lo que veo claramente es que quiere echarme de aquí. ¡Pues bien!...

ESCENA XI.

DICHO, LUISA, D. RICARDO, DOÑA TRINIDAD.

LUISA. (Deatro.) ¡Fabian! tenga usted preparadas unas sillas: la

señora va á venir á sentarse aqui un momento. (Sale por la izquierda.) Señor Velasco, participo á usted que su amigo D. Ignacio acaba de llegar.

LUIS. ¡D. Ignacio! ¡Ah! muchas gracias! Luisa.

LUISA. ¿Se concluyó el dibujo? Veamos. ¡Está perfecto!

TRIN. ¡Precioso!

RIC. ¡Lleno de poesia!

LUISA. ¿Me sacará usted una copia, si?

LUIS. Desde luego.— Con permiso. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XII.

D. RICARDO, DOÑA TRINIDAD, LUISA.

RIC. ¡Guapo muchacho!

TRIN. ¡Guapísimo!

LUISA. ¡Oh! ¡muy guapo!

RIC. Lleno de habilidades... de talento... y á pesar de eso de una modestia...

LUISA. ¡Y de una reserva!...

TRIN. ¡Y de una amabilidad!...

RIC. ¡Todo lo reúne!

LAS DOS. ¡Todo!

RIC. ¡Absolutamente todo! .. ¡qué lástima que su vida esté envuelta en cierto misterio!...

LUISA. ¡Oh! en cuanto á misterio... le hay.

RIC. ¿Verdad que sí?... porque, en fin, no hay que dejarse guiar de las apariencias tampoco... Todos los dias estamos viendo en el mundo personas revestidas de las mejores apariencias, y que en el fondo no son sino...

LUISA. ¡Aventureros!...

TRIN. ¡Si por cierto! ¡Caballeros de industria!

RIC. ¡Digo: vamos á ver... francamente, aqui para entre nosotros, ¿no les hace á ustedes el efecto de un solemne intrigante ese guapo mozo?

LUISA. ¡Lo que es yo, mis miedos tengo!

TRIN. ¡Y yo tengo la certeza! (En tono de gran confianza.)

RIC. ¡Tiene usted la certeza! ¡Dice que tiene certeza!... Pues si tiene usted esa certeza, mi señora Trinidad, ¿sabe usted que nosotros, como antiguos amigos de la familia, tenemos entónces un sagrado deber que cumplir... el de abrir los ojos á esas señoras sobre la verdadera condicion de ese individuo... de ese quidan?... Pero vamos á esto, doña Trinidad, ¿está usted segura de lo que dice?

TRIN. ¡Tengo pruebas!

RIC. Tiene usted pruebas. (Á Luisa.) ¡Parece que tiene pruebas!... ¡Oh! ¡pues si tiene pruebas!... Pero, en fin, ¿qué pruebas, doña Trinidad?

TRIN. ¡Che!... nada ménos que un fragmento de carta que la casualidad... el aire sin duda, dejó caer á mis piés esta mañana al tiempo que yo pasaba por debajo de las ventanas del señor Velasco.

RIC. ¡Ah! ¡vea usted qué suerte la de esta doña Trinidad! ¡siempre se está encontrando algo! Conque... ¿y esa carta?...

TRIN. Sí, señor... Esa carta, dirigida segun creo á don Ignacio, es de tal naturaleza que ha de edificar á esas señoras... y en particular á Margarita, sobre los proyectos y desinterés de ese jóven puritano.

RIC. ¡Bah! ¿pues por ventura el señor mayordomo?...

TRIN. Ni más ni ménos. (Riendo.)

RIC. ¡Hola! ¡Pues es flojo!

LUISA. Ya me lo figuraba yo.

TRIN. Tengo la carta en mi cuarto... pero confieso que no sé si debo... El tal caballero ha tomado tal imperio en la casa, que vacilo yo, en mi posicion, ponerme en lucha abierta con él... Además mis amadas primas tienen un modo de ver las cosas tan particular...

LUISA. ¡Chist!... Margarita. (Mirando á la izquierda. Doña Trinidad sube un poco al fondo.)

RIC. Haga usted por ver esa carta, Luisita... no demos un golpe en vago; usted conoce á nuestra amiga. Tiene tanto talento como un alcornoque... (Señalando á Doña

Trinidad.) exactamente, y (Doña Trinidad se acerca.) ¿NO ES verdad, Doña Trinidad?

TRIN. ¿Qué?

RIC. Enseñe usted ese papelito á Luisa... ella conoce á esas señoras y verá si... (Margarita sale por la izquierda muy preocupada.)

LUISA. Bien está; pero déjenme ustedes sola con ella para preparar el terreno. ¡Pobre muchacha! ¡Es preciso evitar que caiga en el lazo!

RIC. ¿Viene usted, Doña Trinidad? (Le da el brazo.) Parece increíble; usted siempre se está encontrando cosas... tiene usted ojos de lince!... (Váase.)

ESCENA XIII.

LUISA, MARGARITA.

MARG. Acabo de presenciar una escena patética.

LUISA. ¿Cómo?

MARG. Sí. Don Ignacio y Velasco se han abrazado con una efusión...

LUISA. ¡Ah!

MARG. Y en este momento los dejó hablando con un calor... ¿No tendría usted curiosidad de saber lo que dicen esos dos misteriosos personajes?

LUISA. No, porque me lo figuro. (Margarita se sienta.)

MARG. ¡Ah! (Mirándola.)

LUISA. Señorita, usted va tal vez á reñirme por no haber hablado de esto ántes... pero mal ó bien, yo me había propuesto hasta ahora guardar al señor Velasco su secreto.

MARG. ¿Su secreto?

LUISA. Y sólo cuando le he visto manifestar tan á las claras sus proyectos, me he decidido á romper un silencio que ya sería culpable... Sin embargo, señorita, hasta ahora sólo á usted creo deber decirlo...

MARG. Hable usted.

LUISA. Durante la temporada que pasamos en Madrid hace cuatro años, recordará usted que fui varias veces á ver mis amigas al colegio donde me han educado.

MARG. Sí, ¿y qué?

LUISA. Que allí tuve ocasion de ver varias veces á don Luis de Velasco, cuyo padre se llamaba el marqués de Valleumbrio.

MARG. ¡Ah!

LUISA. Por aquel tiempo decían ya que su familia estaba medio arruinada: en el día lo está por completo: el padre ha muerto, y el hijo, gracias á un antiguo amigo de la familia, se ha colocado en posición de agenciarse una hermosa fortuna por medios que dejo á usted el trabajo de apreciar.

MARG. (Con dolor, despues de una pausa.) ¡Oh! Pero, Luisa, si yo la comprendo á usted bien, la conducta de ese jóven no parece por cierto justificar... yo apenas le veo... parece que nos huye.

LUISA. ¡Oh! su amigo don Ignacio, que conoce á usted perfectamente, le habrá aleccionado sobre la reserva estudianta, la prudencia respetuosa que debe observar...

MARG. (Levantándose.) Está bien, Luisa, está bien: se lo agradezco á usted. (Sale D. Ricardo dando el brazo á Doña Elena.)

ESCENA XIV.

MARGARITA, LUISA, D. RICARDO, DOÑA ELENA: á poco D. LUIS y D. IGNACIO, despues el DOCTOR GONZALEZ y DOÑA TRINIDAD.

RIC. Convenido, señora... es un prodigio... es el ave fénix... usted la ha encontrado.

ELENA. En fin, ¿qué quiere usted? á mi me tiene hechizada. (Sentándose á la izquierda.)

RIC. Pues cátese usted con él, amada vecina, cátese usted con él, y se acabó.

ELENA. ¡Oh! no tal. No llevo hasta ahí, pierda usted cuidado, ve-

cido. (Salen D. Luis y D. Ignacio por la derecha.) ¿Qué hay, don Luis? ¿ha tenido usted más suerte que yo? ¿Ha decidido usted por fin á ese picaro hombre á que se quede hasta mañana con nosotros?

LUIS. No, señora, por desgracia.

IGNAC. Me es imposible, mi señora doña Elena. He venido únicamente á saludar á ustedes al paso... porque tengo que estar esta noche en Vitoria y pasado mañana en Madrid.

ELENA. Pues entonces hágame usted el obsequio de no venir... prefiero no verle.

IGNAC. Señora... (El doctor Gonzalez viene por la derecha dando el brazo á Doña Trinidad.)

DOCT. Vamos, Doña Trinidad, acabará usted de sacarme de tino con sus cosas.

TRIN. (Continuando su conversacion con él.) Déjese usted de cuentos, Doctor... esas son bellas frases... (Se sienta á la derecha.) Y nada más. El honor, la gloria, todo eso es bueno para las novelas... Yo estoy por un buen coche.

DOCT. Cada cual con su gusto, señora. (Ea pie detrás de ella.)

TRIN. La verdad es, Doctor, que el dinero es ántes que todo. Yo he visto siempre que en el mundo se respeta á la gente en proporcion al dinero que tiene. Así es que á mí nadie me hace caso en el día... (Mirando con intencion á D. Luis.) ¡Oh! cuando no me desprecian. Pero me consuelo pensando que si volviera á ser lo que he sido, vería á mis piés, sí, á mis piés, á todos los que me desprecian.

DOCT. Excepto á mí, señora: puede usted estar cierta de que aunque tuviera cien millones de renta no me vería á sus piés; téngalo usted entendido.

LUIS. (Jovialmente.) Y yo ruego á usted que haga tambien una excepcion en mi favor. (Doña Trinidad se encoge de hombros.)

MARG. (Con acrimonia.) ¡Oh! ¿quién lo duda! Estaba segura de que el señor de Velasco no dejaría escapar esta ocasion de protestar contra la vulgaridad... la bajeza de nues-

tras ideas chavacanas. El dinero, ¡qué horror! ¿qué vale eso? Las nubes, el azul del cielo, las cosas ideales, eso es diferente. Fuera de eso no hay nada que sea digno de ocupar un instante los pensamientos de un poeta artista como el señor Velasco.

LUIS. (Con una firmeza respetuosa.) Señorita, ignoro absolutamente en virtud de qué privilegio me veo sin cesar honrado con las burlas de usted, tocante á este punto. Yo no soy ni más ni ménos poeta que otro cualquiera. Solamente, convengo en ello, concibo otros placeres, otras admiraciones, otras ambiciones que aquellas de que el dinero pueden ser origen ú objeto. Yo me tomo la libertad de pensar que sin ser visionario un hombre puede entusiasmarse alguna vez por algo... por un buen libro, por un hermoso cielo, por una accion heroica! Esa poesia, lo creo sinceramente, es no sólo permitida á todos sino que está prescrita... Deploro, señorita, haberme visto precisado á este... alegato tal vez intempestivo, pero esas cosas ideales, como usted las llama, son los únicos bienes de los que no tienen otros más positivos, y espero por lo tanto que se me perdone por haber defendido mi patrimonio. Vámonos, amigo mio. (Retírase algunos pasos, y tomando el brazo de D. Ignacio desaparece por la derecha.)

ESCENA XV.

DICHOS, ménos D. LUIS y D. IGNACIO.

RIC. ¡Eh! ¿qué tal? no dirá usted, señora, que su mayordomo no va tomando confianza.

TRIN. ¡Oh! ¡lo que es eso!

ELENA. ¡Ustedes tienen la culpa! ¡ustedes le provocan! ¡le exasperan! Y en fin, dice bien; yo soy exactamente de su misma opinion. (Fabian y la niña Cristina aparecen en el foro izquierda; viene vestida á estilo de Provincias.)

ESCENA XVI.

DICHOS, FABIAN, CRISTINA en el foro.

- FAB. Acércate, muchacha.
- ELENA. ¿Qué es eso! ¿qué hay, Fabian?
- FAB. Señora, es esta chica, que quiere á toda fuerza hablar con los señores de la casa.
- ELENA. ¿Qué busca? Acércate, niña.
- RIC. Acércate, pastorcilla. Es muy guapa la muchacha.
- ELENA. ¿Quién eres, hija mia? ¿cómo te llamas?
- CRIST. Cristina Olalde, señora... la hija del viejo Olalde, el ciego.
- ELENA. ¡Ah! ¿y qué es lo que quieres?
- CRIST. (Mirando á su alrededor con ansiedad.) Señora... yo venia... por el asunto de ayer tarde.
- ELENA. ¿Y cuál es el asunto de ayer tarde?
- CRIST. ¿No lo sabe la señora?
- ELENA. No lo sé... habla... me interesa... yo tengo mucho gusto en saber las cosas del campo.
- CRIST. Pues es que... en casa tenemos un perro... un perro muy viejo que se llama Leal... Leal el viejo.
- ELENA. ¿Y bien, qué?... ¿qué tenemos con Leal el viejo?
- CRIST. Es el que guía á mi pobre abuelo cuando va á pedir.
- RIC. ¡Ah! ¡es muy patético!... ¡el lazarillo del pobre. (Riendo.)
- CRIST. Pues es el caso que ayer á la tardecita estábamos sentados los tres, mi abuelo, Leal y yo al borde del agua, y los chicos del pueblo, que son muy malos... ¡Si usted supiera, señora, qué malos son los chicos del pueblo!
- ELENA. Arrojaron al perro al agua los picaruelos, ¿no es esto?
- CRIST. Sí, señora... justo, en lo más hondo, y como allí hay un molino, el pobre animal se iba, se iba yendo hácia las ruedas, cuando héte aquí que un señor que pasaba. (Detiénese de repente viendo á D. Luis que sale con D. Ignacio.)

ESCENA XVII.

DICHOS, D. LUIS, D. IGNACIO.

- LUIS. ¿Cómo! ¿otra vez tú! ¡pesada... No te había prohibido?... Tú quieres por lo visto ponerme en ridículo?...
- RIC. ¿Cómo! ¿era usted! ¡Ah! ¡Bravo! (Riendo) de esta hecha la cruz de Beneficencia, señor Velasco!
- LUIS. (Riendo con enfado) Bien, sí, ¿qué quiere usted? ¿era yo! ¿Yo soy el salvador del perro! Es absurdo... ¿Cómo ha de ser! ¡Pero esta chica lanzaba unos lamentos y unos aves de pavo real! (Miras de todos.) Ves á lo que tú me expones, majadera!... ¡Ea, vete!... Como tú te llegues á caer al río, te aseguro... Máchate corriendo.
- ELENA. ¡No la eche usted! ¡pobre niña! ¿vamos á ver qué es lo que quieres, chiquita? ¿qué venias á buscar aquí?
- CRIST. Es que este señor se marchó tan de prisa... que ni hemos podido agradecerse... y...
- RIC. ¡Sí! Ya estamos... ¡Ahí tienen ustedes lo que son estas gentes! Se les hace un favor y encima le piden á uno! ¡Vamos! ¡Toma! ¡ahí tienes un duro! (Sacando una moneda.)
- CRIST. Yo no quiero nada de usted... sino del señor...
- LUIS. Pero en fin, ¿qué es lo que quieres? (Furioso.)
- CRIST. Que me deje usted darle un beso, señor.
- TODOS. Bien.
- LUIS. ¡Majadera, quita de ahí! ¿te quieres marchar?
- ELENA. Vamos, déjela usted, déjela usted que le bese; se lo pido yo.
- LUIS. Vamos. (Presenta la mejilla á Cristina que le besa con júbilo.) ¡Y besa con alma!
- ELENA. Dame á mi otro, hija mia. (Cristina la besa y va á marcharse.)
- RIC. ¿Y el duro? tómale. (Viendo que se va.)
- CRIST. Gracias, señor. (Tomándole.)
- RIC. Qué es eso, ¿no hay un beso para mí?

CRIST. ¡No por cierto! .. Para servir á ustedes, señores. (Hace una reverencia y se va seguida de Fabian.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ménos FABIAN y CRISTINA. Todos se levantan.

ELENA. Tú te ocuparás de esas pobres gentes, ¿no es verdad Margarita?

MARG. Bien, madre mía.

ELENA. Y ademas, escucha (Llamándola aparte; D. Ignacio se queda observando y parece que las escucha.) Me tienes descontenta; tú acabarás por echar de casa á ese jóven, cuyo trato y servicios me agradan: ¿por qué estarle zahiriendo sin cesar? ¿un jóven que no puede contestar sin exponerse á perder el pan que come! Eso no es generoso.

MARG. ¡Madre! (Mira á D. Ignacio como si deseara hablarle, pero viendo á D. Luis cerca de él se retira como á disgusto.)

ELENA. Don Ricardo, deme usted el brazo. (Váanse todos por la izquierda, ménos D. Luis y D. Ignacio.)

ESCENA XIX.

D. LUIS, D. IGNACIO.

IGNAC. (Don Luis no quiere decirme nada, pero esto va mal.) Vamos á ver don Luis, ¿qué es lo que pasa aquí?

LUIS. Amigo mio... ayer empecé á escribir á usted una carta... que su llegada me dispensa de concluir. Le decia á usted que mi posicion en esta casa no estaba exenta de amarguras... Usted ha podido apreciarlo por sí mismo. Le ruego que me saque de aquí lo más pronto que pueda.

IGNAC. ¡Ah! bueno, me ocuparé de ello.

LUIS. Se lo suplico á usted. Ea, quede usted con Dios, puesto que se marcha. Yo tambien tengo que ir á San Marcial á la corta de unos puros.

IGNAC. ¡Ah! pues llevamos el mismo camino; yo tengo ahí mi carruaje, le acompañaré á usted.

LUIS. ¡Bravisimo! ¿pero y la vuelta?

IGNAC. Tienes usted razon.

LUIS. Lo siento, y tanto más, que segun me han dicho, á poca distancia de allí hay unas ruinas magnificas que hubiéramos visto juntos. Pero en fin, ¿cómo ha de ser! Ea, agur, amigo mio, y piense usted en mí. (Margarita vuelve por la izquierda observándolos.)

IGNAC. Adios, señor don Luis. (Luis saluda á Margarita y váse.)

ESCENA XX.

D. IGNACIO, MARGARITA.

MARG. Buscaba la ocasion de encontrar á usted solo.

IGNAC. ¿Qué hay, hija mia? (Mirando alrededor.) Despachemos porque el carruaje me está esperando.

MARG. Don Ignacio, yo siempre he creído que usted era un hombre de bien.

IGNAC. Y yo lo mismo, señorita. (Mirándola admirado.)

MARG. Sin embargo, ¿qué significa esa intriga á que usted se ha prestado?

IGNAC. ¿Qué intriga?

MARG. Ese jóven, ese mayordomo que nos ha enviado usted... Luisa, mi aya, le ha visto ántes de ahora en Madrid... le conoce... ¿me dirá usted por qué razon no lleva su nombre?

IGNAC. El nombre que lleva es el suyo, señorita, es el apellido de su familia. Si no usa su título es por razon de conveniencia, de justo orgullo, que usted debe comprender. Y una vez que tanto le desagrada á usted, no tiene usted más que echarle á la cara su título y se verá usted al momento libre de él, yo se lo fío.

MARG. En fin... ¿qué es lo que ha venido á hacer aquí?

IGNAC. Á ganarse la vida, pues se ve reducido á ello. Vamos á ver, ¿á dónde está la intriga? Yo no la veo. Lo que veo es que la conducta de usted respecto de ese jóven no

tiene explicacion. Usted le hace pagar cara sus beneficios, hija mia. (Haciendo que se va.)

MARG. Señor don Ignacio... le creo á usted... y le agradezco lo que me dice... ¡Es tan cruel pensar siempre en lo malo!... Gracias á usted me ha vuelto la alegría, soy dichosa; le quiero á usted mucho, señor don Ignacio.

IGNAC. ¡Válgame Dios!... (Alegremente.) ¡Para qué me dice usted eso, hija mia, cuando me tengo que marchar! Es una crueldad. (Mirando el reloj.) Voy á echar á correr... no tengo tiempo más que para decir adios á su madre de usted.

MARG. Pues mire usted, ¿sabe usted lo que voy á hacer para agradecerle la noticia? Voy á montar á caballo y acompañarle un poco por el camino.

IGNAC. ¿De veras?

MARG. Me servirá de paseo.

IGNAC. No, déjelo usted: me van á tener envidia.

MARG. Se me ha puesto en la cabeza. Además que pensaba ir por ese lado. Le acompañaré á usted hasta San Marcial.

IGNAC. Hasta San Marcial. (Con intencion y ap.)

MARG. Sí... y despues dará la vuelta por las ruinas del castillo antiguo... atravesando el bosque... será un paseo delicioso.

IGNAC. (Preocupado.) Pues bien, hija mia, como usted guste... Estará de Dios.

MARG. Eso es, vamos. (Cogiéndole del brazo.)

IGNAC. ¡Vamos! ¡Oh! ¡las ruinas! cuidado con ella, Margarita, ya sabe usted que en los castillos suele andar el diablo!... No tengamos luégo...

MARG. ¡Oh, no hay miedo! Yo le haré la cruz. (Vánse alegremente.)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

Interior de un salon medio arruinado en la antigua torre de Urbión. Arquitectura sombría y severa. Enfrente del público la larga ojiva de una ventana medio derruida y un lienzo de muralla hundido tambien. Por una ancha brecha revestida de yedra se ven las cimas de algunos árboles, que crecen en los fosos, y más lejos un torreón, tambien ruinoso, que se destaca sobre el cielo y sobre las montañas lejanas. La brecha no está al nivel del pavimento del salon, pero algunas piedras caidas como escalones junto á ella, facilitan la subida sobre la plataforma exterior practicable y que domina a un precipicio. Dos ó tres escalones á la izquierda, y al pie de ellos la puerta estrecha y maciza de la torre. Empieza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

PERICO, despues LUIS.

Al alzarse el telon, Perico, de pie sobre la plataforma, mira hácia fuera y parece escuchar. Oyéense algunas notas del tamboril y de la dulzaina, y en el campo á lo lejos cantan este zorcico:

CORO.

Tiñe el ámbito
del crepúsculo
melancólica,
tibia luz.

tiene explicacion. Usted le hace pagar cara sus beneficios, hija mia. (Haciendo que se va.)

MARG. Señor don Ignacio... le creo á usted... y le agradezco lo que me dice... ¡Es tan cruel pensar siempre en lo malo!... Gracias á usted me ha vuelto la alegría, soy dichosa; le quiero á usted mucho, señor don Ignacio.

IGNAC. ¡Válgame Dios!... (Alegremente.) ¡Para qué me dice usted eso, hija mia, cuando me tengo que marchar! Es una crueldad. (Mirando el reloj.) Voy á echar á correr... no tengo tiempo más que para decir adios á su madre de usted.

MARG. Pues mire usted, ¿sabe usted lo que voy á hacer para agradecerle la noticia? Voy á montar á caballo y acompañarle un poco por el camino.

IGNAC. ¿De veras?

MARG. Me servirá de paseo.

IGNAC. No, déjelo usted: me van á tener envidia.

MARG. Se me ha puesto en la cabeza. Además que pensaba ir por ese lado. Le acompañaré á usted hasta San Marcial.

IGNAC. Hasta San Marcial. (Con intencion y ap.)

MARG. Sí... y despues dará la vuelta por las ruinas del castillo antiguo... atravesando el bosque... será un paseo delicioso.

IGNAC. (Preocupado.) Pues bien, hija mia, como usted guste... Estará de Dios.

MARG. Eso es, vamos. (Cogiéndole del brazo.)

IGNAC. ¡Vamos! ¡Oh! ¡las ruinas! cuidado con ella, Margarita, ya sabe usted que en los castillos suele andar el diablo!... No tengamos luégo...

MARG. ¡Oh, no hay miedo! Yo le haré la cruz. (Vánse alegremente.)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

Interior de un salon medio arruinado en la antigua torre de Urbión. Arquitectura sombría y severa. Enfrente del público la larga ojiva de una ventana medio derruida y un lienzo de muralla hundido tambien. Por una ancha brecha revestida de yedra se ven las cimas de algunos árboles, que crecen en los fosos, y más lejos un torreón, tambien ruinoso, que se destaca sobre el cielo y sobre las montañas lejanas. La brecha no está al nivel del pavimento del salon, pero algunas piedras caídas como escalones junto á ella, facilitan la subida sobre la plataforma exterior practicable y que domina a un precipicio. Dos ó tres escalones á la izquierda, y al pie de ellos la puerta estrecha y maciza de la torre. Empieza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

PERICO, despues LUIS.

Al alzarse el telon, Perico, de pie sobre la plataforma, mira hácia fuera y parece escuchar. Oyéense algunas notas del tamboril y de la dulzaina, y en el campo á lo lejos cantan este zorcico:

CORO.

Tiñe el ámbito
del crepúsculo
melancólica,
tibia luz.

Nubes cárdenas,
nieblas húmedas
tienden rápidas

su capuz.
Valles fértiles,
verdes árboles,
fuentes límpidas,
adios ya.

Nos convida noche plácida
al descanso del hogar.

(En el momento en que acaba el coro entra D. Luis y se acerca á la plataforma.)

- LUIS. ¿Qué haces ahí, muchacho?
- PER. Escuchaba á los que cantan abajo, señor. (Algo asustado.)
- LUIS. ¿Y quiénes son los que cantan?
- PER. Los segadores, que vuelven al pueblo atravesando el bosque.
- LUIS. ¿Y eres tú el guarda de estas ruinas?
- PER. Si señor; soy pastor de aquel caserío que se ve allí enfrente: paso todo el día en el bosque con mis cabras, y cuando vienen forasteros á ver la torre les abro la puerta. (Enseñando la llave)
- LUIS. Muy bien. Pues aunque á mí no has tenido que abrirme la, toma. (Dándole una moneda.)
- PER. Muchas gracias.
- LUIS. ¿Y no tienes miedo tú aquí solo?
- PER. De día, no señor; pero en llegando la noche... yo no soy valiente de noche...
- LUIS. Qué, ¿hay brujas por aquí?... (Soñando.)
- PER. ¡Brujas! Yo no creo en brujas: eso era bueno allá...
- LUIS. Así me gusta.
- PER. Pero anda un alma en pena... ¿Ve usted aquel torreón? pues por allí se pasea; y eso que no tiene escalera para subir ni bajar... Y mire usted, nunca se la ve de día, de noche es cuando se la ve...
- LUIS. Pues, cuando no se ve nada.
- PER. (Mirando por la brecha.) Ya está haciendo la colorada de

las suyas... Cabra maldita... ¡Oh! ¡Oh! (La tira una piedra.) Sí, trepa, trepa... Espera, espera. (Corriéndole hácia la puerta.)

- LUIS. ¿Y por qué no saltas por ahí? (Señalando á la brecha)
- PER. ¡Que salte el diablo! ¡Un derrumbadero que no tiene fondo! Pero diga usted, ¿va á estar aquí mucho tiempo? Va á caer la noche...
- LUIS. Descuida, me voy dentro de dos minutos, en cuanto vea esto.
- PER. Es que yo no soy valiente de noche. No es que tenga miedo, sino que no soy valiente... Voy por mi cabra. (Váase.)

ESCENA II.

D. LUIS.

(Mirando cuanto le rodea.) ¡Cuán bellas son estas ruinas!... ¡Cómo no se me habrá ocurrido entrar ántes aquí! Será preciso que vuelva otro día... ¡Otro día! (Tristemente) ¡Me olvido de que no hay para mí ya porvenir aquí, de que mi mañana no está en este país! ¡Debo ya despedirme de estos sitios, donde tanto he pensado... donde he pensado demasiado en ella! ¡Miserable corazón!... Cuando la razón y el honor me prohíben amarla, por lo mismo quizá... ¡Ah! si no tuviera el sagrado deber de velar por otra existencia más sagrada que la mía, hubiera huido al más lejano confin de la tierra para evitar este suplicio de cada día y de cada hora! (Entra Margarita.) ¡Ella... Dios mío!

ESCENA III.

MARGARITA, D. LUIS.

- MARG. (Da algunos pasos pensativa, y al ver á D. Luis dice torbada:) ¡Don Luis!... ¡Usted aquí! Ignoraba absolutamente... Dejo á usted.

LUIS. (Soñoliento.) Por Dios, señorita, yo no puedo permitir... No estoy aquí en mi casa, y de consiguiente es á mi á quien toca retirarse... Suplico á usted que me dispense... (Da algunos pasos hacia la puerta.)

MARG. (Interponiéndose.) Don Luis... yo pensaba hablar á usted esta misma tarde... y puesto que le encuentro aquí no quiero diferirlo. Dígame usted, ¿es cierto que he cometido hacia usted las injusticias de que me acusan?

LUIS. Señorita, creo no haberme quejado.

MARG. Pero quiere usted marcharse.

LUIS. Señorita...

MARG. Y aseguran que soy yo la causa. La marcha de usted, don Luis, sería para mi madre una pérdida sensible, que yo deseo evitarla, si depende de mí. En fin, ¿qué explicación desea usted? ¿Qué es preciso decirle? ¿Qué el lenguaje de que usted se ha ofendido no es siempre sincero? ¿Qué yo he nacido quizá para comprender tanto como el que más, otras alegrías y otros gozos que esos de que disponen la sociedad y las riquezas? Pues bien, todo esto es posible. ¿Pero soy tan digna de censura por consagrarme con todo el valor y la fuerza de voluntad de que Dios me ha dotado, á ahogar en mí ideas, sentimientos que me están prohibidos?

LUIS. ¡Prohibidos!

MARG. ¡Prohibidos, sí! Ridículo parece sin duda, don Luis, que nos lamentemos de un destino que tanto nos envidian; pero es lo cierto que por un capricho quizá de mi imaginación, que tal vez me ha sido transmitido por mi pobre madre, y que tiene al ménos la excusa de la buena fé, conozco que si fuera ménos rica sería más dichosa; Usted me ha reprochado mi eterna desconfianza; pero ¿de quién podré yo fiarme? ¿De quién? Yo, que desde que he podido pensar me encuentro rodeada ¿acaso no lo veo? de falsos amigos, de ávidos parientes, de interesados aspirantes á mi mano... ¿piensa usted que yo no aprecio en lo que valen los cuidados, las ternezas con que todos esos parásitos nos fatigan, los homenajes

con que tantos miserables me importunan? Si alguna vez una alma noble y generosa, si acaso existe, fuera capaz de buscarme, de amarme por lo que soy, no por lo que valgo, yo no podría... (Con intenciones.) ¡no podría creerla! Nunca, jamás me arriesgaré á dar á un corazón vil, indigno, venal, un corazón como el mío. Hé aquí por qué me alejo, por qué rechazo, por qué quisiera poder aborrecer todo lo que me parece bello, todo lo que fija mis pensamientos, todo lo que me habla de un cielo que no es para mí. (A las últimas palabras de Margarita se oye de nuevo á lo lejos el coro de los aldeanos. ¿Qué es eso?... (Se inclina más hacia el fondo, escucha, después inclina la cabeza y llora.)

LUIS. Señorita, esa emoción... ¡Lágrimas!

MARG. (Con expansión.) ¡Y bien, sí! lloro porque también tengo alma para sentir. (Recobrándose.) Caballero, no había yo destinado á usted tanta confianza; pero en fin, usted me conoce ahora, y si alguna vez he podido herir su corazón, (Luis se inclina y toca con sus labios la mano que ella le tiende) espero que me perdone. (Margarita se recobra en seguida.) Salgamos... (Da un paso y se vuelve.) ¡Y ni una palabra nunca sobre esto!

LUIS. Nunca.

MARG. (Equivocando turbada el camino.) ¿No se puede salir por esta brecha?

LUIS. ¡Oh! señorita, hay un abismo.

MARG. Quisiera verle antes de salir... ¿No hay á la parte exterior una plataforma?

LUIS. Suplico á usted, señorita, que tenga cuidado... Es muy peligroso...

MARG. ¡Oh! yo no tengo miedo.

LUIS. Tome usted al ménos mi mano. (Margarita, apoyándose en la mano de D. Luis, sube á la plataforma. Va oscureciendo.)

MARG. ¡Oh! verdaderamente que es espantoso este precipicio; pero es digno de verse también... ¡Me estaría aquí durante una eternidad!

ESCENA IV.

PERICO, MARGARITA y D. LUIS, en la plataforma.

PER. (Desde la plataforma, mirando tímidamente al interior de la torre.) ¡Ah! ya se marchó aquel señor... bueno... yo también me voy, porque ya es de noche. (Sale, cerrando la puerta por fuera. La noche cierra enteramente, y los rayos de la luna atraviesan durante la escena siguiente la ojiva de la ventana, iluminando á lo lejos los arcos del torreón arruinado.)

ESCENA V.

LUIS, MARGARITA.

LUIS. (Bajando de la plataforma.) Es extraño... Había creído oír...

MARG. La noche ha cerrado enteramente. Por fortuna está clara, y á la luz de la luna podremos encontrar nuestros caballos. Volvamos al momento á casa... (Baja de la brecha por los escalones, sostenida por D. Luis. Música en la orquesta: al llegar á la puerta, Luis trata inútilmente de abrirla, Margarita exclama.) ¡Cómo! ¿está cerrada esa puerta?

LUIS. ¡No es posible! (Redoblando sus esfuerzos para abrirla.) Bueno, ya nos ha visto... ¡Ah! se santigua y corre más aprisa. ¡Me toma por el alma en pena de que me hablé!... Su necia superstición le impele á alejarse de aquí!

MARG. (Bajando y mirando alrededor.) Nada; no hay otra salida... ¿Y qué hacer? En mi casa estaban muertos de inquietud... Y además... En fin... es imposible; busque usted un medio, caballero; es preciso que salgamos!

LUIS. ¡Dios mío! Señorita... por más que procuro... esta puerta, fuerte como la de una prisión, resiste á todos mis esfuerzos... ¡Oh! este contratiempo me desespera!

MARG. (Mientras Luis se dirige hácia la brecha.) ¡Oh! ¡qué idea!... (Con una cólera reconcentrada.) ¡Señor marqués de Va-

leumbrio!

LUIS. ¡Mi título!

MARG. (Lentamente.) Dígame usted; ¿ha habido muchos infames en su familia?

LUIS. ¡Margarita!

MARG. ¡Usted, usted ha pagado á ese muchacho para que nos encierre aquí!

LUIS. ¡Vál... ¡Dios mío! y me acusa á mí de...

MARG. ¡Á usted, sí!... ¡Ah! ¡lo adivino todo!... ¡Comprendo su cálculo de usted! ¡Mañana quedará yo difamada, perdida ante la opinión pública, y no podré pertenecer á otro más que á usted! ¡Pero este vergonzoso cálculo que corona todos sus afanes, yo le desharé! Sin duda que me conoce usted mal todavía, si juzga que no he de preferirlo todo, el deshonor, el claustro, la misma muerte, á la desesperación y á la ignominia de unir mi vida á la suya!

LUIS. (Con dignidad y calma.) Señorita, suplico á usted que vuelva en sí, que dé oídos á la razón. Comprendo las inquietudes que agitan á usted en este momento; pero aseguro á usted que al hablar así me ofende injustamente. No he podido yo de ningún modo preparar esta perfidia... (Con expansión.) Y aun cuando hubiera podido, en fin, ¿qué antecedente mío le da á usted derecho de creerse capaz de semejante infamia?

MARG. Todo lo que yo sé de usted, me autoriza á pensar de este modo. ¿Qué es lo que usted ha venido á hacer á nuestra casa disfrazando su nombre, ocultando su clase, ocupando un puesto que no le corresponde? Éramos dichosos, y usted nos ha traído agitaciones y pesares que no conocíamos... Para alcanzar su objeto, para reparar la pérdida de su fortuna, usted ha usurpado nuestra confianza y ha jugado con nuestros más puros y sagrados sentimientos! Esto me hiere y me lastima profundamente, sí, y cuando ahora usted quiere ofrecerme, como prueba de su inocencia, su honor de caballero, que le ha permitido ya tantas cosas indignas, seguramente que tengo el derecho de no creer en él...

y no creo.

LUIS. (Dirigiéndose rápidamente á la brecha de la muralla y volviendo al momento.) Margarita, puesto que usted lo quiere, escuche usted bien. La amo á usted, es cierto; y nunca un amor más puro, más desinteresado, más santo se ha encerrado en el corazón de un hombre!... Pero ni este amor, ni otra mira ménos noble, me han traído á su casa de usted. Este amor ha nacido despues... no sé cómo, porque el amor no se explica... como ha nacido el de usted... el de usted, sí, porque usted también me ama, pobre Margarita, y sin embargo, me mata! ¡me desgarrá el corazón!... ¡Como mi corazón la pertenece, puede usted hacer de él lo que quiera; pero mi honor es mío y debo guardarlo! Y por este mismo honor en que usted no cree, la juro que si muero, usted me llorará, conociéndome demasiado tarde, y que si Dios salva mi vida, por mucho que adore á usted, y aun cuando la viera de rodillas delante de mí, nunca aceptaré una fortuna de su mano, nunca! Y ahora, ruegue usted á Dios por mí, porque sólo un milagro de su infinita providencia puede salvarme. (Corriendo hacia la plataforma.)

MARG. (Precipitándose en la misma dirección, extiende los brazos y le detiene.) ¡Dios mío! ¡No quiero! ¡no quiero!

LUIS. Tranquílcese usted, esas ramas, esos árboles me servirán de punto de apoyo; y además, ¿qué me importa la vida?

MARG. ¡Oh! ¡yo no quiero! olvide usted lo que le he dicho... ¡Por compasión! ¡Oh! ¡no quiero!

LUIS. (La rechaza y tropa sobre la plataforma. Se oye de nuevo el coro á lo lejos.) ¡Oh! ¡no! déjeme usted!

MARG. (Cayendo de rodillas sobre los escalones de la brecha.) ¡Dios graeciado! ¡buseca la muerte!

LUIS. (Arrojándose desde la plataforma.) ¡Salvo mi honor!

MARG. (Exhalando un grito terrible.) ¡Ah! (Cae desmayada.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO Y CUADRO CUARTO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

Un gabinete en la casa de campo de Novos, puerta al foro y laterales, mesa, butacas, lámparas ó candelabros con velas encendidas.

ESCENA PRIMERA.

DON RICARDO, el DOCTOR GONZALEZ, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, LUISA, FABIAN, próximo á la puerta del foro. Todos parecen inquietos y preocupados.

ELENA. ¿Conque dice usted que salió á caballo, Fabian?

FAB. Sí señora.

ELENA. ¿Sola?

FAB. Sola.

ELENA. ¿Á qué hora?

ELENA. Á eso de las cuatro y media.

RIC. ¿Margarita entónces no pensaba ir esta noche al baile de los de Herrasti?

ELENA. Sí, por eso no acabo de explicarme su tardanza. Seguro á usted que estoy muerta de inquietud.

DOCT. Tranquílcese usted, doña Elena, ya sabe usted que

y no creo.

LUIS. (Dirigiéndose rápidamente á la brecha de la muralla y volviendo al momento.) Margarita, puesto que usted lo quiere, escuche usted bien. La amo á usted, es cierto; y nunca un amor más puro, más desinteresado, más santo se ha encerrado en el corazón de un hombre!... Pero ni este amor, ni otra mira ménos noble, me han traído á su casa de usted. Este amor ha nacido despues... no sé cómo, porque el amor no se explica... como ha nacido el de usted... el de usted, sí, porque usted también me ama, pobre Margarita, y sin embargo, me mata! ¡me desgarrá el corazón!... ¡Como mi corazón la pertenece, puede usted hacer de él lo que quiera; pero mi honor es mío y debo guardarlo! Y por este mismo honor en que usted no cree, la juro que si muero, usted me llorará, conociéndome demasiado tarde, y que si Dios salva mi vida, por mucho que adore á usted, y aun cuando la viera de rodillas delante de mí, nunca aceptaré una fortuna de su mano, nunca! Y ahora, ruegue usted á Dios por mí, porque sólo un milagro de su infinita providencia puede salvarme. (Corriendo hacia la plataforma.)

MARG. (Precipitándose en la misma dirección, extiende los brazos y le detiene.) ¡Dios mío! ¡No quiero! ¡no quiero!

LUIS. Tranquílcese usted, esas ramas, esos árboles me servirán de punto de apoyo; y además, ¿qué me importa la vida?

MARG. ¡Oh! ¡yo no quiero! olvide usted lo que le he dicho... ¡Por compasión! ¡Oh! ¡no quiero!

LUIS. (La rechaza y tropa sobre la plataforma. Se oye de nuevo el coro á lo lejos.) ¡Oh! ¡no! déjeme usted!

MARG. (Cayendo de rodillas sobre los escalones de la brecha.) ¡Diosgraciado! ¡buseca la muerte!

LUIS. (Arrojándose desde la plataforma.) ¡Salvo mi honor!

MARG. (Exhalando un grito terrible.) ¡Ah! (Cae desmayada.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO Y CUADRO CUARTO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

Un gabinete en la casa de campo de Novos, puerta al foro y laterales, mesa, butacas, lámparas ó candelabros con velas encendidas.

ESCENA PRIMERA.

DON RICARDO, el DOCTOR GONZALEZ, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, LUISA, FABIAN, próximo á la puerta del foro. Todos parecen inquietos y preocupados.

ELENA. ¿Conque dice usted que salió á caballo, Fabian?

FAB. Sí señora.

ELENA. ¿Sola?

FAB. Sola.

ELENA. ¿Á qué hora?

ELENA. Á eso de las cuatro y media.

RIC. ¿Margarita entonces no pensaba ir esta noche al baile de los de Herrasti?

ELENA. Sí, por eso no acabo de explicarme su tardanza. Seguro á usted que estoy muerta de inquietud.

DOCT. Tranquílcese usted, doña Elena, ya sabe usted que

Margarita prolonga algunas veces sus paseos hasta muy tarde.

ELENA. Pero nunca hasta de noche. ¿Se puede saber hacia qué lado ha ido?

LUISA. Si el señor Velasco estuviese aquí... él podría tal vez decirnos...

ELENA. Tiene usted razón, Luisa... Fabian, diga usted al señor de Velasco que tenga la bondad de venir.

FAB. Señora, don Luis ha salido también á caballo después de comer y aún no ha vuelto.

RIC. ¿Y sobre qué hora sería, Fabian? (Como si entrase en sospecha.)

FAB. Sería poco ántes de las cuatro.

RIC. ¡Ah! (Cambiando una mirada de inteligencia con Luisa y Doña Trinidad.)

ELENA. (¡Dios mio! ¡qué idea!) (Preocupada.)
(Una pausa en que todos parecen cortados: D. Luis aparece á este tiempo en el foro, muy pálido y salpicado de sangre la frente.)

ESCENA II.

DICHOS, D. LUIS.

LUIS. No es nada. (Sonriendo y hablando dentro.)

DOCT. ¡Amigo don Luis! ¡qué pálido viene usted! ¿qué trae usted en la frente? ¡Es sangre!

LUIS. ¡Oh! nada... mi caballo que se ha asustado de su sombra y me ha tirado en una zanja aquí cerca.

ELENA. ¡Dios mio! ¿Se ha hecho usted mucho daño?

LUIS. No señora; no ha pasado del susto, y de un ligero vahido.

ELENA. ¡Esta es tarde de desgracia!

LUIS. ¡Tarde de desgracia! ¿Pues qué ha habido?

ELENA. ¿Cree á usted que mi hija no ha vuelto á la hora que es?

LUIS. ¿La señorita Margarita? La he encontrado yo.

ELENA. ¿La ha encontrado usted?... dónde?... á qué hora?

LUIS. Á eso de las cinco... en el camino... ella iba y yo venía... nos hemos cruzado.

ELENA. ¿Y no le ha hablado á usted?... ¿No le ha dicho?...

LUIS. Me ha dicho que iba á ver las ruinas del castillo de Urbietta.

ELENA. Las ruinas de Urbietta. ¡Dios eterno!... Aquello está cercado de bosques... ¡pobre hija mia!... se habrá perdido... es preciso ir corriendo... quiero ir yo misma... Fabian, haga usted que enganchen inmediatamente... mi chal, mi sombrero, corriendo!

TRIN. Yo voy con usted, querida prima.

RIC. Y yo las acompañaré á ustedes, á caballo, si me lo permiten.

ELENA. Sí, sí... venga usted también, Doctor... vamos pronto, vamos. (Váuse todos ménos D. Luis.)

ESCENA III.

D. LUIS, á poco FABIAN trayendo una palancana.

LUIS. ¡Ah! ¡era tiempo! (Déjase caer sobre una silla; sáse Fabian.)

FAB. Aquí tiene usted el agua, señorito. ¿cómo se siente usted?

LUIS. Mejor, gracias, Fabian. (Moja su pañuelo en la jofaina y se lava la frente.)

FAB. ¡Oh! ¡eso no será nada... una caída de caballo cuando no deja en el sitio... pero con todo, debe sentirse una sacudida!... Yo he tenido suerte hasta ahora... en cuarenta años que llevo montando á caballo no me he caído nunca... por eso no puedo hacerme una idea del efecto.

LUIS. ¿Ha soñado usted alguna vez que se caía de lo alto de una torre?

FAB. ¡Oh! sí señor, muchas veces.

LUIS. Pues ese es el efecto... sépalo usted.

FAB. ¡Ah! oiga usted, señorito, mientras usted (Con misterio.) recibía ese golpe ahí fuera, yo he recibido aquí dentro otro que tampoco me ha hecho ningún bien.

LUIS. ¿Cómo?
 FAB. Quiero contárselo á usted para que me aconseje... porque, la verdad, hay cosas que no se pueden digerir... Hará una hora poco más ó ménos pasaba yo por cerca de la estufa, cuando héte aquí que siento crugir la arena del paseo, y despues como dos voces que cuchicheaban... Díjeme: ¿quién estará á estas horas cuchicheando en el jardín? Agazapeme detrás de la espesura, y ¿que es lo que veo?
 LUIS. ¿Qué es lo que ves?
 FAB. Veo al aya con el señorito don Ricardo... que se hablaban al oído, y muy cerquita... tan cerquita que á lo último, oí, con perdon de usted...
 LUIS. ¿Qué? (Fabian se besa su propia mano con ruido.) ¡Ah!
 FAB. ¿Como usted lo oye, señorito! ¿Qué tal, no es eso para encenderle á uno la sangre? ese caballero, que quiere casarse con la señorita, y que entre tanto no se para en barras... Pero eso no puede quedar así, y voy á contárselo á la señora.
 LUIS. Fabian, no... nunca se debe delatar... no diga usted nada. (Habrà loca!) ¿Está la señorita Luisa en casa?
 FAB. Si señor.
 LUIS. Pues bien, llámela usted... dígala usted que deseo... (Luisa se presenta á este tiempo.) Déjenos usted, y silencio. (Á Fabian que se va.)

ESCENA IV.

LUISA, D. LUIS.

LUISA. La señora me ha encargado que vea si usted... ¿no necesita usted nada?
 LUIS. Nada, Luisa, gracias. Pero tengo que hablar con usted.
 LUISA. ¿Conmigo?
 LUIS. Sí... usted me ha retirado su amistad, pero yo le he conservado la mia, y voy á probárselo.

LUISA. Hable usted.
 LUIS. (Sencillamente.) Pues bien, hija mia, usted camina á su perdicion.
 LUISA. ¡Don Luis!
 LUIS. Hay una persona que ha visto á usted, que la ha oido hace una hora... en el jardín.
 LUISA. ¡Cielos! ¡Ah! Señor de Velasco... le juro á usted...
 LUIS. ¡Oh! estoy persuadido de que esa novela de parte de usted es inocente, pero de la otra, tal vez no lo es tanto.
 LUISA. ¿Qué sabe usted? (Con enojo.) todos los hombres no son...
 LUIS. ¡Ah! ¿seria usted mala, Luisa? (Friamente.) en ese caso no he dicho nada y... (Le saluda como para retirarse.)
 LUISA. ¡Señor don Luis! ¡por Dios! ¡Ah! ¡perdóname usted... y tenga compasion de mí! Figúrese usted cuál puede ser el pensamiento de una pobre criatura como yo, á quien han tenido la crueldad de dar un corazón, un alma, una inteligencia... y que no puede servirse de ellos más que para sufrir y para aborrecer... ¿Qué había yo hecho al cielo para merecer este destino? ¿Por qué yo, y no esas mujeres? Ciertamente que yo había nacido tan bien como ellas para ser buena, amante, caritativa. ¡Eh! que no digan; el hacer beneficios cuesta poco cuando uno es rico, y la bondad es cosa fácil para los que son felices! Si yo me ballase en su lugar, y ellas en el mio, no me querrian ni más ni ménos que yo las quiero... no se quiere bien á los que á uno le mandan.
 LUIS. ¡Luisa! ¿qué dice usted!
 LUISA. ¡Ah! sí, sí. Le repugno á usted, no es esto? ¿Le indigno? Va usted á aborrecerme ahora más que nunca... Usted, que con una palabra hubiera podido volverme el sosiego... la estimacion de mi misma... usted, á quien he debido por la vez primera, un pensamiento de felicidad... de porvenir... de orgullo! ¡Ah! desdichada de mí! (Llora.)
 LUIS. ¡Luisa, por Dios!... Yo no olvidaré en mi vida el afecto que usted me demuestra, pero no me pertenezco... tengo deberes que me encadenan... Y aun cuando qui-

siera, sépalo usted, no puedo pensar en casarme.

LUISA. ¡Ni aún con Margarita! (Ella aún gura.)

LUIS. No veo á qué viene aquí el nombre de Margarita.

LUISA. ¡Ah! Leo claramente el pensamiento de usted... y hace mucho tiempo, téngalo usted entendido: sé quién es usted... y la presa que codicia... Pero téngó medios de desenmascararle, de perderle y haré uso de ellos.

LUIS. Puede usted hacer lo que guste, y con tanta más confianza, cuanto que en el terreno de la difamación y de la calumnia no la seguire jamás. La empeño á usted de antemano mi palabra y me retiro. (Váse por la derecha.)

ESCENA V.

LUISA, á poco MARGARITA, D. RICARDO, DOÑA ELENA.

LUISA. Sí, aun cuando me pierda con él... le he de perder y he de herir además en medio del corazón á esa mujer insolente! Ah! ¡seré feliz un momento al ménos!... (Salen Doña Elena, Ricardo y Margarita.)

ELENA. Ea, por fin la hemos hallado, gracias á Dios.

LUISA. ¡Ah! ¡querida señorita, (Corriendo á ella.) ya está usted aquí! ¡qué alegría! ¡estaba muerta de inquietud! ¿Y dónde estaba usted? ¿qué ha sucedido?

ELENA. Nos la hemos encontrado á una legua de aquí... Firúrese usted que el guarda de las ruinas la había dejado encerrada en la torre por inadvertencia... y si no acierta á pasar por allí un campesino se queda en ella toda la noche.

LUISA. ¡Dios mio! qué miedo ha debido usted pasar.

MARG. Sí, he tenido mucho miedo. (Sombría y grave.)

RIC. Señorita, vuelvo á repetirlo, sentiré toda mi vida no haber estado al lado de usted. En tales ocasiones es cuando se aprecia el corazón de un hombre. (Bajando un poco la voz.)

MARG. ¿Qué hubiera usted hecho?

RIC. ¿Qué hubiera hecho? (Con entusiasmo.) Yo... (Con más ti-

vez.) no lo sé... (Señalando al sup. y á la izq.)

MARG. Pues bien, piénselo usted.

ELENA. (Que se ha quitado el chal y el sombrero.) Y ahora vamos á cenar... ¿no es esto? Trinidad nos está ya esperando en la mesa.

MARG. Yo no quiero cenar, madre mia... Este trastorno me ha quitado el apetito.

ELENA. ¡Pobre hija!... Ea, ¿viene usted, don Ricardo? (Cogiendo el brazo á D. Ricardo.) ¿Y usted, Luisa?

MARG. (Bajo á Luisa.) Tengo que decir á usted dos palabras.

LUISA. Bien, señorita. (Doña Elena y D. Ricardo se van por la derecha.)

ESCENA VI.

MARGARITA, LUISA.

MARG. ¿Está usted segura, Luisa, de que no se equivoca cuando dice que el señor Velasco es el marqués de Valleumbrio?

LUISA. Sin duda, señorita: ¿por qué?

MARG. Es que se engaña usted tan completamente sobre su carácter, que no sería extraño se hubiera usted equivocado en lo demás.

LUISA. No entiendo...

MARG. En todo caso, si es noble de cuna lo es también de corazón: yo salgo garante de ello.

LUISA. ¿Ha hecho usted ese descubrimiento recientemente?

MARG. Sí, señora... ese jóven, poco me importa que se sepa, se hallaba á mi lado cuando he sido encerrada en las ruinas, y por salvar mi honra y la suya... porque yo le acusaba, ha arriesgado su vida... ¡se ha precipitado en un abismo!

LUISA. ¡Ah! ¡eso es heroico en efecto! El señor marqués sabe perfectamente el arte de utilizar sus talentos... ayer fué la natación la que nos proporcionó aquella escena tan hábilmente preparada... esta tarde ha sido la gimnasia

Se ve que ha recibido una educacion brillante el tal jó-
ven.

MARG. Lo que hay es que usted aborrece de muerte al tal jó-
ven... (Entrando en sospecha.) y estimaré que me presente
pruebas sólidas, formales, en pago de acusaciones harto
apasionadas para no creerlas sospechosas

LUISA. ¡Ah! ¡soy yo la sospechosa! ¿Quiere usted pruebas? Pues
bien, (Sacando un papel del pecho.) ahí tiene usted una que
no rehusará, porque está escrita de su puño...

MARG. ¿Qué?

LUISA. Escuche usted, escuche usted... ya es tiempo. (Leyen-
do.) «Querido don Ignacio: sigo al pie de la letra las ins-
trucciones de usted; pero, lo confieso, me siento veinte
veces al día próximo á desfallecer ante tan pesada car-
ga: para soportar lo presente necesito á cada paso po-
ner ante mis ojos el porvenir que ha de remediar todas
mis miserias, esa anhelada dote...»

MARG. (Apoderándose de la carta.) ¡Cielos!

LUISA. (Volviendo á cogerla y continuando.) «Esa anhelada dote que
he jurado reconquistar. Serviré como el pastor de la
Biblia cuarenta años si es preciso...» ¡Es lástima que se
haya detenido aquí! Esta carta ha sido hallada y puesta
en mis manos por doña Trinidad... Y bien, ¿qué dice
usted ahora?

MARG. Llame usted á mi madre ahora mismo... ¡en el acto! No
deténgase usted; ni una palabra, yo me encargo de to-
do. (Abre la puerta de la izquierda y salen D. Ricardo, Don
Luis, Doña Elena y Doña Trinidad.)

ESCENA VII.

DICHAS, RICARDO, D. LUIS, DOÑA ELENA, DOÑA
TRINIDAD.

ELENA. (Á D. Luis.) ¿Conque no se resiente usted nada?

LUIS. No, señora.

ELENA. (Á Margarita) Y tú, hija mia, ¿estás ya recobrada del
susto?

MARG. (Con una alegría febril.) ¡Oh! perfectamente! y tanto, que
me siento capaz de ir al baile y no parar en toda la
noche... ¿Usted vendrá con nosotras, Ricardo?

RIC. ¡Oh! lo siento en el alma, señorita; pero mi traje, como
usted ve...

MARG. ¡Oh! es preciso que usted venga... no hay fiesta com-
pleta sin usted... bien lo sabe... vamos, yo se lo pido.

RIC. Señorita, agradezco á usted infinito esa insistencia, pe-
ro verdaderamente...

MARG. Vamos, mire usted que lo tomaré á desaire... ¡Eh! no
tiene usted más que irse ahora mismo á cambiar de
traje y volverse corriendo... Yo me comprometo á es-
perarle hasta media noche si es necesario.

RIC. Usted me confunde, señorita; pero si he de decir á us-
ted la verdad, no tengo carruaje dispuesto... y me es
imposible cabalgar vestido de baile.

MARG. (Vivamente.) Pues bien, haremos que le lleven á usted
y le vuelvan á traer en nuestra carretela; nada, nada;
está dicho. (Volviéndose hácia D. Luis y lanzándole una
mirada terrible.) Señor Velasco, vaya usted á decir que
enganchen... ¡Corra usted! (Esta orden y el tono de Mar-
garita producen en los concurrentes una sorpresa que se revela
por un silencio empachoso.)

ELENA. ¡Margarita! (D. Luis, cortado al pronto, se levanta con grave-
dad, y acercándose á la mesa apoya el dedo sobre un timbre.
Fabian se presenta en el foro.)

LUIS. Fabian, creo que la señora tiene que dar á usted una
orden.

MARG. Ninguna, váyase usted.

RIC. (Mirando á D. Luis.) Pues me gusta el modo de...

MARG. (Como para contenerle.) ¡Ricardo!

RIC. (Con tono provocativo.) No digo nada, señorita, no digo
nada; pero séame lícito que sienta... no tener derecho
á intervenir en esto.

LUIS. (Dando un paso hácia él.) Ese sentimiento, señor mio,

puede usted excusárselo, porque si no he creído deber obedecer las órdenes de esta señorita, estoy enteramente á las de usted y las aguardo.

Ric. ¡Ah! puesto que es así...

ELENA. Señores, ¿qué es esto? (Interponiéndose.)

MARG. Ricardo, necesito hablar con usted al momento. Tenga usted la bondad de acompañarme á la sala. Venga usted, madre mía.

Ric. (Inclinándose.) Señorita... (Al tiempo de salir hace una seña con la mano á D. Luis.) Soy con usted, caballero. (Doña Elena, Margarita y Ricardo vándose por la izquierda, Luisa por la derecha; despues de haber lanzado una mirada á D. Luisa.)

ESCENA VIII.

D. LUIS, FABIAN, que ha permanecido en el foro de la parte de afuera y ha presenciado la escena precedente.

Luis. (Esta desdichada me ha cumplido su palabra. Pero ¿que ha podido decir? ¡Eh! qué me importa! ¡No se trata de eso ahora!) Fabian, mi buen Fabian, ¿está usted ahí? Escuche usted.

Fab. ¡Ah! señorito, qué desgracia! (Acercándose.)

Luis. Sí por cierto, es una desgracia... ¿pero qué quiere usted? Diga usted... El administrador de correos es un oficial retirado; segun creo, ha servido en el ejército?

Fab. Sí, señor. Por mas señas que fué herido cuando la guerra civil...

Luis. Bien. (Colocándose á la mesa y escribiendo.) Eso es... Espere usted... voy á darle á usted para él cuatro letras, que me hará el favor de entregarle corriendo?

Fab. Sí, señor... ¿Pero qué desgracia, señorito! ¡X el tal don Ricardo, que en todo el país no tiene quien le iguale en tirar las armas! ¡Bribonazo!

Luis. Déjelo usted, déjelo usted, no me comerá.

Fab. ¡Ah! si el señorito me permitiera que yo contase á las señoritas lo que he visto esta tarde en el jardin!

Luis. ¡Desdichado! ¿Quiere usted que me tomen por un miserable, por un cobarde?

Fab. Dice usted bien, señorito; no es la ocasion.

Luis. Vamos, ande usted; ¡dése prisa!

Fab. ¡Pero qué desgracia! (Yéndose.) ¡Dios mío! (Vase por el fondo.)

ESCENA IX.

D. LUIS, solo un momento; á poco RICARDO.

Luis. (Reflexionando.) ¡Mi pobre hermana!... sí, terrible es, pero el honor ántes que todo. Cuatro líneas no más á don Ignacio, á todo evento. (Ricardo sale por la izquierda. Luis se levanta.)

Ric. (Con gravedad.) Caballero, vengo á dar con usted un paso algo irregular y que no deja de costarme... pero obedezco órdenes que son para mí sagradas... Además, mis antecedentes ponen mi valor á cubierto de cualquier suposicion desfavorable... En suma, vengo comisionado por esas señoras para hacer á usted presente su pesar por lo que ha sucedido. Margarita, en un momento de distraccion, ha dado á usted poco há algunas instrucciones que no eran de su incumbencia. La susceptibilidad de usted se ha resentido justamente: todos lo reconocemos.

Luis. Caballero, me basta con eso.

Ric. Deme usted la mano.

Luis. Ahí está. (Dándosela.)

Ric. (Con menos tirantez.) Y ahora, señor de Velasco, esas señoras esperan que un descuido momentáneo no las privará de los buenos oficios de usted, cuya importancia y valor aprecian. Por lo que á mí hace, me doy la enhorabuena de haber adquirido hace un instante el derecho de unir mis instancias á las suyas. Mis deseos de formar parte de la familia han sido bien acogidos.

Luis. ¡Ah!

Ric. Y yo le agradeceré á usted sobremanera que no niegue su apoyo en visperas de un suceso que circunstancias de familia, la salud del señor Novoa, nos obligan á precipitar. (Fabian sale trayendo una gran cartera.)

Luis. ¡Ah!

Ric. ¡Ah! gracias... (Toma la cartera y la coloca sobre la mesa. Fabian se retira al momento.) Aquí están precisamente los papeles del señor Novoa. Esas señoras, en testimonio de su ilimitada confianza, ruegan á usted que tenga la bondad, respetando naturalmente lo que debe ser respetado, de entresacar los apuntes y datos que se necesitan para extender los contratos, sin perjuicio de llenar más tarde las demas formalidades.

Luis. Bien está, caballero; cuente usted conmigo.

Ric. (Con llaneza y jovialidad.) Sí que cuento, señor de Velasco... y permítame usted que confie en que hemos de ser amigos... ¿no es verdad? ¡Ya se ve, como no nos conocíamos! Yo, lo confieso, tenía contra usted cierta prevención que á Dios gracias ha desaparecido. Usted por su parte me habrá juzgado tal vez algo temerariamente... pero ya me irá usted conociendo y verá que soy un buen muchacho... ¡Ah! no es decir que no tenga mis defectos, los he tenido y muy grandes, me ha gustado mucho el bello sexo... ¿Pero y qué? eso prueba que tengo buen corazón... Y en fin, ya estoy en el puerto... de lo cual, acá *inter nos* me doy la enhorabuena... porque empezaba á... declinar... pero de hoy en adelante no quiero pensar más que en mi mujer y en mis hijos... y puede usted estar seguro, mi carísimo don Luis, de que mi mujer será completamente dichosa... es decir, todo lo que se puede ser con una cabeza como la suya... porque si se empeña en que he de ir á coger la luna y las estrellas con las manos, por darla gusto! ¡Lo que es eso, nó! ¡eso es imposible!... Conque venga otra vez esa mano, (D. Luis se la da.) y corro á decir á esas señoras, que usted se nos queda á perpetuidad. (Al tiempo de salir.) (Hasta despues del contrato.)

(Vase por la izquierda.)

ESCENA X.

LUIS solo.

¡Y este es el hombre que juzga digno de ella! Si, comprendo! Él al ménos la trae un caudal casi igual al suyo... es ménos sospechoso... ¡desventurada! Ignora que en este mundo los más miserables no son siempre los más pobres! ¡En fin!... ¡Ah! ¡y ademas es mujer! se cree ofendida y echa mano de la primera venganza que se le presenta. Quiere ver con qué cara soportaré los tormentos... Pues yo la juro que esta frente ha de verla impávida hasta el pie del altar. ¡Su altivez palidecerá ante la mía! (Con dolor profundo.) En cuanto al corazón, ella no le verá. (Se sienta.) ¡Vamos á ocuparnos de su contrato!... Veamos estos papeles... (Abre la cartera y recorre los diversos documentos que contiene.) Veamos. Nada de esto es nuevo para mí... Títulos de pertenencia... nada reservado... ¡Algunas recomendaciones... á mis hijos!!! (De repente y con estopor.) ¡Mi apellido! ¡que quiere decir esto! ¡el nombre de mi padre! (Apodérase vivamente de uno de los documentos y lee apresuradamente.) ¡El marqués don Santiago de Valleumbrió, mi abuelo!.. sí... en las Américas... en Méjico teníamos nosotros por aquella época inmensos bienes... y, me acordó, sí... un administrador llamado Novoa! Pero aquel pereció con su hijo en la fatal noche en que mi abuelo sostuvo el último combate... veamos... (Lee.) «Al ver venir los acontecimientos mi padre tuvo cuidado de vender las haciendas!» ¡Su padre!.. Será tal vez este anciano... (Lee.) «Teníamos orden de requirnos durante la noche con la escuadrilla que debia acompañar á España á la fragata del general marqués de Valleumbrió!!! En la travesía dimos con un crucero francés... mi padre murió defendiéndose... á mí me dieron á elegir entre ser

fusilado inmediatamente ó revelar el secreto de la en-
senada donde se había refugiado la flotilla española. En
premio de aquella traicion me concedian el valor de las
haciendas vendidas, las sumas considerables de que era
portador...» ¡Cielos! «Yo era muy jóven, casi niño... y
cedí. Una hora despues, el general Velasco había pereci-
do á bordo de su fragata!» ¡Miserable! ¡Ah! y despues re-
mordimientos, si... «Dios sabe que desde aquella época
he lavado con sangre enemiga y con la mia propia la
mancha echada en una hora de debilidad al pabellon de
mi patria!» Y para no sonrojarse delante de sus hijos se
ha guardado el fruto de su crimen... ¡Providencia!...
Pero entónces el que debe hablar como amo aquí, soy
yo. (Se levanta en un raptó de cólera.) ¡Y hablaré! ¡sí, ha-
blaré! Harte he sufrido! ¡Hartas afrentas he devorado!...
¡Eh! yo no soy santo! ¡En este corazon que han piso-
teado hierve la sangre! ¡Ahora lo verán! Esa mujer des-
piadada va á saber á su vez lo que es la humillacion.
Su roberbia va á sentir el peso del oprobio! Es una mu-
jer, bien lo sé; pero ahora tiene un defensor... Pues
bien, tanto mejor, que la defienda... (Ábrese la puerta de
la izquierda y oýese la voz de Margarita, que dice:)

MARG. Voy, madre mia. ¡Cielos... Velasco! (Margarita sale á la
escena y la atraviesa lentamente mirando á D. Luis. La resolu-
cion de ésto se desvanece ante aquella mirada. Margarita vá
por el foro derecha.)

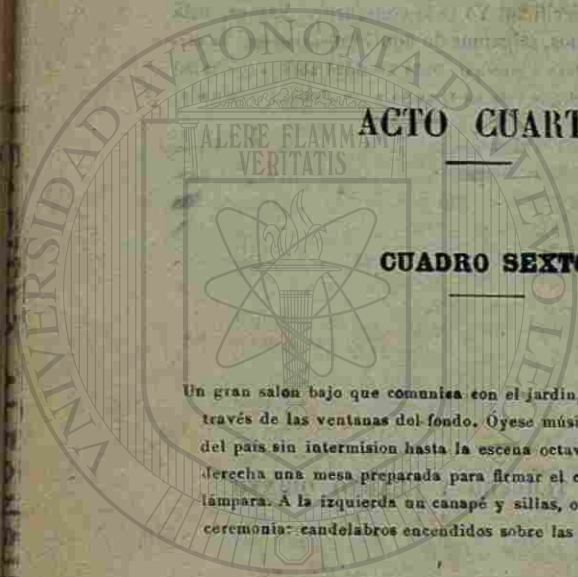
ESCENA XI.

D. LUIS, solo.

¡Jamás! no, jamás, si depende de mí, el rubor de la ver-
guenza no empañará nunca esa noble frente. Este so-
creto, este secreto terrible no pertenece más que á mí...
Ese anciano, mudo ya como si se hallara en el sepul-
cro, no puede ni aun revelarle... Pues bien... quede

destruido el tal secreto. (Quema el papel.) ¡Madre mia,
si mis faltas para contigo no están bastante expiadas;
acepta este sacrificio! Yo te le consagro... Vamos, está
dicho; salgamos, salgamos de aquí. (Mientras coge la car-
tera, disponiéndose á marchar, Doña Trinidad abre la puerta del
foro, ve el papel que arde en el suelo y se detiene á mirar.
Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO Y CUADRO QUINTO.



ACTO CUARTO.

CUADRO SEXTO.

Un gran salón bajo que comunica con el jardín, cuyos árboles se ven á través de las ventanas del fondo. Oyése música dentro, que toca aires del país sin intermisión hasta la escena octava. Puertas laterales. Á la derecha una mesa preparada para firmar el contrato, y sobre ella una lámpara. Á la izquierda un canapé y sillas, ordenadas como para una ceremonia: candelabros encendidos sobre las consolas.

ESCENA PRIMERA.

D. RICARDO, vestido de etiqueta. FABIAN.

Ricard (Entrando.) Está todo preparado, ¿no es verdad? La mesa aquí; ¡bien! Y las butacas para las señoras... ¡muy bien! ¿Ha llegado el notario?
Fab Sí, señor; se pasea allí con don Luis.
Ricard ¡Bien! ¡Bravo!... ¡Ah! Fabian, dé usted de beber á toda esa gente honrada hasta que se pongan todos á medios pelos, y á los músicos, especialmente, hasta que cada uno empiece á tocar una cosa distinta. (Frotándose las manos.) Será un concierto... sin concierto. Por lo de-

mas, ya sabe usted lo que se ha dispuesto: á las nueve en punto se firma el contrato, y en el mismo instante los fuegos artificiales...

FAB. Pero señor, he reflexionado una cosa: si don Pedro pregunta y quiere informarse de lo que pasa...

RIC. Pues qué, ¿don Pedro oye? (Bajando la voz.)

FAB. Oye poco; pero si se mete mucho ruido...

RIC. ¡Ah! ¡diantre!... Pues entonces suprima usted los cohetes. ¡Ah! Fabian, cuando bajen las señoras deje usted entrar una comision que parece han nombrado los habitantes de la aldea para felicitarnos; pero que entren las mujeres solamente, ¿entiende usted? ¿Qué necesidad tenemos aquí de contemplar las salvajes figuras del sexo feo? Las mujeres únicamente, y las más jóvenes. En una fiesta es preciso que todo sea gracioso, Fabian.

FAB. ¡Señor!

RIC. Conque nada de cohetes; es cosa convenida.

FAB. Está bien, señor. (Al retirarse Fabian entra Luisa.)

ESCENA II.

LUISA, D. RICARDO.

RIC. ¡Ah! ¡diantre! (Tararea procurando evadirse.)

LUISA. ¡Al fin, caballero, logro encontrar á usted solo!

RIC. ¡Ah! ¿es usted, Luisa? ¿Qué tal? Hé aquí una noche bastante... una noche que... ¿no es cierto?

LUISA. Que corona sus proyectos de usted y su perfidia, ¿no es verdad?

RIC. ¡Ah! ¡por favor, Luísa, no turbe usted mi tranquilidad; necesito estar sereno, muy sereno, serenísimo! Si usted pudiera leer en mi corazón!

LUISA. ¡Cómo! ¿todavía dura esa chanza? ¿Usted pretende hacerme creer aún, en estas circunstancias...

RIC. ¡Pero, Luísa, usted se muestra conmigo injusta, terriblemente injusta!... ¿Qué ha pasado? Usted lo sabe lo-

mismo que yo... Antes de haber yo sentido una inclinacion... que no olvidaré nunca... me habia comprometido temerariamente por otro lado... Ahora me han puesto entre la espada y la pared, y...

LUISA. Sí, usted se sacrifica, lo comprendo.

ESCENA III.

DICHOS, LUIS, por el fondo.

LUIS. Don Ricardo, el notario desea una breve conferencia con usted.

RIC. (Apresuradamente.) Bien, gracias, voy al momento, voy... (A Luisa.) Siempre cruel... (Vase.)

ESCENA IV.

D. LUIS, LUISA.

LUISA. ¡Ah, don Luis, cuánto debe usted maldecirme en este momento! (D. Luis hace un movimiento para retirarse y no responde.) ¡Y usted no ha dicho nada para acusarme cuando tan bien podía hacerlo!... ¡Ah! ¡me sería tan grata una palabra bondadosa de usted!

LUIS. (Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.) La compadezco á usted y la perdono.

LUISA. Gracias. (Doña Elena, Margarita y Doña Trinidad, con ricos vestidos y tocados, entran por el fondo. D. Luis las saluda y permanece á un lado. Fabian en el fondo.)

ESCENA V.

DICHOS, MARGARITA, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, FABIAN.

ELENA. No veo al doctor Gonzalez. (A Fabian.) ¿No ha venido?

FAB. Si señora: pero ha entrado primero en el cuarto del amo.

ELESA. ¡Ah! muy bien. (Se dirigen hacia los asientos que les tienen preparados.)

LUISA. (A Margarita cuando pasa por su lado.) Señorita, se le va á caer á usted esta flor. (Margarita se detiene y Luisa, mientras le atregia el tocado, la dice con emocion.) Señorita, nos habíamos engañado. Don Luis tiene una hermana, acabo de saberlo... y seguramente al dote de su hermana era al que se referia en aquella carta.

MARG. (Lanzándola una mirada terrible.) ¡Hubiera usted debido matarme ántes que engañarme... hubiera sido ménos duro para mí, más generoso de su parte!

LUISA. Yo tambien me engañé.

MARG. Usted le amaba. (Con violencia reprimida.) Si... no lo niegue usted... es su única disculpa.

LUISA. Todavía sería tiempo...

MARG. ¡Tiempo todavía! ¡Y su palabral y la mía!... ¡Ah! nosotros sabemos cumplir lo que ofrecemos... ¡Él... y yo! (La deja y va á ocupar su sitio al lado de su madre.)

ESCENA VI.

DICHOS, D. RICARDO, el NOTARIO.

RIC. (Al Notario.) Perfectamente, amigo mio; usted es un notario... notable. Entre usted... Ah fuera se encuentra una comision... rústica, que desea ser admitida á felicitar á ustedes, es decir, á felicitarlos á nosotros...

ELENA. Pues qué entre.

RIC. Fabian, que entren esos aldeanos... es decir, las aldeanas solamente, y las más jóvenes. En una fiesta todo debe ser agradable.

ESCENA VII.

DICHOS, ménos FABIAN, CRISTINA, con algunas otras jóvenes en traje vascongado, COSME, aldeano viejo con aire asimplado, viene en medio de todas.

RIC. (Reparando en Cosme.) ¡Calla! ¿No he dicho que las

mujeres solamente?... ¿Quién es ese majadero? ... ¿Qué es lo que tú vienes á hacer aquí? vamos á ver.

COSME. ¿Yo? estoy con estas doncellitas...

RIC. ¡Ya, ya lo veo! ¿Que estás con estas doncellitas!... Y ero es precisamente lo que me disgusta... Pero tú no eres una doncellita, ¿no es verdad?

COSME. ¡Ah! ¿no señor!

RIC. ¡Ah! ¿no señor!... Pues vete de aquí... Cuidado que es estúpido este aldeano.

COSME. Es que yo soy el maestro de escuela del lugar: yo he compuesto el discurso y venia por si les faltaba la memoria.

RIC. ¡Ah! es el apuntador, el pájaro Pinto... Eso es otra cosa. Que entre. Señoras, es el apuntador... ¿Y cuál es el orador de la graciosa cuadrilla?

COSME. (Señalando á Cristina.) Esta, señor.

RIC. ¡Ah! la del perrito, la conozco.. Adelante, hija mia; yo mismo te presentaré á estas señoras. (Mientras la lle va de la mano hácia la izquierda.) Y es bonita de veras esta niña .. y en creciendo un poco... (Con galanteria.) ¿Cómo te llamas, hija mia? no me acuerdo...

CRIST. Cristina, señor.

RIC. ¡Ah! sí. ¿Vives cerca de aquí?

CRIST. Junto al molino, sí señor.

RIC. Sí, sí; muy bien. (Cristina se detiene delante de Margarita,

Cosme se coloca detrás de Cristina, el grupo de aldeanos algo detrás.)

COSME. (Á Cristina.) ¡Anda, viva!

CRIST. ¿Empiezo ya?

COSME. Si, anda... (Apuntando.) «Señorita...»

CRIST. (Recitando muy turbada.) «Señorita: los antiguos, en esta hermosa fiesta de himeneo, tenían la ingeniosa costumbre de encender una antorcha...» (Se detiene.)

COSME. (Apuntando.) «Simbólica...»

CRIST. «Simbólica... Esta antorcha simbólica... señorita...»

COSME. (Apuntando.) «Dos veces simbólica...»

CRIST. (Volviéndose á él.) ¡Pero si ya lo he dicho dos veces!

COSME. ¡Tontuela!

CRIST. ¿Y qué? yo no me acuerdo de más, yo no sé más; señorita, disimule usted. Pero lo que si la sabré decir de corrido y sin equivocarme, es que la queremos todos mucho, y que de todo corazon pedimos á Dios que sea feliz con su prometido.

RIC. (Riendo.) ¡Brava! ¡Brava!

MARG. Bien, hija mia, bien, gracias.

CRIST. (Señalando á D. Luis con curiosidad.) ¿Es este el señor novio?

MARG. No, hija mia.

CRIST. (Señalando á D. Ricardo.) Entonces es este otro.

MARG. Sí.

CRIST. ¡Ah! ¡qué lástima!

RIC. (Esforzándose por reir.) ¡Ah! ¡qué chistosa! ¡qué... sinceridad silvestre!

ELENA. Venid todas á buscarme mañana temprano.

COSME. (En coro con las aldeanas.) Si señora.

RIC. Eso es; venid mañana temprano todas á buscarme... es decir á buscar á esta señora. (Las aldeanas se retiran al fondo.) Y ahora el notario aquí, perfectamente. (Apenas se ha sentido el Notario, se oye ruido fuera.) Y bien, ¿qué sucede? (El Doctor Gonzalez se presenta en el fondo, Ricardo corre á su encuentro, Doña Elena se levanta.)

ESCENA VIII.

DICHOS, el DOCTOR GONZALEZ.

ELENA. ¿Qué es lo que pasa? por Dios, señores.

RIC. (Después de haber cambiado algunas palabras en voz baja con el Doctor.) Dios mio, señora, no hay que asustarse; pero en fin, su padre político de usted... está peor...

ELENA. ¿Está peor?

DOCT. Si señora; se halla afectado de una grande agitacion nerviosa... y este síntoma, en su mucha edad y con la enfermedad que le aqueja, es siempre grave.

ELENA. ¡Ah! ¡Dios mío! Corro á su lado... Margarita, hija mía, vamos pronto... ¡Ah! (Las aldeanas, que habian quedado en el fondo, se apartan con un movimiento de terror; D. Pedro Novoa aparece pálido, andando con paso vacilante y siniestro; se detiene y se apoya en los arcos de la puerta. Fabian le sigue. Doña Elena, su hija y el Doctor se aproximan al anciano.)

ESCENA IX.

DICHOS, NOVOA, FABIAN.

DOCT. (En voz baja.) (Pero Fabian, usted le ha dejado...
 FAB. El amo ha querido salir... no he podido impedirselo...
 MARG. Padre mío, ¿me conoce usted? (Novoa hace con la cabeza una señal grave y afectuosa.) ¿Quiere usted tomar mi brazo? (El anciano rebusa.) ¿Está usted cansado? ¿Quiere usted descansar? (Novoa indica que sí)
 DOCT. Bien; pues acerquen ustedes ese sillón y cierren esas ventanas.. Señor de Novoa, usted se encuentra aquí mejor; se respira un ambiente más puro. (Novoa, después de una débil señal con la cabeza se sienta en el sillón.) Mientras que él se encuentre bien aquí es preciso dejarle... En cuanto á ustedes, señoras, harían bien en retirarse. Está más tranquilo ahora, no hay peligro por el momento y deben ustedes reservar sus fuerzas... Temo que tengan muy pronto necesidad de ellas.
 ELENA. ¡Oh! nosotras no podemos dejarle ahora. Iremos solamente á cambiar de traje, á despojarnos de estos adornos que forman un contraste demasiado cruel con la situación del enfermo, y volvemos en seguida.
 DOCT. Bueno, pues vayan ustedes, que don Luis y yo velaremos entre tanto.
 LUIS. ¡Con la mejor voluntad!
 RIC. ¡Oh! yo me ofrezco igualmente. (¡Diantre de contra-tiempo!)
 DOCT. Después, caballero, después. Ahora no es necesaria mucha gente... Hay que evitar el ruido... Vea usted...

se ha dormido... (D. Ricardo se va por el fondo; las señoras y Fabian por la derecha, las aldeanas y Cosme por donde vinieron)

ESCENA X.

NOVOA reclinado y dormido en el sillón; D. LUIS, el DOCTOR GONZALEZ. El salón sin más luz que la lámpara que está sobre la mesa. Fabian se ha llevado los candelabros.

LUIS. ¿Y bien, Doctor?
 DOCT. Es que llega el fin de su larga existencia; la lucha de la vida con la muerte puede durar bastante, sin embargo.
 LUIS. ¿Y no se puede hacer nada?
 DOCT. ¡Nada! únicamente se le puede dar alguna poción calmante... Voy á dejar á usted un momento para prepararla yo mismo.
 LUIS. Sí, vaya usted...
 DOCT. Si vuelven las señoras, ahí estoy.
 LUIS. Bien. (Vase el Doctor por la izquierda.)

ESCENA XI.

NOVOA, D. LUIS.

LUIS. ¡Este desgraciado! (Mirando al anciano dormido.) A pesar de todo está arrepentido... ¡Ha sufrido, ha expiado su falta! ¡Y es á mi á quien la Providencia encarga de velar su último sueño... ¡Incomprensible destino! ¡Oh! y yo le envidio ese sueño... Este día me ha quebrantado el alma y el cuerpo; cuán cansado y cuán desalentado estoy! (Se sienta junto á la mesa, y apoya su cabeza en la mano; la luz de la lámpara ilumina su rostro. Novoa se despierta, su mirada extraviada se detiene en la fisonomía de Luis y parece sobrecogido de admiración y de terror. Levántase con esfuerzo. Luis espantado se levanta al mismo tiempo. Ábrese la puerta del fondo. Margarita aparece; y al ver á su afuero se detiene con asombro al principio y luego con espanto.)

ESCENA XII.

DICHOS, MARGARITA, en el fondo.

- NOVOA. (Con voz suplicante.) Señor marqués, perdon, perdon.
LUIS. ¡Cielos! (Luis helado de espanto permanece inmóvil.)
NOVOA. ¡Señor marqués, perdon! (Dando dos pasos hacia Luis con la solemnidad de un espectro.)
MARG. (Con terror.) ¡Dios mio! ¿qué dice?
LUIS. (Comprendiendo de repente, se adelanta hacia el anciano, y deteniéndose delante de él, extiende la mano sobre su cabeza.) ¡Descansa ya, Novoa, yo te perdono! (El rostro de Novoa expresa al momento una grande alegría, vacila y Luis le detiene.)
MARG. (Acercándose á Luis.) Don Luis, ¿qué significa esto? Hable usted por favor... ¿usted conoce algun secreto terrible?
LUIS. ¿Yo? Ninguno. Me presto á su delirio, hé aquí todo.
MARG. Padre mio... padre del alma, hable usted, hable usted todavía, se lo suplico... usted tiene alguna idea, algun recuerdo que le atormenta... ¿No es esto, no es esto, padre mio? ¡Hable usted en nombre del cielo! en nombre del Dios de las misericordias. (El anciano entresbre los labios como para hablar. Margarita escucha con angustiosa ansiedad, pero de repente Novoa extiende los brazos, exhala un profundo suspiro y cae sin movimiento en el sillón.)
MARG. ¡Ah! ¡madre mia! (Dando un grito y cayendo de rodillas.)

ESCENA XIII.

DICHOS, el DOCTOR, que llega apresuradamente.

- DOCT. (Poniendo la mano sobre el corazón del anciano.) ¡Ore usted, señorita!

FIN DEL ACTO CUARTO Y CUADRO SEXTO.

ACTO QUINTO.

CUADRO SÉTIMO.

La misma decoracion que el anterior. En medio del salon una mesa; bujías encendidas.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, D. RICARDO en pie cerca de la mesa, alrededor de la cual están sentados D. IGNACIO, MARGARITA, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, LUISA.

- IGNAC. ¿No cree usted á propósito, señora, convocar aquí á los criados de la casa?
ELENA. Si es necesario...
IGNAC. Necesario, no, señora.
ELENA. Pues entónces prefiero que permanezcamos solos los que estamos aquí.
IGNAC. Como usted guste. (Dirigiéndose á Doña Elena y á Margarita.) Cuando hace ocho dias me enviaron ustedes un expreso á Tolosa, donde aún me hallaba, anunciándome la pérdida que acababan de sufrir, é invitándome á venir á su lado, yo me apresuré á complacerlas; una vez

ESCENA XII.

DICHOS, MARGARITA, en el fondo.

- NOVOA. (Con voz suplicante.) Señor marqués, perdon, perdon.
LUIS. ¡Cielos! (Luis helado de espanto permanece inmóvil.)
NOVOA. ¡Señor marqués, perdon! (Dando dos pasos hacia Luis con la solemnidad de un espectro.)
MARG. (Con terror.) ¡Dios mío! ¿qué dice?
LUIS. (Comprendiendo de repente, se adelanta hacia el anciano, y deteniéndose delante de él, extiende la mano sobre su cabeza.) ¡Descansa ya, Novoa, yo te perdono! (El rostro de Novoa expresa al momento una grande alegría, vacila y Luis le detiene.)
MARG. (Acercándose á Luis.) Don Luis, ¿qué significa esto? Hable usted por favor... ¿usted conoce algun secreto terrible?
LUIS. ¿Yo? Ninguno. Me presto á su delirio, hé aquí todo.
MARG. Padre mío... padre del alma, hable usted, hable usted todavía, se lo suplico... usted tiene alguna idea, algun recuerdo que le atormenta... ¿No es esto, no es esto, padre mío? ¡Hable usted en nombre del cielo! en nombre del Dios de las misericordias. (El anciano entresbre los labios como para hablar. Margarita escucha con angustiosa ansiedad, pero de repente Novoa extiende los brazos, exhala un profundo suspiro y cae sin movimiento en el sillón.)
MARG. ¡Ah! ¡madre mia! (Dando un grito y cayendo de rodillas.)

ESCENA XIII.

DICHOS, el DOCTOR, que llega apresuradamente.

- DOCT. (Poniendo la mano sobre el corazón del anciano.) ¡Ore usted, señorita!

FIN DEL ACTO CUARTO Y CUADRO SEXTO.

ACTO QUINTO.

CUADRO SÉTIMO.

La misma decoracion que el anterior. En medio del salon una mesa; bujías encendidas.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, D. RICARDO en pie cerca de la mesa, alrededor de la cual están sentados D. IGNACIO, MARGARITA, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, LUISA.

- IGNAC. ¿No cree usted á propósito, señora, convocar aquí á los criados de la casa?
ELENA. Si es necesario...
IGNAC. Necesario, no, señora.
ELENA. Pues entónces prefiero que permanezcamos solos los que estamos aquí.
IGNAC. Como usted guste. (Dirigiéndose á Doña Elena y á Margarita.) Cuando hace ocho dias me enviaron ustedes un expreso á Tolosa, donde aún me hallaba, anunciándome la pérdida que acababan de sufrir, é invitándome á venir á su lado, yo me apresuré á complacerlas; una vez

aquí, tuvieron ustedes la bondad de honrarme con su confianza, encargándome que procediera á formar el inventario de los papeles particulares del difunto don Pedro Novoa, padre político de usted, señora, y abuelo de usted, señorita. Desde luego daré á ustedes cuenta en resumen del resultado de mi examen y despues entraremos en los detalles relativos á las cantidades. Empezaré, señores, poniendo en su conocimiento que aunque todas las piezas relativas á las voluntades testamentarias del señor Novoa, están colocadas en carpeta numeradas con el mayor cuidado, no he podido encontrar hasta ahora la que debía llevar el número primero, la carpeta número primero falta. (Doña Trinidad dirige una mirada á D. Luis.) La carpeta núm. 2, arregla de una manera muy honrosa lo que corresponde á doña Elena.

ELENA. Bien, adelante, adelante, amigo mio; supongo que mi hija no desampara á su madre, de consiguiente estoy tranquila.

RIC. En cuanto á eso, querida mamá suegra, aquí estoy yo (Bajo á D. Ignacio.) (Qué cantidad es la que...)

IGNAC. Un poco de paciencia, caballero, si usted gusta. La carpeta número 3, provee á los intereses de la señorita Luisa. (Esta mira á D. Luis como para darle gracias.)

ELENA. ¡Cuánto me alegro!

LUISA. ¡Señora!

IGNAC. La carpeta número 4 contiene diversos legados á favor de los criados; y no hay más.

TRIN. ¿Está usted seguro de que no hay más?

IGNAC. Segurísimo.

TRIN. ¿De modo que para mí no hay nada?

ELENA. Tranquílese usted, mi querida prima, partiremos la misma choza.

TRIN. (Con acritud.) Gracias, prima; pero por eso no es ménos extraño... Por lo demas, sé muy bien á quien debo agradecer esto... Á ^{Don} ~~este~~ caballero, (Señalando á D. Luis.) que me ha honrado siempre con su... amistad particu-

lar... Y ahora empiezo á comprender...

LUIS. Señora, yo soy el que no comprendo...

TRIN. ¿Comprenderia usted mejor sin duda si yo le preguntase qué es lo que ha hecho de la carpeta número 1.ª?

LUIS. Señora... (Turbado. Todas las miradas se fijan en él.)

ELENA. Prima, ¿qué quiere usted decir?

IGNAC. Si; ¿qué quiere usted decir?... Haga usted el favor de explicarse.

TRIN. Quiero decir que cierto dia yo misma, con mis propios ojos, ví al señor quemar un papel extraido de esa carpeta, y que el sobre que encontré al lado del brasero de usted, prima, y que tuve buen cuidado de recoger, tiene precisamente el número que aquí falta, y en prueba de ello voy á buscarle. (Se levanta y todos hacen lo mismo: los criados llevan la mesa al fondo.)

IGNAC. Espere usted, señora... Don Luis, ¿qué dice usted?

ELENA. Don Luis...

RIC. ¡Y bien, caballero!

LUIS. (Con turbación.) Lo que dice es cierto, solo que se engaña acerca del contenido de aquel papel; no contenia disposicion alguna en su favor, era... un papel insignificante, que creí podía quemar. (D. Ignacio le mira con asombro.)

RIC. (A fé mia que la cosa no tiene malicia.)

ELENA. (A Luis.) ¿Pero es posible que haya usted abusado así de nuestra confianza?

LUIS. Señora, repito que ustedes se engañan sobre la importancia...

IGNAC. Pero en fin, ¿cuál era el contenido de ese papel?

LUIS. No puedo decirlo. (Movimiento general.)

ELENA. Lo siento mucho, don Luis, pero usted mismo conocerá que desde este momento no podemos vivir bajo el mismo techo.

LUIS. (Inclinándose.) Lo conozco, señora. Adios. (Se aleja.)

MARG. Don Luis, ¿no tiene usted nada... nada que decir en su defensa?

LUIS. Nada. (Saluda otra vez y se va por el foro.)

ESCENA II.

DICHOS, menos D. LUIS:

- IGNAC. ¡Si, sí... comprendo: eso es!
- ELENA. ¿Ha visto usted, don Ignacio, qué desengaño?
- IGNAC. ¿Desengaño?... Sí... sí, señora.
- RIC. A mí no me sorprende lo que ha pasado. ¡Nunca fué santo de mi devoción! Empezó haciendo habilidades con un caballo y concluyó escamoteando papeles: era un discípulo de Bosco, un Macallister.
- TRIN. Todo eso y mucho mas será; pero el hecho es que me quedo sin mi legado, porque estoy bien segura de que en aquel papel...
- IGNAC. Sosiéguese usted, doña Trinidad: si contenía su legado de usted, no se ha perdido nada, porque yo tengo el duplicado... ¡aquí está!
- TODOS. ¡Cómo!
- IGNAC. Por un exceso de precaucion, que hoy vemos no era infundado, el señor de Novoa me había confiado este secreto, que me estaba prohibido revelar mientras él viviese, que yo esperaba no tener que revelar nunca. Pero ya que es preciso, (Á Margarita y á su madre.) lean ustedes... de su misma letra...
- MARG. (Recorriendo apresuradamente el papel.) El marqués de Valleumbrio... Méjico... ¡Ah! ¿es posible!... ¡Oh! ¡Dios mío! sí, sí... ¡ahora comprendo aquellas palabras misteriosas, supremas! ¡Oh! ¡qué vergüenza!
- ELENA. ¡Hija mía!
- IGNAC. ¿Quiere usted que le llame? (Á Margarita.)
- MARG. ¡Á él! ¡Oh! no... ¡Avergonzarme delante de él, nunca! Pero que se quede, que se quede aquí... Á nosotras, á nosotras es á quien toca marchar. Venga usted, madre mía, venga usted; salgamos de esta casa... ¿Lo oye usted? (Á D. Ignacio.) ¡Nunca!... ¡Oh! ¡qué vergüenza! (Vase por la derecha, sostenida por su madre y por Luis.)

ESCENA III.

D. RICARDO, D. IGNACIO, DOÑA TRINIDAD.

- RIC. Señor mío, ¿sabe usted que le quedaria agradecido si tuviera usted la bondad de explicarme lo que pasa? Porque si entiendo una palabra...
- TRIN. Sí, por Dios, díganos usted lo que sucede...
- IGNAC. Sucede que la fortuna del señor Novoa, á consecuencia de sucesos de familia que constan en este papel, pertenece á don Luis, y que Margarita parece dispuesta á restituírsela.
- RIC. ¿Qué es lo que usted dice? conque Margarita se queda sin... ¡ay! ¡ay! ¡ay!
- IGNAC. No puedo explicar á ustedes el motivo; pero en cuanto al hecho, doy fé.
- TRIN. Pero entónces... ¿hay más que hacer una cosa? Voy á decirselo... Así como así, bastante tiempo hace que se aman. (Vase por la derecha.)

ESCENA IV.

D. RICARDO, D. IGNACIO.

- RIC. ¿Qué es lo que dice? ¿Será cierto que se aman? ¡Y yo que no lo había reparado! Pues entónces voy á decir como ella...
- IGNAC. (Con ironía.) ¡Oh! tranquilícese usted. Tiene usted la palabra de Margarita y no es justo sacrificar á usted.
- RIC. Si, señor, sacrifiquenme ustedes, sacrifiquenme; tienen ustedes mi permiso para sacrificarme... Aquí no se me hace justicia... yo no sé qué motivo le dado para que se interpreten mal todas mis acciones, para que se me tenga por un hombre sin alma, sin corazón. ¡Ah!

ESCENA V.

DICHOS, FABIAN.

FAB. Don Ignacio, si usted pudiera venir con las señoras... la señorita Margarita llora que es una compasion... y la señora suplica á usted...

IGNAC. Voy allá.

RIC. Y yo con usted; voy á decirlas que obren como si yo no existiera... ¿Qué más puede exigirse de mí? Que obren como si yo no existiera. No me hacen justicia. (Vánse los dos por la derecha.)

ESCENA VI.

FABIAN, despues D. LUIS.

FAB. (Apagando las bujías) ¿Pero qué es lo que pasa, Dios mio? Don Luis se marcha... la señorita quiere irse tambien á pie, por la noche...

LUIS. ¡Fabian! (Entrando por el fondo y con timidez.)

FAB. ¡Ah! Don Luis... ¡cuánto me alegro de ver á usted aún!...

LUIS. ¿Quieres por última vez hacerme un favor?... Toma dos ó tres paquetes que hay en mi cuarto y haz que los lleven al extremo de la avenida, donde espera un arriero, que los conducirá á Tolosa. Anda, amigo mio, yo te sigo.

FAB. Señor don Luis...

LUIS. Á no ser que rehuses...

FAB. ¡Oh! ¡Dios mio! rehuser yo...

LUIS. Pues anda.

(Fabian se va por el fondo murmurando tristemente.)

ESCENA VII.

D. LUIS.

¡Valor! ¡es preciso partir! Esta es la última prueba, pero tambien la más amarga... ¡Padir!... En este momento supremo me parece que no he sufrido nada ántes de ahora, y dejar este sitio para siempre, aunque ha sido para mí un lugar de continuos tormentos, me parece que dejo un paraiso! ¡Ah! ¡cuán débil es el corazon del hombre! ¡Ahora mismo estaba yo en ese jardin, espiando como un niño el instante en que podría deslizarme en este salon... para estar un momento más cerca de ella!... Sí, ahí la he visto todo el dia al lado de su madre... Este bordado que su mano ha recorrido... (Toma el bordado y le besa.) ¡Ah! ¡cuánto la amaba! ¡Adios! adios! (Margarita aparece en la puerta de la izquierda y se detiene.)

ESCENA VIII.

MARGARITA, LUIS.

LUIS. (Sin verla) ¡Ea! ¡ya es demasiada debilidad! Partamos. (Al volverse ve á Margarita.) ¡Ah!

MARG. Señor marqués, no es usted quien debe partir. Está usted en su casa; todo cuanto hay aquí le pertenece...

LUIS. ¡Cómo! usted sabe...

MARG. ¡Todo!... La Providencia no ha querido que su noble desinterés de usted quedase ignorado. Don Ignacio tenía el duplicado del papel que con tanta abnegacion había usted destruido. Mi madre y yo vamos á dejar esta casa... Yo no quería volver á ver á usted por no sonrojarme en su presencia; pero ¿qué importa que sufra una vez delante de usted aquella que le ha hecho sufrir tantas con su injusticia?... Señor marqués, suplico á usted que me perdone.

LUIS. ¿Yo perdonar á usted? ¡Oh! ¡nunca la he acusado!
MARG. ¡Es verdad! Pero queria usted dejarlos tambien, como la tarde que nos encontramos en las ruinas, y ahora no puedo detener á usted como allí abriéndole mi alma, porque en aquella noche, cuyo recuerdo no se apartará nunca de mi, juró usted...

LUIS. Juré que aunque la viera á usted de rodillas delante de mi, nunca aceptaría una fortuna de su mano, pero ahora, Margarita, soy yo el que la pongo con mi corazón á tus piés. (Doblando la rodilla.)

MARG. Acepto el corazón... (Levantándole.) la fortuna... partámosla con tu hermana.

ESCENA ÚLTIMA.

D. RICARDO, D. IGNACIO, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD,
LUIS, FABIAN y DICHOS.

ELENA. ¡Luis, hijo mio!

LUIS. ¡Señora!... ¡Amigo mio! (A D. Ignacio.)

RIC. Marqués, siempre tuve hácia usted una inclinacion, que ahora me explico.

LUIS. ¡Don Ricardo!

FAB. ¡Ya estaba yo seguro de que era un caballero!

MARG. ¡Cuánto te ha hecho sufrir mi desconfianza! Pero ahora, serás feliz, ¿no es verdad?

LUIS. Sí, Margarita querida,
que mi suerte y tus rigores
han hecho de estos amores
la novela de mi vida.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente
en que su representacion se autorice.
Madrid 18 de marzo de 1859.

El Censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

